

JOSE ENGLING

Presentación

Celebramos este año el cuadragésimo aniversario de la muerte de José Engling. Nos ha parecido ocasión conveniente para traducir al castellano algún escrito que de noticia sobre su vida y muestre cómo encarnó, de manera ejemplar, los ideales más altos del Movimiento Apostólico de Schoenstatt.

Nada más indicado para este objeto que la biografía del Congregante Héroe escrita por el P. Alex Menningen.

Este libro fue compuesto en 1953 para dar a conocer su figura en Alemania, destacando el proceso de su evolución espiritual.

Pero, como es natural, las circunstancias en que se redacta una obra no son ajenas a su contenido. Por el contrario, recobran sobre él determinándolo en muchos sentidos y de manera más honda y estricta de lo que suele suponerse.

Por ésta y otras razones hubiéramos querido presentar esta biografía mediante una traducción libre que permitiera acomodarla a la circunstancia chilena, realzando, al mismo tiempo, el contenido objetivo del espíritu de Schoenstatt, tal como José Engling lo vivió durante los primeros años de evolución de nuestro Movimiento. Desgraciadamente, ello no fue posible, por causas de muy varia naturaleza. Ni siquiera hemos podido pulir el texto de manera suficiente, por lo que va a la imprenta con las asperezas de una traducción muchas veces literal.

Se trata, pues, de una obra provisoria, de la que hemos hecho una edición restringida, destinada especialmente a las diversas ramas de nuestra Familia.

Creemos que, a pesar de estas dificultades, será para ella de gran beneficio.

Bellavista, Navidad de 1958.

PRIMERA PARTE

EN LA CASA PATERNA

Los días de su infancia

En la pequeña casa del sastre Augusto Engling de Prossitten, en Ermland, había lo necesario para vivir modestamente. La remuneración de su oficio y la ayuda que proporcionaba el cultivo de una pequeña extensión de terreno, alcanzaba en forma precisa para vestir y mantener a los 7 niños de la familia. El cuarto de ellos, el pequeño José, nacido el 5 de Enero de 1898, era motivo de preocupación para su madre. Un principio de poliomielitis, contraída en su infancia, hacía que sus hombros apareciesen un poco encorvados y caminaba algo inclinado; además, tenía algunas dificultades para hablar, ya que le costaba pronunciar las letras difíciles del abecedario, especialmente la r.

Estos pequeños defectos, como es natural, llegaban a lo profundo del corazón materno. Es por eso que ella, con su afecto, tratara de compensarlos aún a riesgo de mostrarle preferencia respecto de los otros hermanos. Había entre ella y José un gran parecido tanto físico como espiritual. De su madre había heredado los pómulos salientes y el mentón firme, pero más aún, la tendencia de un carácter profundo y piadoso y una fuerte atracción hacia el hogar, Desde muy joven aprendió de ella la piedad. Un domingo por la tarde caminaban juntos la madre y el niño, entonces de cuatro años de edad hacia la iglesia del pueblo. Allí rezaron el Via Crucis; con las manitos juntas José seguía atentamente todos los gestos de su madre, sus ojos que tenían una mirada tan franca, iban como preguntando de un cuadro a otro y volvían luego para mirarla a ella. Su mente de niño no podía captar completamente lo que los cuadros representaban, pero si, la devoción y ternura que reflejaba el rostro de su madre y que penetraban profundamente en su corazón. Cuando terminaron el Via Crucis, él también había descubierto algo de ese misterio; durante el camino de regreso dijo pensativo a su madre: "El ha caído tres veces". Algo parecido había sucedido y sabía que al caerse se lastimaba.

Debe haber sido también su madre la que le explicó e hizo comprender que las faltas de los hombres provocaban el sufrimiento del Salvador, y que el mismo efecto producía las maldades de los niños. De todos modos, el alma del pequeño José mostraba desde muy temprana edad inquietudes que señalaban una sensibilidad poco común. Una tarde pasaba la madre frente al dormitorio de los niños, cuando oye a José que la llama. Al entrar lo encontró llorando con las manos juntas y arrodillado en su cama. Pensó que alguna travesura le haría sentirse culpable y que seguramente deseaba ahora su perdón.

Trata entonces de tranquilizarlo diciéndole que no era un niño malo. "Pero lo he sido" le contestó llorando el pequeño, y solamente se tranquilizó cuando la madre le hizo hacer un acto de contrición. Más tarde en su vida se verá que el origen de su delicada y religiosa conciencia se remonta a la casa paterna.

Sus pequeños defectos físicos no fueron obstáculo para que José se desarrollara como un muchacho robusto. Debido a su altura y fuerza muscular podría haber llegado a ser el cabecilla de los jóvenes de su aldea. Pero no eran las calles del pueblo su mundo, sino su propia familia, en la cual se destacaba especialmente. A menudo se le encontraba al lado de su madre, no llegando a ser por ello un niño mimado, pues a pesar de todas las preocupaciones y de su cariño maternal era su madre una mujer de carácter fuerte. Con ella compartía el incansable y decidido espíritu de trabajo que le llevaba a ayudar en la casa y en

la huerta. De ella debe haber recibido la fuerza y el espíritu de entrega para someterse silenciosamente a cualquiera situación que la vida le presentara. La nobleza de carácter, heredada de su madre, volverá a surgir durante su vida.

José entró a la escuela en tiempo de Pascua de Resurrección en 1904 junto con una docena de alumnos de 1ª preparatoria: El profesor no le encontró un talento sobresaliente, pero sí un marcado interés por aprender. En el estudio avanzaba en forma lenta pero segura, y pronto su aplicación y perseverancia lo llevaron a ser el primero de su curso. Su modo de ser lo impulsaba a buscar amigos buenos, y con uno de ellos entabló una gran amistad; sin embargo, ésta le produciría más tarde una gran desilusión. Un día, en la escuela, se escribía un dictado al término del cual el profesor hizo cambiar las pizarras para que los alumnos corrigieran mutuamente sus faltas. Su amigo cada vez que descubría una falta se reía, llamando por este motivo la atención de los demás compañeros. Así quería demostrar al profesor cuántas faltas había hecho Engling; por este insólito comportamiento José se sintió herido en su corazón. De tal modo se grabó esta desilusión en su espíritu, que más tarde la escribiría incluso en su diario de vida.

La aplicación de José como estudiante hizo que pronto conquistara la buena voluntad de su maestro; sin embargo, cierta vez casi llega a producirse una discusión entre ellos. Esto demostraba que el muchacho, tan bueno y tranquilo, podía enojarse y perder la paciencia cuando se sentía herido en su rectitud. Un día en la clase de matemáticas, el profesor tal vez por un olvido, puso un problema que no había previamente explicado. José se adelantó a pedirle la explicación correspondiente, pero el profesor se negó a ello insistiendo en el problema. El muchacho se molestó profundamente por esta injusticia y poseído de una ira mal reprimida, reflexionaba que podía hacer; ¿debería asumir su propia defensa? No, eso no, pues se trataba del profesor. Pero, ¿y si lo castigaba? En ese caso se defendería aunque tuviera que irse a las manos. Indudablemente, no sucedió nada de eso, pero en cuanto llegó al lado de su madre, estalló: "Madre" le dijo, "casi tuve que pelearme con el profesor, y seguramente los otros muchachos me hubieran ayudado". Su madre tuvo muchas veces que apaciguarlo en sus arrebatos coléricos. En el futuro, más de alguno de sus compañeros descubriría que si Engling tenía buen corazón, esto no significaba que fuera un santurrón sin carácter.

Un acontecimiento memorable

El 11/4 de Mayo de 1910 se encontraba José en la salita de su casa y se notaba estar preocupado en una tarea que parecía muy importante. Debía tratarse de algo especial, pues ese niño de 12 años se veía completamente abstraído. Tenía consigo un rollo de papeles sin líneas y los estaba doblando de tal manera que finalmente formó con ellos un cuadernillo; para terminar, le puso un forro azul y lo cosió con aguja e hilo que obtuvo de su padre. Luego trazó cuidadosamente unas líneas paralelas, algunas de ellas quedaron como él deseaba, en tanto que otras se desviaron de su dirección. Cuando todo esto estuvo listo, empezó a dibujar en la próxima página un adorno en espiral, que aunque un poco ladeado y disperejo, resultó bastante gracioso. Bajo el adorno puso la fecha, 11/4 de Mayo de 1910, y a continuación empezó a escribir en forma discreta y con grandes letras, un proyecto que era para él de gran importancia. El secreto de José se nos revela desde la frase inicial:

"Este libro no se usará para la vanidad sino para mejorar mi vida y para prepararme a mi primera comunión, me hice el propósito de llevar un diario, ya que pronto voy a recibirla; con esto quiero empezar a escribirlo".

De este modo nació el diario de su vida. Lo comenzó durante ese tiempo de preparación para recibir por primera vez el cuerpo del Salvador, y lo continuó después de una interrupción, hasta fines de Marzo del año siguiente. El alumno de una sencilla escuela pública desarrolla en las hojas de su diario, y con talento asombroso, los principales pensamientos contenidos en las lecciones previas a la Primera Comunión y más tarde memoriza las pláticas de Cuaresma en forma de poder volver a repetirlas. En esto no sólo le ayudaba un don espiritual especial, sino también el hecho de que José trataba de vivir con toda su alma a las enseñanzas religiosas para así sacar consecuencias prácticas. Lo que más asombra en ese tiempo de Primera Comunión, es ver como ese niño ya lleva una vida interior tan profundamente religiosa.

Al día siguiente, estando José sentado nuevamente ante su diario, se formula la primera pregunta acerca de cómo empezar mejor su preparación para tomar parte en ese acto tan trascendental, adoptando para ello una fácil resolución. Bastaba con mirar a su madre y hacer todo como ella lo hiciera, así escribió: "El día anterior al cual comenzaban las clases de preparación me aconsejó mamá para que pidiese ayuda al Espíritu Santo, lo que hice de inmediato. ¡Qué madre tan buena tengo! Entonces me hice el propósito de pedir al Espíritu Santo, antes de cada clase, que me ayudara a atender con devoción. Ya que tengo una madre tan buena y santa, hago el propósito de ser también santo y obedecer a mis padres. ¡Quiera Dios ayudarme a mantener esta intención!"

En una de las clases de religión se les habló de las jaculatorias, una de las cuales causó profunda impresión en José, anotándola posteriormente en su librito. El práctico e inteligente muchacho la supo aplicar inmediatamente como ejercicio contra la cólera repentina, su falta innata. Así escribe:

"Desde el 16 al 19 de Mayo no estuve en casa, y cuando volví encontré el dormitorio todo desordenado. Mi primer impulso fue dejar escapar mi ira, pero entonces me acordé de la jaculatoria, "todo por amor a Jesús", y conseguí vencerla. Quiero acordarme siempre de esta frase".

En los últimos días de Mayo tuvo un acontecimiento que confiar a su diario, algo que preocupaba mucho a su conciencia: "Un día de mala suerte. Estaba en mi pieza cuando entró mi madre muy agitada y me dijo: "José, has vuelto a cometer una falta, has arrancado nuevamente las plantas en flor". Me las mostró, y tuve que reconocer que efectivamente las había sacado. Pero no lo había hecho con mala intención, pues creí que se trataba de malezas". Ahora se censuraba severamente por su descuido, pues con ello había agitado y causado pena a su madre. Creía haber cometido dos imperfecciones. Cerró su "informe de faltas" con la siguiente petición: "Jesús, ayúdame para que no vuelva a cometer faltas graves". Al juzgarse sobre lo que había hecho su criterio aún no desarrollado, no le permitía distinguir entre equivocación, falta de atención, y pecado. Su claro entendimiento y su dedicación pronto le servirían de gran ayuda. Este pequeño suceso demuestra claramente que la Gracia de Dios había despertado en su alma una sentida y religiosa aspiración. De la confianza personal que tenía en Nuestro Señor había surgido una conciencia pura que se

sobresaltaba con las ofensas hechas a Dios. De ahí deben haber nacido en su alma las ansias de formularse firmes propósitos y de trabajar intensamente en su educación.

El 29 de Junio de 1910 se acercó José por primera vez a la mesa del Señor. Esta hora que desde semanas y meses había producido tantas inquietudes en su vida interior, llegaría a constituir un recuerdo inolvidable en su vida. Que esto fue así lo demuestra otro acontecimiento de su existencia.

Desde el día de su Primera Comunión le preocupaba cada vez más insistentemente esta pregunta: ¿Qué deberé ser? Sin que se hubiera dado cuenta, ya había tomado una decisión a este respecto. Quería ser sacerdote y misionero en lo posible. Este deseo de José se despertó con la lectura que hacía del periódico "Estrella del Africa", que sus padres recibían y que venían de Limburgo repartido por la Comunidad de los Padres Palottinos. Lo que José leía referente a los misioneros y a la propagación de la fe católica le interesaba hondamente. Desde ese momento ya supo lo que quería ser y se mantuvo firmemente en su decisión. ¡Si solamente supiera cómo llegar a alcanzar ese fin, sin embargo no se atrevía a contar su secreta decisión a nadie! Delante de su madre hizo una vez una indicación, en el sentido de que quería hacer estudios superiores. Su madre, algo entristecida, le contestó: "Para nosotros es muy cara la Universidad de Braunsberg, y no podríamos lograrlo". "No es eso lo que quiero", contestó José, sin conseguir que pudiera expresar lo que realmente deseaba. Así, esperaba. Después de clase iba a la vecina aldea de Landau y trabajaba en labores agrícolas, lo que parecía demostrar su deseo de convertirse en campesino. Pero no obstante su idea permanecía inamovible en su mente. Nuevamente hizo otra insinuación a su madre, y le rogó que si su patrón le preguntaba a ella si él quería volver el próximo año, no se comprometiese al respecto. Su madre le preguntó entonces, qué era lo que quería hacer, a lo que José contestó con una frase que mucho y nada decía: "Espere hasta después de Mayo y entonces se lo diré". Con la alusión al mes de Mayo no era difícil adivinar lo que José se proponía, pues demostraba que éste había confiado su deseo a la Madre de Dios. El Mes de María había de traerle la solución y de hecho se la trajo. A fines de Mayo confió su deseo al Párroco y le pidió que lo preparara y lo ayudara para ingresar a la Congregación de los Pallotinos. Desde Limburgo llegó la promesa de ayuda monetaria; entonces sus padres le dieron la bendición. De esta manera, este campesino que había puesto su vocación y toda su confianza en la Santísima Virgen, después de esperar con paciencia durante dos años, vio cómo su más cara aspiración empezaba a realizarse.

En la escuela Apostólica de Schoenstatt

El joven campesino

En la Universidad de Schoenstatt, en Vallendar am Rhein, comenzaba en Septiembre de 1912, un nuevo año escolar. Según las leyes vigentes, solamente se aceptaban alumnos que hubiesen pasado la edad establecida por la escuela, de manera que debían acumular todos los años de estudio en siete solamente. Debido a estas condiciones se habían designado los cursos con las siguientes denominaciones, como en las universidades: Sexta, Quinta y luego se continuaba con el tercer curso hasta el séptimo.

Una mañana los alumnos de la sexta clase, esperaban la llegada del profesor, pero en su lugar entró un muchacho de anchos hombros y que por su estatura les pasaba por una

cabeza. Parecía ser bonachón y movía alegremente sus libros. Los alumnos levantaron un poco la cabeza. ¡Ah! Pensaron, ese debió ser el que quería entrar en la Quinta clase y que por su falta de instrucción debió quedarse en la Sexta. "¿Cómo irá a caber en el escritorio con sus largas piernas? Se preguntaban críticamente al observar detenidamente al compañero recién llegado. Un personaje de 14 años de edad, que medía 1.68 mts. de alto y de anchas espaldas no era una apariencia común entre los de la Sexta clase. Trabajosamente y con movimientos algo torpes, trató "el nuevo" de sentarse en uno de los bancos vacíos. La mayoría pensó así: "Este viene del campo". Con gran curiosidad esperaban el momento de saber algo más de tan imponente compañero. Sus deseos se cumplieron muy pronto, pues el profesor le preguntó su nombre. Lo que se oyó en respuesta apenas podía entenderse. Algunos cuchicheaban entre sí: "Dijo Engerling". Los demás empezaron a reírse burlonamente. Entonces el profesor hizo que lo deletrease. La clase rió estrepitosamente, porque lo que se oyó sonó algo así como: Ej-áng- ejl-i-áng-glj. ¿De qué idioma se habrían sacado esos sonidos? En ello había una mezcla del dialecto de su aldea con una leve falta del idioma. El profesor no tuvo más remedio que hacerlo escribir su nombre en el pizarrón. La mano, que antes empuñaba el azadón con tanta seguridad, sujetaba ahora tímidamente la tiza y con grandes letras escribió el nombre "Engling". Mientras permanecía al lado de la pizarra en actitud casi desalentada, la grande y maciza figura, algunos compañeros pensaban para su fuero interno, con lástima, casi con menosprecio, "éste debió haber sido campesino". La opinión desfavorable que José atrajo sobre sí, pareció confirmarse aún más en la clase de gimnasia. Todavía era muy notable en José el defecto que le dejó la enfermedad de su niñez. Ella hacía que su cuerpo estuviera un poco rígido y que además, al caminar, pisara con todo el pie. Al profesor de gimnasia no se le escaparon estas deficiencias cuando José se presentó en la fila, por lo que trató de corregirlas. José se enderezó con fuerza y con toda atención se puso a seguir las indicaciones del profesor, sin que por ello consiguiera mejorar su figura. Debíó entonces salir de la fila y hacer solo los ejercicios, con lo que tampoco tuvo mucho éxito. Entonces se oyó: "¡Qué espantajo!" No era dicho con mala intención, pero sí en un toco sarcástico que debió herir profundamente su alma sensible. Miró en forma suplicante a su profesor, pero éste no advirtió la triste mirada de esos ojos y siguió usando la palabra hiriente con mayor frecuencia. Como el profesor no obtenía éxito en cosa alguna, los alumnos tomaron aversión a José, la que comúnmente se transformaba en severa crítica. Pero éste era demasiado noble para vengarse por las ofensas recibidas. Por eso nunca tomaba parte en las murmuraciones acerca del profesor, sino que al contrario, trataba lo mejor que podía, de defender al criticado y de calmar los ánimos exaltados.

Al recordar las primeras semanas de su estada en Schoenstatt, tenía que confesar que en esa época se encontraba batallando por su ideal de sacerdote, contra dificultades de magnitud extraordinaria. Su falta de aptitudes para caminar erguido, como para hablar, unidas a la lentitud de su espíritu, le daban mucho que hacer; pero no obstante, todos estos contratiempos no consiguieron desanimarlo. Después de pensar lo detenidamente y por sí solo durante meses y poniendo su confianza en la Madre de Dios, tomó la decisión de hacerse sacerdote; fue una decisión férrea que desde entonces le impulsó a luchar contra todos los obstáculos que se le fueron presentando. Recién al año de lucha, ya se podía señalar un verdadero y merecido triunfo.

El año escolar 1912-1913 llegaba a su término y se encontraban los alumnos ante la fiesta de fin de año, que era la coronación del trabajo anual. Esta fiesta tenía una circunstancia especial, constituida por un motivo central, consiste en un acto que durante semanas enteras los mantenía como electrizados: era la repartición de premios. Los tres mejores alumnos de cada clase eran premiados con una mención honrosa ante todo el Colegio. Para los cursos inferiores, existía además la costumbre de anunciar los resultados guardando el orden de rango en los asientos. Si al final de los certificados decía de 38 alumnos, el 11/4 o el 381/4, se establecía una diferencia que era verdaderamente impresionante. Naturalmente que gozaba de una mayor consideración el 11/4 de la clase o el Principal, como se le llamaba. La lucha por este puesto tan deseado ponía en conmoción a los espíritus ambiciosos, y más de algún pequeñuelo se sentía tentado por esta fuerte ambición. Así, se contaba más tarde de uno de ellos que, el rezar el Rosario, en lugar del ruego silencioso de todos hizo oír una voz que decía: "Haz que llegue a ser Principal".

Durante la fiesta se notó bastante intranquilidad. Los pequeños se rascaban y movían en sus asientos. La música de la orquesta les parecía aburrida y el discurso del P. Rector demasiado largo. Al fin se llegó a la repartición de premios. Principal de la Sexta era, y todos retuvieron un momento la respiración, José Engling. Los alumnos que no pertenecían a la Sexta estaban mudos de sorpresa. José se levantó y con dificultad se dirigió hacia adelante, mientras sus otros compañeros lo acompañaban con pensamientos muy especiales. ¿Cómo? ¿Engling, el lento prusiano, con aspecto de campesino, aquel de la lengua pastosa iba a ser el Principal? Mientras tanto, José recibía su premio, consistente en un libro, y hacía una muy poco graciosa reverencia para volver casi corriendo y un tanto pensativo a su lugar. Los de la sexta clase no compartían con los otros alumnos la gran sorpresa que a éstos les produjo el resultado de la repartición de premios, pues ya lo habían sospechado. Después por la forma como se abalanzaron sobre su Principal para felicitarlo, demostraron que no le tenían envidia y que su alegría era sincera. El triunfo obedecía a su comportamiento y a su modo de estudiar. Su innato espíritu de trabajo lo había empujado hacia los libros y a ellos se aplicaba con una voluntad de hierro y con grandes ansias de saber. Sus compañeros se sombraban, muy a menudo, al ver el interés de José por cada cosa en las clases. Parecía un verdadero niño campesino que no saliera de su asombro ante cada nuevo ramo. Durante las clases no despegaba su vista del profesor. Sus compañeros encontraban que José les aventajaba, por cuanto siempre tenía lista la respuesta, a pesar de que ellos hubieran aprendido antes los mismos conocimientos. Aunque, para José los pensamientos parecía que demoraban en llegar, decía más en una frase que sus compañeros en toda una conversación. Su naturaleza sensible le impulsaba a pensar y esta facultad fue desarrollándose en él con toda naturalidad con más profundidad que cualquiera de sus versados compañeros. En sus deseos por aprender, alcanzó a los más adelantados, hasta tal punto que al término del curso se encontraba a la cabeza de la clase.

Al fin del primer año, José podía dar cuenta de otro triunfo que merecía catalogarse al mismo nivel que su premio: no había uno solo de sus compañeros que por celos le envidiase el puesto de honor de Principal. Para estos juicios y sentimientos los corazones de niños tienen su propia lógica. Otros también sobresalían en su clase por su aplicación y buen comportamiento, pero no compartían este honor con los demás. Este conocía su capacidad y por ello llevaba su cabeza erguida; aquél, que era considerado "ambicioso", acaparaba el triunfo para sí solo y no entraba en sus consideraciones el tender la mano a los

que pudieran necesitarlo. En cambio en José todo era natural, sin pretensiones y sin ruido, de tal manera que se notaba de inmediato que nada se creía y sobre todo que no era ambicioso. De esto lo preservaba su buen corazón que no le permitía ver a nadie en necesidad. Esta cualidad hacía que estuviese pronto a prestar ayuda a los demás, aunque éstos fueren usufructuarios del trabajo de José. Muchos interpretaban su bondad como si fuese natural que dejara sus tareas para que inmediatamente les ayudase. Desde entonces se caracterizó por una actitud que, años más tarde, uno de sus compañeros describía en estos términos:

"Los menos aplicados le habían tomado una confianza especial. Este venía a preguntarle el significado de una palabra en latín; aquél se dejaba explicar la solución de un problema de matemáticas o le mostraba una composición para que la corrigiera. Cada cual creía que José estaba sólo para serles útil, lo que éste confirmaba con su modo amistoso de proceder. A pesar de todos estos sacrificios que le imponían sus compañeros, siempre se mantuvo el primero de la clase".

Cuando José llegó al primer lugar del curso al término del año escolar, tuvo que agradecer este primer éxito en la realización de su ideal sacerdotal. No había aspirado a tanto por ambición humana, y fue por eso que sus compañeros reconocieron su triunfo sin ninguna envidia.

Bajo la dirección del padre espiritual

Para la enseñanza religiosa de los alumnos del Colegio, los superiores habían destinado especialmente un sacerdote cuyo deber consistía en ser Padre Confesor, en hacerles semanalmente una clase de religión, es decir, actuar como instructor, y además estar a disposición de los alumnos para cualquiera consulta de orden personal. Como nada tenía que ver con el Colegio ni con el cuidado de los jóvenes, se había granjeado entre éstos una confianza ilimitada. Sus instrucciones adquirían especial relieve ante los ojos de los alumnos; trataban de la vocación sacerdotal y de la propia educación, en una forma tan nueva y original, que cada lección les abría amplios horizontes. Sus antecesores en el cargo acostumbraban a dar conferencias espirituales, en tanto que él adoptaba otros métodos. Sabía despertar su interés con preguntas hábiles, encaminándolos a formular sus propias inquietudes y así llevarlos a un trabajo espiritual activo. No se estaba ahí pasivamente ni para quedarse dormido, sino para expresar los propios pensamientos y para hacerse oír. Además el P. Espiritual cuidaba que de los debates y discusiones espirituales se obtuviesen conclusiones acertadas, y cada vez que así sucedía, les relataba alguna historia que concordara con éstas.

Con estas instrucciones, José se encontraba en su elemento; y lo que aprendió en las primeras clases, cuna de la belleza y valor del orden sacerdotal, se adentró desde un principio, en lo más profundo de su alma. También comprendió, cuando se habló de ello, que a pesar de las dificultades que se presentasen, debía mantenerse firme en su vocación. Lo dicho le llegaba a aquel rincón de su alma que tanto había sufrido a principios del año anterior. En cierta ocasión el P. Espiritual leyó la narración "¡Muchacho, manténte firme!". Un grumete de un barco era colocado por unos bruscos marineros sobre un tonel para que moviera un cable del buque, y para lograrlo, se mordía y recordaba la frase preferida de su capitán: "Muchacho, manténte firme!". Este fue su lema para todas las situaciones difíciles

y es secreto de su triunfo. A José se le presentaba este ejemplo como cosa viva, pues le había sucedido algo parecido. Cuando recordaba las dificultades que tuvo en un comienzo, con su mala vocalización y sus defectos corporales, pensaba en el grumete del barco. Le parecía como si a él también lo colocaran sobre un tonel para que hiciera la prueba del grumete. En las instrucciones también repitió con el capitán las palabras, "Muchacho, mantente firme!", especialmente cuando por primera vez oyó que debían prepararse desde la juventud para la vocación sacerdotal, lo que ocurriría sin dificultad si uno mismo pudiese educar su carácter. A raíz de esta lección empezaron a trabajar guiados hacia la educación de sí mismos. Estas instrucciones entraban a satisfacer una necesidad del corazón de José, largamente sentida. Desde los días de su niñez, se había despertado en él, aunque en forma obscura, este deseo que fue creciendo con el pasar de los años. Actuaba en él como una fuerza desordenada de la naturaleza, que guardaba por tanto tiempo y que al fin podría expandirse y hallar su verdadero cauce.

El contenido de estas instrucciones consistió, durante un largo período, en viajes de descubrimiento que los llevaba al país secreto de la propia alma, donde encontraban un "angelito", (deseo espiritual de un ideal) y un "animalito" (deseo espiritual de pecar). El "angelito" se vivía en la personificación de todo lo grande y hermoso, en la voluntad de llegar a ser y realizar algo majestuoso. El "animalito" se hacía notar en las fuerzas desordenadas de la vida, en la inclinación a la alegría del pecado y a todos los actos malos. Ambos estaban en continua lucha, y aquel que condujera al ángel a la victoria, llegaría a ser un hombre completo. El P. Espiritual mostraba esta idea en los santos y en los héroes, pero también le señalaba cuándo el triunfo era del "animalito". Así les leyó una conmovedora historia de un joven que se había dejado llevar por sus malas inclinaciones, y que habiendo caído muy bajo, llegó a transformarse en un enemigo declarado de Dios. Cuando José empezó a investigar dónde se mostraba en él el "animalito", no tuvo mucho que buscar: estaba en su inclinación a la ira. Más tarde descubría otra debilidad de carácter: el peligro de cambios en la disposición de su ánimo.

Su mal genio no se demostraba tanto al ser herido en su amor propio, cuando era ofendido, burlado o tratado desdeñosamente, como cuando se le hería en su honradez o cuando estaba muy ocupado y se le molestaba con alguna broma. Por supuesto que no faltaron los ociosos que muy pronto descubrieron en él esta debilidad, y decidieron sacar de sus casillas al bonachón de Engling, lo que más de una vez les dio resultado.

Los miércoles y sábados eran días de limpieza en el Colegio, la que era ejecutada por los mismos alumnos. El lema oficial era "Ordenanza". José, que siempre había sido muy casero y ordenado, cumplía su tarea con gran celo y escrupulosa atención. Naturalmente no todos los alumnos se ocupaban de esto; para algún ocioso, ésta era la oportunidad de pasearse por toda la casa y hacer toda clase de jugarretas, para lo cual Engling, que siempre estaba tan ocupado, era un blanco propicio. Aquí se tropezaba uno, probablemente por descuido, con la labor de limpieza de Engling; allá otro, en un abrir y cerrar de ojos, le escondía la escoba en un sitio obscuro; en fin, esto duraba hasta que el burlado, completamente enfurecido, perseguía, en actitud amenazante y escoba en mano, al perturbador a lo largo de los pasillos. A ninguno alcanzaba, pues todo lo tenía preparado para que pudiera desaparecer aquel que se encontraba en peligro. Una vez la suerte estuvo de parte de José en estas batallas bipartitas. Los jueves, en lugar de los paseos de la tarde, frecuentemente se ordenaban

trabajos que requerían esfuerzo físico. Había que remover la tierra para hacer el jardín detrás de la casa. Este trabajo con pala y azadón era un alivio para el forzado José, que se sentía feliz de poder dar rienda suelta a su fuerza; no coincidía en esto último con sus compañeros, a quienes con justa razón se les tenía por flojos. En lugar de ayudar, encontraron que era más entretenido hacer bolitas de barro y empezar una batalla campal, la mayoría de las cuales, por supuesto, le caían al afanoso Engling. Era muy gracioso verlo cómo de pronto se daba vuelta tratando de descubrir al culpable, pero cada vez que lo hacía, sólo era para encontrar caras que demostraban tal inocencia que lo despistaban por completo. Finalmente se le terminó la paciencia y tomando de pronto una bola de barro la largó de modo que uno de los cabecillas la recibió en plena cara, impidiéndole abrir los ojos. El resto se asustó en cierta manera con la repentina ira demostrada por José, pero sin lugar a dudas el que más se preocupó fue el propio Engling, ya que sintió remordimientos por días enteros. Más tarde constantemente le recordaban este episodio como motivo de bromas.

Sin embargo, lo que más le enojaba era cuando le harían en su punto más sensible, que era su honradez, pues ésta constituía su "talón de Aquiles", su punto vulnerable. Si no hubiera estado dotado de tan buena voluntad y rectitud para con sus maestros, probablemente hubiera dirigido su ira contra éstos, pues más de una vez sus compañeros le vieron reprimirse para no estallar ante una injusticia real o aparente de sus superiores. En uno de los recreos, José y alguno otros hicieron uso pleno del permiso que el profesor les había dado, pero éste, olvidándolo, ordenó un castigo pues consideró que habían quebrantado los reglamentos; castigo que consistió en permanecer de pie, junto a un árbol, durante todo un recreo. José, afectado por esta injusticia, temblaba de ira y apenas podía contenerse; a tal punto que tardó mucho en serenarse.

Para educarse a sí mismo, para que el "ángel" venciera al "animal", abrió ante sí un vasto campo de acción. Las instrucciones que recibía del P. Espiritual le ayudaron mucho en esta nueva lucha, pues le facilitaban la práctica de sus propósitos, aparte de explicar la forma en que debían combatirse. Tomaba el ejemplo de un verso muy conocido sobre Blycher, que dejaba al "Mariscal Adelante" que hablase: "¿Dónde queda París? - París aquí, el dedo encima, que le vamos a tomar". En su lucha contra la ira, trató José de hacer uso de esta nueva táctica de batalla, para lo cual no faltaban oportunidades, pues existían algunos que encontraban un placer en descargar su orgullo contra él. En aquel entonces, apenas se daba cuenta del significado que su propósito particular tendría para el futuro y ninguno tampoco sospechaba que entonces se estaban gestando los comienzos de una obra maestra de caballeridad a través de la propia educación. Uno de los temas más atrayentes de la instrucción religiosa fue la conferencia sobre el hombre colectivizado. Cuando se puso de manifiesto este cuadro, como consecuencia lógica se llegó al análisis de la vida cotidiana, en el curso del cual, se desenmascara al adulador, al que cumple sólo porque una orden así lo exige, o va a comulgar en tanto lo están mirando sus superiores y compañeros. También se nombró al hombre sin criterio que "acostumbra aullar cuando lo hacen los demás lobos", pero que no se atreve a manifestar su propia opinión. La conferencia podía resumirse en la frase: "El hombre masa es aquel que hace lo que otros hacen, porque todos lo hacen". La conclusión que sacó de esto fue: ¿Cómo aprovecho los reglamentos del Colegio y la vida en común para mi propia educación? José empezó a trabajar inmediatamente poniendo en práctica la conclusión obtenida en unión con un compañero de confianza y puede decirse

que aún llegaron a exagerar. Anotaron en un papel algunos ejercicios especiales tomados del terreno de la vida diaria y por escrito se corregían mutuamente el cumplimiento de dichos ejercicios; si alguno no cumplía, el otro podía dar una penitencia.

Algo parecido aconteció con el capítulo "El niño de los azotes". El P. Espiritual les contó como antiguamente educaban, en la Corte de Francia, a los hijos de los reyes. Tenían un niño llamado "de los azotes", quien, si el príncipe cometía una falta, era azotado en su presencia. A él no le tocaban, pues era príncipe. El castigo que sufría el muchacho por culpa del príncipe, hacía que éste se asustase y se corrigiese. Cuando el grupo de jóvenes escuchó esta narración, les sobrevino una mal reprimida indignación: "Qué bajeza", manifestaron, pero pronto hubieron de callarse cuando el P. Espiritual les hizo ver que ellos tenían varios niños de los azotes. Cada persona que sufre por nuestras faltas, es nuestro esclavo, quien debe estar constantemente sobrellevando los efectos de nuestras culpas. Con esto se llegaba al tema de la educación dirigida hacia el amor a nuestros hermanos. Estas lecciones encontraron en José un terreno propicio para su desarrollo: era su bondadoso corazón que tomaba parte en todo y su poderoso deseo de ayudar a los demás en sus tribulaciones. Más tarde, de esta inclinación brotaría un avasallador Ideal Personal. "Ser todo para todos".

De esta manera, en las instrucciones aparecían ordenadamente, uno tras otro, los actos piadosos de la vida diaria: la Oración, la Santa Comunión, la Confesión, veneración a María, etc. Ninguna de estas horas pasaban sin dejar huellas en el alma de José, lo que se podrá comprobar más tarde en sus apuntes, donde vuelven siempre a figurar los cambios, propósitos, ejemplos e instrucciones que se estudiaban en las clases. Cómo había trabajado y puesto en práctica todo esto en su vida, lo veremos en otro ejemplo.

Antes de las vacaciones de Pascua de Resurrección, llegó el P. Espiritual con una sorprendente proposición: ¿Estarían preparados los de la Sexta y Quinta clase a escribir durante sus vacaciones lo que se había tratado en las lecciones en el curso del año pasado? Por supuesto que todos estaban prontos a hacerlo si se consideraba además, que no constituía una obligación, y si también se agregaba que las instrucciones habían sido sumamente interesantes y las narraciones tan hermosas. El tema se denominaría, "Cómo recibo y cuido mi vocación religiosa".

El P. Espiritual leyó con interés y, a veces, con silenciosa sonrisa, las composiciones que le presentaron los jóvenes. Algunos, dando rienda suelta a su fantasía, tenían más que narrar de lo que él les había enseñado en sus clases; otros en cambio, habían estado tan parcos, que entregaron apenas lo que sus débiles memorias pudieron reproducir. Cuando llegó al trabajo de José Engling, se sorprendió vivamente: Era una justa y sumamente exacta narración de cuanto él les había enseñado, sin dejar nada fuera. Ninguna repetición, nada de palabrería, ninguna fantasía. Cada frase traía un nuevo pensamiento esencial; y había que tomar en cuenta que muchas veces las instrucciones iban dirigidas a cosas de escasa importancia. El trabajo de José era sin duda el mejor de todos. El P. Espiritual pensó: ¿Poseía este autor de 16 años una memoria tan extraordinaria que podía repetir tan fielmente todo lo recopilado en un año? ¿Una memoria de la que hasta ahora ningún profesor se había dado cuenta? ¿O tendría una inteligencia tan privilegiada que le permitía, con todo acierto, alcanzar y comprender lo más importante para repetirlo fielmente? Pero no era ésta una respuesta satisfactoria, ya que Engling era considerado un buen alumno aunque no dotado de un talento extraordinario, pero sí, poseedor de un juicio muy seguro.

Sus respuestas demostraban que podía captar las ideas dadas en las clases. Hans Wormer, su nuevo compañero, que era de un talento extraordinario, seguramente habría de competir con él por el lugar del mejor alumno. El trabajo presentado por Wormer era bueno, pero muy inferior al de José. La verdadera razón por la cual había escrito un mejor trabajo, la encontró el P. Espiritual en otro terreno.

Así como José prestaba en las clases una intensa atención, con un corazón ansioso de conocimientos, así también penetraba con mayor celo en las ideas contenidas en las instrucciones. Este sereno y reflexivo muchacho se aplicaba a trabajar independientemente, en tal forma, que fácilmente llegaba al propio convencimiento. Lo más importante que se notaba en él, era que sabía aplicar con seriedad y perseverancia a su vida diaria, las ideas aprendidas en las instrucciones. Lo que había asimilado en ellas no era solamente algo aprendido y memorizado, sino que se transformaba en una viva y real experiencia. De este modo, el objetivo perseguido en las instrucciones, llegó casi a ser el sentido de la historia de su alma. Así, cuando repetía su contenido con tanta fidelidad, debía agradecerse a su madurez tan perfecta, que le hacía la historia de su propia alma. De este modo podía decirse que lo que escribía, eran más bien pensamientos vividos que aprendidos, y que ya no podían penetrar más profundamente.

José pudo concluir las instrucciones con un segundo, y, para él, más significativo resultado. Con el correr del tiempo, el P. Espiritual llegó a ser cada vez más, el hombre de su confianza. ¡Con qué rapidez conquistaba los corazones jóvenes, y con qué finura sabía señalar las pruebas y dificultades que pasaban por sus almas juveniles! José descubrió pronto el cariño paternal con que lo ayudaban en sus confesiones usuales y en su educación personal. Así, este campesino tan cerrado, le abrió su alma, entregándole toda su confianza, y ahora seguía con voluntad ilimitada, todos los pensamientos de su educador y los depositaba en su corazón.

Más adelante, en el grupo del P. Espiritual, debía destacarse como campeón de una gran causa, siendo la simiente para este futuro desarrollo, sus primeros dos años de permanencia en Schoenstatt.

Pronto pudo notarse otro triunfo en su educación personal: José llegó a ser una reconocida y considerada autoridad entre sus compañeros. El hecho era bastante sorprendente si se considera que su físico no era nada imponente para un joven. Los corazones de los jóvenes no podían explicarse como llegaron a otorgarle esa destacada posición, pero ello se debía a que intuían que en José todo era sincero y verdadero. "No se cree nada, no se da importancia y no busca la manera de llamar la atención", decían ellos. Cuando los otros querían hacerse los graciosos y doblaban la orilla de la gorra de colores para colocársela sobre la oreja derecha, José llevaba la suya en la misma forma que la usaban los conductores de tren. Ahora como antes, su figura era el centro de todas las bromas. Cuando barría el patio, pisaba tan fuerte que el suelo temblaba, lo que hacía decir a sus compañeros: "Donde ese pisa, no vuelve a crecer el pasto". Con respecto a sus grandes zapatos, los comparaban a los lanchones del Elba; para demostrar cómo caminaba, la comparaban con una palabra del libro sobre los indios de Karl May, denominándolo "Engling, trampero". Si se tocaba algún trozo de música en el comedor, José participaba con su viola, pues se había aplicado mucho a este arte, y contribuía con la interpretación de algunas composiciones. Los más jóvenes del establecimiento le encontraban un aspecto muy divertido cuando

tocaba, pues se absorbía tanto cuando lo hacía, que toda su persona tomaba parte. La punta del pie marcaba el compás, la cabeza se inclinaba, los labios contaban y todo el cuerpo se balanceaba. Los pequeños se agitaban y codeaban de placer en los bancos y cuando terminaba de interpretar, manifestaban su satisfacción con grandes aplausos. El no podía sospechar que toda esa ovación era para él, pero en verdad pertenecía al joven violista que tan bien acariciaba su instrumento. A pesar de todos sus defectos físicos, cada vez se hacía conocer más como un ejemplo espiritual para la división de los pequeños. Los aplicados veían en él, su cuadro ejemplar; los alocados se dejaban enderezar por él; si se ensayaba una comedia, era José el encargado de su dirección; los de ánimo oprimido buscaban en él al comprensivo y servicial consejero. Los superiores pronto se dieron cuenta de su dominante influencia, y le dieron el cargo de prefecto de su clase.

Raros contrastes sin embargo se mezclaban en su ser. En tanto que su físico mostraba una figura fortacha, de vigorosos puños, cara huesuda y de rasgos marcados, su interior señalaba a un hombre dotado de una extraordinaria sensibilidad, y de una filial bondad. Su fuerza estaba destinada a servir a los demás y no para pelear. Era considerado entre los jóvenes como el blanco de ataque de los orgullosos, a los que, sin embargo, hacía frente con su indiscutida autoridad. La juventud había descubierto, con seguro instinto, que José luchaba por obtener, por propia iniciativa, su educación personal y alcanzar su ideal religioso. Ahora comprendían que en José encontrarían un apoyo y guía seguro.

"Quiero ser santo"

El año escolar de 1913-1914 tuvo, en los últimos días de julio, un brusco fin: la declaración de la Iª. Guerra Mundial obligaba a los alumnos a tomar unas precipitadas vacaciones sin que se les pudiera decir cuándo volverían a comenzar las clases. El colegio se transformó inmediatamente en un hospital y alojaba ahora a más de 200 heridos leves. Recién a mediados de octubre pudieron volver los cursos superiores y mediados a Schoenstatt. Mientras tanto se les había arreglado un hogar provisorio en la "Casa Vieja" del valle, que era el edificio destinado a reposo, en el antiguo convento.

Entre las varias transformaciones que llamaron la atención de los alumnos, hubo una muy especial. Se trataba de la Capillita de San Miguel, a unos cuantos pasos de la "Casa Vieja", la que del mismo modo que el viejo convento de Schoenstatt, estaba rodeada de una respetable historia. Las monjas Agustinas, que fundaron allí su convento en el siglo XIII, la usaron como capilla del vecino cementerio, y desde entonces sufrió todas las vicisitudes propias de la historia del convento. En los últimos años se encontraba muy descuidada, pues la que había sido capilla del cementerio, fue relegada a la categoría de pieza de guardar. En efecto, al lado de unas viejas bancas, se guardaban los útiles de jardinería para el cultivo de las plantas. Durante las vacaciones, se volvió a dar a la capillita de San Miguel el aspecto de un recinto sagrado. Los recién llegados se preguntaban sorprendidos para qué podía haberse remozado, pues las misas diarias todavía se seguían celebrando en la capillita del cerro del Internado. Los alumnos de los cursos superiores conocían la respuesta; y ésta consistía en que, en el futuro, la capillita sería puesta a disposición de la Congregación Mariana. Con este nombre volvía a aparecer aquella palabra que había desencadenado una fuerte lucha de carácter espiritual entre los alumnos de la División Superior del Colegio y que ahora debería extenderse a las demás clases, donde había de jugar un papel muy importante. La Congregación Mariana de las clases superiores estaban muy en los comienzos, ya que

recién el domingo de Pascua de 1914 había tenido su reunión inaugural. Desde entonces podía recordar una muy variada tradición.

El verdadero autor de ella, a quien el Movimiento le debe su introducción en el Internado, fue solamente el Padre Espiritual, cuyo trabajo con la juventud en Schoenstatt, dio origen al sencillo y profundo lema pedagógico que "solamente se obtiene un carácter formado e independiente, conduciendo a los educandos a la formación de sí mismos, por iniciativa personal". Justamente, la vida real, la verdadera vida, exige para más tarde, esta responsabilidad propia de la personalidad libre. Sus instrucciones pedagógicas, con las que el Padre entusiasmaba para esta clase de actividad propia educativa de los alumnos, había encontrado en sus dirigidos un eco muy favorable.

El P. Espiritual propuso el plan a los jóvenes y con ello se produjo una verdadera lucha entre los mismos, pues muchos tenían una impresión muy desalentadora de la Congregación. Se imaginaba que bajo una forma externa de unión convencional, se ocultaría una beatería regañona. Estas caricaturas ya las habían conocido en sus parroquias de aldea y así se desarrollaban discusiones espirituales en pro y en contra de la Congregación. Esto era precisamente lo que quería el P. Espiritual para que no apareciese como una orden de los superiores, ni tampoco deseaba que fuese como un regalo que les cayese a los jóvenes en las manos. Debía ser una conquista de ellos mismos, y, para que fuese producto de una convicción, se necesitaba que hubiera estas aclaraciones y discusiones personales. Así llegaría a ser el producto de su propio trabajo. La verdadera expresión del trabajo de la Congregación, fue el libre reinado de los jóvenes, administrado por un director personalmente elegido por ellos y con sus planes de trabajo concebidos por ellos mismos. Cada uno era libre de pertenecer a este reino. Algunos profesores y personas principales de la casa hicieron observaciones y pusieron resistencia a esta nueva forma de educación, que daba tanto tiempo e importancia a la actividad personal de los jóvenes. Después de una historia llena de alternativas, pudo recién el domingo de Pascua de 1914, iniciar su existencia la Congregación Mariana.

Durante el período de formación de la Congregación Mariana, eran muy escasos entre sus miembros los alumnos que pertenecían a los cursos inferiores, pues los fundadores tenían tan arraigado el sentimiento de que la Congregación era algo perteneciente exclusivamente a ellos, que querían estar solos en la fiesta de la fundación. Para ello mantuvieron guardia ante la puerta de la capillita de la casa con el fin de que no entrara nadie que no estuviera autorizado. Pero a pesar de todo, uno pudo entrar sin ser visto. Fue solamente uno y éste era José Engling. Parecía estar dotado de un instinto especial que le permitía saber cuándo sucedía algo grande y sobrenatural. No en vano intuía que tras la nueva fundación estaba el trabajo del P. Espiritual, lo cual era causa suficiente para que él y sus amigos se interesaran.

El 18 de octubre de 1914, el domingo siguiente a su vuelta de vacaciones, se reuniría por primera vez la Congregación Mariana en la Capillita. En esa oportunidad tuvo lugar un acontecimiento cuyo alcance mucho más tarde debía salir a luz. El P. Espiritual les dio una conferencia, que en el futuro de la Historia del Movimiento Schoenstattiano, se llamaría Acta de Fundación. En esta conferencia dio a conocer a la juventud que le escuchaba, un plan atrevido, en la cual resumió lo estudiado hacía varias semanas y que tan honda comprensión encontró en los miembros de la Congregación. Los congregantes probarían su amor mariano ante todo, por la forma como ofrecieran sus oraciones, sus trabajos y

sufrimientos de la vida diaria, su cumplimiento del deber y su educación personal, y presentarían todo esto como una ofrenda voluntaria a la Madre de Dios. Estas ofrendas si contaban con la aceptación de la Santísima Virgen, deberían transformarse en torrentes de Gracia que servirían para ayudar a construir el Reino de Dios en la tierra. Más tarde, en el lenguaje de los jóvenes, este ejercicio se denominaría "Contribuciones al Capital de Gracias de la Madre de Dios". El gran plan del P. Espiritual consistía en vincular estrechamente el ejercicio con la Capillita. La Madre de Dios debía ser "asaltada", mediante oraciones y ofrecimientos, para atraer su Trono de Gracias a la Capillita de Schoenstatt, a semejanza de lo que se había hecho en muchos otros lugares de peregrinación. Así podría unir su calidad de Depositaria de Gracias, de una manera muy especial con este lugar. Por eso debían llevarle un Capital de Gracias bastante grande para que Ella pudiese bendecir, en ese lugar, a miles y miles de congregantes. Así, mediante las Gracias de la Madre de Dios, pero también con la propia cooperación, debí ser transformada la Capillita en el Hogar Espiritual de la familia de congregantes, en el foco de sus vidas y aspiraciones. El futuro de la Congregación debería demostrar si la Madre de Dios había aceptado o no este primer ofrecimiento.

José Engling no asistió a la reunión de la Congregación Mariana del 18 de octubre de 1914, pues regresó a Schoenstatt dos semanas más tarde, cuando terminaba sus vacaciones. Con el correr del tiempo algo oyó acerca del contenido de la conferencia, probablemente relatado por el P. Espiritual, y lo que mejor comprendió de todo el plan fue la expresión característica de "Contribuciones al Capital de Gracias de la Madre de Dios". Así respondía su sentido práctico que captaba una idea o una lección, la depositaba en su corazón y la ponía de inmediato en ejecución en la vida diaria.

El entusiasmo de estas almas jóvenes por la conferencia del 18 de octubre, pronto se abrió paso en sus ánimos en los días de trabajo. Aparentemente el plan expresado en esta plática, no se mantuvo tan vivo en la conciencia de los congregantes como se podía esperar y casi parecía que se había perdido en el olvido, pero no fue así. Pasaba con él lo mismo que en la siembra. La semilla esparcida debe quedar escondida durante un tiempo en la fecunda y protectora tierra, donde vive y brota en silencio sin ser vista, para más tarde, durante su desarrollo, dejar ver su vida y crecimiento.

Mientras tanto los nuevos habitantes de la "Casa Vieja", se encontraban completamente absorbidos por la vida de hogar y por sus lecciones y como antes continuaban estudiando. Trataban de acomodarse a la pobreza reinante y esperaban que la guerra terminara pronto. La atención de los jóvenes era captada por los grandes acontecimientos de la guerra mundial y por las noticias e ilustraciones que llegaban desde los campos de batalla. Parecía que no había cabida para otros pensamientos y sucesos, ni siquiera para un recuerdo del 18 de octubre. Tampoco se notaba en las siguientes conferencias del P. Espiritual, que el consabido plan debiera jugar un papel; y menos aún en la División Media, formada por el 3er y 4º. curso, pues cambió a un tema completamente distinto. Habló de lo que preocupaba a los jóvenes: el gran momento de gigantescas luchas. La guerra mundial llegó a tener para ellos una profunda explicación. En el fondo parecía ser el comienzo de una poderosa y decisiva lucha de carácter espiritual, entablada entre el Reino de Dios en la tierra y los oscuros poderes de las tinieblas, conjuntamente con las pasiones desencadenadas. Entonces habló el P. Espiritual de los sacrificios que aquellos tiempos exigían a la joven

generación de la Iglesia. Y dando una vuelta osada, juntó todas las observaciones en una certera frase: "Nuestra época necesita Santos". Con esto no quería que se interpretara esta frase como un devoto e insignificante razonamiento, pues hablaba con gran seriedad. Debían llegar a ser verdaderamente santos, tan reales como los de la Iglesia, y les mostraba las imágenes que se honran en los altares.

Estas palabras del P. Espiritual llegaron a los jóvenes como algo sorprendente. Antes, en cualquiera situación, le habían seguido dócilmente, pero ahora titubeaban bastante en aceptar conclusiones tan repentinas y extraordinarias. Sí, querían llegar a ser verdaderos jóvenes, hombres íntegros, sacerdotes ejemplares, pero ¿santos? no, eso iba demasiado lejos. ¿Cómo el P. Espiritual podía tener pensamientos tan audaces? El, que siempre había sido un hombre tan razonable. Sin embargo, las instrucciones durante el último año habían sido distintas; antes había enardecido sus corazones impulsándolos hacia el ideal del sacerdocio y ahora, les decía que debían llegar a ser santos.

Lo que pasó por aquellos corazones, sólo Karl, el amigo de José, pudo explicarlo. Tenía una vieja Vida de Santo que le había facilitado su santo confesor. En las amarillentas páginas de este respetable libro podía apreciar lo que era un santo y cómo aparecía a los ojos de los demás. El cuadro que se grabó en la imaginación de Karl, lo describe con las siguientes palabras: "Cada vez que oigo el vocablo "Santo", aparece ante mi espíritu una figura profundamente asustadiza y seria, de rostro pálido, pómulos salientes, ojos hundidos y vestido con traje de penitente, que en la mano izquierda lleva probablemente un crucifijo, en tanto que un terrible látigo porta en la derecha". Karl no era el único que tenía semejante idea de lo que era un santo, pues otros tenían la sensación de que con este ideal se les trataba de imponer una anticuada y débil piedad, de modo que uno se transformaría en una especie de beato, condenado a pasar su vida triste y desalentado. Esto no podía exigirselos el P. Espiritual o, ¿pretendería insistir sobre ello, como lo hizo con ocasión de la introducción de la Congregación? En esa época el proyecto de la Congregación había sobreexcitado los ánimos pero, sin embargo, supo posteriormente reconquistar todos los corazones, en tanto que, mediante sus explicaciones, la Congregación había adquirido para ellos un concepto completamente nuevo que les había disipado el temor de ser institución de beatos.

Sin embargo el P. Espiritual se mantenía firme en su idea, en la que había una palabra que pasó completamente inadvertida para los sufridos oyentes: No decía "el santo", sino "el santo oportuno", para explicar luego un ideal con el cual todos finalmente se manifestaron conformes. El santo era en resumen, todo lo grande, lo fuerte, como la personalidad divinizada y sobresaliente; no lo excepcional ni las visiones o éxtasis y milagros, ni aún las penitencias poco comunes, hacían al santo. Este es el hombre de heroico amor a Dios y que pasa la prueba de fuego en las pequeñas cosas de la vida diaria. La comprensión del santo fue aclarada en la figura de San Francisco de Sales, en la cual se unían, un alma espiritual con la calidad de noble; la fina formación del erudito con la orgullosa energía del hombre apostólico y un carácter inquebrantable con una personalidad bondadosa y amable.

Las conferencias sobre el ideal del Santo hicieron en José una impresión extraordinaria. Siempre había sentido los impulsos de una fuerza y deseo indomables y le parecía que la paz sólo habría de encontrarla en un trabajo sobrehumano. Ahora sabía cuál era el objetivo de su vida, el cual tendría que alcanzar. No solamente consistía éste en ser sacerdote, como

misión de su vida, sino en ser sacerdote santo, acomodado a la época. En esos días su alma adoptó una decisión irrevocable: "¡Quiero ser santo!" Probablemente nada de importancia se nota en esta decisión, pues, ¿qué joven verdaderamente católico, que ve en el ideal del santo todo lo grande y fuerte, no podría decir algo semejante? Y ¿cuántos son aquellos que, en una hora de entusiasmo o en un momento de recogimiento, no han pronunciado también este deseo? Sin embargo, en la decisión de José había algo especial, pues la decisión que había tomado de luchar heroicamente por su ideal de santidad, adquiriría desde ese instante, un cariz que se extenderían para toda la vida. No desaparecería más de su alma. No actuaba en él como un simple deseo de un beato, sino que se mantenía por una fuerte voluntad varonil, que, más tarde aún las más difíciles pruebas de la vida militar no conseguirían quebrantar.

De las conferencias sobre el ideal del santo de ese tiempo, hubo una, durante el período de Navidad de 1914, que impresionó profundamente a José. Sentía tal plenitud por su ideal, que experimentaba la necesidad de compartir sus sentimientos con sus semejantes. Pero ¿a quién podía dirigirse? Lo que pasaba por su alma era tan sutil y tan sagrado, que una íntima reserva sellaba sus labios. Pronto hubo de comentarlo con su amigo Karl, a quien con mucho tino, le hizo la sencilla pregunta: "Dime Karl, ¿que te pareció la última conferencia?" Karl, quien ya se había sobrepuesto a su primera impresión acerca del ideal del santo, le contestó que mucho se había conmovido con las conferencias. Como ambos participaban de la misma opinión, no necesitaron de muchas palabras para ponerse de acuerdo. Hicieron una especie de alianza para luchar juntos por este alto ideal. Debían ayudarse mutuamente, amonestándose, haciéndose presente sus faltas de carácter y recordándose siempre el ideal común. José durante toda su vida se mantuvo fiel a esta unión y sólo la dejó sin efecto más tarde, en su vida de soldado.

En lo demás, las lecciones del P. Espiritual, estaban orientadas a conseguir que esta espiritualidad del ideal del santo de este tiempo, no llegara a constituir un impulso intrascendente. Se preocupaban mucho con la pregunta acerca de cómo sería ese santo moderno. No saldría a la búsqueda de cosas extraordinarias, extrañas o sorprendentes. No se hacía notar en el trabajo diario. Como única definición, volvía a su mente la frase: "Es un hombre de los más fieles cumplidores del deber". También a veces se decía: "Extraordinario en lo ordinario". (Fidelidad cumplida en cosas pequeñas). Estas últimas palabras se grabaron en tal forma y tan profundamente en lo íntimo de José, que no se le olvidaron jamás.

Dos circunstancias ayudaron a José Engling a unir íntimamente el ideal de santidad con el trabajo cotidiano. Una fue su manera más sencilla de interpretar las "Contribuciones al Capital de Gracias", a través de las cuales aprendió a ofrecer a la Madre de Dios, los deberes diarios, sacrificios, oraciones y ejercicios de santificación propia. La otra, y que le sirvió de inmensa ayuda, fue la biografía del estudiante croata jesuita Peter Barbaric; allí se narraban actos juveniles y heroicos de santificación, a los que se agregaba una extraordinaria fidelidad en las cosas pequeñas. Este ejemplo produjo una influencia tan intensa en el alma de Engling, que ahora su vida se abría, firme e imperiosamente, a un gran ideal de santo. Su contenido fue lo que más tarde se llamó en la Historia de Schoenstatt, "El Ideal del Santo del Día de Trabajo".

En la vida espiritual de José se dibujó una línea muy marcada. Bajo la dirección del P. Espiritual, profundizó en el ideal de su vocación. Las instrucciones y consejos que recibió, despertaron en él deseos de educarse, los que encaminó ordenadamente. Su vocación lo había llevado al ideal del santo, y de éste, al del santo del día de trabajo.

El congregante mariano

El 8 de diciembre de 1914, el cuarto curso fundaba, bajo la dirección del P. Espiritual, la Congregación Menor, o sea, la Congregación Mariana de la división media del Colegio. El curso de Engling comenzaba al mismo tiempo su campaña para el ingreso a la Congregación y era introducido por el prefecto de los menores en la vida y trabajos de ésta. Los candidatos se asombraron no poco al comprender lo que realmente era la Congregación y los fines que perseguía. No se trataba de una simple y beata "unión de la cintita azul", sino que de una verdadera y poderosa legión de luchadores y que en otras épocas difíciles de la historia de la Iglesia había alcanzado extraordinaria influencia. Aprendieron también a conocer sus tres poderosos fundamentos: Educación Personal, Apostolado y Piedad Mariana. Lo que más les gustó fue el Acta de Fundación y la clase de trabajo que desarrollaba.

A la cabeza de la Congregación había un Directorio o Magisterio, como también se le denominaba. Los tres primeros jefes eran elegidos por la comunidad de los congregantes, en tanto que los jefes siguientes eran elegidos por los primeros. La Congregación se dividía en dos secciones: la una Eucarística se preocupaba principalmente de la santificación propia; la otra, la misional, debía despertar el espíritu de apostolado. Ambas constituían la Piedad Mariana. La sección Eucarística se preocupaba por medio de preguntas, de la santificación propia, basándose en la vida de N.S. Jesucristo. Comprendía a su vez tres grupos: El del Sagrado Corazón, que se fundamentaba en la persona de Cristo; el de la Oración, que imitaba al Señor en la Oración, y el de la Decencia, que consideraba al hombre en general. A comienzos del año las secciones confeccionaban sus planes de trabajo, en los que reunían la materia sobre la cual versarían las conferencias que debían ser dadas y comentadas durante la semana.

La Congregación y sus organismos despertaron un interés muy comprensible en José, ya que su alma sensible se encendía rápidamente con todo lo ideal. Pronto comprendió que con esto se le abría una escuela de formación para su carácter. Su impulso natural de preocuparse por el bien de la comunidad encontraba un vasto e insospechado campo. ¿A cuál sección debía pertenecer? La pregunta no le pareció tan fácil. Su impulso hacia lo grande, hacia el incansable trabajo apostólico lo llevaba a la sección misional, pero su inclinación a la vida interior, a trabajar en la educación de su propio carácter, lo empujaba a la Eucarística. Fue esta última inclinación la que se abrió paso. Dentro de la sección Eucarística, se unió al grupo de la Decencia, lo que no era en ningún caso sorprendente. ¡Cuántas veces le habían llamado suave o ásperamente la atención sobre su físico externo! Y, qué doloroso había sido todo esto para él. Por eso decidió empezar por ahí.

Mientras ambas clases medianas se encargaban de formar y dar vida a la Congregación Menor, las conferencias del P. Espiritual se orientaban hacia un nuevo tema, que, como siempre, guardaba estrecha relación con el trabajo que los Congregantes Menores estaban realizando. Trataban justamente de lo que en esos momentos más preocupaba a la

Comunidad. Por aquel entonces, en la primavera de 1915, desarrollaban principalmente la tan conocida frase "La Reina de los Congregantes". Ella, que contenía una enseñanza para la verdadera devoción a la Madre de Dios, alentaba poderosamente las almas de los Congregantes. Las conferencias del P. Espiritual habían sido para José de un profundo significado, que se adentraba cada vez en su espíritu, hasta formar parte de él. En ellas se hablaba sobre María en forma muy especial, y se describía a la Madre de Dios como Reina, que ha sido dotada con la dignidad Real de la Gracia y de la Pureza, y a quien Dios le había traspasado un Reino. Ella es la Portadora oficial de Cristo, Señora y Protectora de la Iglesia. Los Congregantes son sus Caballeros que le ayudan en sus tareas; para lo cual y ante todo, deben conquistar el sagrado terreno de su propia alma, lo que realizan eficazmente mediante la Contribuciones al Capital de Gracias. Estos pensamientos despertaban en el alma de José impulsos que le eran familiares. Lo que la Reina de los Congregantes le pedían, no era otra cosa que la lucha por el ideal del santo contemporáneo, con el cual José se identificaba plenamente.

Pronto el P. Espiritual trató el tema enfocándolo desde otro punto de vista: María la Madre Auxiliadora de los Congregantes. Pero ello reunía todas las experiencias y sucesos del corazón de sus oyentes y repasaba con ellos el desarrollo de sus luchas interiores. Entonces comprendieron cuántas veces se habían rendido ante las enormes dificultades, cuántas habían flaqueado a causa de sus débiles voluntades y habían sido vencidos por torcidas inclinaciones y pecados. José, entonces, pasó revista por el campo de batalla de su corazón, y tuvo que reconocer que la ira le había sacudido muchas veces y que otras tantas, los caprichos y disposiciones de ánimo le había dominado. Cuando miraba hacia su alto ideal y luego volvía su vista hacia sus faltas y debilidades, un profundo sentimiento de impotencia se apoderaba de él, y el desaliento parecía aplastarlo. Entonces, en el desarrollo de las Conferencias, aparecía la Madre de Dios como la más comprensiva y bondadosa Auxiliadora; y pudo ver cómo intercedía la Virgen y cómo había guiado hacia la santidad a los débiles hijos de Dios. También Ella quería hacer de los Congregantes, instrumentos útiles a Dios, y por lo tanto él se entregaba totalmente a su servicio. En esta relación se oía frecuentemente la frase: "Marie specialiter mancipatus". (Completa entrega a la Madre de Dios). Era lo expresado en un documento pontificio sobre las Congregaciones Marianas.

Las conferencias acerca de María producían en el alma de José un efecto similar al que dejaron las conferencias sobre el ideal del santo, en cuya oportunidad tomó una decisión irrevocable: "Yo quiero llegar a ser Santo". En igual forma, ahora decía: "Entro al servicio de la Madre de Dios, a quien pertenezco totalmente". Así, la lucha por el ideal del santo y el total abandono al servicio de la Reina de los Congregantes, se fundieron en unidad indisoluble. El solemne sello de la nueva y profunda resolución, iba a ser la consagración de su ingreso a la Congregación.

Poco antes de la Pascua de 1915, el Magisterio de los Menores se reunía para una importante deliberación: los candidatos del tercer curso debían ser solemnemente admitidos el Domingo de Resurrección, por lo que les correspondía decidir a quiénes deberían aceptar. Entre los candidatos reinaba gran expectación. Como esta determinación presentaba algunas dificultades, se acordó solicitar la ayuda de dos juiciosos candidatos, elección que recayó en José Engling y Hans Wormer. Contra esta designación, nada tenían que objetar los candidatos, pues era garantía de que resultaría un fallo justo. Sin embargo, las resoluciones

del Magisterio produjeron gran desilusión en algunos, pues se había hecho una estricta selección, dejando fuera a algunos que ya se consideraban seguros.

El 11 de abril se reunió la Congregación Menor en la Capillita para la solemne admisión de los candidatos. El P. Espiritual, explicó en una conferencia, el sentido de la Consagración a la Madre de Dios. En la oración en que ésta se efectuaba, había dos frases que llamaron profundamente la atención: "Ego te hodie in Dominan, Advocatam et Matrem meam; tuere me srvm clientem et filium tuum". (Hoy te elijo por mi Señora, Abogada y Madre mía; protege ahora a tu siervo, tu protegido y tu hijo). Esta era la breve fórmula con la cual se cerró la Alianza de Amor entre los Congregantes y la Madre de Dios. Para José Engling esta Alianza tenía un sólo significado, que consistía en la unión indisoluble al servicio y honra de la Madre de Dios. El confiaba que Ella haría su parte en esta unión, ya que por ser su Abogada le daría las fuerzas necesarias y le transformaría en un santo contemporáneo.

Los candidatos rezaron la oración de consagración, lo que produjo en los Congregantes una profunda emoción. Entonces se acercaron a la bandera de la Congregación y colocando sobre ella su mano derecha, dijo cada uno: "Esta es la bandera que he escogido, no la abandonaré jamás, lo prometo por María". Más de alguno pronunció estas palabras con el corazón palpitante y la voz temblorosa. Otros, estaban tan conmovidos, que apenas les brotaban las palabras de sus gargantas, o casi no podían pronunciar bien la frase.

Más o menos dos semanas después de la fiesta de la admisión, los miembros de la Congregación Menor tuvieron una grata sorpresa al penetrar a la Capillita: en la pared del coro colgaba el cuadro de María, que había sido puesto allí por los integrantes de la Congregación Mayor. Esta idea de engalanar la Capillita con el cuadro de la Madre, no era nueva, pues si había de ser la Patria de los Congregantes, naturalmente debía contar con el cuadro de su Reina. Uno de los alumnos de los cursos superiores había escrito una carta a una conocida pintora, para pedirle que pintara un cuadro de la Virgen, pero dicha carta nunca se cursó, pues con perfecta razón se preguntaban que de dónde podía la Congregación obtener dinero para pagar el valor de un original. Entonces, inesperadamente, llegó un ofrecimiento del profesor Huggler, un eclesiástico y profesor del internado, quien había visto en Freiburg i. B., en casa de un anticuario, un hermoso cuadro de María, y quería obsequiarlo a la Congregación. Un día recibieron el regalo, que a algunos no les gustó, pues lo encontraban muy oriental. Les habría agradado más una Madonna al estilo y usanza alemana, pero no se podía herir con una negativa al bien intencionado obsequiador. Entonces lo colocaron en la Capillita y no se preocuparon más del valor artístico del cuadro.

No tardó mucho en oírse de labios de los componentes de la Congregación Mayor, el nombre que le habían puesto a la imagen, que era el de la Madre Tres Veces Admirable, nombre bastante solemne y con el que se le veneraba en la Capillita. Entre los jóvenes reinaba gran curiosidad por conocer las razones que los Mayores habían tenido para adoptar este nombre tan notable. Este tenía un significado especial y se originaba en un libro llamado "El Padre René y sus Conferencias sobre María", el que no hacía mucho tiempo había caído en manos del Padre Espiritual, de donde había pasado a las de los Congregantes de la Sección Mayor. En este libro se narraba la historia de la Congregación de los Estudiantes de Ingolstadt, en el siglo XVII, que bajo la santa dirección del padre jesuita René, había llegado a ser una verdadera escuela de dirigentes. Durante el tiempo tormentoso de la guerra, salió de ella un floreciente movimiento de renovación, que llegó

hasta la tierra bávara. Los Congregantes de Ingolstadt veneraban a la Madre de Dios bajo el título de "Madre tres Veces Admirable". Que una comunidad de jóvenes idealista, bajo la especial dirección de la Madre de Dios pudieran ser portadores y luchadores de un movimiento religioso de renovación, ¿no era un ejemplo arrebatador para los Congregantes de Schoenstatt? ¿No querían ellos, tal vez, llegar a ser también una escuela de dirigentes, bajo la especial protección de la Madre del Salvador, para más tarde como sacerdotes, librar la batalla de Dios? ¿No era por consiguiente más acertado, dar al recién adquirido cuadro de María, el nombre de M.T.A.? Todo esto serviría para que siempre recordaran aquel cuadro que tanta impresión les causara. La referencia al cuadro de Ingolstadt debía llegar a ser de gran significación para el desarrollo de la Congregación.

José desarrolla un plan de lucha

A principios de diciembre de 1915, se desarrollaban en Schoenstatt los Ejercicios anuales. José pasaba esos días de recogimiento y oración con gran interés y visible aprovechamiento. Esta vez, sin embargo, se mostraba muy pensativo. ¿Sería acaso que las conferencias sobre las verdades eternas le habían conmovido profundamente? En efecto, ellas le habían impresionado fuertemente, pero su alma estaba dominada por otro sentimiento. El último año había estado lleno de acontecimientos y todo lo que le había sucedido en su vida interior, parecía resurgir de golpe en esos días de tranquilidad. Una confusión de pensamientos y sensaciones se agolpaban en su alma, por lo que consideró que debía, antes que nada, ordenar todo aquello; y para obtener un mejor resultado, hacerlo por escrito.

Ahí le vemos, pues, pensativo, ante su escritorio con una pequeña libreta. Escucha atentamente en su interior para poder captar el sentido que han tenido los sucesos de los últimos meses. Ya lo ha conseguido, y lentamente, con mucho cuidado, escribe en su cuadernito la siguiente frase "Quiero ser santo". Luego sigue pensando: "¿Cómo era la visión del santo que tenía ante sus ojos?" Ya la tenía bien clara; el santo debía sentir un impulso hacia lo más grande y estar dotado, además, de una capacidad sobrehumana para cumplir su objetivo. Debía también ser radical, tener osadía y marchar hacia lo excelso. Entonces anota una segunda frase: "Dios mío, haz que muera antes de que Te ofenda con un pecado venial". En esta segunda frase se manifiesta un hecho más profundo aún que su impulso hacia lo grande y absoluto. La misteriosa obra de la gracia le había dado una fina percepción de la santidad de Dios y asimismo le había iluminado acerca de la perversidad del pecado.

José buscaba los signos del ideal del santo que más le sobrecogían, y entre ellos encontró algo nuevo: Deseaba darse al servicio de la Madre de Dios de Schoenstatt, consumirse enteramente en Ella, y para expresarlo, tenía en su mente una frase predilecta: "Marie specialiter mancipatus" (Propiedad especial de la Madre de Dios), de la que ahora se acordaba. ¿Y cómo debía realizarse la lucha por el Reino de la Madre de Schoenstatt? No debía ser en forma forzada y bulliciosa, eso no estaba en su naturaleza. Su buen corazón y sus impulsos por ayudar al prójimo lo llevaba en otra dirección; pues quería servir a los demás, trabajar silenciosamente y así ganar sus corazones, San Pablo lo expresaba con muy bellas palabras: "Omnibus omnia". Ser todo para Todos. Por tercera vez tomó la pluma y escribió: "Volo omnibus omnia fieri, Mariae specialiter mancipatus" (Quiero ser todo para todos y enteramente entregado a la Madre de Dios). La frase agregada "la Madre de Dios" debía recordarle su consagración a María. Añadió entonces una cuarta frase: "Quiero ser

concienzudo hasta en lo más pequeño ". La fidelidad en lo pequeño, la señal del santo del día de trabajo no debía ser desestimada. Y para esto tenía el recuerdo de Peter Barbaric. Además las cosas pequeñas de la vida diaria, le hacían contribuir al Capital de Gracias de la Madre de Dios, como medio de conseguir la santidad a través de las cosas pequeñas.

Ahora tenía cuatro frases muy definidas en su cuadernito que para él constituían como la base de un gran plan de vida, por las que en el futuro debía regirse. Cada frase contenía un programa completo, lo que comprobaba cada vez que las leía. Pero no quería que quedaran como un vago presentimiento, sino que quería clarificarlas: y para ello, empezó a desmenuzarlas, transformándolas en preguntas y respuestas. El entendía que las dos primeras encerraban una aspiración sin tregua, un trabajo tenaz en la formación de su carácter, el verdadero cuidado en sus oraciones. Así había sido siempre en su vida, dotado de un incansable espíritu de trabajo no quería estar ocioso en parte alguna. Su paciente y alegre espíritu de trabajo buscaba ser satisfecho en los deberes cotidianos, y su alma generosa era insaciable en el progreso de su vida interior.

De pronto, y sin influencia exterior, invadieron su mente las siguientes preguntas relacionadas con la primera frase: "¿He comprendido siempre mi fin? ¿He persistido siempre en mi lucha hacia la perfección? ¿Me he perfeccionado a través de mis confesiones? ¿He hecho perfectamente mis actos de conciencia? ¿Cómo he practicado mi propósito particular? ¿Cómo han sido mis oraciones? ¿Me dominé siempre en la mesa al medio día y en las horas de comida? ¿He hecho sacrificios voluntarios? ¿Me han sido muy notables los pecados de otros o cada una de sus imperfecciones? ¿He seguido siempre los dictados de mi conciencia?"

El análisis de la tercera frase adquirió contornos especiales: "Ser todo para todos". Después de algunas preguntas sobre el buen ejemplo continuó: ¿Quitó a algunos el gusto por la vida en común? ¿He ofendido a algunos en particular? ¿Cometí alguna injusticia o hice algún daño? ¿Fui grosero o gruñón alguna vez? ¿Molesté a alguien durante los estudios? ¿Supe sobrellevar de buen modo las faltas de mis compañeros y de esta manera, observé las reglas de convivencia? ¿Tuve mucho tiempo libre? ¿Ayudé a otros en sus estudios? ¿Hice sacrificios voluntarios por ellos? ¿Trataba siempre de adelantarme a sus deseos? He cumplido con todo lo que me han solicitado? Tuve tiempo para atender a otros en sus aflicciones íntimas? ¿Sufrí con ellos? ¿Busqué modo de consolarlos? ¿Supe atraer el interés de los demás? ¿Realicé actos de apostolado con mis compañeros donde podía hacerlo? ¿Cómo fue mi comportamiento con mis superiores, con mis profesores? ¿Los quería? ¿Fui obediente? ¿Recé por ellos? ¿Les consideré como representantes de Dios? ¿He producido alguna pena a mis padres? ¿He rezado por ellos? ¿Les he ayudado en la educación de mis hermanos? ¿Fui agradecido con cada uno de ellos? ¿Fui siempre atento? ¿Contribuí a darles alegría? ¿He sido completamente desinteresado?"

¿Por qué desarrolló tan completamente la tercera frase? Esto tenía su explicación: su confiado y siempre bien dispuesto amor era su fuerza, el fundamento de su alma y lo que le proporcionaba la mayoría de sus ideas. Además, en este terreno contaba con gran experiencia, la que en el futuro constituiría el poder dominante de su vida interior.

Con la cuarta frase que trataba de la fidelidad en las cosas pequeñas, continuó como en las anteriores. Ahora le correspondía enfocar los deberes diarios en todos sus aspectos. Las preguntas trataban entre otras cosas, del orden en el Colegio.

"¿Me levanté siempre inmediatamente? ¿Estuve siempre puntualmente en todas partes? O, también trataban acerca de su comportamiento en la sala de estudio, preguntándose, si por dar el ejemplo había cumplido con el silencio establecido o si en los recreos salía inmediatamente de la sala. En otras preguntas se preocupaba de cómo había participado en las clases. Así se podía leer:" ¿Se me escapó alguna palabra en el Colegio? ¿Estudí por igual todos los ramos? ¿Traté de aprovechar cada oportunidad para adelantar más? ¿Qué hice en este sentido? ¿Perdí algunos minutos?", etc.

Después que tuvo estas cuatro frases desmenuzadas en la forma que se señala, pudo respirar libremente. Ya había introducido orden en la agitada confusión de su alma, y ante él tenía un gran plan de lucha, que compenetraba toda su vida y le llevaba a un objetivo que no se podía abandonar. Aún le quedaba una pregunta por hacerse y era: ¿cómo podía arreglárselas para que su hermoso plan de lucha tomara vida en la realización de sus diarias tareas? Después de los escrito, no podía descansar, pues tendría que meditar profundamente para así poder comparar la forma en que ejecutaba sus diarios deberes con lo que establecía el desarrollo del plan. Con decisión anotó en su cuadernito el propósito de hacer por escrito cada mes su examen de conciencia para así poder comprobar cómo le había dado cumplimiento. Con esto parecía que su plan de lucha estaba completo. Las semanas siguientes se encargarían de demostrar si él valía algo.

Más o menos cuatro semanas más tarde, durante las vacaciones de Navidad, se encontraba nuevamente con su cuadernito ante él. Estaba ocupado en hacer una renovación de sus ejercicios de tres días, y por supuesto que la pregunta sobre su plan de lucha desempeñaba un papel preponderante. Examinó su vida interior y anotó el resultado, con el que no quedó muy contento. Su plan estaba bien, pero, ¡cuántas veces lo había olvidado en medio de las exigencias de las cosas de cada día! Debía pues dar más de sí mismo.

De pronto una idea a su mente: ¿para qué estaba entonces la confesión semanal? ¡Ah, la confesión! Como todos los jóvenes tenía con ella gran dificultad. Desde su niñez, profesaba verdadero horror al pecado, por pequeño que fuera, y con el correr de los años este sentimiento se agudizó y profundizó más aún su alma. Por esto, cuando escribió en su plan de lucha el deseo de preferir la muerte antes de herir a Dios con el pecado, por muy venial que fuera, no se trataba de pura retórica y palabrería sino que de un estado de evolución ya adquirido. Consideraba que el tener que arrepentirse o confesarse de las faltas sorpresivas o debilidades cometidas, era una necesidad imperiosa de su corazón. Pero cuando revisaba los Diez Mandamientos, siempre llegaba a las mismas conclusiones: No se concentraba en las oraciones; era impaciente con los demás; demostraba despreocupación. Así más o menos era siempre la misma canción que debía repetir semanalmente al confesarse, lo que pronto se transformó en rutina. Tampoco el arrepentimiento y el propósito le llegaban muy al fondo del corazón, a pesar de haber resuelto hacer bien la confesión. Sin embargo nada había hecho al respecto hasta ahora. ¿Cómo sería, pensaba José, si de mi plan de lucha hiciera una ejemplar confesión? En ese caso debería incluirlo e su examen de conciencia, y entonces la confesión llegaría a ser un asunto personal en lugar de la rutina acerca de los Diez Mandamientos. En el futuro, durante su examen de conciencia, su pregunta no sería:

"¿cómo he faltado contra los Diez Mandamientos de Dios? Sino que se le agregaría una nueva interrogación que dijera "¿cómo he seguido los llamados de Dios, que se hace notar en mi ideal personal de vida y en las sugerencias sobrecogedoras del plan de lucha?" Este pensamiento encontró su aprobación, por lo que luego escribió en su librito el propósito de leer el plan de lucha antes de cada confesión. Tal como más tarde aseguran sus notas, cumplió casi siempre con este propósito.

Cuando José unió su plan de acción a su confesión semanal, se produjo una importante novedad en su lucha consigo mismo. Más adelante, cuando sometía a prueba a su ser interior y examinaba su conciencia, lo hacía utilizando otras formas de apreciación, pues se juzgaba no solamente desde el punto de vista del sentido del deber, a lo cual hasta entonces se había atendido, sino que ahora consideraba el grado de heroísmo que empleaba en los actos ejecutados por su propia voluntad. La vida de Cristo se proyectaba sobre la lucha de los héroes por su religiosidad y no solamente por el cumplimiento con los Mandamientos de la Ley de Dios. Se preocupaba profundamente de sí mismo, sin fijarse tanto en su propio yo. Su mirada no se enredaba tanto en sus defectos y faltas personales para quedarse en eso y sentirse por ello angustiado, pues toda su alma estaba dominada por un alto ideal de vida que vibraba por cosas más grandes. A la luz de este gran ideal, se destacaban hasta las más pequeñas debilidades, de modo que no sólo reconocía el pecado sino que toda infidelidad que se interponía a las exigencias de su ideal. Bajo la influencia de este nuevo modo de pensar, crecería notablemente el digno impulso de su alma y se afinaría más la delicadeza de su conciencia.

Es así como en adelante su aspiración se orientaría a tres ideas conjuntas: un claro y preciso ideal de vida; la adaptación de su vida diaria a su plan de lucha; y el examen de conciencia aplicado a éste, en cada confesión. A pesar de todo, su plan no podía considerarlo completo. Hasta ahora, había estado acostumbrado a un propósito especial o a practicar el así denominado propósito particular, el cual destacaba aquellas faltas que más trabajo le daban y le hacía ejercer sobre ellas todo su control y dedicarles la mayor atención. Hacía más de un año que su propósito particular se había profundizado; pero ¿cómo debía ahora reanudar este acostumbrado ejercicio en su nuevo campo de lucha? Pronto supo a qué atenerse. Se había dado cuenta desde un principio que los numerosos propósitos que se fijaba no podían ser realizados de una sola vez en el plan que se había trazado, por lo que debería actuar con orden, dedicándose a un propósito después de otro. De este modo debería trabajar en su propósito particular. El plan de lucha no era sino un solo e inagotable programa, del cual se iría tomando, según las necesidades, el objeto del propósito particular. De esta manera, con el tiempo podría poner en ejecución todo el plan. Tiempo atrás había anotado los siguientes ejercicios personales en el orden de importancia que se indica: "Vida de oración, postura, modales, conversación, religiosidad, relaciones con los compañeros de estudio y adopción de una actitud servicial hacia ellos; consideración, participación, alegría en el sacrificio, serenidad, arte de entretener, trabajo para la Congregación".

Su propósito particular debía llegar a ser el punto central del examen de conciencia, que a su vez sería la base de su confesión semanal. Para poder hacerla perfectamente, decidió anotar diariamente cómo había realizado su examen de conciencia. Al fin pudo considerar que su plan de lucha estaba listo, a la cabeza del cual se encontraba su ideal de vida. Su diaria aplicación le facilitaría su plan de lucha. Además, todo esto era un reflejo de su confesión privada que hacía mediante el examen de conciencia diario y que trasladaba a su

confesión semanal. El punto central del plan de lucha estaba en su propósito particular, del cual llevaba un control por escrito.

¿Y cómo se le presentaría la lucha? José la describiría personalmente.

No obstante que se acostaba cansado en su saco de paja, siempre meditaba antes de dormirse acerca de los acontecimientos del día; y en una noche como éstas se le ocurrió la siguiente idea: "¿Cómo sería si llevara un diario y dejara por escrito todo aquello que impresione particularmente a mi alma?" Al día siguiente empezó a efectuar sus anotaciones. De este modo se transformó en relator y nos dio a conocer lo que sucedía en el campo de batalla de su propio corazón. Y así, por su naturaleza honrada y dotada de una visión ingenua y observadora, llegó a ser un relator sincero de su propia vida.

SURGE SU IDEAL PERSONAL

Hacía ya tres meses que José había puesto en práctica su plan de lucha y varias veces había pasado revista a su campo de batalla y examinado el resultado de sus afanes. ¿Había ya conseguido dominarse y formarse de tal manera que los acontecimientos diarios con todos sus pequeños deberes y sucesos, estuvieran subordinados a las exigencias de su plan ya expuesto? Cuando meditaba acerca de esta pregunta, no quedaba del todo satisfecho consigo mismo. ¿Acaso no debía reconocer que los últimos meses había sido una cadena llena de fracasos? Por lo menos a él le parecía así. Desde que descubriera que su plan de lucha era un reflejo fiel de su confesión, a la vez que de su examen de conciencia, se le habían abierto los ojos en forma que ahora constataban cuán lleno de faltas estaba. Como la medida de sus faltas era su alto ideal, sentía que éstas pesaban en su conciencia.

Fue por esto que apareció en su plan de lucha el solemne juramento de "preferir la muerte antes que cometer un pecado venial". ¿Y cómo se había comportado últimamente? Ya no se acordaba cómo se habían desarrollado los acontecimientos, pero de lo que sí se acordaba, era que había mentido dos veces. Esto le había sucedido muy de improviso, sin que pudiera darse cuenta. Entonces muy conmovidos escribió en su diario: "¡Dios ha sido nuevamente herido!" "¡Madre, consígueme el perdón!" Aún hoy sentía que el arrepentimiento por su falta, quemaba su alma. ¿Y las otras exigencias de su plan? ¿Cómo seguía, por ejemplo, su propósito particular, si se considera que era el punto central de la lucha?

Quería hacerse el propósito de hacer en las últimas semanas una vida de oración muy perfecta. Los ejercicios piadosos durante el día, sobre todo la Santa Misa, la hora de adoración y las oraciones de la mañana y de la noche, debían ser hechos con gran recogimiento. La forma en que cumplía su propósito particular se podía apreciar en su diario examen de conciencia, ya que había adoptado la costumbre de hacerlo todas las tardes por escrito. No le iba mejor en su estudio diario. Ante sus ojos brillaba la meta: "Ser un sacerdote santo y sabio", pero, qué lentos le resultaban esos estudios, pues muchas veces no alcanzaba siquiera a terminar sus tareas. Quería llegar a ser un maestro en su idioma, pero, ¡qué difícil le resultaba esta materia! A pesar de los ejercicios de lingüística que hacía diariamente, con el fin de vencer sus dificultades de pronunciación no notaba progreso que asegurara su mejoramiento. "Ser todo para todos", su alto ideal y propósito favorito para conquistar el corazón de sus compañeros, para atraerlos a la gran obra de la Madre de Dios;

y sin embargo, ¡era tan poco asequible para con los demás! Se daba cuenta de cuánto se burlaba de él. Cuántas veces trató de mantener una postura derecha, cuántas estudió las reglas de urbanidad, y ¡cuán poco progresaba, a pesar de todos sus esfuerzos!

Había momentos en que la sensación de descontento consigo mismo se hacía aplastante. ¡Qué juego maravilloso de poderes misteriosos se habían desarrollado en su alma en el curso de las últimas semanas! Sus sentimientos subían y bajaban como el flujo y reflujo de las mareas, semejante a lo que dice el poeta: "¡Jubiloso hasta el cielo, apenado hasta la muerte!" Repasaba las hojas con sus anotaciones y encontraba los contrastes más desconcertantes. A comienzos de Febrero, por ejemplo, a través de sus notas se podía leer el renacimiento de su celo, en un trabajo activo en la Congregación; en tanto que, una semana más tarde, se leía un informe sobre sus inclinaciones, demostrando cómo había perdido todo interés y se sentía enfadado y descontento. Poco tiempo después cambiaba el cuadro, lo que hacía que esos días pudieran llamarse días de Gracia. Sí, se acordaba perfectamente con qué claridad se había presentado ante su alma el ideal de su vida. El deseo de llegar a ser un hombre maduro sacudió su interior. En su diario podía verse que deseaba hacer algo sobrehumano por la Iglesia y por la Ciencia. En momento de gran elevación en sus sentimientos espirituales, había escrito esas líneas, pero ¿y una semana más tarde? El 18 de Febrero de 1916 se leía: "Ayer y hoy me he sentido lleno de una fogosa aspiración y sin embargo, ahora estoy poseído de mal humor, causado por pequeñeces". Así sucedía de un día a otro. Los zigzagueantes sentimientos le envolvían y le producían caprichosos cambios, que le impedían comprenderse a sí mismo. José sufría dolorosamente ante el abismo que mediaba entre su alto ideal y los hechos que acusaban su minucioso examen de conciencia. Si meditaba sobre sus fracasos, sufría entonces un desaliento paralizador y si dejaba que éste se profundizara, era juguete de un verdadero remolino de sentimientos que lo lanzaba de un lado para otro, trayendo consecuencias peores. Se sentía entonces como si no tuviera tierra firme bajo sus pies. Y con estos antecedentes, ¿debía creer en su alto ideal, ver en él su razón de ser, y que el Reino de la Madre de las Gracias se extendiera por el mundo? Muchos de sus compañeros no parecían preocuparse de que así fuese. ¡Qué talento tenía Hans Wormer y Esser, con los demás! Pero, ¿y él? ... Ahora, ¿qué debía hacer? ¿Debería abandonar su ideal? No, contra esto se rebelaba su fuero interno, pero tampoco podía creer en su ideal. Se lo impedía un sentimiento de profunda debilidad. ¿No había, por casualidad, otra salida en esta aflicción?

De pronto se acordó de una conferencia que el P. Espiritual había dado en la Capillita hacía muchas semanas. Tanto le había gustado que anotó en su diario los pensamientos de fondo. El contenido de la conferencia era más o menos así: "El Hijo de Dios realiza en la tierra su plan de Santidad mediante la ayuda de las criaturas, y el mayor trabajo que esto demanda se lo ha traspasado a su querida Madre. Y así, su misión oficial ha sido dar a luz a Cristo y ser protectora de la Iglesia. Para cumplir su encargo necesita de instrumentos; por eso, ¿a quién elegirá por su poder de intercesión? Seguramente a los Congregantes, pues en el día de la Consagración celebró con ellos una Alianza de Amor. El Congregante se pone a su disposición y Ella ha de alcanzarle su Gracia, para llegar a ser un instrumento de Dios. Los Congregantes han hecho con su Alianza de Amor una especial primera consagración, mediante la cual se comprometen a entregar sus oraciones y sacrificios a la Madre de Dios, para que así Schoenstatt llegue a ser un segundo Ingolstadt. ¿Habrán aceptado en este sentido la Madre de Dios, la consagración de los Congregantes? El futuro lo demostrará. El

que conoce la bendición de la Gracia, que hasta ahora ha descendido visiblemente sobre la Congregación, se inclina a aceptarla. De todos modos la Madre de Dios no se deja ganar en generosidad. Así, si nos entregamos con todas nuestras fuerzas a su causa, entonces Ella hará de instrumentos inútiles, algo grande".

¿Acaso no le mostraba estos pensamientos el camino que debía seguir para salir del aprieto en que se hallaba? Efectivamente, fueron de gran ayuda y pudo comprobar que lo que el P. Espiritual decía era muy cierto. ¿Podía dudar entonces de que la Madre de Dios hubiera aceptado su consagración de congregante y que también lo hubiese aceptado en la Alianza de Amor que Ella celebró con la Congregación el 18 de Octubre de 1914? Dudar habría sido desconfiar de su cuidado y amor de Madre. Todo esto, demostraba que debía ponerse enteramente al amparo de la Madre de Dios. Ella le haría capaz para llevar a cabo su vocación, le haría tomar parte en la realización de su obra, a pesar de su debilidad. ¿Cómo lo haría? No lo sabía, pero sí, que debía entregarse enteramente a quien quería seguir ciegamente. Hacía ya algunos meses que estos pensamientos pasaban por su mente. En aquella época escribió en su diario: "Yo quiero y debo ser un gran hombre en toda la extensión de la palabra. Mi Madre no puede negármelo, pues me he consagrado enteramente a Ella y me ha colocado a la cabeza de sus escogidos. El Salvador no puede negarse a los ruegos de su Madre".

Ya con plena confianza en la Madre de Dios, sintió que la tierra se afirmaba bajo sus pies. Ahora tenía tranquilidad interior. Al mismo tiempo se produjo un profundo cambio en el conocimiento de sus fuerzas, pues había abandonado completamente la seguridad que tenía en el poder de ellas en los últimos meses; y por el contrario, se afirmaba cada vez más profundamente en la confianza ilimitada que tenía en la Madre de las Gracias de Schoenstatt. Esto daba a su idealismo, y así lo sentía, una inspiración más clara y una mayor fuerza de voluntad.

¡Qué bueno había sido haber seguido el consejo de su confesor en el sentido de cambiar el objeto de su propósito particular! Desde entonces leía diariamente algo acerca de la Madre de Dios, y para profundizar más lo que leía, trataba de conversar sobre el tema con sus mejores amigos y compañeros de acción. Descubrió que durante las últimas semanas y bajo la influencia de sus lecturas, brotaba en su alma una tierna confianza que poco a poco se iba abriendo camino. Desde que se entregara más ciega y completamente a la Madre de Dios, sentía como si su alma hubiera sido tocada por una varita mágica. Un apego agradecido y un amor íntimo aparecieron en su corazón, de modo que un tierno y primaveral amor Mariano lo envolvía. Toda la riqueza de lo más profundo de su corazón parecía haberse despertado y lo impulsaba hacia su Madre Celestial, Sí; ya no soltaría más su mano, pues se sentía como un niño custodiado por su Madre. Se sentía tan traspasado por este sentimiento, que la lucha que había librado consigo mismo, lo unía más a su Persona. Para el futuro se había impuesto como propósito particular, la lucha contra las disposiciones negativas de su ánimo. Pero su propósito ya no sólo era "quiero luchar contra las malas disposiciones de ánimo", pues en su diario podía leerse: "para que mis sentimientos no perturben mi trabajo, lucharé contra ellos y pondré ante mí, tres veces al día, la amabilidad de la Madre Celestial". Pero esto no era suficiente: más de una vez al día, se dirigía al Santuario de la Reina de los Congregantes para saludarla y permanecer con Ella en las oraciones. ¿Qué más podía hacer para aumentar el fuego del amor en su corazón? Se acordó de pronto que

Marzo era el mes de San José, su Santo Patrono, y decidió de inmediato dedicarle una oración cada día y por este medio pedirle una unión más íntima con la Madre de Dios. Siguió en su búsqueda y resolvió que Ella sería la absoluta soberana de su corazón. Además, ¿no sería posible sellar esta unión tan pura mediante un signo externo? Pronto encontró lo que podía ser dicho signo: el voto de la santa pureza. El 12 de Marzo de 1916 ofrecía por primera vez a su Madre Celestial el voto de pureza virginal. Le podía ofrecer además su corazón que hasta ese momento no había sido tocado por pecado grave. Su voto lo renovaba y extendía de confesión a confesión, y hasta su muerte lo cumplió, sin haberlo quebrantado. Su Señora Celestial le alcanzó la Gracia de no sufrir luchas por este motivo.

El momento culminante de su inflamado amor a María se produjo en el mes de Mayo. Meditando en los últimos días de Abril, acerca de cómo podía venerar a la Reina de Mayo, tuvo una buena ocurrencia.

El despertar de la primavera en la naturaleza, creada por Dios, le dio la idea de transformar el terreno sagrado de su alma, en su florido jardín de María. Tomó un papel grande y escribió:

"Florescencia de Mayo" del jardín de mi corazón, puesto a los pies de la Reina de Mayo en Su mes de 1916.

Madre, sea a Tí consagrado el jardín de mi corazón. Para Tí lo voy a plantar y cuidar:

I. La "Rosa del Amor y de la Consideración". Quisiera también que esa Rosa se Te asemeje. ¡Oh Madre! Así como la Rosa es la reina de las flores, así también sé Tú, Reina de mi corazón. Para Tí, Reina mí, sean mis sacrificios gratuitos, puestos a tu entera disposición, y en especial:

1. Actos de ofrecimiento a Tí.
2. Estímulo en Tu honor.
3. Lectura sobre Tí.
4. Conversaciones sobre Tí.
5. Saluciones a Tu cuadro.
6. Visita a la Capilla de la Congregación.
7. Rosario.
8. Comunión.
9. Comunión espiritual.
10. Actos de apostolado.
11. Hacerte el punto central del día.
12. Jaculatorias.

II. El "No me olvides" de la fidelidad a Tu servicio: Quiero serte fiel a través de:

1. Buen cumplimiento de las oraciones de los congregantes.
2. Preparación para las reuniones.
3. Atención en las lecturas espirituales.
4. Estudio profundo.
5. Silencio en la sala de estudio.
6. Silencio al toque de campana.
7. Hacer especialmente bien la cama.
8. Orden en el pupitre.
9. Obediencia a los impulsos de la Gracia (en la conciencia).

III. La "Violeta" de la humildad y la Modestia: Cuidaré de ella sabiendo:

1. tomar con paciencia las reprimendas.
2. Perdonar las injurias.
3. Obedecer con alegría.

IV. La "Flor de la Pasión" de la Cruz y del Amor al sacrificio: Ella se desarrollará a través de:

1. Paciente sufrimiento de los disgustos.
2. Comportamiento lleno de atenciones.
3. Cortesía.
4. Dominio de mí mismo en la mesa.
5. Buen cumplimiento con el propósito particular.
6. Lectura del libro sobre modales.
7. Lectura de los Estatutos.
8. Mostrarse

agradable. 9. Otros sacrificios.

V. El "Lirio" de la Inocencia:

1. Cuidar de los ojos, especialmente en el dormitorio. 2. Silencio en este último. 3. Rezar por la Santa Comunión".

Este sería por lo tanto, su ofrecimiento de Mayo y su homenaje de fidelidad a su querida Señora. Un programa ilimitado de pequeños sacrificios en la vida diaria para Su "Capital de Gracia". ¡Cuán ingenioso puede ser el amor! Y Mayo fue verdaderamente un mes de encanto para su joven amor. Día tras día se acercaba al jardincito de su corazón y le ofrecía un ramillete de flores. Por cada flor cultivada en el sacrificio que recogía, ponía una línea en su cuadernito, al lado del propósito que correspondía. Si se cuentan todas las líneas en el mes, se llega a la imponente suma de 1.712. Siempre se apresuraba a ir a la Capillita a visitar y saludar a la Reina de Mayo. En aquellas ocasiones rezaba con un amor Mariano tan íntimo y tan abrasador la pequeña oración que tenía al final de sus "Florescencias en Mayo":

"Madre, me entrego completamente como ofrenda a Tí: me entrego con todo mi ser y con todo lo que poseo. Madre, haz de mí lo que Tú desees. Nada quiero pedirte. Solamente déjame que te quiera y Te honre para siempre".

Mientras más ofrecía su amor Mariano, más importante tomaba la Capillita como punto central de sus pensamientos y sentimientos. El sencillo santuario parecía envolverle con un misterioso encanto, como si una fuerza irresistible le invitara a desterrarse en él. Durante el mes de Mayo iba, sin interrupción alguna, de seis a siete veces al día a visitar la Capillita de la Madre de las Gracias de Schoenstatt. ¿Sospecharía acaso que llegaría a ser el lugar de donde emanaría una fuerte corriente de gracias y el punto central de un poderoso Movimiento de Renovación? Hacía tiempo que éste era un lugar sagrado y que la madre de Dios había puesto allí su Trono. Para él significaba el símbolo de una idea atrevida y de una poderosa acción. La propia historia de su alma se había ligado íntimamente a él y todo desarrollo importante en su vida interior estaba de algún modo conectado con el pequeño Santuario. Aquí había adoptado las resoluciones que hasta ahora habían formado parte integrante de su vida. No era pues de extrañarse que el Santuario se transformara cada vez más, en su hogar espiritual y que se sintiera arraigado en él con todas las fibras de su ser. Nunca había sentido tanto como ahora, que un amor tan puro y de tanta profundidad moviera su corazón. Fue el lugar de sus horas de Tabor, en las cuales conversaba íntimamente con su Madre Celestial.

Los sábados en la tarde, dos sacristanes, alumnos de la misma clase de José, hacían una minuciosa limpieza, en la que el Santuario era aseado en conciencia y engalanado para el domingo. El suelo, con sus azules y blancas planchas, por sobre todo, debía quedar reluciente. Esto era el orgullo de los sacristanes, pero tan pronto terminaba adelante, en el banco que hacía de comulgatorio, justamente frente al cuadro de la M.T.A., para permanecer allí arrodillado durante largo rato, orando y en profunda meditación. "La piedad está bien", pensaba cada uno de los sacristanes, "pero no necesita correr tan temprano sobre el piso que recién se ha limpiado".

El sábado siguiente, apareció nuevamente José en el umbral de la puerta: "Engling, esto no puede seguir así" le dijo uno de los sacristanes, "debes esperar hasta que el piso esté completamente seco". José en tono de ruego le hizo presente que tenía los zapatos muy limpios y que él personalmente se había preocupado de limpiarlos. "Eso no importa, pues de todos modos quedarán manchas, así es que debes volver más tarde" le respondió el sacristán. "Y si entrase en la punta de los pies y diera grandes zancadas?" José continuaba rogando. Además de comprometerse a limpiar lo que se ensuciare, esperaba que lo dejaran entrar. Hacía esta petición en un tono tan confiado y seguro que los sacristanes no podían negarse. Así llegó a ser un visitante tan asiduo que con el tiempo llegaron a verlo con agrado: el porqué, nunca lo supieron, pero cuando se arrodillaba, había en su ser una confianza tan natural, que les hacía sentirse edificados.

Al tocar a su fin el mes de Mayo, nuevamente ofreció José en la Capillita a la Madre de Dios, todas las flores de sacrificios que habían acumulado durante el mes, en tanto que un ardiente deseo parecía abrasar su corazón: ¿podría llegar a ser esta región el nacimiento de una fuerte corriente de Gracias que se propagase por el mundo? En su alma se formó la oración que agregó al final de sus "Florescencias de Mayo".

"Madre, recibe en tu honor todo lo bueno que he hecho en Mayo, sobre todo, lo que tengo anotado. Todo lo he puesto a Tu libre disposición. Pero ahora, tengo un deseo que formularte: Te ruego dispongas para la realización de esta idea: que Schoenstatt llegue a ser un segundo Ingolstadt. Sin embargo, dejo a Tu entera discreción este pequeño deseo mío para que Tú hagas lo que estimes conveniente. ¡Ave María!"

El hecho de aproximarse el fin del Mes de Mayo, dio a José ocasión para dar una mirada retrospectiva a las últimas semanas, siempre en relación con su gran ideal de vida. De este modo se decía que nada o tal vez muy poco importante había hecho durante el mes de Mayo. Pero cuando profundizaba en los sucesos del último mes, le parecía que recién entonces descubría el verdadero contenido de su ideal. ¡Cómo había sacudido su alma, hasta lo más íntimo, durante este mes último, el amor tan profundo que tenía a la Madre de Dios. ¡Sentía desde entonces cómo habían aparecido en él unas fuerzas secretas de las que antes no sospechaba. Era un fuerte impulso a la entrega. Quería darse a Dios, y a la Santísima Virgen y consumirse para su Reino, como una limpia y sagrada vela destinada al sacrificio. Quería darse al prójimo y servirle desinteresadamente. Sentía como si una fuerza irresistible lo empujara a dar. Y muy claramente se daba cuenta de que todo esto había penetrado en él desde que aprendió a amar a la Reina de los Congregantes. Cuando hizo ejercicios privados en Semana Santa, sintió algo semejante. En aquél tiempo escribió en su diario, "que experimentaba en su alma, una poderosa fuerza que le impulsaba a dar".

El renacimiento de este impulso natural se había desarrollado hasta constituir una fuerza, que se había formado a través de los sucesos del mes de Mayo y que tuvo la virtud de reunir en sí mismo todo el contenido de su ideal. De este modo descubrió José que su ideal se había agrandado y que al mismo tiempo se había simplificado. Si antes hubiese deseado conocer en intensidad su ideal, habría tenido que analizarlo.

Ante él estaba su ideal de sacerdote y su ideal de Santo. En ese ideal observaba cómo el hombre vencía al pecado y se saturaba de Dios y de Cristo. Sentía, después de trabajos

sobrehumanos, el impulso hacia lo grande, a la fidelidad en lo pequeño y a la santificación del día de trabajo. También vea el amor magnánimo y lleno de confianza de la Madre de Dios, conjuntamente con el servicio desinteresado al prójimo, y por último, a la Reina de los Congregantes y a su Capillita, como imagen de una gran idea. Entonces se daba cuenta que su ideal de obligaría a un trabajo incansable para el Capital de Gracias, a fin de que la Capillita llegase a ser el verdadero Santuario de la Madre de Dios.

Desde que había adoptado su plan de lucha, trataba de unir todos los aspectos de su contenido en pocas y sencillas palabras. Las experiencias de las últimas semanas le dieron a conocer que podía reunir todas estas partes en un solo pensamiento: Omnibus omnia, Marie specialiter mancipatur (Ser todo para todos y estar enteramente entregado a la Madre de Dios). También adoptó una denominación especial para esta frase, la que llamó su "Santo y Señá". Este "Santo y Señá" podía resumir todos los sucesos de la historia de su alma durante cuatro años, en un estilo preciso e ingenioso y cuando lo recordaba parecían repercutir en su oído todos los acontecimientos de su vida. Una sola frase le mostraba la tarea original que Dios le había asignado. Todos los pensamientos y sentimientos, en lo sucesivo, debían girar alrededor de esta sola idea de su vida. Como hombre de un solo ideal, se transformó en una personalidad definida y este ideal personal consistió en "Ser todo para todos y pertenecer completamente a la Madre de Dios"

El mes de mayo de 1916, trajo a José abundantes bendiciones. Despertó y acrecentó en él un amor Mariano profundo. La confianza que tenía en la Madre de Dios le proporcionó, entre múltiples vacilaciones, la sensación de pisar tierra firme y le enseñó, además, a volver a creer en su Ideal. Pero sobre todo, fue el mes de Mayo el que le regaló el conocimiento de su Ideal Personal.

CAMPEON DE UNA GRAN CAUSA

Mientras estas importantes transformaciones tenían lugar en la vida interior de José Engling, la Congregación Mariana también había experimentado importantes cambios. Tenía mientras tanto un ideal común que se podía llamar: "Paralelo Schoenstatt-Ingolstadt". Este lema estaba íntimamente ligado con la persona de José Engling.

A comienzos de 1915, los Congregantes del tercer curso tenían una preocupación muy importante: el 4º curso iba a iniciarse en la Congregación Mayor y de sus integrantes debían salir, en tiempo oportuno, los que llenarían los importantes puestos del Magisterio. Por esta razón es que en la mente de todos se hacía presente la interrogante: ¿Quién será prefecto? La mayoría de los Congregantes propuso a José Engling, en tanto que un pequeño pero activo grupo señaló a Hans Wormer como su candidato. Decían que Hans era un ser completamente diferente del tieso y torpe Engling, a quien por lo menos, le aventajaba en presencia y estaba mejor dotado, circunstancia esta que le permitiría dar gran impulso a la causa. Hans tenía demasiada nobleza para encontrarse contento con la propaganda que se le hacía y principalmente porque ésta perjudicaba a Engling. Era muy molesto para él, el que fueran rivales, no obstante que ello lo enaltecía. Cuando llegó el 13 de Mayo, los congregantes se hicieron oír y la mayoría recayó en José Engling, que fue nombrado prefecto, y Hans Wormer, su primer ayudante.

Desde entonces se le veía muy a menudo en la pieza del P. Espiritual, para pedirle consejos acerca de la forma cómo debía ejercer un cargo de tanta responsabilidad. De sus antecesores, muy poca cosa podía obtener, porque ellos no habían sido preparados y seguramente habrían hecho de la Congregación una especie de oratorio, antes que una escuela de carácter. Pero en las conversaciones con el P. Espiritual, también se trataban otras materias que jugaban un papel muy importante. Esto permitió a José echar un vistazo a la Congregación Mayor, como asimismo a sus propios planes y meditaciones. Casi ocho meses habían pasado desde aquel memorable 18 de Octubre. ¿Qué había ocurrido con el gran plan? La Madre de Dios debía haber sido movida, por medio de las contribuciones al Capital de Gracias, a establecer su Trono de Gracias en la Capillita y convertirla en la Patria Bendita de la Familia de los Congregantes.

Un cronista podría haber relatado la vida floreciente de ambas congregaciones hablando de un creciente espíritu de adhesión al ideal del "Capital de Gracias" y del comienzo de una Primavera Mariana. ¿No podía verse en estos hechos que la Madre de Dios había aceptado aquel ofrecimiento? El plan había dormido durante muchos meses el sueño de la "Bella Durmiente del Bosque"; pero en la Congregación Mayor se había comenzado a despertar. El ejemplo de la Congregación de Ingolstadt daba al asunto un nuevo y osado aspecto y desde hacía algún tiempo se esperaba que la Madre de Dios hiciese de la Capillita el punto central de la vida de la Congregación. Confiando en Ella, ¿se podía dar otro paso más? Estaba sin duda en su poder el elegir a la Capillita como punto de partida de una renovación religiosa dirigida hacia los círculos más distantes del pueblo. En resumen, ¿no podría tal vez Schoenstatt llegar a ser un segundo Ingolstadt? En la Congregación Mayor este pensamiento ya había sido captado. Para el P. Espiritual no era prudente salir fuera de la Comunidad con un plan de alcances tan extraordinarios. La Congregación era observada, desde su fundación, desconfiadamente por todas partes. Los fines de tanta trascendencia que se proponían habrían seguramente aumentado la desconfianza y hecho aparecer nuevas tormentas. Sin que la juventud se diese cuenta disfrazó el nuevo plan con un sobrenombre, y por ello es que se hablaba de un "paralelo Schoenstatt-Ingolstadt". Esta denominación circulaba ya en las filas de los congregantes y, casualmente se hablaba acerca de ello en las prédicas. Solo algunos tenían una vaga idea de lo que esto realmente significaba.

A través de estos acontecimientos e interrogantes, José había adquirido un profundo conocimiento de algunas de las intenciones del P. Espiritual. También llegó a saber lo que este pensaba de la idea del paralelo Schoenstatt

Ingolstadt. "Si Dios verdaderamente había dispuesto que la Capillita fuese el punto central de un movimiento de renovación religiosa, sólo lo vendría a saber el grupo por los acontecimientos futuros. Hasta ahora se podía asegurar, y de buena fuente, que la Madre de Dios había bendecido especialmente a la joven Congregación, por lo que los Congregantes deberían seguir sirviéndole fielmente y entregarse con toda confianza en Sus manos".

José tenía sólo una vaga sospecha del alcance que pudiera tener el paralelo. Tampoco podía vislumbrar, por el momento, cómo llegaría a ser una realidad. ¿No podría entonces una modesta Congregación equivocarse, al tomar en sus manos una cosa de tal magnitud? Pero, ¿para qué cavilar sobre ello? Seguramente sabría dar una explicación a su debido tiempo. Pero una de estas reflexiones no quería abandonarle. Las bendiciones que la familia de congregantes hasta entonces había recibido de su pequeño Santuario parecían querer salir y

esparcirse fuera de las murallas del Internado. ¿No estaría acaso la Madre de los Congregantes, esperando que sus fieles le entregaran nuevas y mayores ofrendas para el Capital de Gracias del Pequeño Santuario? ¿Y acaso no le pedía a él que se entregase más completamente, con toda su vida poniéndola a su disposición? Tan fuertemente sacudió este pensamiento su interior, que su alma experimentó un sentimiento cual no lo había sentido antes, y nuevamente tomó una decisión que habría de cambiar profundamente el destino de su vida.

Se detuvo en el paralelo Schoenstatt

Ingolstadt, que aunque no lo comprendía en su totalidad, entendía claramente que la Reina de los Congregantes, desde la Capillita de la Congregación, quería bendecir, no solamente a ellos, sino que a círculos más amplios. También comprendía que para esto era necesario que su vida fuera un solo ofrecimiento para el Capital de Gracias, pues se sentía destinado por la Madre de Dios para cumplir una gran tarea. Debía pues, ayudar a la transformación del pequeño Santuario en un manantial de Gracias que se esparciese por la tierra para conseguir un renacimiento religioso de la época.

Este importante acontecimiento de su alma no podía permanecer sin influir en su Ideal Personal. Sin embargo, el lema para su "santo y seña" era siempre el mismo: "Ser todo para todos y estar enteramente entregado a la Madre de Dios". Pero le agregó a su contenido, sin darse cuenta según lo demuestran sus anotaciones, una nueva e importante parte vital. Cada vez que incluye en su Ideal Personal el nombre de la Madre de Dios, este adquiere un sonido especial, pues no solamente comprende allí a la Madre de Dios, en general, sino a la Madre de las Gracias de Schoenstatt que se ha dignado bajar al Santuario y transformarlo en el lugar de nacimiento de un Movimiento de Renovación.

El ejercicio del cargo de Prefecto de la Congregación, daba a José nuevos trabajos de directiva, de cuya resolución no se preocupaba demasiado ya que tampoco lo necesitaba realmente. Lo que debía vivir en la Congregación, desde hacía tiempo lo llevaba en su interior: El Ideal del Santo, un plan trazado para su educación personal, el amor a la Madre de Dios, las contribuciones al "Capital de Gracias" y la creencia en el paralelo Schoenstatt Ingolstadt. Cuando pudiera entusiasmar con esos mismos ideales a sus compañeros congregantes, se resolvería su trabajo de directiva. Así también lo creía el P. Espiritual.

José empezó valientemente bajo los fuertes impulsos interiores, a trabajar efectivamente como Prefecto de la Congregación; y lo hacía a su manera. En las reuniones de los Congregantes trataba de no sobresalir, a pesar de su cargo. No era por sí mismo, ni orador ni dirigente y además sentía que su capacidad no era como para dar enseñanza en general. Su fondo natural lo impulsaba a hacer su trabajo de alma a alma, lo que él denominaba "Apostolado Silencioso". Este sería el más largo y trabajoso camino que le conduciría a un segundo triunfo.

Siempre se le veía durante sus horas de recreo y reposo actuar en su apostolado. Sabía arreglárselas de tal manera, que siempre tenía a uno solo de los congregantes para conversarle. No siempre eran conversaciones sobre su cargo; todo salía en la conversación: el bienestar personal de cada uno los sucesos en la clase y entre medio, los asuntos de la Congregación. Por lo menos así lo hacía el principio; pronto, sin embargo, comenzó a

orientarlos hacia la meta. Entonces la conversación giraba en torno a las preguntas, de cómo debía hacerse bien un examen de conciencia, o qué significaba: "Schoenstatt debe ser un segundo Ingolstadt". Era sorprendente ver cómo sus instrucciones eran asimiladas por los jóvenes. No obstante había algunos entre ellos que eran considerados voluntariosos: desde luego, si Engling no hubiese sido tan recto y natural, ellos no se habrían doblegado ante su influencia. Pero como él vivía los ideales tan ejemplarmente, ellos se dejaban conducir con gusto, porque además, notaban claramente su voluntad noble y desinteresada. El abogaba por la causa de la Madre de las Gracias de Schoenstatt y no por la de él; deseaba hacer el bien a sus compañeros, mediante un amor recto y verdadero. Esto se manifiesta a través de su trabajo, de tal manera que nadie deseaba contradecirlo. Tampoco podían hacerlo quienes se enojaban por su estampa campesina.

El "Apostolado Silencioso" de José, que actuaba sobre los sentimientos humanos e inmediatos de sus compañeros, llevaba un marcado signo de inteligencia. Supo formarse un grupo de congregantes, que bajo su dirección, actuaban igual que él. Como colegas suyos eligió a aquellos que eran distinguidos por sus superiores y tenían una buena impresión entre sus compañeros. También tuvo éxito al juntar a los mejores talentos de ambos cursos. Así, su trabajo iba formando círculos cada vez mayores hasta abarcar toda la Comunidad y ponerla en movimiento.

Al tenaz y activo trabajo del "Apostolado Silenciosos", le estaba destinado un éxito visible.

En las últimas semanas, floreció en la Congregación un ferviente impulso de educación personal y de verdadero amor Mariano. También se notaba, cómo la vida de la comunidad se orientaba cada vez más hacia una unión final: la idea del paralelo Schoenstatt

Ingolstadt" les absorbía a todos y con intensidad cada vez mayor. La historia del alma de José parecía repetirse en la Comunidad. Era sin discusión su Director Espiritual. Su ideal personal "Ser todo para todos y pertenecer completamente a la Madre de Dios", parecía tomar vida hacia el exterior.

El florecimiento de la Congregación Menor bajo la dirección de José Engling, merece especial consideración, ya que hubo de formarse en circunstancias contrarias.

Después del primer año de guerra, debido a la falta de buenos medios de subsistencias, la alimentación y vida del pueblo germano bajaron a un nivel jamás conocido. Esta necesidad material se acentuó debido a los crudos meses de invierno. En los pobres alojamientos de "Casas Viejas" se sentía intensamente el frío; la escarcha no quería deshacerse en las ventanas del dormitorio; el agua se helaba en los lavatorios y en las salas de estudio se tiritaba de frío debido a la poca calefacción que había. Lo más grave, sin embargo, para la juventud durante su desarrollo, fue la desnutrición. Después de la guerra hubo que lamentar un sinnúmero de muertes, debido a los años de hambruna. Esta general tribulación pesaba bastante sobre los espíritus y hacía difícil preocuparse por altos ideales. Además, a esto se agregaba que en la primavera de 1916 comenzaba la gran batalla por la fortaleza de Verdun, en la cual numerosos padres y hermanos de los jóvenes habían participado. La llegada de las noticias sobre tanta muerte influía notablemente sobre los ánimos. Para colmar la medida, gobernaba como Prefecto, un profesor que ejercía sobre los jóvenes una disciplina desconsiderada y un igualmente desdichado sistema pedagógico; y el curso de Engling tenía

precisamente ese año un profesor que, con notorios errores en su método educativo, excitaba las almas de los muchachos casi hasta la desesperación. Todos estos contratiempos ejercían sobre los corazones un fuerte pesimismo, una especie de parálisis espiritual y una gran amargura.

Debe haber existido algo poco común en la persona y dirección de José Engling si se considera que en medio de todas estas dificultades, bajo su influencia llegó la Congregación a tal grado de perfección, que más tarde los congregantes lo llamaron "El gran Año", de la Congregación Menor.

DURANTE LA LICENCIA

Durante el transcurso de la guerra, José permaneció todas las vacaciones de otoño de 1915 y 1916, en la casa de sus padres.

El modo de pasarlas y el carácter que les dio, hacen de sus vacaciones algo muy singular en la formación práctica de su ideal de vida, pues no veía otra cosa durante ellas que una oportunidad práctica para ocuparse diariamente, y en forma muy seria, de sus altos ideales. No quería hacerlo sólo por él; trató de conquistarse a todos sus compañeros congregantes para que empleasen las vacaciones del mismo modo. Fue así como el trabajo, durante ellas llegó a ser una seria prueba en la vida de los que se educaba en Schoenstatt.

Después de una conversación con el P. Espiritual, como Prefecto de la Congregación, tuvo listo un plan para la misma. Durante las vacaciones sería mucho más difícil cuidar de la propia educación, por lo que justamente ahora era cuando se debía cuidar al Congregante. Los sacrificios más difíciles significaban elevadas contribuciones al Capital de Gracias del Santuario. Esa era la meta del trabajo de las vacaciones de ese año. Para que el plan no quedara en infructuoso esfuerzo, el Prefecto tuvo una idea muy importante. Cada congregante debía hacerse un horario espiritual y en la tarde debía controlarlo por escrito para ver cómo lo había cumplido. En ese horario se podían colocar los ejercicios religiosos y los sacrificios especiales de dominio de sí mismo. También el Apostolado quedaba dentro del plan debiendo colocarse en todos aquellos terrenos en que hubiera posibilidad de ayudar al establecimiento del Reino de Dios. ¡Ay! ¡Si toda la Congregación pudiese realizar este programa de vacaciones! Sería el primer paso en el camino hacia la meta: "¡Schoenstatt, un segundo Ingolstadt!"

Hacia el término del año escolar, tuvo la Congregación Menor una reunión cuyo tema fue: "El Congregante durante las vacaciones".

Con la entrada en la Congregación los estudiantes habían adquirido un nuevo estado de conciencia. En ello estaban todos de acuerdo; como congregantes debían pasar las vacaciones de distinta manera que los años anteriores. Para José, ellos estaban al servicio de una gran causa. En la crónica de la Congregación Menor, escribió más tarde, sobre la preparación de las vacaciones, la siguiente frase: "Con esto (es trabajo de las vacaciones) se tuvo dos intenciones: la primera y más grande, fue ofrecerla a la M.T.A., nuestros sacrificios y vencimientos, para formar un gran Capital de Gracias, a fin de que Ella lo distribuya a nosotros y a los que estén en aflicciones y así realizar el paralelo Schoenstatt

Ingolstadt; y una segunda, que es tener una ayuda segura para mantenerse firmes en la santificación personal durante las vacaciones".

Tal vez fue José el único que bajo la dirección del P. Espiritual, vio esta unión tan grande en el trabajo de las vacaciones. Entre los demás predominaba el pensamiento de que un congregante mariano debía hacer actos de apostolado durante las vacaciones, en forma fundamental. En cambio José orientó toda la reunión, casi exclusivamente a aquellas dos proposiciones.

Uno de los congregantes misioneros tomó la palabra y dijo que durante las vacaciones podían recolectar hojas de estaño y papel plateado para las misiones. Otro propuso que vendiesen en sus casas el calendario Misional. A otro en cambio le pareció muy importante el librito "La llave de oro del Cielo". Ahí se les enseñaba a despertar diariamente el completo arrepentimiento. Tampoco debían olvidar el reparto de los cuadritos marianos. Y así se iba hilvanando en colorida sucesión, una abundante cantidad de buenos propósitos. La pregunta de cómo ocuparse apostólicamente de la familia, produjo algunas dificultades. Por supuesto que se habló primero del buen ejemplo, sobre todo se les encomendó unirse a la familia en las oraciones comunes, preocuparse de los hermanos menores e instarlos a recibir frecuentemente la Santa Comunión. Como agregado a este último punto, se les dio las respuestas que debían dar a los acostumbrados inconvenientes que eran de esperarse a la recomendación de una comunión más frecuente. Por último llegó la pregunta más importante: "¿Debemos seguir durante las vacaciones en un examen de conciencia por escrito sobre nuestro horario?" A todos se les ocurrió, sin pensar más, que durante las vacaciones debían ofrecer sacrificios muy especiales para contribuir al Capital de Gracias del Santuario de la Madre de Dios". Pero, ¿para qué un horario espiritual? ¿No se podía acaso tener el gusto de verse libres por unas semanas del severo orden del Colegio? ¿Y ahora debían ellos mismos robarse esta dorada libertad? Costó bastante convencer a algunos de que en la educación personal nunca había vacaciones y que cuando ocurría algún desorden en el alma y se portaban insubordinados, no se podía gozar bien de las vacaciones. Casi todos los congregantes se confeccionaron horarios espirituales antes de partir a sus respectivas casas.

El Prefecto ya podía estar tranquilo con los preparativos para las vacaciones. ¿Se cumplirían todos los buenos propósitos? Había una gran diferencia con los años anteriores, pues el joven grupo iba esta vez con grandes deseos de conquista; se sentían mensajeros de la M.T.A. de Schoenstatt, enviados a la lucha de la vida. Y al regresar al cabo de seis semanas, el Prefecto tuvo una entrevista retrospectiva con sus congregantes, y pudo escribir más tarde en la crónica de la Congregación, una relación de todos los trabajos hechos durante las vacaciones. En efecto, la Congregación había cumplido el programa de lo que dejó constancia con gran satisfacción.

Igual cosa podía afirmar, con absoluta veracidad, de sí mismo, ya que para sus vacaciones tenía un completísimo horario con los siguientes ejercicios. "Levantarse a tiempo en la mañana; oración de la mañana, oración de congregantes; examen de conciencia; Santa Misa, Santa Comunión; lectura espiritual; oración espiritual; Rosario; buenos pensamientos; pequeños dominios de sí mismo; obras de apostolado; adoración nocturna; arrepentimiento completo; oración nocturna; acostarse a la hora acostumbrada; ejercicios

vocales".

Arriba, al comienzo del papel de control, escribió con gruesas letras las palabras: "Contribución al Capital de Gracias de la M.T.A.". En los informes de la Crónica se menciona cómo se preocupó por hacer obras de apostolado: "Un congregante (se menciona a él mismo) trabajó en su pueblo con éxito por la frecuente Santa Comunión: primero conquistó a su madre, a través de ella consiguió que se repartiera el libro sobre la frecuencia de la Santa Comunión; también repartió algunos él mismo y conversó sobre él con la gente. Al término de las vacaciones iban por lo menos algunas mujeres a comulgar en día de semana. Un hombre decía que la Santa Comunión era muy buena y que iría, siempre que fueran más hombres. El padre del congregante debía dar el ejemplo. Para que después de las vacaciones no se dejara de comulgar, movió a su madre a seguir trabajando por esta causa. Se hacía contar por carta cómo seguía esto y así despertaba nuevos interesados por la causa. Movi6 a su hermana a cumplir con los Domingos Aloysianos, práctica que en esa comarca eran muy poco conocida por la gente joven".

Así cumplió José fielmente su propósito. Quería abrirle caminos fuera del país a la corriente de Gracias que fluía del pequeño Santuario. Esto se lo había prometido a la Madre de las Gracias de Schoenstatt y su trabajo de las vacaciones demostró que mantenía seriamente su promesa.

Así pasaron las vacaciones de otoño de 1915 y 1916. Igualmente comenzó su Horario Espiritual con las mismas palabras: "Cuando estoy en casa, me levanto a las 5:30 de la mañana, después de vestirme y rezar las oraciones de la mañana, cumplo con la lectura espiritual y luego hago gimnasia. A las 7 A.M. voy a Misa. Después de la gimnasia hago una pequeña caminata o leo el libro "Los trece tilos". Después de algunos días notó que el tiempo entre la levantada y la Santa Misa era muy largo y decidió levantarse a las 6.

Después que hubo terminado el modelo de su horario espiritual, hizo su visita usual al señor Cura. Así unía propósitos bien definidos: se había impuesto como tarea introducir la Sagrada Comunión frecuente en la parroquia local. Hasta ahora no había sido practicada. Durante las vacaciones José se acercaba completamente solo a recibirla. Pero, por supuesto que primero tendría que ganarse al señor Cura, cosa que no le fue muy fácil, pues este era de cierta edad, muy callado, se mantenía firme en sus tradiciones y no se mostraba muy asequible a las novedades. Los esfuerzos de José en el campo Eucarístico databan desde las últimas vacaciones, como se dijo anteriormente. Visitó frecuentemente a su párroco y tardó en llevar la conversación al tema deseado; no obstante, encontraba serias dificultades en mantenerlo. Sin embargo sus esfuerzos con la familia tuvieron mejor resultado. Su madre aceptó acompañarle a recibir la Comunión y así se rompió el hielo y pronto otras mujeres la imitaron.

Desde los primeros días de sus vacaciones y con franca alegría, se dio cuenta que el entusiasmo de las mujeres había durado todo el año. Ahora debía demostrar al señor cura que a la reducida asistencia del comienzo, seguiría un continuo movimiento eucarístico dentro de la Parroquia. Lástima que no encontró al señor Párroco en la casa pues estaba fuera, viajando.

No obstante, al Domingo siguiente experimentó José una gran y alegre sorpresa: el señor

Cura predicó sobre la frecuencia de la Santa Comunión. Había visto durante su viaje, en las grandes ciudades, la multitud de creyentes que se acercaban a la Mesa del Señor y entonces se había dado cuenta del atraso de su comunidad campesina. Desde entonces se decidió por la frecuente Comunión de sus feligreses. Ya tenía José favorables puntos de contacto para un apostolado más vasto.

Otra contribución al apostolado en las vacaciones era la conquista espiritual de todo el pueblo para la causa de la Madre de las Gracias de Schoenstatt, osado plan que lo tenía bastante preocupado. Así como todos sus esfuerzos apostólicos, este anhelo nació del entusiasmo que sentía por el "paralelo Schoenstatt-Ingolstadt".

El pensamiento de producir desde Schoenstatt un movimiento de renovación entre la juventud estudiantil, era algo que desde semanas atrás ocupaba sus pensamientos y sentimientos, cada vez con mayor fuerza. Oyó en Schoenstatt como los soldados-congregantes eran solicitados entre sus otros compañeros para dirigentes de la MTA. Este ejemplo actuaba como un poderoso estímulo. ¿No podría suceder lo mismo en su pueblo? Si lograran hacer propaganda para formar una especie de filial de la Congregación en varios colegios, entonces sería posible conquistar por ese camino, toda la juventud estudiantil de su Provincia. Antes de terminar las vacaciones, hizo partícipe de sus pensamientos a sus dos coterráneos Gustavo y Otto, y entre ellos trazaron un plan de trabajo.

En la peregrinación a Dietrichwalde iban a tener una reunión de congregantes schoenstattianos de los alrededores. Para ello se pensó en invitar a algunos escolares amigos de las escuelas de Rössel y Allenstein. Otto creyó poder interesar a un mayor grupo. Iban a dar tres conferencias. Se habían puesto inteligentemente de acuerdo en la distribución del tema. A Gustavo le tocaba hablar primero sobre el estado de la juventud de hoy, su lucha y su responsabilidad futura. Luego hablaría Otto de cómo la juventud debiera educar su carácter para así estar a la altura de los trabajos venideros. Y José terminaría hablando sobre el tema: "Mutua petición por la unidad". En este tema quería demostrar cómo la necesaria formación del carácter estaba más segura en una comunidad donde todos pensarán de la misma manera, y al final iba a señalarles cómo la Congregación se había unido y en que forma extraordinaria, bajo el amparo de la Madre de las Gracias de Schoenstatt. El final debía ser por supuesto, el punto culminante sobre lo que debería prepararse más. Con estos pensamientos, se separaron.

En las primeras semanas Gustavo y Otto enviaron sus conferencias a José, quién debía darles el visto bueno. Ya estaba todo preparado y la lucha debía comenzar. Una cantidad de escolares había aceptado la invitación y prometido asistir. El 13 de Agosto se encontraron tal como se había concertado en Dietrichwalde. José hizo el difícil sacrificio de levantarse a las 3.30 de la madrugada y permanecer en ayunas hasta las 12.00 A.M. para poder comulgar luego. Los tres oradores del día estaban listos, y sin embargo, los auditores no llegaban. El uno tuvo este impedimento, el otro aquel accidente, etc., etc. Naturalmente esto produjo entre los tres, una cruel desilusión. ¡Tres oradores y ningún auditor! El objetivo principal fracasó, pero ellos no se desanimaron. La reunión planeada se iba a efectuar de todos modos; cada uno leyó su conferencia a los otros dos y cuando concluyeron se dieron cuenta que estaban más entusiasmados con el ideal de Schoenstatt.

José no se dejó vencer por el fracaso. De todos modos algún día iba a triunfar la Madre de las Gracias de Schoenstatt, ¿qué importaba entonces si tenían que sufrir contratiempos y esperas?

La vida en unión con su familia fue este año muy profunda y con muy buenos resultados. Su comportamiento con su madre fue especialmente tierno e íntimo. Con ella podía conversar con toda naturalidad y desenvoltura sobre las cosas religiosas. Era casi como si alcanzara en sus relaciones con ella, un reflejo de su amor mariano. Por otra parte parecía que en las relaciones con su madre terrenal, se profundizaba su amor mariano. Al ver en ella tanta bondad maternal, podía imaginarse el Ser ennoblecido de la Madre de Dios. En su pueblo era costumbre que los niños dieran a sus madres el apodo cariñoso de "Madrecita" o "Mamacita", mismo que él dio a la Madre de Dios.

Al finalizar sus vacaciones, escribió José las siguientes líneas en su diario, que dan a conocer mejor que otras, cómo se radicó espiritualmente en la hermosa vida familiar de su casa paterna: "Los últimos días fueron verdaderamente días de campesino. Bien, lo hice por mis padres. ¡Madre a ti te ofrezco todo, todas las oraciones! En estas vacaciones he podido comprobar de lo que es capaz el amor. Qué hermoso es cuando la gente se quiere, cuando los hijos tratan de alegrar a sus padres, cuando los padres se pueden alegrar de los hijos; cuando el uno trata de aliviar el trabajo del otro y procura hacerle todo agradable. Entonces reina verdadera alegría en la casa. Qué bien se siente en el círculo paterno y con tales hermanos. Un amor así reina también en Schoenstatt. Para que todo esto resulte me he propuesto esta meta como miembro de este grupo ejemplar: "Volo omnibus omnia fieri, Tibi Mariae, especialiter mancipatus" (quiero ser todo para todos, y a Vos María, pertenecer completamente) ¡Madre, bendíceme!

Las vacaciones en su casa fueron un tiempo de pruebas. Sin embargo, debían ser el prelude de otras mayores, que de inmediato se le presentaron.

ANTE UNA ENCRUCIJADA EN UN TIEMPO DE PRUEBA

En Marzo de 1916 se reunieron los Congregantes de la Congregación Menor a contarse una nueva sorprendente. La Congregación Mayor había fundado una revista. El rumor se confirmó. Un día apareció Albert Langner, su prefecto, con una cara resplandeciente y ceremoniosa y preguntó que quién quería ser el Director. Pronto tuvieron el primer número en la mano. Este sí que se podía leer. Estaba escrito a máquina e impreso con papel especial en piedra. En la portada lucía el cuadro de la MTA. Grandes letras daban a conocer el título de la revista "MTA". ¿De dónde habría sacado el dinero la Congregación Mayor para presentar una revista tan elegante? Se le preguntó al cajero, y éste se rió; en la caja había solamente 75 cts. Pero el magistrado de la Congregación había dicho: "Mater habebit curam" (la Madre de Dios se preocupará) y así se había resuelto la restitución del dinero. Hasta ahora no se había oído nada sobre esta notable administración. Bien. El futuro se encargaría de demostrar el resultado.

La revista –generalmente llamada MTA por los congregantes– se mostró verdaderamente como una exigencia del tiempo. Los alumnos del colegio pasaban un año tras otro, los unos en el cuartel y los otros en el campo de batalla. Para mantenerse fieles a sus ideales,

necesitaban una unión espiritual. Se juntaron grupos dispersos y formaron con el tiempo una segunda Congregación semejante a la que se fundó en Schoenstatt. La llamaron "Organización exterior"; vínculo y hoja de comunicación de ambas congregaciones, era principalmente la revista MTA.

A fines de Octubre de 1916 llegó con la rapidez del relámpago, la noticia de que el curso del año 1898 iba a ser revistado y luego llamado a filas. Con esto perdieron los deseos de estudiar los alumnos de ese año. La perspectiva de la vida de soldado les llamó tanto la atención, que ya no había más reuniones, ni podían atender su trabajo. En medio de todo este caos del espíritu, había uno que seguía sus estudios y tomaba esto con mucha tranquilidad: José Engling. Los sucesos venideros no le importaban. Tres días antes del llamado a las filas, escribió en su diario: "Mis enojos vinieron y se fueron, más mi meta, llegar a ser un sacerdote, no la perdía de vista. Han sucedido muchas cosas durante ese tiempo. Llegó la revista militar y fui enrolado en Infantería. Pero nada de eso me conmovió. Seguí estudiando con el mismo amor y celo, y hacía mis tareas diarias tan bien como antes, tal vez mejor aún. Pensaba en prepararme para el tiempo militar. Desde un tiempo a esta parte no se hace más que recordarle a uno, hasta veinte o treinta veces al día, el servicio militar, el cuadrarse, la orden de atención, etc. Al principio hasta eso me dejaba tranquilo, sin embargo, desde ayer, se ha hecho insoportable".

"El que quiere ser soldado debe tener -dice la canción- un fusil". En cambio, en la imaginación de José era: una preparación militar para el estado militar. Sin duda alguna debía estar preparado para lo que viniese. Esta reflexión era el único pensamiento que lo unía con la vida militar en estas últimas semanas antes de alistarse. Casi ocho días antes hizo una meditación profunda. Nuevamente tenía ante él una libretita azul, semejante a aquella en la cual expuso su plan de lucha. Ahora meditaba sobre el pasado. ¿Los años que había estado en Schoenstatt, qué eran para él? Parecían contener un sin número de ideas y sucesos. Allí sobresale el ideal de la Santificación del Día del trabajo. Al mismo tiempo, debía consumirse al servicio de la Madre de Dios por la idea: "Schoenstatt punto de origen de un movimiento de renovación religioso-moral". Por su alma pasaban uno tras otro, la lucha por alcanzar su Ideal Personal, su plan de lucha, las batallas que sostuvo mediante el arma de su Propósito Particular, su ocupación como prefecto de la Congregación, etc. Se le apareció el cuadro de la Reina de los Congregantes. A Ella se había consagrado en vida y en muerte, en la Consagración del Congregante. El confiaba en la Madre Tres Veces Admirable, la amaba con la ternura de su puro y generoso espíritu y en Ella se apoyaban todos sus ideales. Además, ante él estaba la capillita, el hogar espiritual de su alma. Sí, ese pequeño Santuario había llegado a ser su verdadero hogar. Todos los acontecimientos de los últimos años estaban íntimamente ligados a él. Le parecía que era como la muestra muy especial de su alto Ideal. Por esto se sentía unido a este hogar por miles de finísimos hilos. ¡Sí, podría decir muchas cosas del Santuario, que llegó a ser suyo, lo más íntimamente suyo!

Pero no era un sinfín de ideas y cuadros desordenados lo que sus ojos veían. En los últimos meses, todo se había reducido a una sola idea: "Ser todo para todos y pertenecer completamente a la Madre de Dios". En este santo y seña, como él lo llamaba, se condensaban todos los sucesos ideales. Todas sus meditaciones y aspiraciones giraban alrededor de esta idea. Era por supuesto su Ideal Personal, y ahora cuando miraba hacia el

futuro, ¿cómo se le aparecía su ideal personal? Para esto también había una respuesta muy natural. La guerra mundial, la vida de soldado, el campo de batalla, todo debía ser un sólo círculo alrededor de su Ideal Personal. Este, solamente éste, podía ser su significado. Casi sentía entusiasmo al tomar la pluma y escribir en su librito: “¿Ha de pasar aún más tiempo sin que este gran momento deje huellas en mí? ¡No, nunca Madre, esto te lo prometo! Quiero ser grande espiritualmente ante Ti y ante tu Hijo. Quisiera aprovechar cada lamentación que tenga en la guerra, durante este tiempo tan difícil, en fortalecer mi carácter, para aumentar la Santa Gracia y Santificación del Mundo!”.

Pero ahora debía formar un plan estratégico para la vida de soldado. Durante ese tiempo sentía en su vida interior, los efectos poderosos de un libro que había comenzado a leer en sus últimas vacaciones. Era la biografía de un estudiante jesuita, Coassíni, un joven teólogo alemán que vivió en Roma. Le gustaba mucho el enérgico VOLO (Quiero) para su vida espiritual. Para Coassíni, ésta era la expresión de una intensa voluntad y de un prefijado plan para un trabajo ordenado en si mismo. A José también le pareció muy importante el tomar la vida militar decididamente y con renovados bríos. Así llegaría a superar más pronto su Ideal Personal. Por supuesto que no podía mantener sus antiguos planes de lucha para las nuevas circunstancias. Solamente escribió las cuatro frases principales en su cuadernito. ¿Debería desmenuzar estas cuatro frases como antes y aplicarlas a las nuevas circunstancias? No le parecía muy aconsejable, era mejor dejarlo al tiempo. La situación del momento le diría lo que debería hacer en el caso dado. Eso se recogería cada vez en el examen de conciencia. A su decidida e inteligente ejecución, debería dedicar todas sus fuerzas. Entonces estaría pronto a la lucha y seguro de su meta; pensaba cuándo podría estar seguro de haber conseguido este propósito y finalidad. Reunió los resultados de su meditación en las siguientes preguntas que anotó:

"¿Fue práctica la proposición de mi Propósito Particular? ¿La renovaba todas las mañanas? ¿Me acordaba y examinaba varias veces al día? ¿Cuántas veces? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo lo realizaba? ¿Considero tal vez cada pequeñez como un acto fijo?" (Con esta pregunta quería saber si se había puesto mezquino y voluntarioso).

¿Temía a los sacrificios, a no cumplir el propósito? ¿Por qué lo hacía bien? ¿Por qué lo hacía mal? ¿Me ponía una penitencia que me costara realizar, después de cada negligencia? ¿Cómo practiqué lo que tenía antes en mi Horario Espiritual? ¿Ponía mi Propósito Particular en estrecha relación con el Salvador en la Sagrada Comunión y con mi Madre? ¿Qué voy a practicar la próxima semana? ¿Será lo más necesario? ¿Lo más práctico? ¿Está bien conciso? ¿Me costará dominarme para cumplirlo?

Estas preguntas reunían todas sus experiencias. Y ahora, pensaba, si los acontecimientos exteriores no le ponían traba o dificultad alguna, ¿entonces qué? En este caso sería provechoso tener reservado algunos propósitos escogidos. Algunos, que se referían al "Todo para todos" de su Ideal Personal, los escribió:

"Alegría, Amistad, y amabilidad, fino, noble comportamiento y presencia, entretener en forma amena e interesante al prójimo, ser lleno de atenciones, ayudar y estar pronto, no estar ocioso, darse voluntariamente al prójimo (Humildad), agradecimiento, agudizar los sentidos para ayudar a las almas atribuladas, trabajar en la santificación de otras almas".

Además se preguntaba cómo lo haría con el Examen de Conciencia para la confesión semanal. Entonces debía ayudarse lo mejor que pudiese de otra manera. Se hizo el propósito de hacer cada Domingo una pequeña meditación, para esto iba a leer los puntos de su horario y el Propósito Particular; y con preguntas haría una investigación sobre el estado actual de su alma. Para saber si había cumplido con esta meditación, iba a colocarla en su cuadernito con una disposición del día. La meditación del Domingo iba a ser la mejor oportunidad para presentarle su horario por escrito a su Director Espiritual. Por último, debía también considerar la Santificación del Domingo y el día de trabajo. Poco antes de partir, agregó otras cuatro proposiciones a las que ya tenía que, como aquellas, debían ser incluidas en las meditaciones del Domingo:

- Quiero poner más empeño para alcanzar la Santidad.
- Quiero ser un "Angel Guardián" corporal para proteger a mis colegas congregantes en el frente.
- Nunca decir una mentira.
- Quiero santificar el día Domingo.

Sin embargo, con este plan estratégico, no creía haber concluido con la preparación para la vida militar. Había aparecido una nueva pregunta ante su espíritu. Estaba acostumbrado a recibir la Sagrada Comunión en la Santa Misa y hacerla el punto principal cada día, así aseguraba más la lucha por su Ideal Personal. Desde lo profundo de la Vida de la Gracia parecía que le brotaba una creciente fuerza misteriosa, así debía ser su vida de soldado. Sin embargo, no iba a poder asistir a Misa todos los días. Entonces quiso buscar una compensación. Los ejercicios acostumbrados durante el día, tal como lo hacía en Schoenstatt, debían permitirle tener un tiempo libre para la Sagrada Comunión. Esto sólo podía conseguirse mediante un Horario Espiritual diario, guiado por la experiencia, se propuso los siguientes ejercicios: Oración de la mañana, oraciones de los Congregantes, Santa Misa (en espíritu), Comunión Espiritual, buenos deseos, horas de adoración, el Rosario, oración de la tarde, súplica para obtener la Gracia, arrepentimiento completo. Quería hacerse un Horario especial para sus deberes cotidianos y para sus propósitos.

(HASTA AQUÍ CORREGI)

José repasó su preparación espiritual para el tiempo que estuviera en el Ejército. Podía estar seguro que la lucha por su Ideal Personal no cambiaría bajo ninguna circunstancia. Su Ideal Personal con su grande y basto contenido, permanecería el mismo. La confesión semanal y su examen de conciencia continuarían haciéndose en las meditaciones de los días Domingo, además de su informe a su Director Espiritual. de modo que nada cambiaría en su vida interior. Se había propuesto cumplir un "plan estratégico" para estos días en que viviría en condiciones un tanto desconocidas, para alcanzar, en estas circunstancias, la Santidad. En el futuro no iba a tener oportunidad de asistir a Misa, recibir los sacramentos, escuchar la palabra de Dios y recibir la ayuda espiritual del sacerdote. Ahora se probaría la bondad de lo que había aprendido en los últimos años; las duras contingencias de la vida nos mostrarán si estaba preparado para afrontarlas.

SEGUNDA PARTE

ENTRE LOS SOLDADOS

José y diez y seis compañeros del Colegio se despidieron de Schoenstatt el Domingo 19 de Noviembre de 1916 para acuartelarse en Hagenau, en Elsass. Pero antes los reunió en la Capillita el P. Espiritual. Les dio una corta pero cariñosa despedida. Ellos habían crecido bajo la Bendición de la Reina de los Congregantes. Ella, la Madre de los Congregantes, seguiría protegiéndolos bajo su manto. El les enviaría todas las tardes su Bendición Sacerdotal: "Niño, no olvides a Tu Madre!" Este fue el final de su plática. Entonces ellos renovaron su Consagración a la Madre de Dios con vibrante voz, como aseguraba José en su cuadernito. ¿Qué habrá sentido él en ese momento? Seguramente lo conmovieron los mismos pensamientos que días antes había resumido en una pequeña oración respecto de su vida de soldado, y que había escrito en su cuadernito: "Madre Tres Veces Admirable", a Ti te ofrezco todos mis actos, todas mis buenas obras y mi Santificación, por tus intenciones para la Congregación!"

José hacía muy bien en prepararse para su vida militar, pues desde ahora iba a ingresar a un duro entrenamiento. Su figura no era precisamente la que se hubiese tomado como modelo para hacer soldados de lujo. No era de extrañarse entonces que más de algún suboficial descargase sobre él su enojo o que algún compañero, aún de las filas de los congregantes schoenstattianos, lo mirase en forma peculiar. La fatiga corporal diaria y la vida de cuartel, a la que estaba poco acostumbrado, más lo desconocido del ambiente, le producía mucho trabajo. Aquí fue donde la vida probó su Ideal Personal.

Debe haber pasado ya cuatro semanas desde su enrolamiento. Era día Domingo. En la gran sala del cuartel, llamada "Príncipe Heredero", estaba José completamente solo y escribía. En su boca tenía una pipa que usaban frecuentemente los soldados. Esta era la nueva adquisición de su tiempo de recluta. Antes nunca había fumado, ni siquiera durante las vacaciones, en cambio, entre los soldados se aprendía rápidamente a fumar, para así quitarse en algo el hambre que sentían. De esta manera, poco a poco llegó a ser una costumbre, aún para el mismo José. Sus padres le enviaban tabaco, el que debía ser algo suave, y cuando lo inhalaba lentamente, encontraba que el fumar era una delicia. Esta costumbre fue más tarde causa de amarguras, por lo que desde ese instante, dejó de fumar completamente. Pero, ¿por qué se encontraba tan solo en la vasta sala? La explicación era la siguiente: Los reclutas tenían su Domingo de salida, pero antes de salir, el sargento quiso cerciorarse de si los soldados sabían saludar bien. Al ver el saludo de José, dijo: "Imposible, este hombre no puede ser visto en público". Y así fue como quedó sin salida. Sus compañeros de Schoenstatt se habían puesto de acuerdo para ir a Marienthal, vecino lugar de peregrinación. Quería celebrar el día de la Inmaculada Concepción y renovar su Consagración de Congregantes. José habría deseado tanto estar entre ellos. Pero ahora decidió convertir su pena en una virtud. El estar solo se prestaba muy bien para hacer una renovación espiritual. Además podía dedicarse completamente y con todo gusto a escribir cartas.

Durante su meditación se formuló una pregunta en la que estuvo meditando largo tiempo. ¿Cómo había formado su carácter en esta vida de cuartel? ¿Había sido una lucha por su Ideal Personal y se había dedicado por completo al servicio de la Madre de las Gracias de Schoenstatt? Para poder descifrar estas interrogantes, se había trazado una sola línea recta

desde el comienzo de su vida Militar. Y ahora, cómo la había cumplido? José sacó su cuadernito azul en el cual solía hacer sus anotaciones diarias. Debía también tener una respuesta para esta pregunta. Ante su exámen de conciencia estaba su Propósito Particular. Durante las últimas semanas se decía: "Quiero santificar mi trabajo por medio de una Jaculatoria diaria". Concedía que había sido una proposición bien práctica. Las nuevas impresiones y el trabajo agotador lo habían colmado. Si era así, entonces no había tiempo ni siquiera para meditar. Qué fácil era perderse de tal manera en el trabajo que ya no se pensaba en nada más alto. Lo amanezaba el peligro de convertirse en un hombre-mecánico, sin alma. De este modo las pequeñas Jaculatorias le daban una mayor profundidad y espiritualidad al trabajo diario. ¿Cómo le había ido con el Propósito Particular? Sus ojos recorrieron la tabla de su horario donde cada hora tenía su lugar. Todas las tardes escribía allí las oraciones que había rezado durante el día. La mayoría de ellas estaban señaladas por una línea vertical, que era la señal de Propósito Particular cumplido. Algunas tenían la línea horizontal. En la orilla llevaba la siguiente anotación: "Por cada negligencia, una penitencia". Sin embargo, no estaba muy contento al revisar su Propósito Particular. Por supuesto que las pequeñas meditaciones sobre la Madre de Dios, los actos de entrega y sacrificio para el "Capital de Gracias", le habían ayudado mucho, pero debían ser más íntimas las primeras e intensos los segundos. Cuando tenía que acusarse de alguna culpa ante la Madre de Dios, entonces había escrito la siguiente notita: "Madre, no estuve muy ferviente en el cumplimiento de mi Propósito Particular". Ya al último comenzó a mejorar, entonces lo cambió. Desde ahora en adelante, todos los mandatos militares los consideraría como si fueran enviados por Dios y la Santísima Virgen y por lo tanto, debían ser ejecutados como tales. Así podía continuar su Propósito Particular y ofrecer nuevos y más sensibles sacrificios.

La lucha por su Ideal Personal al servicio de la Madre de Dios de Schoenstatt, no se había terminado con el Propósito Particular. Pero éste era el punto principal de su lucha. Si debía hacer frente a esta lucha, necesitaba entonces toda la fuerza de su religiosa vida interior. Para ello se había hecho el Horario Espiritual. Una segunda tabla de anotaciones en su cuadernito le demostraba cómo lo había cumplido. Lo que mejor le había resultado era la participación espiritual en la Santa Misa y Sagrada Comunión. Esto no le parecía muy extraordinario. En Schoenstatt había vivido tan íntimamente unido a la Santa Misa, que ahora le parecía lo más natural seguirla en el cuartel. Pero una cosa parecía no querer resultarle, y era continuar viviendo espiritualmente la Sagrada Comunión durante el día. Para ello debía hacer dos horas de vigilia. Cuántas veces lo había hecho negligentemente en el duro ajetreo del día. Le parecía que ya tenía demasiadas líneas horizontales, lo cual le resultaba vergonzoso. ¿Y cómo le había ido con las oraciones diarias? Podía estar tranquilo, pues no había necesitado ninguna línea horizontal en sus oraciones de la mañana y de la noche.

La siguiente pregunta le había costado una lucha interior: "¿Debo hacer mis oraciones de la noche de rodillas ante mi cama y debo hacer la señal de la Cruz antes de las comidas? Pensaba que no era necesario; probablemente sus compañeros lo tomarían por un santurrón y se burlarían. ¿Acaso no sería una prueba de valentía persignarse antes de las comidas y rezar de rodillas todas las noches? Este pensamiento triunfó y desde entonces siguió su decisión sin perturbarse. La columna de su horario Espiritual que contenía una parte del Rosario, tampoco mostraba líneas horizontales. A veces le había sido muy difícil cumplir

este ejercicio, pues se sentía muy cansado en las noches. Apenas se acostaba, se le cerraban los ojos. Entonces para no olvidarse que debía rezarlo en las tardes, se lo colgó alrededor del cuello. Desde entonces había podido cumplir muy bien con esta práctica.

Al recordar aquellas cuatro semanas de vida militar, llegó a la siguiente conclusión. Desde su salida de Schoenstatt, todo su ser había experimentado un cambio en lo exterior, pero su vida interior había permanecido igual. Su examen de conciencia lo hacía volver a sus antiguos modales. También la vida militar debía ser un campo de batalla para llegar a ser el santo de los tiempos modernos. Los sacrificios debían ser constantes contribuciones al Capital de Gracias de la Mater Ter Admirabilis de Schoenstatt y su gran obra. Así se lo exigía su Ideal Personal. Con esto había concluido su Examen de Conciencia. Guardó su cuadernito y comenzó a escribir cartas.

Una victoria difícilmente conquistada

Las primeras cuatro semanas de su vida de recluta, habían sido para José una prueba de fuego. Sin embargo la habían podido resistir bastante bien. Su condición iba a empeorar cuando fuera trasladado a otro cuartel, con hombres distintos y en un lugar completamente diferente. Sus compañeros de pieza resultaron ser personas de menos dignidad, groseros y libertinos. Su estada entre ellos fue una verdadera prueba para sus nervios. Pero más terrible era aún estar entre los nuevos suboficiales. José padecía a veces lo insufrible. Como la mala suerte nunca llega sola, durante ese tiempo le aparecieron unos tumores externos que apenas le permitían cumplir con la vida del cuartel. Para colmar la medida, fue injustamente acusado de robo ante todo el Regimiento, por haber sustraído comestibles a uno de sus camaradas de pieza.

Los sucesos de las últimas semanas pesaban cada vez más en el espíritu de José. Interiormente comenzó a exaltarse. No parecía humano el que se pudiera seguir viviendo en esas circunstancias. Su sentido del honor profundamente herido, se oponía apasionadamente a ello. A veces su ira era tan grande, que quería lanzarse a darles de culatazos. Si por lo menos no le hicieren la vida tan amarga! Algunos eran tan sinvergüenzas que en un momento dado lo trataban pésimo, para luego pedirle un trozo de pan o alguna ayuda en su trabajo. Nunca había podido guardarle rencor a nadie y por eso, rara vez les negaba algún deseo. Pero, ¿no era tontera dejarse aprovechar de esa manera? Primero les ayudaba en la limpieza de la pieza, y luego le robaban su limpiador. Entonces tenía que trabajar de más, ese era el pago que recibía. Cuando pensaba en estas cosas sin que se diera cuenta cómo, se apoderaba de su espíritu una gran amargura. Su comportamiento exterior comenzó a cambiar. Clemens Maier, uno de sus compañeros de Schoenstatt le reprochó un día por qué siempre estaba refunfuñando. Hasta su fuerte ira, que parecía haber sido dominada, renació. Durante la última campaña estalló, Uno de sus camaradas le había pisado sin querer el talón, el creyó que nuevamente querían fastidiarlo. Siguiendo su impulso, le dio un empujón con la culata. Estos comportamientos le hicieron ver en qué estado se encontraba su vida interior. En el examen de conciencia del Domingo se dio cuenta de su situación e inmediatamente tomó una resolución: sus distintos sentimientos debían ser sofocados en su Propósito Particular.

La lucha no iba a ser fácil. Tuvo buenos y malos cambios. Apenas se había establecido la normalidad en su interior, cuando un mal comportamiento de otro lo hizo enojarse y...

volvió a lo de antes. Además, las circunstancias y el exceso de trabajo, contribuían a este estado. De esta manera, el examen de conciencia de las tardes era bastante distinto, pues había días en que se hallaba completamente dominado por estos malos sentimientos, debido a las penas de la mala vida de recluta que debía soportar. A veces, apenas alcanzaba a hacer su examen de conciencia y escribirlo en su Horario. Sin embargo, esto no le duró mucho tiempo, pues no pudo soportarlo: "Yo quiero ser Santo", estas palabras aún le producían una gran reacción. ¿Y la Madre de Dios? ¿Acaso no esperaba Ella justamente ahora una prueba de su amor filial? En la víspera de Navidad, escribió lo siguiente desde lo profundo de su alma:

"Durante los últimos días de esta semana estuve enojoso, gruñón y todo lo imaginable. Seguramente se debe a que me piden constantemente favores, abusando de mí, a que los compañeros son insoportables en su conducta, y además, porque la hambruna es grande. Pero, ¿son esas buenas razones? ¡No! A los camaradas los puedo corregir sin ser terco. Y lo otro lo debe vencer por amor a mi Madre. Voy a combatir mi genio gruñón en el Propósito Particular. Me acordaré de ello, ocho veces al día, cuatro veces en la mañana y cuatro en la tarde".

Había llevado, mediante la ayuda de su Propósito Particular, la lucha al campo de batalla de su corazón, pero aún no la había ganado. La meta estaba muy alta todavía. Debía combatir como hombre todos los sentimientos enojosos y gruñones, pues así lo exigía su Ideal de Santo. Los sacrificios exigidos sin motivo, los trabajos excesivos, y los malos ratos los ofrecería gustosa y voluntariamente a la Madre Tres Veces Admirable, para que Ella los administrara libremente, y como pequeña retribución por los favores que de Ella recibían. Pasarían semanas para que se definiese esta lucha; junto con heroicas victorias, había también algunas derrotas humillantes. Su opositor más poderoso era su fuerte ira. Un día fue acometido por ella, de tal manera, que despertó profundamente su sentimiento de culpabilidad.

Sus compañeros de pieza le habían robado nuevamente. Esta vez fue su fusil. En su lugar le dejaron uno que no servía en absoluto. José comenzó a excitarse; fue en su búsqueda y lo encontró en poder de uno de sus compañeros de pieza. Con toda decisión le exigió que se lo devolviera. El compañero se negaba a entregárselo. Esto le hirió sus sentimientos de honradez y con un movimiento enérgico se apoderó de su arma. El otro se puso a la defensa y pronto se encontraron en medio de una riña. Esto fue como una señal de alarma para los demás compañeros. Ellos se sentían solidarios con el opositor de José, y pronto estaban todos en plena batalla campal. Así, pronto se encontró solo ante una numerosa banda de agresores. Sin embargo no pensaba capitular por ningún motivo. Cogió de pronto un banquillo y se preparó para largárselos, pero en ese momento intervinieron otros compañeros y los separaron, de lo contrario habría habido magullones y puñetes. Los agresores se asustaron y terminaron la batalla. No habían sospechado que el tranquilo José, pudiese dar tales golpes.

Al encontrarse solo, José se hizo la siguiente pregunta: "¿Estuvo bien hecho?" Desde luego no tenía por qué soportarlo todo; además, el hecho de que se apropiase nuevamente de su fusil no era ninguna falta. Sin embargo, ¿debía necesariamente ponerse tan irascible y suscitar una lucha? Se sintió muy culpable. Su conciencia lo agujoneaba y lo hacía susceptible. El remordimiento no lo dejaba tranquilo, hasta que fue donde su compañero, se

disculpó ante él y volvieron a ser amigos.

Sus amigos no criticaron tanto su mal carácter como José mismo. Si hasta había algunos que decían que nunca habían visto exteriorizarse su mal genio. Tan predominante y persistente era la impresión de mansedumbre y de bondad que traslucía su carácter. Había ocasiones en que con hombría sabía mantener firmemente su opinión. Un compañero de Hagenau narró lo siguiente: "Nunca he visto exteriorizarse su violencia y su ira, a pesar de que a veces cruzaba por su faz el fuego de estas pasiones. Solamente una vez tuve la oportunidad de ver a José sobresaltado. Era un Domingo por la tarde poco antes del zafarrancho. Recién volvían de la ciudad nuestros compañeros que habían tenido permiso. José estaba sentado junto a la mesa leyendo la "Divina Comedia" del Dante. Uno de los que volvían le gritó irónicamente: "Engling, hoy fuiste a la calle Madera (Calle de mala fama)". Todos se rieron, José no se movió, solo sus mejillas enrojecieron. El acusador se acercó más y repitió: "Engling, has estado en la Calle Madera. Yo te he visto". Grandes risotadas. Pero no duró mucho tiempo aquello, pues José ya se había levantado y enfrentado al calumniador. Mientras sus ojos echaban chispas de ira e indignación, le gritó en tono amenazador y dominante: "Esa es una mentira, no quiero oír una palabra más. Lo ordeno!" Entonces se volvió a sentar y siguió leyendo. En la sala reinó un profundo silencio. Nadie esperaba esto de José Engling, de modo que no se atrevieron a molestarlo de nuevo".

El Domingo 14 de Enero de 1917 José hizo otro largo y profundo retiro. Había tratado de hacer de este día un día verdadero de meditaciones y de rezos. La ojeada que hizo a las últimas semanas, las más difíciles de su tiempo de recluta, necesitaba una meditación más profunda. Entonces escribió en su cuadernito: "Madre, hoy voy a hacer una profunda meditación. Creo haber fallado en muchas cosas. Muéstrame y ayúdame a encontrar los lados oscuros de mi ser, Madre!" Después de esta oración comenzó a inspeccionarse. Los sucesos más antiguos lo habían hecho pasar por pruebas de fuego. ¿Cómo había resultado la lucha a través de esta dura prueba? El horario espiritual le mostrabas un cuadro favorable. En todos los acontecimientos importantes del último tiempo, en sus buenos y malos ratos, había cumplido bien y lo había anotado cada día. Hasta las dos horas de meditación que hacía diariamente y en las cuales incluía su Misa Espiritual, habían mejorado. También habían mejorado sus oraciones diarias. Sin embargo, el Propósito Particular era su espina. En las últimas semanas, se había hecho los siguientes propósitos: Las órdenes de mis superiores considerarlas como si fuesen enviadas por Dios y ejecutarlas como tales; luchar contra las malas inclinaciones; y finalmente, un buen y recto comportamiento ante sus camaradas. Las líneas demostraba fielmente la lucha tenida. Allí había victorias y derrotas. Luego había fallado el Propósito Particular debido a la ira y enojo de su carácter durante algunos días, otras veces lo había olvidado completamente. Luego, sin embargo, venció estas imperfecciones, lo que sucedió a principios de año.

¿Dónde estaba el secreto de su victoria tan difícilmente conquistada? Ese secreto lo escribió con grandes letras en su diario: "¡María, Adelante, Hacia Arriba, Nunca hacia atrás! ¡Madre, guíame! ¡Quiero aspirar, cogido de tu mano, a la alta y ansiada meta. Bendíceme, Oh María!" Y luego una semana más tarde: "¡Voy a luchar y aspirar con la ayuda de mi Madre. VOLO! (Quiero) ¡Quiero ser santo!"

Sí, ahora podía decirse al final de su retiro: Había luchado consigo mismo bajo la protección de la Madre de Dios de Schoenstatt. Aunque fuese más difícil en el futuro, él

confiaba en Su poderosa ayuda. De esto le nació una fuerza invencible que le trajo una gran perseverancia. Esta confianza fue para José manantial inagotable de fuerza y valor para luchar virtualmente.

EN EL CAMPO DE BATALLA DE SU PROPIO CORAZON

En el cuartel de Hagenau hubo otro cambio a mediados de Enero de 1917. Para José este cambio era una liberación de un ambiente malsano. Tanto sus superiores como sus camaradas eran gente decente. La mayoría cumplía con el deber de todo cristiano el día Domingo y no eran groseros. Había tres de ellos a quienes José encontró ser verdaderamente "gente noble". Uno era un suboficial, el segundo era un profesor del seminario y el tercero un protestante, quien, sincero y solícito, buscaba la verdad.

A pesar de que se había hecho más llevadera la nueva situación, aún n le agrada a del todo. Ya se conocía casi de memoria las distintas partes del fusil del 98. También dominaba los ejercicios militares de tal manera, que ya no le llamaban la atención. Y ya se estaba cansando de invariable toque de atención. Ya no había casi nada nuevo que aprender. Todos los días eran las mismas órdenes de mando, las mismas maniobras, las mismas vueltas; esto hacía que el servicio fuese muy monótono. Ni siquiera producía algún cambio el enojo de algún oficial. Durante varias semanas se preocupaban mucho por un reto semejante, pero poco tiempo después ya les era igual, y no parecían como "carneros asustados" que no saben qué hacer ante cada situación difícil. Ya tenían experiencia. A ésta pertenecían las maquinaciones y jugarretas para escabullirse de un trabajo molesto. Se sentían personas conocedoras de las situaciones y a las que nada perturbaba, sabían arreglárselas solos. Los que antes el recluta creía una imposibilidad, era ahora una realidad: se llegó a acostumar a las fatigas corporales del servicio. Durante varias semanas,, al atardecer, se dejaban caer rendidos y como apaleados, en su camas de campaña. Hoy ya ni siquiera una marcha forzada les parecía algo muy especial. Además, en el último tiempo hasta el trabajo llegó a ser más liviano, a veces eran las cuatro de la tarde y ya habían terminado. Asía se encontraron con algún tiempo libre que cada cual usaba como quería. A la mayoría le gustó mucho este "tiempo astuto" como le llamaban. Idearon una norma que se puede explicar de la siguiente manera: "capitula" en las comidas (esto significaba: arréglalo de modo recibas una segunda porción), entretente en la ciudad después del servicio, y espera con paciencia que termine la guerra".

José nunca se pudo poner de acuerdo con el "tiempo astuto". Aún ahora no podía. Su más ardiente deseo era que terminase cuanto antes este tiempo flojo. Un día apareció un cambio muy deseado; se decía que la instrucción personal iba a comenzar con cursos especiales. Se iban a formar tropas de asalto, tropas de pioneros y secciones de ametralladoras. Naturalmente él se iba a ofrecer voluntariamente a todas estas cosas. Pero al cabo de algunos días debía escribir muy desilusionado: "Si pudiéramos aprender más cosas nuevas en el servicio! Mañana partirán seis hombres de nuestra compañía hacia Bitsch, a seguir un curso de asalto y treinta hombres para un curso de pioneros. Han sido llamados, yo también me ofrecí, pero fui rechazado, seguramente por la vista y mi estatura. Los que quedaron deben hacer guardia mañana. Por suerte yo no tomaré parte en ella, lo que me alegra infinitamente. Quiero volver a recibir los sacramentos y si hubiera tenido que hacer guardia, no habría podido asistir a Misa mañana".

Algunas semanas más tarde deja ver, casi tristemente, en una carta: "Mañana nos vuelven a dejar 30 compañeros, muchachos intachables, con los cuales me hubiese gustado quedarme. Los van a poner a los cañones. También me ofrecí pero fue rechazado por mi mala vista".

José hubiera deseado ofrecerse voluntariamente para ir al frente para terminar con la aburrida vida de cuartel. Pero, ¿no le proporcionaría esto una gran pena a sus padres? Y si moría, no llegaría a ser sacerdote, que era lo que tanto deseaba.

"Si no existiesen estos dos motivos, nada me detendría en el Cuartel", le escribió una vez a un antiguo profesor. Esta vida tan monótona, que para mi manera de ver es tiempo perdido, se me hace insoportable. Las ansias de ver algo nuevo y vivirlo, me habrían llevado ya al Frente".

De modo que nada había que hacer. Debía soportar la aburrida monotonía del trabajo diario. ¿Cómo no se iba uno a atrofiar espiritualmente con esta monótona y nada variada vida de trabajo? Semanas atrás, todo era distinto, su alma estaba ante una lucha excitante: las injusticias de sus superiores, el inaguantable mal comportamiento de sus compañeros y las fatigas del servicio, lo enervaban. La lucha contra la ira y las malas inclinaciones, daban a su vida de oración y a las aspiraciones hacia la santidad, nuevos impulsos. En cambio, ahora todo era silencio, todo parecía adormecer las fuerzas de su espíritu. Cómo no se va a sucumbir en este peligro y acostumbrarse a la vida que a uno lo rodea? Es uno de sus acostumbrados exámenes de conciencia del día Domingo creyó ver el peligro venidero. Entonces le escribió a su Director Espiritual en Schoenstatt: "Me extraña mucho que aún nos tengan en Hagenau sin hacer nada. Yo habría preferido ir a Elseborn (Cuartel de Reclutas). Actualmente están en Wolhnnien, en Rusia. Y aquí, en cambio, se estudia siempre lo mismo que ya se sabe desde hace tiempo, y sería muy aburrido si no fuese por algunos bromistas que tenemos entre nosotros. Esta vida de guarnición nos pone flojos e indolentes, sin que queramos serlo, nos hace ser más listos y así descubrimos como salir de apuros en que nos metemos por nuestra holgazanería. Uno aprende de todo con los prusianos".

En estas circunstancias, descubrió en el campo de lucha de su corazón, un adversario desconocido: era la sequedad y la indiferencia. No podían escapárseles de su examen de conciencia del Domingo. Después le contó a su director espiritual su situación de la siguiente manera. "Quería escribirle desde el sábado, pero hasta hoy nada había podido hacer. Siendo militar me he puesto indiferente, sí, tan indiferente y estúpido ante cualquier cosa como nunca lo había sido antes. Me parece que cada vez me pongo más débil de voluntad y tímido para hacer sacrificios. El examen de conciencia de la semana aún no le he hecho; lo había dejado para el sábado y ayer solamente pensé seriamente en hacerlo. Lo mismo me sucedió el Domingo anterior, la misma negligencia me dominaba cuando hacía mi examen de conciencia, al hacer un propósito, en las oraciones cotidianas, en todo lo referente a la Religión y sobre todo en lo que se refiere a la Congregación. El último número de la revista. M.T.A. está en mis manos y aún no lo he leído. Siempre lucho en contra de estas negligencias, pero me encuentro tan débil y tan dejado, que sólo mantengo las apariencias, pero me corrijo yo lo deseo tanto! Se lo debo a mi Madre y a mis compañeros congregantes..."

Después de unos meses de luchas insistentes, volvió a narrar casi el mismo cuadro: "Le

agradezco de corazón el librito "Bajo el estandarte de los Lirios", con el cual puedo volver a ser un verdadero Congregante y me permite evocar su espíritu. Esto es muy importante, pues la vida de soldado lo pone a uno muy "salchicha" -no sé cómo expresarme. Ya si uno siente frío, ¿cómo puede abrigar a los demás? Esto de ser "salchicha" lo encuentra aquí en todos los congregantes; inquietudes, quien no lee, no tienen ninguna. Uno no tiene inquietudes, quien no lee, no tienen ninguna. Muchos leen, pero leen cualquier historia, novela, nada que pudiera elevarlos espiritualmente. Para esto se necesita mucho dominio de sí mismo. A mí me es muy difícil..."

José se encontraba ante una nueva educación de sí mismo. ¿Cómo debía atacar la indiferencia y la sequedad? ¿Cómo debía atacar la indiferencia y la sequedad? ¿Cómo debía defenderse contra esta debilidad y esta paralizadora influencia de la vida exterior? No debía por ningún motivo ceder y culpar a las situaciones exteriores. Ahora más que nunca debía usar la expresión "VOLO" que había leído en la biografía de Cosassini. Su vida interior y la lucha por su ideal, debían sobre todo ser ejecutadas ahora, con una voluntad de fierro. En una carta llena de confianza que le escribió a su amigo Karl, se desahogó de esta manera:

"Como te habrás dado cuenta por mi carta anterior, a mí también me ha cogido la sequedad; en aquel entonces tuve una lucha bastante dura, pero ahora estoy en una completa aridez. La lectura espiritual me conmueve un poco durante un momento, pero luego vuelve la antigua frialdad. Sin embargo, no dejo el trabajo ni la aspiración. Justamente el trabajo hecho contra nuestros deseos y sin placer fortifica el carácter. Este es el "pan de guerra" que nos da nuestra querida Madre después de la miel..."

Podía decirse con toda verdad, que tal como lo había descrito, así lo había hecho. El Propósito Particular, el horario espiritual, los exámenes de conciencia espirituales de los días Domingo, seguían siendo la verdadera existencia de la invariable lucha por su Ideal. Muchas veces le había costado un gran esfuerzo hacer sus oraciones, lecturas espirituales, exámenes de conciencia u horario por escrito. Tan grande había sido su aridez. ¿Acaso no podría mantener viva esta voluntad expansiva?

Cuando se acordaba de las últimas semanas, le venían unas dudas muy fuertes. ¿Cómo lo habían cambiado estos estados de ánimo tan variables! Hasta hace poco le confesaba a su Padre Espiritual: "Cuando le envié la carta estaba en esos momentos poseído de uno de estos estados de ánimo. Yo mismo no sé cómo estaba de exigente. Después me siguió una gran aridez y sequedad. Ahora estoy lleno de estupendos pensamientos e inquietudes y luego sin deseos para hacer nada.

Estos estados de ánimo cambian unas diez veces al día..."

¿No eran estos cambios los primeros signos de una paralización de su fuerza de voluntad? Por supuesto él no era tan malo como para exigir que en cada trabajo sintiese y palpitase la espiritualidad. Pero acaso, ¿no debía sentirse compenetrado por su Ideal, como antiguamente le sucedía? ¿Acaso su alma profunda y su buen corazón no debían prestar ayuda a su débil voluntad?

Probablemente este José Engling volvería a ser el de antes si no se preocupase tanto por las influencias exteriores, y se dedicara a actuar por propia iniciativa. Evidentemente así sería, pues éste era el motivo de su Propósito Particular desde hacía mucho tiempo. Quería ser Apóstol entre sus camaradas, pero primero debía conquistarse su confianza y estimación. Para eso podía hacer pequeños servicios ejecutados con cariño. Así, barría bajo su cama para aliviarle al que tenía que hacer el aseo, los cigarrillos que les habían regalado en el onomástico del Káiser, los repartió; con su sueldo del mes ayudaba encantado a sus compañeros en apuros y en lugar de huirles como solía hacerlo para dedicarse a la lectura, iba y se sentaba entre ellos, jugaba a las cartas y les celebraba sus bromas. En este terreno podía confesarse que había tenido éxito.

Pero debía confesarse que esto no le había traído ningún cambio en su vida interior. Tal vez habría vuelto a su antiguo ímpetu si se hubiera preocupado más de algo puramente espiritual, quizás de la lectura espiritual. Pero esto tampoco le había faltado últimamente. ¡Cuántos libros habían pasado por sus manos en las horas de ocio! De Federico Guillermo Weber "Goliath" y "Trece tilos"; las novelas históricas "Lucio Flavio", "Valiente y Fiel", "Fabiola"; del Dante "La Divina Comedia" y el libro de Giullet "Formación de Carácter". Estos libros solían conmovér un poco su ideal pero no le llenaban en su soledad espiritual. Y así, los sucesos de estos últimos tiempos le hacían ver claramente que ni la compañía de los hombres ni la de los libros podían llenar este vacío tan perceptible de su interior.

La vertiente que debía producirle la fuerza tan deseada estaba en otro terreno.

"Todo para María, la Madre tres veces Admirable"

Mientras más superficial era su fuero externo, más grande era su sequedad espiritual y por lo tanto José debía meditar aún más sobre sí mismo. ¿Qué era lo que le había dado tanta fuerza y contenido a su vida anterior? No necesitaba pensar mucho para darse cuenta que había sido un gran Ideal Personal: "Ser todo para todos y pertenecer completamente a la Madre de Dios". Entonces en él debía encontrarse la solución para esta atribulada situación. Algo muy parecido le escribió un día uno de sus profesores. José le encontraba toda la razón: "Es tal como escribe su Señoría: si al hombre no se lo ocurre una idea brillantísima, entonces permanece en una obscuridad diaria de la cual no puede salir. A mí me ofrece la Congregación a su Reina y el modo de contribuir a Su Capital de Gracias".

De todo el contenido de su ideal personal, una parte se le grabó en lo profundo de su pensamiento: "La Madre de las Gracias de Schoenstatt" y se le aparecía como la Madre de la pequeña familia de congregantes que bajó a su Trono de Gracias a la Capillita de Schoenstatt. En Ella veía a la Reina, cuya clemencia había unido al Santuario una gran idea. Debía ser el punto de salida de un gran Movimiento de Renovación. El consideraba que era su trabajo de toda la vida el ayudarle en su obra por medio sacrificios y oraciones para su Capital de Gracias. ¿Qué hubiera sido de su juventud sin la M.T.A.? Ella le ofrecía una gran idea al mismo tiempo que lo llamaba para una gran obra. Le regaló un nuevo hogar en la Capillita y una nueva familia en los Congregantes. Le despertó su confianza y una creencia segura en su ideal, a pesar de todas las debilidades. Lo había llevado a la escuela de una educación incomparable. En resumen: todas las horas pasadas estaban íntimamente ligadas a su nombre. No era de extrañarse pues que su mirada buscara, en toda necesidad espiritual, su cuadro y que su corazón se levantase cada vez más confiadamente hacia Ella. Sus

pensamientos giraban más y más alrededor de Su Persona. Parecía como si Ella atrajera hacia Sí, todos sus pensamientos y sentimientos. "La imagen Venerable de la Madre la tengo nuevamente viva en mi mente", le dijo gozosamente a su Padre Confesor. y en su diario escribió el siguiente propósito: "debo compenetrar más mi trabajo con el pensamiento "Para María, la Madre Tres Veces Admirable de Schoenstatt, la Reina de los Congregantes".

Este propósito no fue hecho en vano. En el futuro no hubo ningún acontecimiento extraordinario sin que su corazón no se sintiera íntimamente ligado con la Madre de Dios. Si llegaba a contar con un buen resultado, se sentía movido a dar gracias.

Una vez escribió: "Has hecho que dominara mi mal carácter en esta semana. Te lo agradezco de todo corazón".

Si tenía alguna pena durante el día, el pensamiento de la Madre de Dios le daba valor y paciencia. "Madre, -le escribía en su diario- hay cosas que se me hacen difíciles. Un fuerte resfrío quiere ponerme de mal genio. Sin embargo el pensamiento "todo para ti", hace que todo se me alivie". Si cometía alguna falta o descuido, el remordimiento lo tenía lo tenía nuevamente ante Sus pies: "Madre, rogaba, esta semana he sido muy descuidado. Para hoy, que es tu día (La Anunciación a María) ni siquiera me he preparado. ¡Perdóname; ahora me voy a dar más trabajo en mejorarme! Yo quiero y debo prepararme más para mi Propósito Particular y anotarlo".

Un día sucedió algo imprevisto: contrario al Propósito que había hecho al comienzo de su vida militar, de no decir jamás una mentira y se le escapó una durante el servicio. sintió unos remordimientos de conciencia tales, que escribió en su diario: "Esta semana he fallado miserablemente, Madre. ¡He dicho una mentira involuntariamente! ¿No me vas a reconvenir? ¡Perdóname, voy a hacer penitencia y trabajaré con más celo en Tu servicio".

Sus oraciones se dirigían especialmente hacia Ella al sentir en su caos espiritual, su propia debilidad. Alzaba las manos hacia Ella y le pedía: "Madre, déjame quererte más y así podré afirmarme más en Tí. Tú sabes cuánto te necesito, cuán poco trabajo sin tu ayuda, que débil de voluntad y dejado soy sin Tu apoyo. Ayer que era tu día, no quise simplemente hacer mi examen. Aquí estoy tómame y hazme como Tu Hijo para llegar a ser digno de Ti. Madre soy todo para Ti". Así, de esta manera seguían sus oraciones durante semanas y meses sin interrumpirse en su diario, para la Madre de Dios. De esta manera se mostraba nuevamente la acción de la Gracia y toda la riqueza de su espíritu profundo. mientras él se iba reforzando exteriormente, haciéndose más hombre y luchando en su interior por medio de sacrificios desmesurados, su comportamiento para con la Madre Celestial se hacía cada vez más tierno e íntimo. Volvían sus pensamientos al tiempo de su niñez y se encontraba tan bien cuidado por la Madre de las Gracias, como antes lo era por su propia madre terrenal. Entonces adoptó el lenguaje ingenuo del niño y llamaba a la Madre de Dios con nombre de "Mamita". Así lo hacían los niños en su tierra campesina cuando le hablaban a la madre en la intimidad del hogar. este fue en adelante el nombre que le puso y en él expresó todo su amor mariano. Además en las cartas que escribía a sus amigos íntimos la nombraba así. No por eso se le ocurrió en su religiosidad ponerse blando y melodramático; al contrario, era delicado y tierno, pero no azucarado.

Justamente ahora la hacía partícipe de su rudo trabajo diario. En una carta dirigida a sus compañeros congregantes de Schoenstatt les decía: "El servicio no es en absoluto difícil. No se le encuentra pesado, sobretodo si uno piensa en la Madre y su Capital de Gracias". Y a un amigo lejano le escribió: "Desde ahora en adelante un solo pensamiento dominará mi vida: Todo para Ti, ¡querida Madrecita!". "Mi Madre me ha mantenido últimamente de buen genio. cuando las marchas pesadas todos se quejaban del cansancio, yo sigo muy alerta. ¡Si todo es para la querida Madrecita, eso sólo basta para aliviar todo". Precisamente cuando sus tiernos pensamientos se alzaban en un gran amor a la Madre Celestial, era cuando buscaba sacrificios en el trabajo del día; esto le daba una gran bondad y fuerza suprema a su amor.

"Querida Madrecita, –comenta en su diario– acabo de leer las líneas que me has hecho llegar a través de la MTA. Son tus palabras. A pesar de mi sequedad y tontería, ellas me han conmovido profundamente y han llegado hasta lo más íntimo de mi ser. Por amor a Ti, nada es ni será imposible. Que mi vida sea completamente dominada por este pensamiento: "Soy entero Tuyo", entonces si seré feliz. Mi Propósito Particular so fue del todo bueno. Perdóname Madrecita me di tanto trabajo a pesar de todo! Mi conducta hacia mis compañeros habría podido ser mejor, sobre todo con uno. Esta será mi principal preocupación en mi Propósito Particular. Voy a anotar esto a mediodía y por las tardes".

Mientras tanto se acercaba el mes de Mayo, el mes querido por todos los hijos de María. Este se había anunciado desde hacía semanas ya en el alma de José. Se encontraba como nunca en su vida ante influencia tan poderosa de amor mariano. ¿Iría este mes a coronar toda su Florescencia? Desde luego ya le preocupaba un deseo largamente ansiado. ¡Si durante la licencia que le correspondía en Mayo pudiera ir a Schoenstatt! "Que feliz me siento al pensar que pronto estaré con la querida Madrecita en la Capilla", le escribió a su Padre Espiritual. Realmente su deseo se iba a cumplir muy luego. Su permiso le fue otorgado a principios de Mayo de 1917. Su estada en Schoenstatt le dio horas inolvidables de retiro y renovación interior. Más tarde, dos semanas después, al escribirles a sus compañeros congregantes de Hagenau, aún se sentía sobrecogido por lo vivido.

"Ahora me siento doblemente atraído por Schoenstatt, hacia el querido Santuario de la Congregación. El recuerdo de aquellos tiempos pasados, especialmente el de aquel día es demasiado bello. He salido al mundo con un amor óptimo a la Madre de Dios y con un conocimiento de lo más profundo y un mayor entusiasmo por los esfuerzos de nuestra Congregación, nuestro Ideal. El mundo entero es nuestro campo de acción, y deberá llegar a ser nuestro".

Este año había ideado una solución más fácil para su trabajo del Mes de Mayo. Además de seguir cumpliendo con su horario religioso, quería buscar durante este mes, las mayores oportunidades que pudieran proporcionarle alegría a la Madre Celestial. Se dedicó fielmente en cumplir este propósito. Todas las líneas y signos misteriosos que habían en su "Florescencia de Mayo", nos habla de innumerables pequeños sacrificios de la vida diaria. Este esfuerzo, aumentó su amor mariano y le dio un profundo fervor. Así, las últimas semanas vieron al fin, el deseado triunfo. Por fin se rompió el hielo que se había formado por la indiferencia y sus sentimientos cambiantes. Había triunfado sobre la flojera y monotonía del día. Su esfuerzo lo había vuelto a la antigua religiosidad y entusiasmo.

No olvidaría jamás que la conquista de esta difícil prueba, se la debía por entero a la Madre de Dios.

Preocupación por los demás

El floreciente amor mariano hizo a José capaz para luchar con éxito contra el despotismo de la indiferencia y de los temperamentos cambiantes. Al mismo tiempo le devolvió el sentido de responsabilidad por la causa de la Congregación y para sus compañeros congregantes en el cuartel. El trabajo de prefecto que había tenido en Schoenstatt, había sido para él una excelente escuela de formación. Al ingresar al ejército, sentía una natural inclinación para seguir dirigiéndolos espiritualmente. Durante los años pasados había formado una buena organización, la que estaba íntimamente ligada a la Congregación de Schoenstatt. Los grupos que estaban lejos enviaban cartas a sus compañeros y seguían llevando la vida de la Congregación, apoyándose e inquietándose mutuamente en la lucha por sus ideales. ¿Acaso no debiera suceder lo mismo entre los congregantes del Cuartel de Hagenau? Ellos habían entrado con este pensamiento en la guarnición, pero, ¿qué había sucedido entre tanto?

Durante las primeras semanas de reclutamiento no se podía pensar en formar grupos ni en hacer reuniones. Todos se sentían abrumados por las nuevas impresiones y por las fatigas desacostumbradas. Sin embargo, José había hecho lo humanamente posible durante esas semanas. Fuera de uno que otro paseo, no había tenido más distracciones.

Se acercaba la fiesta de Navidad. Ahora sí, de seguro, se presentaría una oportunidad para reunir a todos los schoenstattianos. Una reunión familiar, celebrada cordialmente, podría ser el comienzo de un trabajo más íntimo, hecho en conjunto. Después de los sucesos de las últimas semanas, anhelaban de todo corazón estar entre conocidos y en otro ambiente. Una circunstancia favorable vino en su ayuda. Uno de los schoenstattianos estaba emparentado con la Hermana Superiora del Hospital de Hagenau y la buena Hermana les puso a disposición una sala apropiada para la fiesta de Navidad y la arregló adecuadamente. Pero, contrariando todos los anhelos, la fiesta fue una dolorosa desilusión. Un extraño, que era bien conocido en el Hospital, se unió al grupo de jóvenes schoenstattianos, sintiendo el deber de entretener en forma bastante alegre a los jóvenes soldados. Pero esto no era del gusto de ellos. Habían pensado celebrar la fiesta en forma religiosa y como si estuvieran en familia. En cambio este buen señor acaparó la conversación e introdujo en ella un humorismo tan vulgar, que la mayoría se enojó y guardó silencio, con lo que la fiesta resultó muy aburrida. Por fin, con gran alivio aunque desilusionados, se dio término a la reunión.

Este fue un mal comienzo y José se reprendió por ello. ¿No debió preparar la fiesta con más anticipación? Entonces, tal vez no se habría desperdiciado esta reunión, ¿No debieron acaso haberse impuesto sobre el intruso? Pero en ese momento no supieron como hacerlo. Esto demostraba la poca costumbre que tenían de estar reunidos entre ellos. Así vio el fracaso de sus esfuerzos para unir más íntimamente a los schoenstattianos.

José se vio en una situación muy difícil, y él mismo tenía dificultades personales. El servicio tan duro le trajo horas muy pesadas, además estaba constantemente en lucha por su cambiante temperamento y necesitaba de todos sus fuerzas para mantener muy en alto su

aspiración religiosa. ¡Y ahora debía ser el apoyo para sus compañeros! Además, la mayoría no estaba de acuerdo con las ideas de José, de que como soldados debían aspirar aún más a la santificación personal. Una abierta manifestación de fe católica, una valiente confesión de su vocación, la comunión semanal o quincenal, las oraciones diarias, todo esto debía ser considerado como deberes de congregantes y de futuros sacerdotes. También debía hacer visitas al Santísimo o peregrinaciones al vecino Mariethal. Pero eran soldados y como tales tenían poco tiempo y fuerzas para estas cosas. También más de uno quería ser un buen soldado y ser considerado como tal. Sobresalían en estas ideas aquellos que habían dado su examen de grado y eran considerados oficiales de rango. Tenían la ambición de ser buenos soldados y aún distinguidos oficiales, de tal manera que los ideales del militar obscurecían a los del sacerdote.

Es por eso que las actuaciones de José y sus esfuerzos no les caían en gracia. Pertenecían a las clases superiores en la escuela en Schoenstatt y por eso no habían tenido oportunidad de conocer su valioso carácter y toda su piedad. A ellos les parecía que era demasiado santurrón. Además mostraba durante los ejercicios corporales una figura tan poco militar que tampoco les agrada. Para ellos era de gran importancia tener una arrogante y apuesta figura de soldado y para conseguirlo, compraron con dineros propios, gorros y pantalones gris-verde con pliegues. Por supuesto que José se veía muy mal con su uniforme hecho en los arsenales, con su gorrita que ya no tenía forma y sus pantalones que tenían tantas arrugas que más parecían un acordeón. Su físico desgarrado acentuaba esta mala impresión, de manera que muchos de los graduados se avergonzaban de salir con él. Anteriormente, al ser todos compañeros de curso, estaban a menudo juntos, pero cuando nombraron de entre ellos algunos oficiales, se produjo un distanciamiento entre ellos y los que no lo eran, distanciamiento que se transformó en tirantez, cuando dos oficiales trataron en forma altanera a los demás. Estos disgustos produjeron algunas dificultades en los esfuerzos de José por unirlos.

A pesar de todos los contratiempos, José comenzó a trabajar incansablemente. Primero debían dividirse en grupos. Luego con esta base se podía comenzar a trabajar. Todo grupo debía tener un director. Pero, ¿a quién debían darle la dirección? José no pensó nunca en sí mismo. Sus pensamientos se dirigían a Hans Beck, uno de los graduados del curso superior, que había trabajado mucho antes en la Congregación y poseía una gran viveza espiritual. Hans estaba muy de acuerdo con este plan y los otros no tenían inconveniente alguno. Así, ambos se pusieron de acuerdo para reunir a los compañeros en un solo grupo. Un tercero se formaría bajo la dirección de Hans Worm. Un cuarto se formó con los que habían sido movilizados en Elsenbom.

"Ahora sí que podemos comenzar", pensaba José. Pero los grupos divididos no lograban avanzar. cuando debían reunirse surgían numerosos contratiempos. Cuando un grupo estaba libre, el otro tenía guardia. Ya se habían puesto de acuerdo por la fecha de reunión, cuando un nuevo cambio de guardia, echaba todo a perder. Después se sentían tan rendidos con la gimnasia, que lo único que deseaban era descansar. Luego, todos comenzaron a sentir el desgano de la indiferencia. ¡Qué difícil era concentrarse en alguna conversación que fuera espiritual! ¿Qué debían decirse cuando se reuniesen? Naturalmente todo había sido más fácil en la calma y paz del Colegio. Pero aquí estaban cansados espiritual y corporalmente. Aún el siempre tan despierto y animado. Hans Beck, decía que allí se le hacía más difícil

escribir una carta a paisanos, que en Schoenstatt la más difícil de las composiciones.

José vio la situación con creciente preocupación. ¿De dónde iba a venir la corriente de Gracias que animaría a la organización recién formada? Su mente se volvió hacia Schoenstatt. ¿No había sido esta una tarea para la Congregación de allá? Pues ellos tenían los principios, tenían periódicamente sus reuniones y sus conferencias espirituales. Si pudiesen tener un continuo intercambio de ideas entre los congregantes del Cuartel y los de Schoenstatt, ¡cuántas inquietudes y problemas no se solucionarían!

Pero, ¡qué terribles noticias había recibido últimamente de allá! La vida de la Congregación había estado en decadencia desde que se retiraran los del 98º contingente. El magistrado no se sentía capaz en su tarea y se había abandonado a los acontecimientos. Muchos congregantes ya se habían enfriado y dejado completamente la lucha por el Ideal.

Cuando José unió su plan de acción a su confesión semanal, se produjo una importante novedad en su lucha consigo mismo. Más adelante, cuando se metía a prueba a su ser interior y examinaba su conciencia, lo hacía utilizando otras formas de apreciación, pues se juzgaba no solamente desde el punto de vista del sentido del deber, a lo cual hasta entonces se había atenido, sino que ahora consideraba el grado de heroísmo que empleaba en los actos ejecutados por su propia voluntad. La vida de Cristo se proyectaba sobre la lucha de los héroes por su religiosidad y no solamente por el cumplimiento con los Mandamientos de la Ley de Dios. Se preocupaba profundamente de sí mismo, sin fijarse tanto en su propio yo. Su mirada no se enredaba tanto en sus defectos y faltas personales para quedarse en eso y sentirse por ello angustiado, pues toda su alma estaba dominada por un alto ideal de vida que vibraba por cosas más grandes. A la luz de este gran ideal, se destacaban hasta las más pequeñas debilidades, de modo que no sólo reconocía el pecado sino que toda infidelidad que se interponía a las exigencias de su ideal. Bajo la influencia de este nuevo modo de pensar, crecería notablemente el digno impulso de su alma y se afinaría más la delicadeza de su conciencia.

Es así como en adelante su aspiración se orientaría a tres ideas conjuntas: un claro y preciso ideal de vida; la adaptación de su vida diaria a su plan de lucha; y el examen de conciencia aplicado a éste, en cada confesión. A pesar de todo, su plan no podía considerarlo completo. Hasta ahora, había estado acostumbrado a un propósito especial o a practicar el así denominado propósito particular, el cual destacaba aquellas faltas que más trabajo le daban y le hacía ejercer sobre ellas todo su control y dedicarles la mayor atención. Hacía más de un año que su propósito particular se había profundizado; pero ¿cómo debía ahora reanudar este acostumbrado ejercicio en su nuevo campo de lucha? Pronto supo a qué atenerse. Se había dado cuenta desde un principio que los numerosos propósitos que se fijaba no podían ser realizados de una sola vez en el plan que se había trazado, por lo que debería actuar con orden, dedicándose a un propósito después de otro. De este modo debería trabajar en su propósito particular. El plan de lucha no era sino un solo e inagotable programa, del cual se iría tomando, según las necesidades, el objeto del propósito particular. De esta manera, con el tiempo podría poner en ejecución todo el plan. Tiempo atrás había anotado los siguientes ejercicios personales en el orden de importancia que se indica: "Vida de oración, postura, modales, conversación, religiosidad, relaciones con los compañeros de estudio y adopción de una actitud servicial hacia ellos; consideración, participación, alegría en el sacrificio, serenidad, arte de entretener, trabajo para la Congregación".

Su propósito particular debía llegar a ser el punto central del examen de conciencia, que a su vez sería la base de su confesión semanal. Para poder hacerla perfectamente, decidió anotar diariamente cómo había realizado su examen de conciencia. Al fin pudo considerar que su plan de lucha estaba listo, a la cabeza del cual se encontraba su ideal de vida. Su diaria aplicación le facilitaría su plan de lucha. Además, todo esto era un reflejo de su confesión privada que hacía mediante el examen de conciencia diario y que trasladaba a su confesión semanal. El punto central del plan de lucha estaba en su propósito particular, del cual llevaba un control por escrito.

¿Y cómo se le presentaría la lucha? José la describiría personalmente.

No obstante que cansado se acostaba en su saco de paja, siempre meditaba antes de dormirse acerca de los acontecimientos del día; y en una noche como éstas se le ocurrió la siguiente idea: "¿Cómo sería si llevara un diario y dejara por escrito todo aquello que impresione particularmente a mi alma?" Al día siguiente empezó a efectuar sus anotaciones. De este modo se transformó en relator y nos dio a conocer lo que sucedía en el campo de batalla de su propio corazón. Y así, por su naturaleza honrada y dotada de una visión ingenua y observadora, llegó a ser un relator sincero de su propia vida.

Surge su ideal

Hacia ya tres meses que José había en práctica su plan de lucha y varias veces había pasado revista a su campo de batalla y examinado el resultado de sus afanes. ¿Había ya conseguido dominarse y formarse de tal manera que los acontecimientos diarios con todos sus pequeños deberes y sucesos, estuvieran subordinados a las exigencias de su plan ya expuesto? Cuando meditaba acerca de esta pregunta, no quedaba del todo satisfecho consigo mismo. ¿Acaso no debía reconocer que los últimos meses había sido una cadena llena de fracasos? Por lo menos a él le parecía así. Desde que descubriera que su plan de lucha era un reflejo fiel de su confesión, a la vez que de su examen de conciencia, se le habían abierto los ojos en forma que ahora constataban cuán lleno de faltas estaba. Como la medida de sus faltas era su alto ideal, sentía que éstas pesaban en su conciencia.

Fue por esto que apareció en su plan de lucha el solemne juramento de "preferir la muerte antes que cometer un pecado venial". ¿Y cómo se había comportado últimamente? Ya no se acordaba cómo se había desarrollado los acontecimientos, pero de lo que sí se acordaba, era que había mentido dos veces. Esto le había sucedido muy de improviso, sin que pudiera darse cuenta. Entonces muy conmovido escribió en su diario: "¡Dios ha sido nuevamente herido!" "¡Madre, consígueme el perdón!" Aún hoy sentía que el arrepentimiento por su falta, quemaba su alma. ¿Y las otras exigencias de su plan? ¿Cómo seguía, por ejemplo, su propósito particular, si se considera que era el punto central de la lucha?

Quería hacerse el propósito de hacer en las últimas semanas una vida de oración muy perfecta. Los ejercicios piadosos durante el día, sobre todo la Santa Misa, la hora de adoración y las oraciones de la mañana y de la noche, debían ser hechas con gran recogimiento. La forma en que cumplía su propósito particular se podía apreciar en su diario examen de conciencia, ya que había adoptado la costumbre de hacerlo todas las tardes por escrito. No le iba mejor en su estudio diario. Antes sus ojos brillaba la meta: "Ser un sacerdote santo y sabio", pero, qué lentos le resultaban esos estudios, pues muchas veces

no alcanzaba siquiera a terminar sus tareas. Quería llegar a ser un maestro en su idioma, pero, qué difícil le resultaba esta materia! A pesar de los ejercicios de lingüística que hacía diariamente, con el fin de vencer sus dificultades de pronunciación no notaba progreso que asegurara su mejoramiento. "Ser todo para todos", su alto ideal y propósito favorito para conquistar el corazón de sus compañeros, para atraerlos a la gran obra de la Madre de Dios; y sin embargo, ¡era tan poco asequible para con los demás! Se daba cuenta de cuánto se burlaba de él. Cuántas veces trató de mantener una postura derecha, cuántas estudió las reglas de urbanidad, y ¡cuán poco progresaba, a pesar de todos sus esfuerzos!

Había momentos en que la sensación de descontento consigo mismo se hacía aplastante. ¡Qué juego maravilloso de poderes misteriosos se habían desarrollado en su alma en el curso de las últimas semanas! Sus sentimientos subían y bajaban como el flujo y reflujo de las mareas, semejante a lo que dice el poeta: "Jubiloso hasta el cielo, apenado hasta la muerte!" Repasaba las hojas con sus anotaciones y encontraba los contrastes más desconcertantes. A comienzos de Febrero, por ejemplo, a través de sus notas se podía leer el renacimiento de su celo, en un trabajo activo en la Congregación; en tanto que, una semana más tarde, se leía un informe sobre sus inclinaciones, demostrando cómo había perdido todo interés y se sentía enfadado y descontento. Poco tiempo después cambiaba el cuadro, lo que hacía que esos días pudieran llamarse días de Gracia. Sí, se acordaba perfectamente con qué claridad se había presentado ante su alma el ideal de su vida. El deseo de llegar a ser un hombre maduro sacudió su interior. En su diario podía verse que deseaba hacer algo sobrehumano por la Iglesia y por la Ciencia. En momento de gran elevación en sus sentimientos espirituales, había escrito esas líneas, pero ¿y una semana más tarde? El 18 de Febrero de 1916 se leía: "Ayer y hoy me he sentido lleno de una fogosa aspiración y sin embargo, ahora estoy poseído de mal humor, causado por pequeñeces". Así sucedía de un día a otro. Los zigzagueantes sentimientos le envolvían y le producían caprichosos cambios, que le impedían comprenderse a sí mismo. José sufría dolorosamente ante el abismo que mediaba entre su alto ideal y los hechos que acusaban su minucioso examen de conciencia. Si meditaba sobre sus fracasos, sufría entonces un desaliento paralizador y si dejaba que éste se profundizara, era juguete de un verdadero remolino de sentimientos que lo lanzaba de un lado para otro, trayendo consecuencias perores, Se sentía entonces como si no tuviera tierra firme bajo sus pies. Y con estos antecedentes, ¿debía creer en su alto ideal, ver en él su razón de ser, y que el Reino de la Madre de las Gracias se extendiera por el mundo? Muchos de sus compañeros no parecían preocuparse de que así fuese. ¡Qué talento tenía Hans Wormer y Esser, con los demás! Pero, ¿y él? ... Ahora, ¿qué debía hacer? Debería abandonar su ideal? No, contra esto se rebelaba su fuero interno, pero tampoco podía creer en su ideal. Se lo impedía un sentimiento de profunda debilidad. ¿No había, por casualidad, otra salida en esta aflicción?

De pronto se acordó de una conferencia que el P. Espiritual había dado en la Capillita hacía muchas semanas. Tanto le había gustado que anotó en su diario los pensamientos de fondo. El contenido de la conferencia era más o menos así: "El Hijo de Dios realiza en la tierra su plan de Santidad mediante la ayuda de las criaturas, y el mayor trabajo que esto demanda se lo ha traspasado a su querida Madre. Y así, su misión oficial ha sido dar a luz a Cristo y ser protectora de la Iglesia. Para cumplir su encargo necesita de instrumentos; por eso, ¿a quién elegirá por su poder de intercesión? Seguramente a los Congregantes, pues en el día de la Consagración celebró con ellos una Alianza de Amor. El Congregante se pone a su

disposición y Ella ha de alcanzarle su Gracia, para llegar a ser un instrumento de Dios. Los Congregantes han hecho con su Alianza de Amor una especial primera consagración, mediante la cual se comprometen a entregar sus oraciones y sacrificios a la Madre de Dios, para que así Schoenstatt llegue a ser un segundo Ingolstadt. ¿Habrá aceptado en este sentido la Madre de Dios, la consagración de los Congregantes? El futuro lo demostrará. El que conoce la bendición de la Gracia, que hasta ahora ha descendido visiblemente sobre la Congregación, se inclina a aceptarla. De todos modos la Madre de Dios no se deja ganar en generosidad. Así, si nos entregamos con todas nuestras fuerzas a su causa, entonces Ella hará de instrumentos inútiles, algo grande".

¿Acaso no le mostraba estos pensamientos el camino que debía seguir para salir del aprieto en que se hallaba? Efectivamente, fueron de gran ayuda y pudo comprobar que lo que el P. Espiritual decía era muy cierto. ¿Podía dudar entonces de que la Madre de Dios hubiera aceptado su consagración de congregante y que también lo hubiese aceptado en la Alianza de Amor que Ella celebró con la Congregación el 18 de Octubre de 1914? Dudar habría sido desconfiar de su cuidado y amor de Madre. Todo esto, demostraba que debía ponerse enteramente al amparo de la Madre de Dios. Ella le haría capaz para llevar a cabo su vocación, le haría tomar parte en la realización de su obra, a pesar de su debilidad. ¿Cómo lo haría? No lo sabía, pero sí, que debía entregarse enteramente a quien quería seguir ciegamente. Hacía ya algunos meses que estos pensamientos pasaban por su mente. En aquella época escribió en su diario: "Yo quiero y debo ser un gran hombre en toda la extensión de la palabra. Mi Madre no puede negármelo, pues me he consagrado enteramente a Ella y me ha colocado a la cabeza de sus escogidos. El Salvador no puede negarse a los ruegos de su Madre".

Ya con plena confianza en la Madre de Dios, sintió que la tierra se afirmaba bajo sus pies. Ahora tenía tranquilidad interior. Al mismo tiempo se produjo un profundo cambio en el conocimiento de sus fuerzas, pues había abandonado completamente la seguridad que tenía en el poder de ellas en los últimos meses; y por el contrario, se afirmaba cada vez más profundamente en la confianza ilimitada que tenía en la Madre de las Gracias de Schoenstatt. Esto daba a su idealismo, y así lo sentía, una inspiración más clara y una mayor fuerza de voluntad.

¡Qué bueno había sido el haber seguido el consejo de su confesor en el sentido de cambiar el objeto de su propósito particular! Desde entonces leía diariamente algo acerca de la Madre de Dios, y para profundizar más lo que leía, trataba de conversar sobre el tema con sus mejores amigos y compañeros de acción. Descubrió que durante las últimas semanas y bajo la influencia de sus lecturas, brotaba en su alma una tierna confianza que poco a poco se iba abriendo camino. Desde que se entregara más ciega y completamente a la Madre de Dios, sentía como si su alma hubiera sido tocada por una varita mágica. Un apego agradecido y un amor íntimo aparecieron en su corazón, de modo que un tierno y primaveral amor Mariano lo envolvía. Toda la riqueza de lo más profundo de su corazón parecía haberse despertado y lo impulsaba hacia su Madre Celestial, Sí; ya no soltaría más su mano, pues se sentía como un niño custodiado por su Madre. Se sentía tan traspasado por este sentimiento, que la lucha que había librado consigo mismo, lo unía más a su Persona. Para el futuro se había impuesto como propósito particular, la lucha contra las disposiciones negativas de su ánimo. Pero su propósito ya no sólo era "quiero luchar contra

las malas disposiciones de ánimo", pues en su diario podía leerse: "para que mis sentimientos no perturben mi trabajo, lucharé contra ellos y pondré ante mí, tres veces al día, la amabilidad de la Madre Celestial". Pero esto no era suficiente: más de una vez al día, se dirigía al Santuario de la Reina de los Congregantes para saludarla y permanecer con Ella en las oraciones. ¿Qué más podía hacer para aumentar el fuego del amor en su corazón? Se acordó de pronto que Marzo era el mes de San José, su Santo Patrono, y decidió de inmediato dedicarle una oración cada día y por este medio pedirle una unión más íntima con la Madre de Dios. Siguió en su búsqueda y resolvió que Ella sería la absoluta soberana de su corazón. Además, ¿no sería posible sellar esta unión tan pura mediante un signo externo? Pronto encontró lo que podía ser dicho signo: el voto de la santa pureza. El 12 de Marzo de 1916 ofrecía por primera vez a su Madre Celestial el voto de pureza virginal. Le podía ofrecer además su corazón que hasta ese momento no había sido tocado por pecado grave. Su voto lo renovaba y extendía de confesión a confesión, y hasta su muerte lo cumplió, sin haberlo quebrantado. Su Señora Celestial le alcanzó la Gracia de no sufrir luchas por este motivo.

El momento culminante de su inflamado amor a María se produjo en el mes de Mayo. Meditando en los últimos días de Abril, acerca de cómo podía venerar a la Reina de Mayo, tuvo una buena ocurrencia.

El despertar de la primavera en la naturaleza, creada por Dios, le dio la idea de transformar el terreno sagrado de su alma, en su florido jardín de María. Tomó un papel grande y escribió:

"Florescencia de Mayo"

del jardín de mi corazón, puesto a los pies de la Reina de Mayo en Su mes de 1916.

Madre, sea a ti consagrado el jardín de mi corazón. Para ti lo voy a plantar y cuidar:

I.- La "Rosa del Amor y de la Consideración". Quisiera también que esa Rosa se Te asemeje. ¡Oh Madre! Así como la Rosa es la reina de las flores, así también sé Tú, Reina de mi corazón. Para ti, Reina mí, sean mis sacrificios gratuitos, puestos a tu entera disposición, y en especial:

1.- Actos de ofrecimiento a ti. 2.- Estímulo en Tu honor. 3.- Lectura sobre ti. 4.- Conversaciones sobre ti. 5.- Saluciones a Tu cuadro. 6.- Visita a la Capilla de la Congregación. 7.- Rosario. 8.- Comunión. 9.- Comunión espiritual. 10.- Actos de apostolado. 11.- Hacerte el punto central del día. 12.- Jaculatorias.

II.- El "No me olvides" de la fidelidad a Tu servicio: Quiero serte fiel a través de: 1.- Buen cumplimiento de las oraciones de los congregantes. 2.- Preparación para las reuniones. 3.- Atención en las lecturas espirituales. 4.- Estudio profundo. 5.- Silencio en la sala de estudio. 6.- Silencio al toque de campana. 7.- Hacer especialmente bien la cama. 8.- Orden en el pupitre. 9.- Obediencia a los impulsos de la Gracia (en la conciencia).

III.- La "Violeta" de la humildad y la Modestia: Cuidaré de ella sabiendo: 1.- tomar con paciencia las reprimendas. 2.- Perdonar las injurias. 3.- Obedecer con alegría.

IV.- La "Flor de la Pasión" de la Cruz y del Amor al sacrificio: Ella se desarrollará a través de: 1.- Paciente sufrimiento de los disgustos. 2.- Comportamiento lleno de atenciones. 3.- Cortesía. 4.- Dominio de mí mismo en la mesa. 5.- Buen cumplimiento con el propósito particular. 6.- Lectura del libro sobre modales. 7.- Lectura de los Estatutos. 8.- Mostrarse agradable. 9.- Otros sacrificios.

V.- El "Lirio" de la Inocencia: 1.- Cuidar de los ojos, especialmente en el dormitorio. 2.- Silencio en este último. 3.- Rezar por la Santa Comunión".

Este sería por lo tanto, su ofrecimiento de Mayo y su homenaje de fidelidad a su querida Señora. Un programa ilimitado de pequeños sacrificios en la vida diaria para Su "Capital de Gracia". ¡Cuán ingenioso puede ser el amor! Y Mayo fue verdaderamente un mes de encanto para su joven amor. Día tras día se acercaba al jardincito de su corazón y le ofrecía un ramillete de flores. Por cada flor cultivada en el sacrificio que recogía, ponía una línea en su cuadernito, al lado del propósito que correspondí. Si se cuentan todas las líneas en el mes, se llega a la imponente suma de 1.712. Siempre se apresuraba a ir a la Capillita a visitar y saludar a la Reina de Mayo. En aquellas ocasiones rezaba con un amor Mariano tan íntimo y tan abrasador la pequeña oración que tenía al final de sus "Florescencias en Mayo":

"Madre, me entrego completamente como ofrenda a Ti: me entrego con todo mi ser y con todo lo que poseo. Madre, haz de mí lo que Tú desees. Nada quiero pedirte. Solamente déjame que te quiera y Te honre para siempre".

Mientras más ofrecía su amor Mariano, más importante tomaba la Capillita como punto central de sus pensamientos y sentimientos. El sencillo santuario parecía envolverle con un misterioso encanto, como si una fuerza irresistible le invitara a desterrarse en él. Durante el mes de Mayo iba, sin interrupción alguna, de seis a siete veces al día a visitar la Capillita de la Madre de las Gracias de Schoenstatt. ¿Sospecharía acaso que llegaría a ser el lugar de donde emanaría una fuerte corriente de gracias y el punto central de un poderoso Movimiento de Renovación? Hacía tiempo que éste era un lugar sagrado y que la madre de Dios había puesto allí su Trono. Para él significaba el símbolo de una idea atrevida y de una poderosa acción. La propia historia de su alma se había ligado íntimamente a él y todo desarrollo importante en su vida interior estaba de algún modo conectado con el pequeño Santuario. Aquí había adoptado las resoluciones que hasta ahora habían formado parte integrante de su vida. No era pues de extrañarse que el Santuario se transformara cada vez más, en su hogar espiritual y que se sintiera arraigado en él con todas las fibras de su ser. Nunca había sentido tanto como ahora, que un amor tan puro y de tanta profundidad moviera su corazón. Fue el lugar de sus horas de Tabor, en las cuales conversaba íntimamente con su Madre Celestial.

Los sábados en la tarde, dos sacristanes, alumnos de la misma clase de José, hacían una minuciosa limpieza, en la que el Santuario era aseado en conciencia y engalanado para el domingo. El suelo, con sus azules y blancas planchas, por sobre todo, debía quedar reluciente. Esto era el orgullo de los sacristanes, pero tan pronto terminaba adelante, en el banco que hacía de comulgatorio, justamente frente al cuadro de la M.T.A., para permanecer allí arrodillado durante largo rato, orando y en profunda meditación. "La piedad está bien", pensaba cada uno de los sacristanes, "pero no necesita correr tan temprano sobre

el piso que recién se ha limpiado".

El sábado siguiente, apareció nuevamente José en el umbral de la puerta: "Engling, esto no puede seguir así" le dijo uno de los sacristanes, "debes esperar hasta que el piso esté completamente seco". José en tono de ruego le hizo presente que tenía los zapatos muy limpios y que él personalmente se había preocupado de limpiarlos. "Eso no importa, pues de todos modos quedarán manchas, así es que debes volver más tarde" le respondió el sacristán. "Y si entrase en la punta de los pies y diera grandes zancadas?" José continuaba rogando. Además de comprometerse a limpiar lo que se ensuciare, esperaba que lo dejarán entrar. Hacía esta petición en un tono tan confiado y seguro que los sacristanes no podían negarse. Así llegó a ser un visitante tan asiduo que con el tiempo llegaron a verlo con agrado: el porqué, nunca lo supieron, pero cuando se arrodillaba, había en su ser una confianza tan natural, que les hacía sentirse edificados.

Al tocar a su fin el mes de Mayo, nuevamente ofreció José en la Capillita a la Madre de Dios, todas las flores de sacrificio que habían acumulado durante el mes, en tanto que un ardiente deseo parecía abrasar su corazón: ¿podría llegar a ser esta región el nacimiento de una fuerte corriente de Gracias que se propagase por el mundo? En su alma se formó la oración que agregó al final de sus "Florescencias de Mayo":

"Madre, recibe en tu honor todo lo bueno que hecho en Mayo, sobre todo, lo que tengo anotado. Todo lo he puesto a Tu libre disposición. Pero ahora, tengo un deseo que formularte: Te ruego dispongas para la realización de esta idea: que Schoenstatt llegue a ser un segundo Ingolstadt. Sin embargo, dejo a Tu entera discreción este pequeño deseo mío para que Tú hagas lo que estimes conveniente. ¡Ave María!"

El hecho de aproximarse el fin del Mes de Mayo, dio a José ocasión para dar una mirada retrospectiva a las últimas semanas, siempre en relación con su gran ideal de vida. De este modo se decía que nada o tal vez muy poco importante había hecho durante el mes de Mayo. Pero cuando profundizaba en los sucesos del último mes, le parecía que recién entonces descubría el verdadero contenido de su ideal. ¡Cómo había sacudido su alma, hasta lo más íntimo, durante este mes último, el amor tan profundo que tenía a la Madre de Dios. ¡Sentía desde entonces cómo habían aparecido en él unas fuerzas secretas de las que antes no sospechaba. Era un fuerte impulso a la entrega. Quería darse a Dios, y a la Santísima Virgen y consumirse para su Reino, como una limpia y sagrada vela destinada al sacrificio. Quería darse al prójimo y servirle desinteresadamente. Sentía como si una fuerza irresistible lo empujara a dar. Y muy claramente se daba cuenta de que todo esto había penetrado en él desde que aprendió a amar a la Reina de los Congregantes. Cuando hizo ejercicios privados en Semana Santa, sintió algo semejante. En aquél tiempo escribió en su diario. "que experimentaba en su alma, una poderosa fuerza que le impulsaba a dar".

El renacimiento de este impulso natural se había desarrollado hasta constituir una fuerza, que se había formado a través de los sucesos del mes de Mayo y que tuvo la virtud de reunir en sí mismo todo el contenido de su ideal. De este modo descubrió José que su ideal se había agrandado y que al mismo tiempo se había simplificado. Si antes hubiese deseado conocer en intensidad su ideal, habría tenido que analizarlo.

Ante él estaba su ideal de sacerdote y su ideal de Santo. En ese ideal observaba cómo el

hombre vencía al pecado y se saturaba de Dios y de Cristo. Sentía, después de trabajos sobrehumanos, el impulso hacia lo grande, a la fidelidad en lo pequeño y a la santificación del día de trabajo. También vea el amor magnánimo y lleno de confianza de la Madre de Dios, conjuntamente con el servicio desinteresado al prójimo, y por último, a la Reina de los Congregantes y a su Capillita, como imagen de una gran idea. Entonces se daba cuenta que su ideal de obligaría a un trabajo incansable para el Capital de Gracias, a fin de que la Capillita llegase a ser el verdadero Santuario de la Madre de Dios.

Desde que había adoptado su plan de lucha, trataba de unir todos los aspectos de su contenido en pocas y sencillas palabras. Las experiencias de las últimas semanas le dieron a conocer que podía reunir todas estas partes en un solo pensamiento: *Omnibus omnia, Marie specialiter mancipatur* (Ser todo para todos y estar enteramente entregado a la Madre de Dios). También adoptó una denominación especial para esta frase, la que llamó su "Santo y Señá". Este "Santo y Señá" podía resumir todos los sucesos de la historia de su alma durante cuatro años, en un estilo preciso e ingenioso y cuando lo recordaba parecían repercutir en su oído todos los acontecimientos de su vida. Una sola frase le mostraba la tarea original que Dios le había asignado. Todos los pensamientos y sentimientos, en lo sucesivo, debían girar alrededor de esta sola idea de su vida. Como hombre de un solo ideal, se transformó en una personalidad definida y este ideal personal consistió en "Ser todo para todos y pertenecer completamente a la Madre de Dios"

El mes de mayo de 1916, trajo a José abundantes bendiciones. Despertó y acrecentó en él un amor Mariano profundo. La confianza que tenía en la Madre de Dios le proporcionó, entre múltiples vacilaciones, la sensación de pisar tierra firme y le enseñó, además, a volver a creer en su Ideal. Pero sobre todo, fue el mes de Mayo el que le regaló el conocimiento de su Ideal Personal.

Campeón de una gran causa

Mientras estas importantes transformaciones tenían lugar en la vida interior de José Engling, la Congregación Mariana también había experimentado importantes cambios. Tenía mientras tanto un ideal común que se podía llamar: "Paralelo Schoenstatt-Ingolstadt". Este lema estaba íntimamente ligado con la persona de José Engling.

A comienzos de 1915, los Congregantes del tercer curso tenían una preocupación muy importante: el 4º curso iba a iniciarse en la Congregación Mayor y de sus integrantes debían salir, en tiempo oportuno, los que llenarían los importantes puestos del Magisterio. Por esta razón es que en la mente de todos se hacía presente la interrogante: ¿Quién será perfecto? La mayoría de los Congregantes propuso a José Engling, en tanto que un pequeño pero activo grupo señaló a Hans Wormer como su candidato. Decían que Hans era un ser completamente diferente del tieso y torpe Engling, a quien por lo menos, le aventajaba en presencia y estaba mejor dotado, circunstancia esta que le permitiría dar gran impulso a la causa. Hans tenía demasiada nobleza para encontrarse contento con la propaganda que se le hacía y principalmente porque ésta perjudicaba a Engling. Era muy molesto para él, el que fueran rivales, no obstante que ello lo enaltecía. Cuando llegó el 13 de Mayo, los congregantes se hicieron oír y la mayoría recayó en José Engling, que fue nombrado perfecto, y Hans Wormer, su primer ayudante.

Desde entonces se le veía muy a menudo en la pieza del P. Espiritual, para pedirle consejos acerca de la forma cómo debía ejercer un cargo de tanta responsabilidad. De sus antecesores, muy poca cosa podía obtener, porque ellos no habían sido preparados y seguramente habrían hecho de la Congregación una especie de oratorio, antes que una escuela de carácter. Pero en las conversaciones con el P. Espiritual, también se trataban otras materias que jugaban un papel muy importante. Esto permitió a José echar un vistazo a la Congregación Mayor, como asimismo a sus propios planes y meditaciones. Casi ocho meses habían pasado desde aquel memorable 18 de Octubre. ¿Qué había ocurrido con el gran plan? La Madre de Dios debía haber sido movida, por medio de las contribuciones al Capital de Gracias, a establecer su Trono de Gracias en la Capillita y convertirla en la Patria Bendita de la Familia de los Congregantes.

Un cronista podría haber relatado la vida floreciente de ambas congregaciones hablando de un creciente espíritu de adhesión al ideal del "Capital de Gracias" y del comienzo de una Primavera Mariana. ¿No podía verse en estos hechos que la Madre de Dios había aceptado aquel ofrecimiento? El plan había dormido durante muchos meses el sueño de la "Bella Durmiente del Bosque"; pero en la Congregación Mayor se había comenzado a despertar. El ejemplo de la Congregación Ingolstadtiana daba al asunto un nuevo y osado aspecto y desde hacía algún tiempo se esperaba que la Madre de Dios hiciese de la Capillita el punto central de la vida de la Congregación. Confiando en Ella, ¿se podía dar otro paso más? Estaba sin duda en su poder el elegir a la Capillita como punto de partida de una renovación religiosa dirigida hacia los círculos más distantes del pueblo. En resumen, ¿no podría tal vez Schoenstatt llegar a ser un segundo Ingolstadt? En la Congregación Mayor este pensamiento ya había sido captado. Para el P. Espiritual no era prudente salir fuera de la Comunidad con un plan de alcances tan extraordinarios. La Congregación era observada, desde su fundación, desconfiadamente por todas partes. Los fines de tanta trascendencia que se proponían habrían seguramente aumentado la desconfianza y hecho aparecer nuevas tormentas. Sin que la juventud se diese cuenta disfrazó el nuevo plan con un sobrenombre, y por ello es que se hablaba de un "paralelo Schoenstatt-Ingolstadt". Esta denominación circulaba ya en las filas de los congregantes y, casualmente se hablaba acerca de ello en las prédicas. Solo algunos tenían una vaga idea de lo que esto realmente significaba.

A través de estos acontecimientos e interrogantes, José había adquirido un profundo conocimiento de algunas de las intenciones del P. Espiritual. También llegó a saber lo que este pensaba de la idea del paralelo Schoenstatt-Ingolstadt. "Si Dios verdaderamente había dispuesto que la Capillita fuese el punto central de un movimiento de renovación religiosa, sólo lo vendría a saber el grupo por los acontecimientos futuros. Hasta ahora se podía asegurar, y de buena fuente, que la Madre de Dios habían bendecido especialmente a la joven Congregación, por lo que los Congregantes deberían seguir sirviéndole fielmente y entregarse con toda confianza en Sus manos".

José tenía sólo una vaga sospecha del alcance que pudiera tener el paralelo. Tampoco podía vislumbrar, por el momento, cómo llegaría a ser una realidad. ¿No podría entonces una modesta Congregación equivocarse, al tomar en sus manos una cosa de tal magnitud? Pero, ¿para qué cavilar sobre ello? Seguramente tanto, sabría dar un explicación a su debido tiempo. Pero una de estas reflexiones no quería abandonarle. Pero una de estas reflexiones no quería abandonarle. Las bendiciones que la familia de congregantes hasta entonces había

recibido de su pequeño Santuario. parecían querer salir y esparcirse fuera de las murallas del Internado. ¿No estaría acaso la Madre de los Congregantes, esperando que sus fieles le entregaran nuevas y mayores ofrendas para el Capital de Gracias del Pequeño Santuario? ¿Y acaso no le pedía a él que se entregase más completamente, con toda su vida poniéndola a su disposición? Tan fuertemente sacudió este pensamiento su interior, que su alma experimentó un sentimiento cual no lo había sentido antes, y nuevamente tomó una decisión que habría de cambiar profundamente el destino de su vida.

Se detuvo en el paralelo Schoenstatt-Ingolstadt, que aunque no lo comprendía en su totalidad, entendía claramente que la Reina de los Congregantes, desde la Capillita de la Congregación, quería bendecir, no solamente a ellos, sino que a círculos más amplios. También comprendía que para esto era necesario que su vida fuera un solo ofrecimiento para el Capital de Gracias, pues se sentía destinado por la Madre de Dios para cumplir una gran tarea. Debía pues, ayudar a la transformación del pequeño Santuario en un manantial de Gracias que se esparciese por la tierra para conseguir un renacimiento religioso de la época.

Este importante acontecimiento de su alma no podía permanecer sin influir en su Ideal Personal. Sin embargo, el lema para su "santo y seña" era siempre el mismo: "Ser todo para todos y estar enteramente entregado a la Madre de Dios". Pero le agregó a su contenido, sin darse cuenta según lo demuestran sus anotaciones, una nueva e importante parte vital. Cada vez que incluye en su Ideal Personal el nombre de la Madre de Dios, este adquiere un sonido especial, pues no solamente comprende allí a la Madre de Dios, en general, sino a la Madre de las Gracias de Schoenstatt que se ha dignado bajar al Santuario y transformarlo en el lugar de nacimiento de un Movimiento de Renovación.

El ejercicio del cargo de Prefecto de la Congregación, daba a José nuevos trabajos de directiva, de cuya resolución no se preocupaba demasiado ya que tampoco lo necesitaba realmente. Lo que debía vivir en la Congregación, desde hacía tiempo lo llevaba en su interior: El Ideal del Santo, un plan trazado para su educación personal, el amor a la Madre de Dios, las contribuciones al "Capital de Gracias" y la creencia en el paralelo Schoenstatt-Ingolstadt. Cuando pudiera entusiasmar con esos mismos ideales a sus compañeros congregantes, se resolvería su trabajo de directiva. Así también lo creía el P. Espiritual.

José empezó valientemente bajo los fuertes impulsos interiores, a trabajar efectivamente como Prefecto de la Congregación; y lo hacía a su manera. En las reuniones de los Congregantes trataba de no sobresalir, a pesar de su cargo. No era por sí mismo, ni orador ni dirigente y además sentía que su capacidad no era como para dar enseñanza en general. Su fondo natural lo impulsaba a hacer su trabajo de alma a alma, lo que él denominaba "Apostolado Silencioso". Este sería el más largo y trabajoso camino que le conduciría a un segundo triunfo.

Siempre se le veía durante sus horas de recreo y reposo actuar en su apostolado. Sabía arreglárselas de tal manera, que siempre tenía a uno solo de los congregantes para conversarle. No siempre eran conversaciones sobre su cargo; todo salía en la conversación: el bienestar personal de cada uno los sucesos en la clase y entre medio, los asuntos de la Congregación. Por lo menos así lo hacía el principio; pronto, sin embargo, comenzó a

orientarlos hacia la meta. Entonces la conversación giraba en torno a las preguntas, de cómo debía hacerse bien un examen de conciencia, o qué significaba: "Schoenstatt debe ser un segundo Ingolstadt". Era sorprendente ver cómo sus instrucciones eran asimiladas por los jóvenes. No obstante había algunos entre ellos que eran considerados voluntariosos: desde luego, si Engling no hubiese sido tan recto y natural, ellos no se habrían doblegado ante su influencia. Pero como él vivía los ideales tan ejemplarmente, ellos se dejaban conducir con gusto, porque además, notaban claramente su voluntad noble y desinteresada. El abogaba por la causa de la Madre de las Gracias de Schoenstatt y no por la de él; deseaba hacer el bien a sus compañeros, mediante un amor recto y verdadero. Esto se manifiesta a través de su trabajo, de tal manera que nadie deseaba contradecirlo. Tampoco podían hacerlo quienes se enojaban por su estampa campesina.

El "Apostolado Silencioso" de José, que actuaba sobre los sentimientos humanos e inmediatos de sus compañeros, llevaba un marcado signo de inteligencia. Supo formarse un grupo de congregantes, que bajo su dirección, actuaban igual que él. Como colegas suyos eligió a aquellos que eran distinguidos por sus superiores y tenían una buena impresión entre sus compañeros. También tuvo éxito al juntar a los mejores talentos de ambos cursos. Así, su trabajo iba formando círculos cada vez mayores hasta abarcar toda la Comunidad y ponerla en movimiento.

Al tenaz y activo trabajo del "Apostolado Silenciosos", le estaba destinado un éxito visible.

En las últimas semanas, floreció en la Congregación un ferviente impulso de educación personal y de verdadero amor Mariano. También se notaba, cómo la vida de la comunidad se orientaba cada vez más hacia una unión final: la idea del paralelo Schoenstatt-Ingolstadt" les absorbía a todos y con intensidad cada vez mayor. La historia del alma de José parecía repetirse en la Comunidad. Era sin discusión su Director Espiritual. Su ideal personal "Ser todo para todos y pertenecer completamente a la Madre de Dios", parecía tomar vida hacia el exterior.

El florecimiento de la Congregación Menor bajo la dirección de José Engling, merece especial consideración, ya que hubo de formarse en circunstancias contrarias.

Después del primer año de guerra, debido a la falta de buenos medios de subsistencias, la alimentación y vida del pueblo germano bajaron a un nivel jamás conocido. Esta necesidad material se acentuó debido a los crudos meses de invierno. En los pobres alojamientos de "Casas Viejas" se sentía intensamente el frío; la escarcha no quería deshacerse en las ventanas del dormitorio; el agua se helaba en los lavatorios y en las salas de estudio se tiritaba de frío debido a la poca calefacción que había. Lo más grave, sin embargo, para la juventud durante su desarrollo, fue la desnutrición. Después de la guerra hubo que lamentar un sinnúmero de muertes, debido a los años de hambruna. Esta general tribulación pesaba bastante sobre los espíritus y hacía difícil preocuparse por altos ideales. Además, a esto se agregaba que en la primavera de 1916 comenzaba la gran batalla por la fortaleza de Verdún, en la cual numerosos padres y hermanos de los jóvenes habían participado. La llegada de las noticias sobre tanta muerte influía notablemente sobre los ánimos. Para colmar la medida, gobernaba como Prefecto, un profesor que ejercía sobre los jóvenes una disciplina desconsiderada y un igualmente desdichado sistema pedagógico; y el curso de Engling tenía precisamente ese año un profesor que, con notorios errores en su método educativo,

excitaba las almas de los muchachos casi hasta la desesperación. Todos estos contratiempos ejercían sobre los corazones un fuerte pesimismo, una especie de parálisis espiritual y una gran amargura.

Debe haber existido algo poco común en la persona y dirección de José Engling si se considera que en medio de todas estas dificultades, bajo su influencia llegó la Congregación a tal grado de perfección, que más tarde los congregantes lo llamaron "El gran Año", de la Congregación Menor.

Durante la licencia

Durante el transcurso de la guerra, José permaneció todas las vacaciones de otoño de 1915 y 1916, en la casa de sus padres.

El modo de pasarlas y el carácter que les dio, hacen de sus vacaciones algo muy singular en la formación práctica de su ideal de vida, pues no veía otra cosa durante ellas que una oportunidad práctica para ocuparse diariamente, y en forma muy seria, de sus altos ideales. No quería hacerlo sólo por él; trató de conquistarse a todos sus compañeros congregantes para que empleasen las vacaciones del mismo modo. Fue así como el trabajo, durante ellas llegó a ser una seria prueba en la vida de los que se educaba en Schoenstatt.

Después de una conversación con el P. Espiritual, como Prefecto de la Congregación, tuvo listo un plan para la misma. Durante las vacaciones sería muchos más difícil cuidar de la propia educación, por lo que justamente ahora era cuando se debía cuidar al Congregante. Los sacrificios más difíciles significaban elevadas contribuciones al Capital de Gracias del Santuario. Esa era la meta del trabajo de las vacaciones de ese año. Para que el plan no quedara en infructuoso esfuerzo, el Prefecto tuvo una idea muy importante. Cada congregante debía hacerse un horario espiritual y en la tarde debía controlarlo por escrito para ver cómo lo había cumplido. En ese horario se podían colocar los ejercicios religiosos y los sacrificios especiales de dominio de sí mismo. También el Apostolado quedaba dentro del plan debiendo colocarse en todos aquellos terrenos en que hubiera posibilidad de ayudar al establecimiento del Reino de Dios. ¡Ay! ¡Si toda la Congregación pudiese realizar este programa de vacaciones! Sería el primer paso en el camino hacia la meta: "¡Schoenstatt, un segundo Ingolstadt"!

Hacia el término del año escolar, tuvo la Congregación Menor una reunión cuyo tema fue: "El Congregante durante las vacaciones".

Con la entrada en la Congregación los estudiantes habían adquirido un nuevo estado de conciencia. En ello estaban todos de acuerdo; como congregantes debían pasar las vacaciones de distinta manera que los años anteriores. Para José, ellos estaban al servicio de una gran causa. En la crónica de la Congregación Menor, escribió más tarde, sobre la preparación de las vacaciones, la siguiente frase: "Con esto (es trabajo de las vacaciones) se tuvo dos intenciones: la primera y más grande, fue ofrecerla a la M.T.A., nuestros sacrificios y vencimientos, para formar un gran Capital de Gracias, a fin de que Ella lo distribuya a nosotros y a los que estén en aflicciones y así realizar el paralelo

Schoenstatt-Ingolstadt; y una segunda, que es tener una ayuda segura para mantenerse firmes en la santificación personal durante las vacaciones".

Tal vez fue José el único que bajo la dirección del P. Espiritual, vio esta unión tan grande en el trabajo de las vacaciones. Entre los demás predominaba el pensamiento de que un congregante mariano debía hacer actos de apostolado durante las vacaciones, en forma fundamental. En cambio José orientó toda la reunión, casi exclusivamente a aquellas dos proposiciones.

Uno de los congregantes misioneros tomó las palabras y dijo que durante las vacaciones podían recolectar hojas de estaño y papel plateado para las misiones. Otro propuso que vendiesen en sus casas el calendario Misional. A otro en cambio le pareció muy importante el librito "La llave de oro del Cielo". Ahí se les enseñaba a despertar diariamente el completo arrepentimiento. Tampoco debían olvidar el reparto de los cuadritos marianos. Y así se iba hilvanando en colorida sucesión, una abundante cantidad de buenos propósitos. La pregunta de cómo ocuparse apostólicamente de la familia, produjo algunas dificultades. Por supuesto que se habló primero del buen ejemplo, sobre todo se les encomendó unirse a la familia en las oraciones comunes, preocuparse de los hermanos menores e instarlos a recibir frecuentemente la Santa Comunión. Como agregado a este último punto, se les dio las respuestas que debían dar a los acostumbrados inconvenientes que eran de esperarse a la recomendación de una comunión más frecuente. Por último llegó la pregunta más importante: "¿Debemos seguir durante las vacaciones en un examen de conciencia por escrito sobre nuestro horario?" A todos se les ocurrió, sin pensar más, que durante las vacaciones debían ofrecer sacrificios muy especiales para contribuir al Capital de Gracias del Santuario de la Madre de Dios". Pero, ¿para qué un horario espiritual? ¿No se podía acaso tener el gusto de verse libres por unas semanas del severo orden del Colegio? ¿Y ahora debían ellos mismos robarse esta dorada libertad? Costó bastante convencer a algunos de que en la educación personal nunca había vacaciones y que cuando ocurría algún desorden e el alma y se portaban insubordinados, no se podía gozar bien de las vacaciones. Casi todos los congregantes se confeccionaron horarios espirituales antes de partir a sus respectivas casas.

El Prefecto ya podía estar tranquilo con los preparativos para las vacaciones. ¿Se cumplirían todos los buenos propósitos? Había una gran diferencia con los años anteriores, pues el joven grupo iba esta vez con grandes deseos de conquista; se sentían mensajeros de la M.T.A. de Schoenstatt, enviados a la lucha de la vida. Y al regresar al cabo de seis semanas, el Prefecto tuvo una entrevista retrospectiva con sus congregantes, y pudo escribir más tarde en la crónica de la Congregación, una relación de todos los trabajos hechos durante las vacaciones. En efecto, la Congregación había cumplido el programa de lo que dejó constancia con gran satisfacción.

Igual cosa podía afirmar, con absoluta veracidad, de sí mismo, ya que para sus vacaciones tenía un completísimo horario con los siguientes ejercicios. "Levantarse a tiempo en la mañana; oración de la mañana, oración de congregantes; examen de conciencia; Santa Misa, Santa Comunión; lectura espiritual; oración espiritual; Rosario; buenos pensamientos; pequeños dominios de sí mismo; obras de apostolado; adoración nocturna; arrepentimiento completo; oración nocturna; acostarse a la hora acostumbrada; ejercicios vocales".

Arriba, al comienzo del papel de control, escribió con gruesas letras las palabras: "Contribución al Capital de Gracias de la M.T.A.". En los informes de la Crónica se menciona cómo se preocupó por hacer obras de apostolado: "Un congregante (se menciona a él mismo) trabajó en su pueblo con éxito por la frecuente Santa Comunión: primero conquistó a su madre, a través de ella consiguió que se repartiera el libro sobre la frecuencia de la Santa Comunión; también repartió algunos él mismo y conversó sobre el con la gente. Al término de las vacaciones iban por lo menos algunas mujeres a comulgar en día de semana. Un hombre decía que la Santa Comunión era muy buena y que iría, siempre que fueran más hombres. El padre del congregante debía dar el ejemplo. Para que después de las vacaciones no se dejara de comulgar, movió a su madre a seguir trabajando por esta causa. Se hacía contar por carta cómo seguía esto y así despertaba nuevos interesados por la causa. Movié a su hermana a cumplir con los Domingos Aloysianos, práctica que en esa comarca eran muy poco conocida por la gente joven".

Así cumplió José fielmente su propósito. Quería abrirle caminos fuera del país a la corriente de Gracias que fluía del pequeño Santuario. Esto se lo había prometido a la Madre de las Gracias de Schoenstatt y su trabajo de las vacaciones demostró que mantenía seriamente su promesa.

Así pasaron las vacaciones de otoño de 1915 y 1916. Igualmente comenzó su Horario Espiritual con las mismas palabras: "Cuando estoy en casa, me levanto a las 5:30 de la mañana, después de vestirme y rezar las oraciones de la mañana, cumplo con la lectura espiritual y luego hago gimnasia. A las 7 A.M. voy a Misa. Después de la gimnasia hago una pequeña caminata o leo el libro "Los trece tilos". Después de algunos días notó que el tiempo entre la levantada y la Santa Misa era muy largo y decidió levantarse a las 6.

Después que hubo terminado el modelo de su horario espiritual, hizo su visita usual al señor Cura. Así unía propósitos bien definidos: se había impuesto como tarea introducir la frecuente Sagrada Comunión en la parroquia local. Hasta ahora no había sido practicada. Durante las vacaciones José se acercaba completamente solo a recibirla. Pero, por supuesto que primero tendría que ganarse al señor Cura, cosa que no le fue muy fácil, pues este era de cierta edad, muy callado, se mantenía firme en sus tradiciones y no se mostraba muy asequible a las novedades. Los esfuerzos de José en el campo Eucarístico databan desde las últimas vacaciones, como se dijo anteriormente. Visitó frecuentemente a su párroco y tardó en llevar la conversación al tema deseado; no obstante, encontraba serias dificultades en mantenerlo. Sin embargo sus esfuerzos con la familia tuvieron mejor resultado. Su madre aceptó acompañarle a recibir la Comunión y así se rompió el hielo y pronto otras mujeres la imitaron.

Desde los primeros días de sus vacaciones y con franca alegría, se dio cuenta que el entusiasmo de las mujeres había durado todo el año. Ahora debía demostrar al señor cura que a la reducida asistencia del comienzo, seguiría un continuo movimiento eucarístico dentro de la Parroquia. Lástima que no encontró al señor Párroco en la casa pues estaba fuera, viajando.

No obstante, al Domingo siguiente experimentó José una grande y alegre sorpresa: el señor Cura predicó sobre la frecuencia de la Santa Comunión. Había visto durante su viaje, en las grandes ciudades, la multitud de creyentes que se acercaban a la Mesa del Señor y entonces

se había dado cuenta del atraso de su comunidad campesina. Desde entonces se decidió por la frecuente Comunión de sus feligreses. Ya tenía José favorables puntos de contacto para un apostolado más vasto.

Otra contribución al apostolado en las vacaciones era la conquista espiritual de todo el pueblo para la causa de la Madre de las Gracias de Schoenstatt, osado plan que lo tenía bastante preocupado. Así como todos sus esfuerzos apostólicos, este anhelo nació del entusiasmo que sentía por el paralelo Schoenstatt-Ingolstadt".

El pensamiento de producir desde Schoenstatt un movimiento de renovación entre la juventud estudiantil, era algo que desde semanas atrás ocupaba sus pensamientos y sentimientos, cada vez con mayor fuerza. Oyó en Schoenstatt como los soldados-congregantes eran solicitados entre sus otros compañeros para dirigentes de la MTA. Este ejemplo actuaba como un poderoso estímulo. ¿No podría suceder lo mismo en su pueblo? Si lograran hacer propaganda para formar una especie de filial de la Congregación en varios colegios, entonces sería posible conquistar por ese camino, toda la juventud estudiantil de su Provincia. Antes de terminar las vacaciones, hizo partícipe de sus pensamientos a sus dos coterráneos Gustavo y Otto, y entre ellos trazaron un plan de trabajo.

En la peregrinación a Dietrichwalde iban a tener una reunión de congregantes schoenstattianos de los alrededores. Para ello se pensó en invitar a algunos escolares amigos de las escuelas de Rössel y Allenstein. Otto creyó poder interesar a un mayor grupo. Iban a dar tres conferencias. Se habían puesto inteligentemente de acuerdo en la distribución del tema. A Gustavo le tocaba hablar primero sobre el estado de la juventud de hoy, su lucha y su responsabilidad futura. Luego hablaría Otto de cómo la juventud debiera educar su carácter para así estar a la altura de los trabajos venideros. Y José terminaría hablando sobre el tema: "Mutua petición por la unidad". En este tema quería demostrar cómo la necesaria formación del carácter estaba más segura en una comunidad donde todos pensarán de la misma manera, y al final iba a señalarles cómo la Congregación se había unido y en que forma extraordinaria, bajo el amparo de la Madre de las Gracias de Schoenstatt. El final debía ser por supuesto, el punto culminante sobre lo que debería prepararse más. Con estos pensamientos, se separaron.

En las primeras semanas Gustavo y Otto enviaron sus conferencias a José, quién debía darles el visto bueno. Ya estaba todo preparado y la lucha debía comenzar. Una cantidad de escolares había aceptado la invitación y prometido asistir. El 13 de Agosto se encontraron tal como se había concertado en Dietrichwalde. José hizo el difícil sacrificio de levantarse a las 3.30 de la madrugada y permanecer en ayunas hasta las 12.00 A.M. para poder comulgar luego. Los tres oradores del día estaban listos, y sin embargo, los auditores no llegaban. El uno tuvo este impedimento, el otro aquel accidente, etc., etc. Naturalmente esto produjo entre los tres, una cruel desilusión. ¡Tres oradores y ningún auditor! El objetivo principal fracasó, pero ellos no se desanimaron. La reunión planeada se iba a efectuar de todos modos; cada uno leyó su conferencia a los otros dos y cuando concluyeron se dieron cuenta que estaban más entusiasmados con el ideal de Schoenstatt.

José no se dejó vencer por el fracaso. De todos modos algún día iba a triunfar la Madre de las Gracias de Schoenstatt, ¿qué importaba entonces si tenían que sufrir contratiempos y esperas?

La vida en unión con su familia fue este año muy profunda y con muy buenos resultados. Su comportamiento con su madre fue especialmente tierno e íntimo. Con ella podía conversar con toda naturalidad y desenvoltura sobre las cosas religiosas. Era casi como si alcanzara en sus relaciones con ella, un reflejo de su amor mariano. Por otra parte parecía que en las relaciones con su madre terrenal, se profundizaba su amor mariano. Al ver en ella tanta bondad maternal, podía imaginarse el Ser ennoblecido de la Madre de Dios. En su pueblo era costumbre que los niños dieran a sus madres el apodo cariñoso de "Madrecita" o "Mamacita" a la Madre de Dios.

Al finalizar sus vacaciones, escribió José las siguientes líneas en su diario, que dan a conocer mejor que otras, cómo se radicó espiritualmente en la hermosa vida familiar de su casa paterna: "Los últimos días fueron verdaderamente días de campesino. Bien, lo hice por mis padres. ¡Madre a tí te ofrezco todo, todas las oraciones! En estas vacaciones he podido comprobar de lo que es capaz el amor. Qué hermoso es cuando la gente se quiere, cuando los hijos tratan de alegrar a sus padres, cuando los padres se pueden alegrar de los hijos; cuando el uno trata de aliviar el trabajo del otro y procura hacerle todo agradable. Entonces reina verdadera alegría en la casa. Qué bien se siente en el círculo paterno y con tales hermanos. Un amor así reina también en Schoenstatt. Para que todo esto resulte me he propuesto esta meta como miembro de este grupo ejemplar: *"Volo omnibus omnia fieri, Tibi Mariae, especialiter mancipatus"* (quiero ser todo para todos, y a Vos María, pertenecer completamente) ¡Madre, bendíceme!

Las vacaciones en su casa fueron un tiempo de pruebas. Sin embargo, debían ser el preludio de otras mayores, que de inmediato se le presentaron.

Ante una encrucijada en un tiempo de prueba

En Marzo de 1916 se reunieron los Congregantes de la Congregación Menor a contarse una nueva sorprendente. La Congregación Mayor había fundado una revista. El rumor se confirmó. Un día apareció Albert Langner, su prefecto, con una cara resplandeciente y ceremoniosa y preguntó que quién quería ser el Director. Pronto tuvieron el primer número en la mano. Este sí que se podía leer. Estaba escrito a máquina e impreso con papel especial en piedra. en la portada lucía el cuadro de la MTA. Grandes letras daban a conocer el título de la revista "MTA". ¿De dónde habría sacado el dinero la Congregación Mayor para presentar una revista tan elegante? Se le preguntó al cajero, y éste se rió; en la caja había solamente 75 cts. Pero el magistrado de la Congregación había dicho: *"Mater habebit curam"*. (la Madre de Dios se preocupará) y así se había resuelto la restitución del dinero. Hasta ahora no se había oído nada sobre esta notable administración. Bien. El futuro se encargaría de demostrar el resultado.

La revista –generalmente llamada MTA por los congregantes– se mostró verdaderamente como una exigencia del tiempo. Los alumnos del colegio pasaban un año tras otro, los unos en el cuartel y los otros en el campo de batalla. Para mantenerse fieles a sus ideales, necesitaban una unión espiritual. Se juntaron grupos dispersos y formaron con el tiempo una segunda Congregación semejante a la que se fundó en Schoenstatt. La llamaron "Organización exterior"; vínculo y hoja de comunicación de ambas congregaciones, era principalmente la revista MTA.

A fines de Octubre de 1916 llegó con la rapidez del relámpago, la noticia de que iban a pasar revista al curso del año 1898 y luego serían llamados a fila. Con esto perdieron los deseos de estudiar los alumnos de ese año. La perspectiva de la vida de soldado les llamó tanto la atención que ya no había más reuniones, ni podían atender su trabajo. En medio de todo este caos del espíritu, había uno que seguía sus estudios y tomaba esto con mucha tranquilidad: José Engling. Los sucesos venideros no le importaban. Tres días antes del llamado a las filas, escribió en su diario: "Mis enojos vinieron y se fueron, más mi meta, llegar a ser un sacerdote, no la perdía de vista. Han sucedido muchas cosas durante ese tiempo. Llegó la revista militar y fui enrolado en Infantería. Pero nada de eso me conmovió. Seguí estudiando con el mismo amor y celo, y hacía mis tareas diarias tan bien como antes, tal vez mejor aún. Pensaba en prepararme para el tiempo militar. Desde un tiempo a esta parte no se hace más que recordarle a uno, hasta veinte o treinta veces al día, el servicio militar, el cuadrarse, la orden de atención, etc. Al principio hasta eso me dejaba tranquilo, sin embargo, desde ayer, se ha hecho insoportable".

"El que quiere ser soldado debe tener –dice la canción– un fusil". En cambio, en la imaginación de José era: una preparación militar para el estado militar. Sin duda alguna debía estar preparado para lo que viniese. Esta reflexión era el único pensamiento que lo unía con la vida militar. Sin duda alguna debía estar preparado para lo que viniese. Esta reflexión era el único pensamiento que lo unía con la vida militar en estas últimas semanas antes de alistarse. Casi ocho días antes hizo una meditación profunda. Nuevamente tenía ante él una libretita azul, semejante a aquella en la cual expuso su plan de lucha. Ahora meditaba sobre el pasado. ¿Los años que había estado en Schoenstatt, qué eran para él? Parecían contener un sin número de ideas y sucesos. Allí sobresale el ideal de la Santificación del Día del trabajo. Al mismo tiempo, debía consumirse al servicio de la Madre de Dios por la idea: "Schoenstatt punto de origen de un movimiento de renovación religioso-moral". Por su alma pasaban uno tras otro, la lucha por alcanzar su Ideal Personal, su plan de lucha, las batallas que sostuvo mediante el arma de su Propósito Particular, su ocupación como prefecto de la Congregación, etc. Se le apareció el cuadro de la Reina de los Congregantes. A Ella se había consagrado en vida y en muerte, en la Consagración del Congregante. El confiaba en la Madre Tres Veces Admirable, la amaba con la ternura de su puro y generoso espíritu y en Ella se apoyaban todos sus ideales. Además, ante él estaba la capillita, el hogar espiritual de su alma. Sí, ese pequeño Santuario había llegado a ser su verdadero hogar. Todos los acontecimientos de los últimos años estaban íntimamente ligados a él. Le parecía que era como la muestra muy especial de su alto Ideal. Por esto se sentía unido a este hogar por miles de finísimos hilos. Sí, podría decir muchas cosas del Santuario, que llegó a ser suyo, lo más íntimamente suyo!

Pero no era un sinfín de ideas y cuadros desordenados lo que sus ojos veían. En los últimos meses, todo se había reducido a una sola idea: "Ser todo para todos y pertenecer completamente a la Madre de Dios". En este santo y seña, como él lo llamaba, se condensaban todos los sucesos ideales. Todas sus meditaciones y aspiraciones giraban alrededor de esta idea. Era por supuesto su Ideal Personal, y ahora cuando miraba hacia el futuro, ¿cómo se le aparecía su ideal personal? Para esto también había una respuesta muy natural. La guerra mundial, la vida de soldado, el campo de batalla, todo debía ser un sólo círculo alrededor de su Ideal Personal. Este, solamente éste, podía ser su significado. Casi sentía entusiasmo al tomar la pluma y escribir en su librito: "Ha de pasar aún más tiempo

sin que este gran momento deje huellas en mí? ¡No, nunca Madre, esto te lo prometo! Quiero ser grande espiritualmente ante Ti y ante tu Hijo. Quisiera aprovechar cada lamentación que tenga en la guerra, durante este tiempo tan difícil, en fortalecer mi carácter, para aumentar la Santa Gracia y Santificación del Mundo!”.

Pero ahora debía formar un plan estratégico para la vida de soldado. Durante ese tiempo sentía en su vida interior, los efectos poderosos de un libro que había comenzado a leer en sus últimas vacaciones. Era la biografía de un estudiante jesuita, Coassíni, un joven teólogo alemán que vivió en Roma. Le gustaba mucho el enérgico VOLO (Quiero) para su vida espiritual. Para Coassíni, ésta era la expresión de una intensa voluntad y de un prefijado plan para un trabajo ordenado en si mismo. A José también le pareció muy importante el tomar la vida militar decididamente y con renovados bríos. Así llegaría a superar más pronto su Ideal Personal. Por supuesto que no podía mantener sus antiguos planes de lucha para las nuevas circunstancias. Solamente escribió las cuatro frases principales en su cuadernito. Debería desmenuzar estas cuatro frases como antes y aplicarlas a las nuevas circunstancias? No le parecía muy aconsejable, era mejor dejarlo al tiempo. La situación del momento le diría lo que debería hacer en el caso dado. Eso se recogería cada vez en el examen de conciencia. A su decidida e inteligente ejecución, debería dedicar todas sus fuerzas. Entonces estaría pronto a la lucha y seguro de su meta; pensaba cuándo podría estar seguro de haber conseguido este propósito y finalidad. Reunió los resultados de su meditación en las siguientes preguntas que anotó:

“¿Fue práctica la proposición de mi Propósito Particular? ¿La renovaba todas las mañanas? ¿Me acordaba y examinaba varias veces al día? ¿Cuántas veces? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo lo realizaba? ¿Considero tal vez cada pequeñez como un acto fijo?” (con esta pregunta quería saber si se había puesto mezquino y voluntarioso).

¿Temía a los sacrificios, a no cumplir el propósito? ¿Por qué lo hacía bien? ¿Por qué lo hacía mal? ¿Por qué lo hacía mal? ¿Me ponía una penitencia que me costara realizar, después de cada negligencia? ¿Cómo practiqué que tenía antes en mi Horario Espiritual? ¿Ponía mi Propósito Particular en estrecha relación con el Salvador en la Sagrada Comunión y con mi Madre? ¿Qué voy a practicar la próxima semana? ¿Será lo más necesario? ¿Lo más práctico? ¿Está bien conciso? ¿Me costará dominarme para cumplirlo?

Estas preguntas reunían todas sus experiencias. Y ahora, pensaba, si los acontecimientos exteriores no le ponían traba o dificultad alguna, entonces ¿qué? En este caso sería provechoso tener reservado algunos propósitos escogidos. Algunos, que se referían al "Todo para todos" de su Ideal Personal, los escribió:

"Alegría, Amistad, y amabilidad, fino, noble comportamiento y presencia, entretener en forma amena e interesante al prójimo, ser lleno de atenciones, ayudar y estar pronto, no estar ocioso, darse voluntariamente al prójimo (Humildad), agradecimiento, agudizar los sentidos para ayudar a las almas atribuladas, trabajar en la santificación de otras almas".

Además se preguntaba cómo lo haría con el Examen de Conciencia para la confesión semanal. Entonces debía ayudarse lo mejor que pudiese de otra manera. Se hizo el propósito de hacer cada domingo una pequeña meditación, para esto iba a leer los puntos de su horario y el Propósito Particular; y con preguntas haría una investigación sobre el estado

actual de su alma. Para saber si había cumplido con esta meditación, iba a colocarla en su cuadernito con una disposición del día. La meditación del domingo iba a ser la mejor oportunidad para presentarle su horario por escrito a su Director Espiritual. Por último, debía también considerar la Santificación del Domingo y el día de trabajo. Poco antes de partir, agregó otras cuatro proposiciones a las que ya tenía que, como aquellas, debían ser incluidas en las meditaciones del domingo:

- 1.- Quiero poner más empeño para alcanzar la Santidad.
- 2.- Quiero ser un "Angel Guardián" corporal para proteger a mis colegas congregantes en el frente.
- 3.- Nunca decir una mentira!
- 4.- Quiero santificar el día Domingo!

Sin embargo, con este plan estratégico, no creía haber concluido con la preparación para la vida militar. Había aparecido una nueva pregunta ante su espíritu. Estaba acostumbrado a recibir la Sagrada Comunión en la Santa Misa y hacerla el punto principal cada día, así aseguraba más la lucha por su Ideal Personal. Desde lo profundo de la Vida de la Gracia parecía que le brotaba una creciente fuerza misteriosa, así debía ser su vida de soldado. Sin embargo, no iba a poder asistir a Misa todos los días. Entonces quiso buscar una compensación. Los ejercicios acostumbrados durante el día, tal como lo hacía en Schoenstatt, debían permitirle tener un tiempo libre para la Sagrada Comunión. Esto sólo podía conseguirse mediante un Horario Espiritual diario, guiado por la experiencia, se propuso los siguientes ejercicios: Oración de la mañana, oraciones de los Congregantes, Santa Misa (en espíritu), Comunión Espiritual, buenos deseos, horas de adoración, el Rosario, oración de la tarde, súplica para obtener la Gracia, arrepentimiento completo. Quería hacerse un Horario especial para sus deberes cotidianos y para sus propósitos.

José repasó su preparación espiritual para el tiempo que estuviera en el Ejército. Podía estar seguro que la lucha por su Ideal Personal no cambiaría bajo ninguna circunstancia. Su Ideal Personal con su grande y basto contenido, permanecería el mismo. La confesión semanal y su examen de conciencia continuarían haciéndose en las meditaciones de los días Domingo, además de su informe a su Director Espiritual. De modo que nada cambiaría en su vida interior. Se había propuesto cumplir un "plan estratégico" para estos días en que viviría en condiciones un tanto desconocidas, para alcanzar, en estas circunstancias, la Santidad. En el futuro no iba a tener oportunidad de asistir a Misa, recibir los sacramentos, escuchar la palabra de Dios y recibir la ayuda espiritual del sacerdote. Ahora se probaría la bondad de lo que había aprendido en los últimos años; las duras contingencias de la vida nos mostrarán si estaba preparado para afrontarlas.

?????

les se pudiera hacer un buen trabajo, tratando de reunir a los congregantes en grupos? Si lo anterior no hubiera ocurrido justamente en el tiempo en que renacía su gran amor mariano, los arrebatos de desaliento lo habrían dominado completamente. Mientras más acentuada se le aparecía la imagen de la Sma. Virgen, más poderosa actuaba la fuerza de atracción de su

Ideal Personal: "Ser todo para todos y pertenecer completamente a la Madre de Dios". La confianza que tenía en su ayuda, le daba fuerzas para hacer frente a los momentos críticos.

Un rayo de esperanza iluminó el horizonte al llegar el mes de Mayo. El se había propuesto ofrecer a la Sma. Virgen en este mes, la organización definitiva como grupo de los de la generación del 98. Y lo que creía un imposible, sucedió, pues con la llegada del mes de Mayo, renacieron los espíritus debilitados. El recuerdo de los hermosos días pasados en Schoenstatt, parecía haber despertado el antiguo impulso para servir a la Madre de Dios. Se celebró una reunión en la que se tomaron acuerdos que contaron con la aceptación general. Lleno de una visible emoción, escribió José a Schoenstatt:

"El mes de Mayo que se aproxima nos ha sacudido al fin del sueño en que nos encontrábamos y nos ha recordado la fiel entrega a la Madre Celestial. Hemos decidido estimularnos mutuamente y cambiar experiencias con los otros soldados-congregantes. Cada uno de nosotros debe tener algo que hacer, según lo que hemos decidido en la reunión de hoy. Se adoptaron los siguientes propósitos para el mes de Mayo, los que fueron aceptados:

1. Hacer las oraciones diarias con el mayor recogimiento.
2. Rezar ante cada trabajo la siguiente jaculatoria: "Madre, todo por Ti, y por Tu Hijo.
3. Hacer una visita diaria al Santísimo.
4. Recibir todos los Domingos los Sacramentos.
5. Hacer el primer y último Domingo del mes una peregrinación a Matienthal.
6. Hacer algo por la Congregación.
7. Hacer o comenzar a hacer bien el Propósito Particular, si antes no se ha hecho.

El próximo Domingo tendremos una reunión en la que vamos a hacer un examen de conciencia y cambiaremos opiniones. Además le vamos a ofrecer unos pétalos de Mayo a la Madre, como cuando estábamos en Schoenstatt".

José escribió a Schoenstatt: "La devoción, sin duda ha ayudado mucho en el crecimiento del amor a la M.T.A. y a la Congregación. A las Hermanas les ha gustado mucho nuestro canto, que la Hermana Superiora nos ha obsequiado con tres marcos para unos vasos de cerveza. Nos invitó a entrar más a menudo a la Capilla. Los tres marcos los recibió el Cajero de la Congregación".

A pesar de todo el trabajo del mes de Mayo, José no veía cumplirse sus deseos. Por las averiguaciones que había hecho en el colegio de la Congregación de Schoenstatt, una meta muy segura aparecía ante sus ojos: la formación de pequeños grupos activos; una vez que consiguiera esto, vería segura la lucha por el Ideal. En estos grupos debían educarse las almas, una a otra. Pese a todos los contratiempos, él mantenía reciamente su decisión. Sus averiguaciones le hacían ver que una meta así, no se podía alcanzar de un golpe y tampoco con toda la comunidad. Esta esperanza, que había mantenido durante todo este tiempo, la

perdió finalmente, en medio de estos preparativos, llegó la orden de movilización al campo de batalla.

A pesar de haberse preocupado durante medio año en formar con los del 98 una organización viva, no llegó a cristalizar su plan. Sin embargo, a su incansable y celoso trabajo, le siguió un gran triunfo: cuando se reunían sus compañeros congregantes más de una docena de veces; cuando hacían peregrinaciones; cuando podían mantener viva la alegría del trabajo y el espíritu del Congregante y cuando se mantenían unidos ante los peligros de la vida de cuartel, entonces se veía el fruto de la labor de José en esta incansable lucha por la formación de los grupos.

José escribe a su Padre Espiritual

?????

José había pasado ya medio año en el cuartel de Hagenau. Su regimiento estaba preparado para ir al frente, así es que fue destinado a la frontera Oriental, a principios de junio de 1917, poniéndose en marcha de inmediato hacia el Campamento de Reclutas de Jablonna, en Varsovia.

En este campamento, que no era propiamente una casa de reposo, se les daba el último pulimiento y las instrucciones finales para el campo de batalla. Los reclutas pensaban a veces que el servicio de Hagenau había sido muy severo pero parecía juego de niños al compararlo con el que se les estaba presentando en este Campamento de Jablonna. Habrían podido soportar tan pesado servicio, si hubiera contado con suficiente alimentación, pero en las condiciones en que se encontraban, en que había una gran hambruna, no era de extrañarse que los caracteres se pusieran cada día más difíciles y las caras más pálidas. Unos se mostraban de muy mal genio y eran inaguantables, los otros parecían haber perdido todo interés.

José al igual que sus compañeros también tenía un gran trabajo. También parecía como que fuera a dominarlo el desaliento y la amargura, sobre todo que el mal sustento estaba unido al desorden y a las irregularidades en el Cuartel Militar. Casi le pasa lo que a Karl Burg, que le escribía diciéndole que "estaba hasta la coronilla".

"Madrecita" -le confiaba a su diario- "si no fuese por Tu ayuda, hoy estaría completamente aniquilado e impaciente. Hoy, mientras los demás tenían licencia, yo tenía diana, guardia en la mañana, un hambre de gigantes, una sed espantosa y palabras duras de los camaradas. Pero el amor que Te tengo, me hacía soportar todo: ¡yo quiero ser santo! ¿Acaso no debo soportar con paciencia y hasta con alegría estas pequeñeces?"

La idea de la Sma. Virgen le dio nuevos bríos para continuar la lucha. Empezaría por el Propósito Particular: "No debo impacientarme durante el servicio, órdenes y arreglos, no debo murmurar ni enojarme con mis superiores, aunque sea tratado con injusticia y debo cumplir deseoso las órdenes". Este propósito debía ser en estas circunstancias una prueba de fuego. No tuvo éxito la primera vez; todavía debía hacer una que otra rayita horizontal en su horario. Entonces se ayudó con su horario espiritual. Los ejercicios religiosos que se había propuesto hacer, habían sido hasta ahora muy bien cumplidos, pero para poder dominar esta

difícil situación, debería profundizar más su vida de oración. Se propuso hacer en el transcurso del día, unas cortas reflexiones religiosas. Durante estas dos horas iba a hacer una meditación sobre sí mismo, hacer buenos propósitos y ofrecer todo para el Capital de Gracias de la Madre de Dios. En medio de este caos, mantenía firme su renovación espiritual y su examen de conciencia. Sin considerar las dificultades reinantes, se midió severamente y luego envió un informe bien detallado a su Padre Espiritual. Estaba acostumbrado a contarle por escrito los acontecimientos más importantes que le sucedían.

"Acaban de dar la 1:00 am. y aquí estoy en camisa y pantalón, sentado, descalzo y completamente solo ante la mesa. Había estado durmiendo, pero a eso de la 1:00 am. tuve que ir donde el Oficial de Cámara, y ahora que estoy en pie, quiero enviarle el informe sobre mi vida interior. Ayer, fuera de la hora del mediodía, después de la que dormí tres horas, y anteayer no tuve tiempo; el domingo escribí unas 16 páginas. En estos últimos días me he venido a dar cuenta de lo que significa negarse a sí mismo. El sábado tuve oportunidad de leer en "Las Conferencias Arianas" el tiempo de prueba por el que pasó el Padre Rem, quien por un descuido de uno de sus hermanos religiosos, se quedó durante tres días sin comer ni beber, y, sin embargo, no pasó ni una queja por sus labios. Esta visión no se apartó de mí durante esos tres días tan difíciles, y me hizo ver mi orgullo y egoísmo. Comenzó esto el sábado. Me tocó justamente a mí la guardia ese día durante dos horas, mientras los demás tenían libre. Entonces comencé a aburrirme. El domingo a la 1:00 am comenzó para mí una semana como nunca la había tenido antes. El suboficial me retaba y rezongaba en todo momento y por cualquier motivo. Yo me enojé varias veces a sus espaldas. El lunes veníamos saliendo de la guardia, cansados y aniquilados, y aún no habíamos comido, cuando escuchamos el llamado: "Prepararse para disparar". En cuanto preparamos la mochila, (debido al enojo no lo hicimos como debíamos) salimos apresuradamente. Debe haber habido unos 33° celsius a la sombra. Entonces se apoderó de mí una tentación tras otra. "Déjate llevar completamente, abandona la lucha por tu santidad. Basta con ser un buen cristiano y no cometer pecados graves. Engaña donde te puedas beneficiar, etc.". Fue una lucha terrible. Pero el pensamiento en la querida Madrecita me dio fuerzas para salir de estas tentaciones a las que yo me había entregado. También contribuyó bastante una carta de W. que recibí. Una vez llegados al campo de tiro, empezamos a disparar; yo disparé alrededor del blanco, así es que tuve que quedarme hasta el final. Me entregué completamente a mi destino y me largué al suelo. Cuando llegamos al cuartel, tomamos café (el pan me lo había comido durante la guardia) luego tuvimos que entregar las armas. Eran las 9 P.M. cuando acabamos. Entonces llegaron otros a cocinar en nuestra pieza. Era un espectáculo y un calor inaguantable. ¡Cómo me habría gustado haberle escrito unas líneas en esos momentos! Pero no resultó. También esperé inútilmente correspondencia. Malhumorado, aunque de buena voluntad, me dormí, después de las oraciones de costumbre. El día siguiente no fue mejor, todo el grupo tuvo que hacer. En la tarde tuve que regar el jardín y concluí a las 9:15 pm. A pesar de todo esto, decidí ofrecerlo heroicamente por mi santificación. Es la única buena escuela para la ordenación. ¡Lo quiero! La Virgen María me ayudará. Ella ya ha premiado varias veces mi fe. Confié en Ella, en pequeñas cosas, y no falté. Otra cosa: durante la guardia no saludé a un Teniente y se enojó. Un suboficial lo oyó, me anotó y dijo que sería acusado al sargento primero. Se me ocurrió entonces rogarle al suboficial que no lo hiciera, pero mi orgullo no me dejó. Era preferible hacer una hora más de ejercicios, que rogarle a éste oficial, lo que le causaría risa. ¡No! ¡Ay, qué incompleto y egoísta soy! También con mis compañeros no soy tan

comprensivo como antes, pues no hallo en ellos reconocimiento y ayuda. Hay peleas y discusiones. Lo engañan a uno donde pueden y luego le piden un servicio tras otro. Ahora bien, soy poco servicial y egoísta, no quiero ni puedo ofrecerme para nada. No es injusto, pero tampoco está bien hecho".

El Propósito Particular de esta semana resultó bastante bueno, a pesar de que no elegí bien el propósito y por lo tanto no fue bien cumplido.

Debido al cambio de dirección, se suspendió la correspondencia con Karl y hace tiempo que no recibo noticias tuyas. Tampoco Adolf se ha dejado sentir. Con los congregantes me he visto poco en este último tiempo. No nos hemos dirigido espiritualmente unos a otros; yo por lo menos, no he contribuido a ello. Pídale especialmente por mí a nuestra Mater Ter Admirabilis; lo necesito. En cuanto usted lo crea conveniente, diríjase a mí como mi padre confesor".

Como tantas otras veces, el pensamiento en la sma. Virgen le ayudó a pasar esta situación tan crítica. Así lo confiesa a un congregante muy amigo:

"He pasado por días muy difíciles, más aún que en la guarnición. Pero, sin embargo, todo se soporta. Todo se vuelve fácil cuando se piensa en la M.T.A., en nuestra querida Madrecita. Esto lo he experimentado en los tres últimos días de esta semana. Yo retaba y me enojaba con los demás. De pronto pensé en la Madre Celestial, en su bondad, en su amor, en los Congregantes y en el Capital de Gracias y así soporté tranquilamente todo lo difícil"

El Jefe del grupo

Durante la estada en el campamento de Jablonna, un buen día tuvo una agradable noticia. La compañía sería enviada al distrito del carbón en la alta Silesia. Allí debían vigilar a los obreros que querían declararse en huelga. La Compañía tuvo que albergarse en un cuartel muy primitivo, de los antiguos cosacos, que fue denominado "establo". Para José fue este momento de descanso un buen medio para dar respuesta a una pregunta que parecía tenerlo muy preocupado.

En Hagenau había tratado sin descanso y con un celo sin límites, pero sin resultado alguno de formar un grupo entre sus compañeros congregantes e introducirlos así, en la Organización exterior de la Congregación Mariana de Schoenstatt. La idea de reunir a los congregantes del 98 en un solo grupo fue dejada a un lado y decidió hacerlo de otro modo. Empezó él mismo a reunir un grupo activo a su alrededor, esperando que los otros hiciesen otro tanto. A todo esto recibió ayuda del Magistrado de Schoenstatt: Hans Wormer, Karl Burg y él mismo fueron elegidos como jefes de grupos, a quienes se podrían unir los que libremente quisieran. Con el correr del tiempo llegaron a completar siete en su grupo; tres pertenecían al curso del 99, el que también fue llamado a las armas, y el resto pertenecía a su año.

A José le pareció que siete eran demasiado; sin embargo, no quiso rechazar a ninguno. En Schoenstatt se eligió a un congregante para que se preocupara de los que se encontraban afuera. Estos debían poner en íntimo contacto dichos grupos con la Congregación de Schoenstatt. El representante del grupo debía orar por su grupo en el Santuario de la Madre

de Dios. El representante de José era Alfonso Hoffman, su sucesor en puesto de Prefecto de la Congregación Menor. Este grupo en formación exigía una permanente correspondencia. Apenas concluía el servicio, ya sentía José el impulso de escribir. Aperado de su lápiz y de unas hojas de papel se iba al cuartel en busca de un lugar tranquilo en donde pudiese reunir todos sus pensamientos. Pero se había equivocado en esto, pues el cuartel hervía en soldados bebiendo y discutiendo. No encontró un solo rincón donde se pudiese sentar, y había tal ruido en la pieza que no se podía tener un solo pensamiento claro. De todos modos quiso esperar hasta que se desocupase un lugar; después de esperar inútilmente media hora, decidió volver al "establo". Allí se tendió en su cama y comenzó a escribir, pero al poco tiempo la posición se hizo incómoda. Comenzó a buscar algo para colocar debajo del papel y de pronto encontró una tapa de cartón sin dueño, la que colocada sobre sus rodillas hacía las veces de escritorio. Así, se veía a José casi todos los días, después del servicio, ante su "escritorio" escribiendo y enviando cartas casi diariamente a sus lejanos compañeros congregantes. El escritor Engling, llegó a ser un cuadro que sus compañeros llevaban siempre en la memoria.

Pronto José debía hacer un descubrimiento sobre sí mismo que le mostraría la necesidad de tener un grupo en formación. Esto ocurrió durante la marcha hacia el Este de Galitzia.

Durante días y más días se marchaba bajo un sol quemante por calles polvorientas, otras veces bajo una lluvia torrencial y unos caminos barrocos. De esta manera las marchas que antes habían tenido en el cuartel, eran ante estas fatigas, simples paseos. Marchaban, hora tras hora, cubiertos con una espesa capa de polvo o mojados desde la cabeza a los pies, agobiados bajo el peso de la carga del río Zbrucz. Desde ese momento, formaron parte del Regimiento de Reservistas N° 25 de Infantería de la 15ª División de Reserva.

El día siguiente a la Natividad de María, en 1917, recordaba José sus pasadas cuatro semanas. Por primera vez durante su vida militar el cuadro de la lucha por el ideal de Santidad se le presentó poco favorable. ¿Qué había sucedido? No se podía desconocer: las últimas semanas mostraban en su vida interior una línea de decadencia que casi no había sentido antes. ¿Sería la vida desigual en el transporte o las marchas tan pesadas? De todos modos tenía que analizarlo seriamente.

Primero vio el Propósito Particular, luego comenzó a desmenuzar su Horario Espiritual. Los controles por escrito se habían suspendido, lo mismo que sus anotaciones en su Horario Espiritual. El trabajo de grupo se adormeció lentamente, pues las cartas que recibía de sus compañeros congregantes las llevaba durante semanas en su mochila sin contestarlas. La vida espiritual comenzó a enfriarse, además de que la renovación espiritual del Domingo también decayó. Los altos ideales que antes habían iluminado su alma, parecían cubiertos por una espesa niebla. En su interior se produjo un vacío. Antes había llenado su alma la Santa Misa y la Comunión Espiritual y las continuas horas de meditación, pero, ahora, ¿qué había? En lugar de sus altos ideales había entrado el hombre común, al que sólo le preocupaba una cosa: ¿cómo salir más cómodamente de las dificultades de la vida? Y para ello, ciertamente, se necesitaba de un ojo clínico. Ante esta realidad, se aprendía a "salir bien" de cualesquiera circunstancia y a no ser tan franco. Para esto no se necesitaba ser necesariamente malo, además se podía cumplir con los deberes de todo cristiano; pero llegar a ser un ideal de hombre, era algo que bajo esa situación no se conocía.

Sin darse cuenta realmente, José había llegado a ser como esos hombres comunes. A pesar de todo, su conciencia le remordía a veces y le recordaba su tiempo pasado, pero mientras aquello ocurría, algún nuevo acontecimiento de su vida diaria le distraería una vez más, aventándole dichos remordimientos. Ahora que ya había concluido el transporte y las marchas, volvían los remordimientos y es en estos momentos precisamente cuando lo abandona todo su valor. Seguramente no había cometido faltas graves, pero no podía disculparse con esas cosas. Había abandonado la lucha por la santificación y esto, en sí, era bastante malo. ¿Debía disculparse con su vida de campaña tan desordenada? A veces todo había ocurrido tan inesperadamente; pero no, no podía aceptar esta explicación. Debía mantener muy en alto la lucha por su ideal de santificación. De pronto todo se le aclaró: debía volver muy arrepentido a sus ideales. Sacó su largamente olvidada libretita y anotó lo siguiente: "Querida Madrecita, Tú eres mi esperanza. Debes conseguirme el perdón de Tu Amado Hijo".

Desde entonces recomenzó el antiguo ascenso hacia la cúspide. Las semanas de indolencia le habían dejado una valiosa experiencia. Apenas dejaba de luchar por su Propósito Particular o no se retiraba a la soledad y recogimiento de su corazón, cuando su voluntad comenzaba a flaquear. Este flaquear era su primer paso para ser absorbido por el ambiente y convertirse en un hombre colectivizado y carente de personalidad.

También podía contar una segunda experiencia: La coraza moral del Horario Espiritual controlado por escrito, junto con la incorporación activa en el grupo, eran los medios indispensables para evitar caer en la mediocridad de la masa. De modo que debía seguir valerosamente con todo lo que había comenzado.

A mediados de septiembre de 1917, su Compañía debía colocarse en posición de combate. Dos días antes reunió José a sus compañeros de grupo, Klemens Maier, Paul Reinhold y Jahanner Biebrich. El tema de conversación giró alrededor de las oraciones diarias y de cómo organizar el Horario Espiritual Diario. Naturalmente harían lo imposible por cumplirlo, aun cuando se encontrasen en las trincheras. En la próxima reunión verían como le había ido a cada uno y cambiarían opiniones. Al término de la reunión Reinhold propuso que guardaran algo del próximo pago para enviarlo a Schoenstatt. Allí necesitaban dinero para los gastos de la Revista M.T.A.

A pesar de todos los acontecimientos que se le estaban presentando, los pensamientos de José volvían a la última reunión. Una cosa tenía bien grabada y era que los demás componentes del grupo debían ser instruidos del contenido de la reunión. Sin embargo, no era tan fácil mantener una correspondencia en las circunstancias en que se encontraban. Durante el día debían mantenerse ocultos del enemigo en sus carpas y sus dedos entumecidos apenas sí podían sujetar el lápiz; algo chueca le salía la letra y el papel con algunas marcas de sus dedos, pero no se quejaba. En sus cartas los preparaba para el mes de octubre, que era el mes del Rosario de la Sma. Virgen y que debía comenzar con gran atención de parte de los Congregantes. Por eso decidió seguir lo propuesto por Paul Reinhold que era sacar algo del pago para la Caja de la Congregación. Debía ser un sacrificio para el Capital de Gracias. Lo mejor era ahorrar dinero en los cigarrillos. También decidió agregar algo más para su representante de grupo Alfonso Hoffmann. Durante el mes de octubre, debía cada uno por lo menos, agregar una decena del Rosario a sus oraciones.

José tomó esto muy en serio. Para él no era ningún problema cumplir con un horario espiritual por escrito. A esas alturas su día abarcaba trece ejercicios espirituales que los tenía muy bien repartidos. A veces no le resultaba muy bien su lectura espiritual. Su Propósito Particular le exigía ser muy franco y honesto. Debía levantar la tibieza de las últimas semanas, por lo que necesitaba poner mucha atención para mantener las costumbres religiosas de los domingos. En realidad, los días se parecían tanto unos a otros, que uno debía cerciorarse en el calendario cuándo se acercaba el domingo. De modo que para que le resultase el propósito de grupo, decidió dejar de fumar por completo durante el mes de octubre.

La estada de dos meses en la frontera del Este, no trajo ningún gran cambio en las maniobras de la guerra. En el Ejército Ruso se produjo una paralización total de su espíritu de lucha. Las semanas se tornaron lentas y lánguidas en las trincheras, y sólo eran perturbadas por una que otra granizada de fuego del enemigo o por algún aislado asalto de sus tropas. En aquellas ocasiones, José mostraba ante sus superiores una sangre fría y un tino tal, que pronto le fue confiado un puesto de responsabilidad. Lo pusieron en la patrulla de exploración de Infantería. Pero más que el catalejo, le interesaba la situación de su grupo, que le estaba dando muchas alegrías en este último tiempo.

Decidieron que toda correspondencia intercambiada entre ellos debía ser dirigida a él, pues así podría preocuparse mejor de la vida de grupo. Así, recibió alguna correspondencia en su puesto de infantería. La mayoría se refería al trabajo del grupo durante el mes de octubre y trataban de recordar los propósitos del mismo. ¿Cómo les fue con las oraciones? Casi todos encontraban que les había ido mejor, sin embargo, a pesar de que José también podía asegurarlo, le parecía que las oraciones dichas en las comidas le salían un poco forzadas, y esto se debía a que ellas muy irregulares y tampoco eran verdaderas comidas. También había fallado en las oraciones durante las reuniones. En el futuro decidió hacer penitencia por cada falta.

Más dificultades encontraban en el segundo propósito, que era rezar diariamente una decena del Rosario. Una carta decía: "Con el Rosario no me ha ido siempre muy bien. A veces no alcanzaba ni siquiera a terminar la decena; pero había días en que lo terminaba. Otro decía: "He rezado hasta ahora todo lo que nos hemos propuesto por escrito. Algunos días lo había olvidado; a veces no me resultaba; es muy difícil cumplir con esto". Con los ejercicios restantes les iba muy bien. Pero cumplir con el tercer propósito, fue lo más difícil de todo: era dejar de fumar. Clemens Maier escribió con franqueza que no podía dejar de hacerlo. ¿Qué haría en las horas de aburrimiento en las trincheras sin tener nada que leer? Sin embargo, más tarde se vio en una carta, que poco a poco, había dejado de fumar y hecho algunos ahorros. Al contar José los ahorros de todo el Grupo, llegó a reunir 24 marcos. Estos sí que aumentarían la Caja de la Congregación en Schoenstatt.

José se encontraba muy satisfecho con todo el trabajo que había hecho el grupo durante el mes de octubre. Mientras tanto ya estaba pensando en otro plan. Alfonso Hoffmann había propuesto una vez que todo el grupo se decidiera a hacer el examen por escrito y enviarlo como confesión al P. espiritual. Hacer que todo el grupo cumpliera con esto sería su próxima meta. Esta idea sería comunicada en la próxima reunión con gran tino, para que fuera discutida. Ahora debían escribir cartas al grupo y a cada uno en particular. Le gustaba muchísimo el tema del Examen, pues tenía mucha experiencia en este campo.

Estando en las cercanías de Zbrucz, a fines de noviembre comenzó de lleno el invierno. Ya no se pensaba en una campaña de invierno. A comienzos de diciembre se declaró el cese del fuego en el Este y pronto comenzaron a hacerse las negociaciones de paz con Rusia. Los regimientos recibieron orden de retirarse hacia Tarnopol. Nuevamente les tocaron grandes fatigas durante la marcha. El tiempo se hizo más frío y soplaban vendavales de hielo por las calles cubiertas de nieve. El pan y la mantequilla se les helaba en la mochila y se les ponía duro como piedra. El helado viento del noreste les cortaba la cara y retardaba la marcha, limpiando las calles de la nieve y dejando el suelo helado descubierto. La marcha se hacía más y más difícil, y más de alguno rodó debido a lo resbaloso del empedrado.

José tuvo que solucionar una tarea sumamente difícil durante esos días de marcha. Primero, ayudar a empujar un cañón que no quería moverse. Luego se le confió el cargo de Cuartelero y enviado al frente de la tropa. El podía corporalmente mucho, pero el excesivo esfuerzo terminaba por rendirlo. Otras veces era enviado ante las tropas para conseguirles alojamiento, lo que obtenía ya bien entrada la noche, y solamente entonces podía entregarse a un bien merecido descanso.

Fue donde se guardaban las camas a buscar la suya y se encontró con que le faltaban las dos cubiertas, tampoco se encontraban sus zapatones, la escobilla y la pasta para limpiarlos, además echó de menos sus útiles para coser. Por supuesto que se los habían robado. ¡No había derecho, no podía tolerar esto! Primero se preocupaba por ellos y luego le roban lo más necesario. ¿Quién iba a hacer en esas noches tan heladas sin sus mantas? En el cuartel se envolvió en su abrigo y se puso a dormir; sus ojos ya se cerraban de cansancio, pero antes debía rezar sus oraciones y hacer sus notas.

Revisó lentamente los 13 ejercicios. La oración de la mañana y la del Congregante recibieron una línea vertical, lo mismo que la buena intención. ¿Cómo se encontraba en la asistencia espiritual a la Santa Misa y Comunión? Bien. También había hecho lectura espiritual. ¿Y las horas de adoración? De la mañana se acordaba muy bien e hizo una línea vertical, ¿pero la de la tarde? En el apuro de los preparativos del alojamiento no se había acordado, por eso hizo un signo de interrogación. El Rosario, oración de la noche, examen de conciencia, completo arrepentimiento y plegaria de la tarde, recibieron una línea vertical. El último ejercicio era un acto de dominio de sí mismo. Este debía ser una completa y verídica contribución diaria al Capital de Gracias de la M.T.A. Su corazón aún temblaba de ira por los robos de que había sido víctima esa tarde. ¿Debía continuar la camaradería o actuar que los demás? "Sacrificio diario para el capital de Gracias" le decía una voz interior. Hizo una línea vertical; mañana seguiría invariablemente su Ideal, y sería irrevocablemente " Todo para todos".

Así continuó días tras días hasta al final de esa larga jornada. A pesar de estas pruebas de esfuerzo -el último día tuvieron una marcha nocturna- siguió José valientemente su horario espiritual y su Propósito Particular. A veces debía robar unos minutos para hacer sus ejercicios religiosos y anotaciones, pero lo conseguía. A la vista de la ciudad de Tarnopolse concedió a la cansada tropa un descanso de media hora. A pesar del tiempo tan frío, les corría la transpiración por la frente después de marchas tan extenuantes. Este descanso lo aprovechó José para escribir sobre su mochila una carta a un compañero de Grupo.

La marcha hacia el frente había visto su derrota; la vuelta vio su triunfo. Una serie de sucesos encadenados unos a otros, le impidieron durante cuatro meses asistir a Misa. Sin embargo, a pesar de todo, su vida religiosa no sufrió ningún trastorno. El Horario Espiritual y el Propósito Particular se habían entronizado para siempre en su espíritu, asegurándole el triunfo sobre sí mismo.

Nuevas pruebas de fuego

A comienzos de 1918, el Regimiento de José Engling debía dirigirse hacia el Frente Occidental. Debían tomar parte en la afiebrada batalla de Verdun. El transporte duró una semana, lo que aburría terriblemente a los soldados. Para librarse, decidieron jugar a los naipes. También tomó parte José, pues no quería ser descortés con sus compañeros. Pronto vio cómo el juego se apoderaba de él. Esto no le gustó mucho y trató de alejarse. Al día siguiente lo volvieron a invitar y como había ganado el día anterior, no quiso indisponerse con ellos rechazándoles su invitación, así es que volvió a jugar. Desde el comienzo del día hasta las 10 de la noche, pasaron los naipes por sus manos. El juego nuevamente lo apasionó y volvió a aparecer en el horizonte el peligro que amenazaba su vida interior. Cuando el tren de transporte se detuvo en Kalisch por unos momentos y tuvo tiempo de hacer un rápido examen de conciencia, le bajaron los remordimientos. ¿Acaso no se había convertido en una verdadera pasión este juego de los naipes? ¡Cuánto tiempo había desperdiciado miserablemente y que podría haber aprovechado en cosas mejores! Lo que no habían logrado las marchas forzadas, lo había hecho esta pasión. Su horario espiritual lo estaba desmenuzando lentamente. La lectura espiritual y el Rosario ya habían sido dejados, lo mismo acontecía con las anotaciones. Había pasado casi todo el día jugando a las cartas y no era de extrañar que no le quedara tiempo para su vida interior. ¿Era éste un digno comienzo del nuevo año? Los remordimientos de conciencia no le dejaron tranquilo. Cuando se embarcaron nuevamente en Kalisch se las arregló para viajar en otro vagón; así se separaba de los jugadores y, durante ese día, de las tentaciones. Sin embargo aún no estaba vencido el enemigo en el campo de batalla de su corazón.

El tren atravesó Alemania Central, luego Pfalz hacia Dun au der Mares. Con la llegada a Dun se terminó la espera que había durado varias semanas. José impartió inmediatamente una orden a los miembros del grupo, diciéndoles que él se encontraba dispuesto y que el trabajo del grupo continuaría. Aún tenía viva la idea de introducir el examen por escrito dentro del grupo. Pero primero debía estar muy seguro de sí mismo. Había sido dominado durante tres días por la pasión del juego. Esta debilidad paralizaba sus aspiraciones, sin embargo, ya había vuelto a hacer su horario espiritual y también su Propósito Particular comenzó a ordenarse después de algunos días. Hasta el último día de viaje lo ocupó en hacer su meditación espiritual y examen de conciencia. No obstante parecían desaparecer lentamente las huellas de su derrota. Apenas había alcanzado su tan ansiada meta, cuando una vez más fue acometido por la pasión del juego.

Sus camaradas habían encontrado, no muy lejos del cuartel, una casucha donde guarecerse. Una tarde se encontraron con Engling y lo convencieron para que jugar con ellos. Una vuelta siguió a la otra, hasta que se encontraron dominados por la pasión. Cuando terminaron, ya amanecía el nuevo día a través de las rendijas de la puerta de la casucha. En la primitiva mesa de juego, se veían los restos de unos cabos de vela.

Con el amanecer, vino un profundo abatimiento al alma de José y durante todo el día sintió el peso del remordimiento, de tal manera que apenas hubo acabado el servicio se sentó a escribir. Era tan grande su culpabilidad que no podía soportar más. Debía remitirlo todo a su lejano Padre Confesor. Le confesó todas sus faltas pasadas durante los últimos quince días y le dijo que todo se debía al juego de los naipes. Y luego agregó: "Ud. ve cuántas Gracias he desperdiciado. Esto me duele doblemente, al escribirle. Le ruego que pida por mí ante nuestra querida Madrecita. Dígale en la Capillita que quiero volver a servirla. Usted ve Su Reverencia, cuán débil he sido y cuán gravemente he faltado. Pida perdón por mí y castígueme usted. Humildemente tomaré el castigo. Quiero, lleno de humildad, pero pleno de confianza en la Sma. Virgen, alcanzar nuevamente la tan ansiada meta".

Ahora José debía arreglar lo del juego de naipes. Si lo tomaba como un pasatiempo para no aburrirse, no sería una falta y si encontraba un placer al jugar, no debía preocuparle. Si lo hacía por amistad con sus camaradas, podría ser un acto de virtud. Pero que el juego se convirtiese en una pasión y lo dominase, eso no debía permitirlo. Unas ansias de jugar indomables lo perseguían sin dejarle tranquilo y cuando ya no tenía dominio sobre sí mismo, se enfriaba su vida y aspiraciones religiosas. Era eso lo que había sucedido: se despreocupaba de sus ejercicios religiosos y desperdiciaba su tiempo en el juego de azar. Después de estas experiencias, se propuso jugar solamente en los momentos de ocio y cuando realmente tuviera tiempo libre. ¿Qué se había dicho una vez en Schoenstatt? Primero lo esencial, luego lo necesario y por último lo agradable. Así debía ser aquí también.

Sin embargo, y como lo notó muy luego, no sabía cómo comenzar con este nuevo propósito. En cuanto lo dominaba la pasión, se le nublaban el claro entendimiento y se decía que jugaba solamente como pasatiempo, aunque esto no fuera cierto. Y con esto perdería lamentablemente el tiempo que tenía a su disposición. Después de cada juego sentía un gran descontento consigo mismo. Cuando pensaba con tranquilidad, se daba cuenta de lo que tenía que hacer. Primero debía vencer su pasión por el juego, entonces sería completamente libre y poseería dominio sobre sí mismo. Para conseguirlo sería necesaria una cura radical.

Decidido escribió en su Librito Espiritual: "Escribiré aquí todos los días si he sido lo bastante severo conmigo mismo. Luego Te prometo, querida Madrecita, no tocar las cartas hasta el 1º de marzo. ¡Ayúdame! Así debía obrar. Algo parecido le había ocurrido con los cigarrillos, pero como desde octubre pasado se había propuesto no fumar, hoy ya no sentía ninguna necesidad y sólo fumaba muy rara vez.

Durante cuatro semanas dejó de jugar y mantuvo esa decisión. Las invitaciones que le hacían sus camaradas las declinaba rotundamente, aún cuando su negativa produjera enojo entre ellos. Pero un día se dejó tentar y como castigo por romper su propósito se privó de la comida. Debido a lo escaso que estaba de ella durante la guerra, este castigo le dolió sobremanera. Luego se privó de jugar durante todo el mes de marzo. Estos castigos tan fuertes trajeron grandes cambios en él. Así, en el futuro se mantuvo fiel a su propósito y pudo vencer completamente esa ansia de jugar. Su conciencia no le reprochó nada en los meses venideros.

Mientras tanto, lo esperaba otra prueba de fuego. Durante todo el mes de enero las tropas tenían ejercicios de campaña cerca del pueblo de Dun-Remonville. ¡Si solamente hubiera

sido el tiempo el malo! Había heladas nocturnas y deshielos mañaneros, tormentas de nieve y lluvia heladísima. El suelo se había reblandecido por todas partes y en los surcos se habían formado pequeñas lagunas de agua y nieve barrosa. Aquí y allá había charcos de nieve. A veces soplaban un viento heladísimo a través del campo. Las botas ya no ofrecían protección contra el suelo embarrado y las casacas no abrigan contra los temporales. En medio de las peores tormentas salían las compañías de madrugada. Durante los ejercicios se oía: ¡Descansar! ¡Levantarse! ¡En marcha! Cuando volvían los soldados con sus ropas empapadas y sus miembros entumecidos, parecía como si se hubieran revolcado en los charcos de barro.

Se sucedía una llamada tras otra. Se ponían el uniforme y luego partían para el barro, y así un día tras otro. Se limpiaba, remendaba y arreglaba más que en todo el tiempo de soldado. La irrazonable dureza del servicio, algunos ejercicios exagerados y los mandatos de los suboficiales, producían en la tropa una peligrosa efervescencia. Los corazones hervían de ira y amargura. El cansancio de la guerra, la desnutrición, las fatigas y las noticias de muertes en el campo de batalla, habían quebrantado la fuerza de los espíritus, de tal manera que no se sentían con deseos de tener problemas internos. Por primera vez en el Regimiento se vio la desobediencia y la desertión. José se hallaba en medio de todo esto con una clara visión de las cosas. También fue sacudido por estos acontecimientos. Los arranques de ira que se producían a su alrededor, no traían ninguna solución a esa difícil situación. Había que buscar otra.

Al penetrar más profundamente en su propia alma, encontró un fuerte punto de apoyo a pesar de todos los sucesos y de los cambios de temperamento. Este punto era su fuerte y religioso ideal de vida. Todos los grandes contratiempos de la guerra no le parecían sino lecciones para su vida futura. En ellas se formaría su santidad. ¿Cómo se iba a quejar entonces? Las penas diarias y las fatigas por las que debería pasar, serían contribuciones al Capital de Gracias de la Madre de Dios en Schoenstatt. De ahí debía salir un movimiento de renovación para el renacimiento religioso de su Patria. Este ideal le daba una profunda espiritualidad a todas las renuncias y penas de la vida de soldado. La fidelidad a la bandera la consideraba como la fidelidad a su ideal religioso. Allí encontró la fuerza para mantener su propósito religioso. Allí encontró la fuerza para mantener su propósito religioso a través de todas las calamidades que lo rodeaban.

Estas eran las preocupaciones que tenía José y tenía que contestarle a un miembro del grupo que se hallaba sufriendo por las mismas causas. Tomó el lápiz y escribió: "Sí, el mundo necesita de la Religión. Sin ella, el Estado, es un edificio vacilante. ¡Cuánto descontento y pensamientos perturbadores ha habido en nuestra compañía! Yo mismo me mantengo firme sólo cuando tengo mis pensamientos puestos en Dios; somos soldados-apóstoles. Nuestra Congregación se ha impuesto como deber la renovación espiritual de Alemania, o mejor dicho, la Sma. Virgen se lo ha ordenado. Deja que sea también nuestro punto de vista. Siempre se encuentran pequeñas oportunidades; ayer domingo llevé a un camarada a Misa, con las siguientes palabras: "Bueno Max, ¿vienes conmigo a Misa?"

Cuando José inspeccionaba su situación, sacaba una sola y sencilla conclusión: ¡No compadecerse y acobardarse! ¡Permanecer fuerte en su creencia e ideales! Ser igualmente valiente consigo mismo como en el pequeño grupo que lo rodeaba.

¿Cómo se encontraba su vida interior durante los temporales de las últimas semanas? Parecía casi como una isla tranquila y quieta en medio de un mar tempestuoso. Lentamente se produjo una soledad en su alma, en la que no alcanzaban a penetrar los ruidos del ajetreo diario. Allí se encontraba sólo con Dios; debido a esto, su horario espiritual, su Propósito Particular y su renovación espiritual semanal, permanecían inalterables a pesar de las tormentas. Se sentía muy fortalecido al poder asistir, desde fines de enero, casi todos los domingos a Misa. La primera vez fue el 20 de enero. La última Misa que había oído, había sido cuatro meses antes, el 18 de septiembre en Galitzia. Esta vez al comulgar, sintió un indescriptible goce.

En enero de 1918, su Propósito Particular decía: "No molestar y no dejar que todo lo hagan los demás. Trabajar voluntariamente, tres veces al día en lo que debe ejecutar la comunidad". Esta vez le fue muy fácil cumplir con su propósito. Consideraba que debía ser más severo consigo mismo. A menudo escribía en su cuadernito, si había tenido la suficiente fuerza en sus luchas. Los acontecimientos exteriores le proporcionaban duras enseñanzas, sin embargo, pedía a su Padre Confesor: "Trátame, Su Reverencia, con dureza, con manos de hierro".

José sacó, además, otras conclusiones de esta situación en que se encontraba. En lugar de dejarse llevar por sentimientos pesimistas, le pareció mejor dedicar sus esfuerzos al trabajo del grupo y construir la organización externa. Sus cartas a los grupos sobre el examen por escrito, había despertado un eco. Al ver las cartas que habían recibido, podía percibir las luchas que libraban por cumplir el examen por escrito y por superar las dificultades que se oponían al Propósito Particular.

Paul Reinhold escribió así: "El examen por escrito es muy difícil de cumplirlo. Si uno tuviese su trabajo de costumbre, su piececita y su luz. Pero aquí, un par de días en las trincheras, luego diez días en el frente; en seguida, unos días en una casucha en el pueblo y sin tener luz. También, por último se puede hacerlo en las chozas, pero para ello se necesita energía y perseverancia. Hablaré nuevamente con Engling sobre esto, y si se introduce esta práctica en el grupo, también participaré yo".

Más tarde José leía lo siguiente: "Yo estaba conforme con e acuerdo y lo hice hasta el 7 de diciembre, pero el 8 fuimos inesperadamente retirados del puesto y las largas caminatas en la nieve tan profunda y el gran cansancio hacía que uno se olvidase de hacer las anotaciones en la noche. La M.T.A. me perdonará esto. No sé si el resto conseguiría hacerlo. Tan pronto como estemos instalados, empezaré con mis anotaciones nuevamente. Hasta ahora estuve junto con Engling en el Grupo, pero desde hoy vuelvo a las armas C.M. Sin embargo, pienso que volveremos a vernos de vez en cuando".

Clemens Maier también parecía tener sus preocupaciones. Se notaba en el relato que hizo al director de su grupo y que decía: "En lo que concierne a nuestro propósito, al escribir el examen debo confesarme pecador. Debido al cansancio, y al frío de las marchas, en el transporte, me dejé tentar, no hice las anotaciones y hasta olvidé hacer el examen por escrito. Por eso te pido me castigues severamente. Quisiera agregar a este ruego la promesa de que mejoraría notablemente el trabajo de grupo. Sé que fallé en el campo espiritual desde mediados hasta fines del mes pasado. Había caído en un estado de indiferencia en que todo me era igual; algunos días en todo me iba mal y naturalmente lo atribuía a las

dificultades y privaciones que tenía que soportar durante el cambio al Oeste. Pero desde ahora todo será mejor. Pídele encarecidamente a la Madre tres Veces Admirable, que no me permita volver a caer en ese estado".

Un tercer día: "He hecho un firme propósito acerca del examen por escrito que me costó bastante. A veces quisiera abandonarlo todo, sin embargo, sé que todo se resolverá bien". Así más o menos eran todas las cartas. El grupo estaba comenzando la lucha del examen por escrito.

De esta manera apareció en la vida de José una curiosa contradicción, que lo hacía participar de dos mundos completamente distintos. Uno, el mundo exterior, estaba formado por los sucesos de la guerra y la vida diaria con sus compañeros. El otro, su mundo interior, lo constituían sus luchas por los ideales schoenstattianos. Este fue imponiéndose cada vez más sobre el primero. Por los acontecimientos que se irán desarrollando lo veremos claramente.

Ermitaño en medio de la vida del Frente

A comienzos de febrero de 1918, el Regimiento de José Engling se dirigió a la frontera de Verdun. Cavaron sus trincheras en las bombardeadas Alturas 304, en Forgesbach. José fue enviado al Grupo de avanzada dentro del cual estaba el grupo especializado en romper brechas en las posiciones enemigas más peligrosas. ¡Cómo habían cambiado todos su parecer con respecto a José, desde que abandonaron el Cuartel! Las normas para ir al Frente eran muy distintas de las que se necesitaban para ser un simple soldado de parada. Los hombres que formaban este grupo de avanzada sabían que en cada momento se encontraban en peligro de muerte. José ya se había acostumbrado a este peligro. En esos días escribió a su amigo Karl:

"Estamos tras la Frontera y sólo nos movilizamos cuando hay que patrullar. El peligro no me asusta; a mí me es igual si me encuentro en medio de una terrible batalla o en un lugar pacífico. Hasta la muerte recibiría gustoso y con mucha alegría de manos de la Madre de Dios".

José estuvo dos veces en un asalto con la tropa de avanzada. Para ello, fueron preparados con bastante anticipación. Debían saber, ante todo, cómo comportarse ante el fuego nutrido, aislar alambrados enemigos y no caer en sus trincheras; cómo dirigir una batalla de granadas de mano y una descarga de bombas. Al saber el Grupo de Avanzada que en los días venideros debían comparecer ante "las garras del oso", introducirse en la fortaleza enemiga francesa y traer algunos prisioneros, los ánimos se excitaron sobremanera.

Durante los días que siguieron se habló mucho sobre esta empresa. Los más viejos, que habían tomado parte en la campaña del Aisne y en la toma de Valitzia, tenían mucho que decir sobre las experiencias de aquellos días. José se mantenía muy silencioso durante los preparativos y apenas hablaba en monosílabos. Trataba de aislarse lo más posible. ¿Acaso lo conmovía el pensamiento de esta empresa o el peligro de muerte tan próximo? No, no era esto lo que colmaba su alma. Con sus compañeros de grupo se habían propuesto hacer una renovación espiritual durante los días de carnaval. Pensaba que debía aprovecharlos como

ejercicios espirituales; debían ser horas de meditación y de oración. Y él tomaba esto muy en serio.

El primer día lo ocupó con las eternas Verdades de Dios, el Destino de los Hombres, el Juicio Final, el Cielo y el Infierno. Todos estos pensamientos habían sido recopilados en oraciones y esto era precisamente lo que lo había preocupado en este último tiempo. El segundo día meditó sobre los últimos meses. Su espíritu acogió la gran misericordia de Dios, como así también reconoció su infidelidad, sus faltas y debilidades. Pasó el día en un verdadero arrepentimiento y humildad. Durante el tercer día resolvió su futuro; se remontó hasta los ejercicios que había hecho el año 1915. En aquel tiempo recién preparaba la base de su plan de vida y hasta luchaba por realizar dicho plan, que se encontraba en las primeras páginas de su Diario Espiritual. Ya había llegado a la última página de su librito, colocó uno nuevo ante sí y nuevamente escribió en las primeras hojas dicho plan o Ideal de Vida. También agregó los cuatro propósitos tan importantes y difíciles en la vida de un militar. Estos decían: Mantener la lucha por la Santidad, ser un verdadero Angel Guardián para los Congregantes, no mentir jamás y santificar el día domingo. Estos propósitos debían, por supuesto, mantenerse en el futuro. También decidió colocar lo que tanto le había conmovido en los últimos meses. Después, escribió cuatro propósitos más: la continua comunicación con el Padre Espiritual sobre su examen de Conciencia, Los Ideales de la Congregación, sobre todo el paralelo Schoenstatt-Ingolstadt, tenerlo siempre presente, luego el control de su orgullo en su Propósito Particular y finalmente las Meditaciones, en su Horario Espiritual. De los anteriores, sacó otros cuatro propósitos más que agregó:

1. Quiero ser santo por medio de mi Director Espiritual.
2. Quiero ser un fiel Congregante y entregarme en cuerpo y alma a la Congregación.
3. Quiero mantener el Propósito Particular con gran celo.
4. No debo temer ningún sacrificio para poder hacer diariamente lectura espiritual y rezar el Rosario.

A estos propósitos agregó la pequeña oración, mediante la cual ofrecía su trabajo diario para el Capital de Gracias de la Madre de Dios de Schoenstatt. Al final puso el ya tan ejercitado propósito de leer su Examen de Conciencia, todos los domingos.

Los tres días de ejercicio renovaron su alma y le dieron un buen impulso hacia su verdadera meta. Esto lo conmovió mucho más que la empresa que tenían en perspectiva.

El asalto proyectado provocó una verdadera psicosis, que mantuvo a todos muy excitados durante una noche. Aquí y allá se oía el martilleo de la artillería que producía un infierno en la línea enemiga. La penetración en las líneas francesas era todo un hecho. La tropa de avanzada retornó con un grupo de prisioneros y compañeros heridos, pero también dejaron muchos muertos.

En los días siguientes se reunieron varias veces los componentes de esa tropa y conversaron sobre aquella empresa; cómo había caído el suboficial Rössler, cómo habían cavado las

fosas, saltado las trincheras y tomado prisioneros a los desconcertados franceses. Todo esto fue nuevamente revivido.

En la tarde se dedicó José a escribirle una larga carta a su Padre Espiritual en Schoenstatt. ¿Le contaría lo que sucedió aquella noche del asalto a las "garras del oso"? Era lo que se podía pensar al verlo tan dedicado a la escritura. Sin embargo, no había una sola línea de esto en su carta. Solamente le narraba detalladamente cómo había cumplido con los ejercicios durante los días de ayuno.

La tropa de asalto tuvo que salir por segunda vez. La noche fue más escalofriante y más llena de pérdidas que la primera. Los franceses estaban preparados y les presentaron una buena defensa. A duras penas pudo zafarse la tropa de escapar de ser acorralada, para así, llegar al amanecer sin más contratiempos a su posición.

Durante todo este tiempo, en el que se sucedían acontecimientos tan excitantes, la vida espiritual de José tomaba el siguiente curso: Consistía en 13 ejercicios que eran: Oración de la mañana, oración del Congregante, buenas intenciones, asistencia (espiritual) a la Santa Misa, Comunión Espiritual, lectura espiritual, Adoración (mañana y tarde), una decena del Rosario, oración de la noche, examen de conciencia, completo arrepentimiento, ruego por la bendición y dominio de sí mismo. En los días de batalla que habían tenido, también había hecho su examen de conciencia y su Horario Espiritual por escrito. Todas sus anotaciones comprueban que, aún en medio de las luchas, cumplió fielmente con su horario, fallando muy poco. Los sucesos exteriores, tales como el miedo al fuego enemigo y a la muerte, ya no le afectaban. Aun en el Frente mantenía su aislamiento.

Dedicado a la oración

Durante el último tiempo, José se sentía descontento consigo mismo y cada mirada introspectiva lo dejaba inquieto. A esto se agregaba un dejo de pena y amargura. Cuando escribía en su diario usaba frecuentemente la expresión "sentimientos melancólicos". Su mayor preocupación consistía en que creía que su vida la estaba perdiendo. A menudo, al pensar en lo que hacía, se apoderaba de él una gran intranquilidad. Una vez escribió este importante ideal que lo tomó como propósito: Ser un sabio y santo sacerdote. Sí, esto debía realizarse, pues de lo contrario, ya no tendría ninguna visión del valor de la eternidad. La guerra terminaría seguramente con la ofensiva de primavera. Entonces comenzaría con todo fervor a prepararse nuevamente para su carrera. Pero mientras tanto, no quería abandonar su trabajo espiritual. Justamente ahora debía afirmarse con mayor fuerza en él. El antiguo deseo de instruirse lo invadió de nuevo y lo impulsó a la lectura y los estudios.

Fue en ese tiempo cuando recibió una noticia desde el Hospital Cecilia, que lo interesó tanto como a sus compañeros. Se había abierto una biblioteca y se prestaban libros que eran muy costosos. Naturalmente decidió investigar el asunto. Un oficial de Sanidad, el señor Winter, era el encargado de prestarlos; por él supo también cómo se había formado la biblioteca. Era la obra del Capellán del Campamento, el Conde de Köth. El oficial de Sanidad no tenía palabras para alabar la bondad y caridad del Sacerdote, quien únicamente se preocupaba de sus soldados y hacía mucho tiempo que pensaba cómo hacerles más llevaderos los momentos de ocio que tenían. Además, había tantos libros y revistas malas que envenenaban el carácter y la mente del soldado. Entonces se le había ocurrido fundar

con sus propios medios la Biblioteca para el Ejército, en la que había gastado miles de marcos. Los libros venían desde Bonn y cualquier soldado que tuviese alguna cultura, podía recibirlos prestados sin gasto alguno. Así les habló el Oficial, agregándoles orgullosamente que tenía una cantidad enorme de libros.

José podía saciar ahora sus ansias de saber. Además compró algunos folletos en el vecino Brioules. Así comenzó su trabajo de aprovisionamiento de material espiritual necesario para desarrollar la idea de un vasto plan de formación. Desgraciadamente, sólo muy pocos libros de aquellos podían servirle, ya que la mayoría eran libros de entretenimiento. El necesitaba aquéllos que pudiesen darle alguna enseñanza. Cada libro leído era anotado en su cuadernito y a veces anotaba algunos comentarios sobre su contenido. Encontramos los siguientes como leídos: de Wagner, "Parsifal"; de Scheffels, "El trompeta de Säckingen"; de Eschenbachs, "Gabezudo"; "Las vidas" de Gottfried Kellers"; "Alfred Rethels" y "Miguel Angel"; la "Epopéya" de Goethe; "Reinicke Fuchs" y de Fazbenders, "Operar, el arte de Reyes".

Sus camaradas estaban sorprendidos por sus ansias de leer y estudiar. Un día al pasar por su lado, el sastre del Ejército pensó: "Este Engling con sus grandes anteojos, parece ser una persona muy rara. Cada minuto libre que tiene, lo usa en leer y escribir. Tendré que juntarme a él la próxima vez para saber qué clase de persona es". Lo que más le sorprendía era que José llevaba su lectura hasta en la mochila. Cuando salían de marcha, dejaban atrás lo que más les pesaba, cosa que José no hacía con sus libros, pues no podía estar sin una ocupación espiritual.

Las obras que leía lo llevaban a su tema favorito que era el idioma alemán. ¡Cómo había profundizado este idioma materno en Schoenstatt! Desde entonces no abandonaba la idea de llegar a ser un verdadero maestro del estilo alemán. Para esto no sólo le ayudaba su escogida profesión, sino también su acendrado amor por el idioma natal. Lo fascinaba. En una de sus cartas rogó a sus padres que separaran su libro de gramática de los otros y se lo enviaran al campo de batalla. Desde entonces pudo dedicarse a su antigua inclinación y gozar de las riquezas del idioma alemán, pues la gramática viajaba siempre con él en la mochila.

No obstante esto, José se equivocó al pensar que el trabajo espiritual iba a apaciguar sus pensamientos y su interna intranquilidad. Si bien la lectura le producía cierta alegría, había días en que, a pesar de enfrascarse en ella, sus sentimientos le producían tal inquietud, que no lograba tener paz. Tenía ansias de moverse. Dejaba las conversaciones, se iba a escribir cartas y de ahí a la lectura y cuando leía, sentía grandes deseos de conversar con alguien comprensivo. Esto le había sucedido días atrás. Primero le escribió a su hermano Valentín, luego fue al Cuartel a conversar con algún compañero, pronto lo dejó y se dedicó a leer "El trompeta de Säckingen". Durante la lectura le vinieron nuevamente deseos de conversar con algún buen amigo. No sabía qué le pasaba y tampoco cómo interpretaba estas misteriosas inquietudes. No se le ocurría pensar que fuera un llamado de la Gracia de Dios, que lo empujaba hacia una profunda soledad en la oración. Primero debía sentir un hastío de las cosas materiales, hasta que sus ojos y oídos se abriesen a los secretos de su interior.

Mientras tanto José seguía profundizando las decisiones tomadas en sus ejercicios privados. Se acostumbró a ello tanto, como lo estaba con su Horario Espiritual. Sentía cada vez más

su importancia. Mientras más le intranquilizaba los sucesos de la vida diaria, más necesitaba de una tranquilidad interior, y mientras más le atacaban las influencias paralizadoras de la vida exterior, con mayor vigor debía deshacerse de ellas. No quería dejarse influir por esa vida. Quería llevar su propia vida, que estuviera bajo la influencia de su Ideal Personal. Para esto le sirvió su Horario Espiritual, que era como una muralla de convento elevada en torno a él. Bajo su protección se encontraba como en una pacífica isla de soledad, a la que sólo Dios tenía acceso. Los ejercicios de su Horario Espiritual eran como una profunda aspiración del alma en esta soledad colmada de Dios. Ningún suceso del día podía penetrar en la Santidad de su corazón e influirlo con ideas poco religiosas. Para evitar esto último, luchaba constantemente por mantener su Horario Espiritual. Durante los últimos años había obtenido buen resultado; lo había mantenido durante el pesado servicio militar, en las marchas forzadas y en los momentos de ociosidad del estado de sitio. Nada de lo que sucedía a su alrededor lo alteraba, ni siquiera los sufrimientos. Si, aún durante los sucesos de la guerra en el Frente, lo había mantenido. No siempre le había resultado al primer esfuerzo y sin fallas, pero no desfallecía.

La Semana Santa dejó huellas más profundas en su alma, que lo que pudo hacer la lectura. El 20 de marzo llegó su Regimiento a las cercanías del Hospital Magdalena en Cunel. Allí, un Padre oficiaba todos los días los servicios vespertinos, de manera que todos tenían oportunidad de comulgar y el día 25 fue muy concurrido. José siempre se encontraba allí y cada vez que se dirigía a sus compañeros para invitarlos era muy bien acogido. Así, generalmente se hacía acompañar por un buen número de ellos. El altar fue levantado bajo un grupo de árboles para protegerlo de la vista de los aviones enemigos. Detrás del altar hicieron un confesionario y a menudo se veía una larga hilera de soldados esperando confesarse para Pascua de Resurrección. José vio con gran alegría cómo una tarde apareció el capitán de su Compañía, lo que no le sorprendía, pues lo esperaba de un momento a otro. Más de algún compañero se fue a colocar en la fila, ayudado por algunas palabras alentadoras de José.

Ahora que recibían la Sagrada Comunión diariamente, la Semana Santa se convirtió en una semana de oración. Ella despertó y profundizó en él la Gracia de la Eucaristía. Ya estaba acostumbrado a asistir espiritualmente a la Santa Misa y era uno de sus ejercicios de su Horario Espiritual. El encuentro con la Sagrada Hostia debía afirmar y renovar sus dos horas de adoración durante el día, las que formaban parte inseparable, desde hacía tiempo, de su Horario Espiritual. Espiritualmente se trasladaba a la Capillita de Schoenstatt, saludaba al Salvador y recibía la Comunión Espiritual. Allí se unía y se entregaba a Dios Padre, como sacrificio al ofrecerle la Sangre Preciosa de Su Hijo. En el futuro trató de hacer más Jaculatorias y pasar las horas en profunda meditación. Así marchaba guiado por su Maestro Glorioso a través del trabajo diario. Hacía tiempo que sentía los deseos de santificar el domingo y convertirlo en un día de oración. ¡Cuán poco se notaba en el Ejército que el domingo era el día del Señor! Ultimamente parecía que se luchaba solamente los días domingo. Las anotaciones del librito, indicaban que José había cumplido fielmente con sus renovaciones espirituales, especialmente el día domingo. También volvió su mirada hacia los Misterios y Tiempos del año Eclesiástico, los que profundizaría para vivirlos más íntimamente; ellos también dejaron sus huellas significativas en el alma de José.

Un día, como si hubiese sido iluminado, escribió en su librito: "¿Por qué adelanto tan poco últimamente? ¿Será porque no rezo bastante a pesar de tener tanto tiempo? Nuevamente me estoy poniendo melancólico. "¡Yo quiero y debo ser Santo!". Al fin había descubierto el "Hilo de Ariadme" que lo sacaría del laberinto de sus sentimientos melancólicos: ¡La oración! Sí, debía aprender a escuchar mejor la voz interior del llamado de la Gracia. Allí le hablaba la voz de Dios. A su lado desaparecería toda tranquilidad y tendría paz. Algunos días más tarde parece haberlo notado mejor, pues escribe en su librito: "¡Cuánta Gracia he desperdiciado este último tiempo, querida Madrecita! Siempre me mueves a practicar las tres artes de la oración y me reprochas porque no me acuerdo del Patrono de mi nombre. ¡Y cuántas veces he despreciado tu llamado de Gracia! Esto significa: seguir rápidamente los impulsos de la Gracia de Dios y hacer así grandes adelantos en el camino de la virtud. No quiero dejar de escuchar cualquier señal de la Gracia. ¡Lo quiero y Tú Madrecita, ayúdame!".

José se preguntaba cómo poder escuchar el llamado de Dios y cómo aprender a obedecer las indicaciones de la Gracia. Pronto creyó haber encontrado la solución. Escribió el siguiente propósito: "Dedicar todos los días un cuarto de hora a la Oración en una de las formas del librito "La Teología Ascética". ¡Sí, la oración contemplativa! Hasta ahora la había hecho inconscientemente y como no le pareció bien dejarlo así no más, decidió preocuparse más intensamente. El Domingo de Pascua, cuando hacía su renovación espiritual encontró el camino que debía seguir en su aspiración a la santidad. Debía tener, de ahora en adelante, más recogimiento en la oración, escuchar más atentamente el llamado de Dios y serle más sumiso. Este sería el mejor modo de conseguir la tranquilidad interior que tanto anhelaba. Para no olvidar este propósito, lo escribió en su librito:

"Es santo aquel que actúa siempre de acuerdo con Dios. El es infinitamente completo. Por eso mi actitud debe ser siempre completa en todo, incluso en mis pensamientos. Haré siempre lo que crea que está bien".

El lunes de Pascua debía decirse Misa de Campaña a las 3 de la tarde en el Hospital Magdalena. A mediodía fue José a ver si todo estaba preparado en el altar de campaña. Allí se encontró con Paul Schüten, el sastre de la Compañía que estaba trabajando. Nunca se habría imaginado que el alegre y bromista campesino del Rhin, fuese tan religioso. Hasta se preocupaba de arreglar las banderas, dos grandes y tres pequeñas que adornaban el altar. Con todo orgullo le indicó el sastre que eran confeccionadas por su propia mano. Como faltaban algunas flores y algo de verde, José se encaminó hacia el bosque en busca de los primeros brotes de primavera y con las pocas flores silvestres que encontró arregló pequeños y delgados ramitos colocándolos en botellas y latas de conserva. Por lo menos así tenía el altar algo de primaveral.

Ayudó a la Santa Misa junto con un muchacho que era el sacristán del Hospital. En su alma había un gran regocijo Pascual, lo que se trasluce en su diario: "¡Cristo ha resucitado! Yo también he despertado y comenzado una lucha conmigo mismo para renovar mi vida. ¡Ora pro nobis, Mater!".

Adelantos de la vida del grupo

Así como José había dedicado toda su atención a la Vida de Oración durante las últimas semanas, así también había extendido su propósito particular casi totalmente hacia sus camaradas. Una vez era: "No me abstendré de las conversaciones", otra: "Haré bromas con ellos", o 'prestaré atención a pequeños actos de apostolado". Otra vez decidió perder el temor que sentía ante la gente y se propuso como propósito el siguiente: "Seré valiente en afirmar independientemente mis ideas". Sus anotaciones demuestran que rara vez tuvo dificultades en el cumplimiento de su propósito particular. Aún más, la víspera de Pascua tuvo una reunión musical con sus compañeros.

Muchas otras cosas le preocupaban referentes a sus compañeros congregantes, especialmente a los miembros de su grupo. En las últimas semanas se habían concretado a intercambiar correspondencia entre los grupos. Sobre todo su gran deseo era que los diferentes miembros de los grupos encontrasen un trato y una relación más fraternal y familiar entre ellos. Mientras hubiera algunas cartas que tuvieran ideas objetivas o puramente naturales, se sentiría tranquilo. Las cartas que más le agradaban eran aquellas que tenían un tono más personal y que contuvieran ideas propias para la vida del grupo. José se había fijado un claro propósito para el trabajo en la vida de la comunidad, del Horario Espiritual diario. Hacía tres meses que ya se practicaba el examen por escrito. Ahora se podía adelantar un paso más. El sabía por experiencia propia la importancia que tenía un Horario Espiritual bien llevado en la vida militar y en la lucha por alcanzar la santidad.

Para plantear el caso, decidió escribir cartas a la gente del grupo. Muchas salieron de sus manos para los lejanos congregantes. El trabajo no era fácil, pues debía juntar los minutos que tenía libres para escribir. A esto se agregaba el cambio que tuvieron que hacer desde la barraca en que se encontraban a un cobertizo. Era muy difícil escribir en ese cuarto tan pequeño, alumbrado solamente por un cabo de vela y entre las fuertes conversaciones de sus compañeros. No era de extrañarse, entonces, que más de alguno pensase que José fuese un tipo raro, ya que siempre se encontraba escribiendo.

La manera más rápida para hacer un estudio sobre el horario espiritual, es haciendo preguntas sobre su contenido y finalidad. ¿Por qué, se preguntaba primeramente, llegué a tener un Horario Espiritual? Había solamente una respuesta. El lo necesitaba para poder ser fiel a su Ideal Personal. Si lo investigaba aún más, llegaría a tres conclusiones distintas: La primera era: "Meditación profundamente religiosa", y así escribió a sus compañeros congregantes:

"Todo nuestro trabajo diario debe ser una oración... Debe estar compenetrado por la aspiración hacia Dios... Cada actitud debe tener estampado el sello de pertenencia de Dios... Nuestros camaradas deben poder ver en nosotros, en nuestra vocación y en nuestras acciones, siempre unidas a Dios, el espejo en el cual ellos se miren".

Frases como éstas contenían sus cartas. La segunda conclusión era: "Capital de Gracia de la Madre de Schoenstatt". Dar un contenido sobrenatural a nuestras acciones, es la idea que tenemos para contribuir al Capital de Gracias de la Mater Ter Admirabilis. El había hecho la experiencia consigo mismo, Quería dedicarse al servicio de su prójimo en cuerpo y alma, lo que resultaría mejor si el día entero fuese una contribución para el Capital de Gracias de la M.T.A.

La tercera conclusión podría denominarla "Orden o Examen". ¡Sí, necesitaba tener orden y darle el acostumbrado examen a su director espiritual! ¡Qué de enredos tenía a veces en su alma! Buenas y malas inclinaciones, abundancia de planes y exaltaciones, un celo impetuoso y una paralización espiritual. Todo entremezclado. Y la situación exterior con sus paralizadoras influencias. Debía desligarse de todas estas cosas. La única forma de conseguirlo era llevando un Horario Espiritual muy ordenado y enviárselo a su Padre Espiritual. Sus compañeros congregantes seguramente estarían en la misma situación y con las mismas dificultades. Con su experiencia decidió aconsejarles que hiciesen el Horario Espiritual como un medio de ayuda. Con esta idea escribió cartas a los de su grupo.

El resultado de sus cartas no le gustó. Como disculpa pensó que se debía a que algunos congregantes se hallaban en plena batalla. Muchas de las respuestas no se referían al Horario Espiritual, sino que se dedicaban a hacer propósitos prácticos y proponer ejercicios. Esto último a José le gustó. Aprovechando estas proposiciones, podía explicarles en qué consistía la nueva práctica que quería introducir. ¡Si solamente tuviera comodidades para escribir! Pero en esa pieza tan chiquita se topaban unos con otros, a veces la conversación era tan fuerte que no se podían hilvanar los pensamientos; luego pasaba alguien a su lado, movía la mochila, la vela se caía y la cera se desparramaba sobre el papel, etc.

Entonces se le ocurrió un pensamiento salvador. No muy lejos se alojaba Clemens Maier en una tranquila pieza. El tenía que preocuparse por el estado del tiempo. José tomó su papel y huyó donde "el profeta del tiempo". Allí podía escribir con toda tranquilidad y conversar con Clemens acerca del trabajo del grupo, lo que hicieron bien a fondo. Como fruto de estas conversaciones, escribió José la siguiente carta, que envió a todo el grupo:

"Queridos compañeros congregantes: Con Maier hemos decidido, después de recibir vuestras cartas, los ejercicios para nuestro común Horario Espiritual. Son los más importantes. Creo darle un mayor énfasis a nuestro amor mariano mediante un acto de entrega y amor a nuestra querida Madrecita. Las buenas intenciones no debemos dejarlas, dice Maier, pues, mediante ellas hacemos las buenas obras y la Santa Comunión nos ayuda a hacer las que nos faltan. Estamos muy de acuerdo sobre la lectura espiritual y el rezo del Rosario. Los ejercicios no siempre son tan sencillos, pero nunca imposibles. El examen de conciencia y el completo arrepentimiento son partes de la Oración de la noche. Sin embargo, ya que son de gran importancia para nuestro progreso y nuestra salvación, los he agregado especialmente. A nuestro director espiritual le será más fácil dirigirnos si anotamos las confesiones y comuniones que hacemos. Estos ejercicios los puede hacer cualesquiera de vosotros, siempre que pida permiso a su Director Espiritual. Más aún, vamos a anotar aquello que hemos hecho en el año Eclesiástico. Si todos están de acuerdo, les daré para el Rosario una nueva intención cada mes. Les pido que sugieran intenciones para el mes de Mayo. En el reverso de la página hay un tema para el propósito particular. El número de los ejercicios se ordenará según la necesidad de cada uno; al lado escribiremos el propósito que encontramos bueno. Los exámenes por escrito los enviaremos cada 15 días, si Uds. están de acuerdo. Aún no se han dado opiniones al respecto. Esta proposición es mía. Empezaremos con el Horario por escrito el lunes 29 del corriente. Le ruego a cada uno que me comunique si lo ha hecho. Les propongo que para profundizar los ejercicios espirituales, se escriban unos a otros para contarse como ejemplo, cómo y cuándo hacen las oraciones de la mañana, el examen de conciencia, la Adoración, etc. Cada uno tiene su propia

experiencia y mediante el intercambio de ideas se pueden obtener mejores resultados de estos ejercicios. Será mejor si cada uno busca otro compañero para intercambiar cartas con frecuencia, como son nuestras reglas. Siempre habrá dos que estén de acuerdo y se comprendan".

De este modo, ambos, José y Clemens, habían pensado en el mes de Mayo y sus preparativos. Estimaban que el Horario Espiritual controlado por escrito sería un trabajo muy apropiado para este mes. ¿Deberían hacer más propósitos durante el mes de Mayo? Se pusieron de acuerdo para preguntarles primero a Juan y a Pablo en el Cuartel de Reposo. La oportunidad llegó muy pronto. Después de diez días de marcha llegó el grupo de avanzada al Hospital Magdalena. Allí se reunió José con los otros dos y tuvieron una sesión de grupo. El resultado lo contó a los diferentes miembros del grupo con las siguientes palabras:

"Rezaremos el Rosario durante el mes de Mayo, para pedir a nuestra Madre una pronta y victoriosa paz, para así poder dedicarnos completamente a nuestra vocación. Juan, Pablo y yo, dejaremos de fumar durante este mes y ofreceremos un pequeño sacrificio material por el bien de la Congregación. Esto se le ocurrió a Juan y Pablo y atañe a todos, en cambio, no todos necesitan cumplir con el primero, ya que no he recibido respuesta alguna de Uds., respecto de ello. Además comenzaremos el mes de Mayo con el Horario Espiritual Diario, que hace tiempo que practican. Cada cual hará también algunos sacrificios especiales para nuestra querida madrecita. Ella lo tiene bien merecido. Queremos ofrecernos nuevamente como instrumentos y mostrarnos como tales para la salvación de las almas".

Así como trabajaba el Prefecto de la Congregación Menor, así también era el trabajo del Director del Grupo y se regía por el mismo orden: Vive el Ideal anunciado y habla con las riquezas de su propia experiencia. Pasa por su propia vida para llegar a los demás. La Historia de la Congregación, fue una réplica de la historia de su propia alma y la vida del Grupo fue la fiel copia de su vida interior.

En los campos de batalla de Flandes

A fines de abril de 1918, se reunieron varios ejércitos alemanes en el pequeño pueblo de Rémonville, cerca de Dun an der Maas. La 15ª División de Reserva volvió de su puesto en la Altura 304 y marchó a retaguardia. En los días siguientes iba a ser cambiada a otra sección. Era considerada como tropa de refuerzo y por lo tanto debía prepararse para los días de lucha que pronto llegarían. Ya se luchaba en suelo de Flandes, y al sur de Ypern se estaban asaltando posiciones enemigas. Después de varios días de preparación, la División se dirigió hacia el frente de lucha y esperó ser puesta en primera línea.

La tropa de José hizo su cuartel en la pequeña y semi destruida ciudad de Laventie. Casi a 15 kilómetros del pueblo de Calonne se hallaba la cabeza de la ofensiva alemana. Ahora sabían que pronto estarían en medio de una difícil lucha de asalto. Ya a los primeros disparos, y a pesar de estar a retaguardia, hubo varios muertos y heridos, los que fueron enterrados en el Cementerio que se levantó a orillas de la pequeña ciudad, al compás de la Marcha Fúnebre que tocó la banda del Ejército. Ya se habían levantado unas 50 cruces. La División 68 había enterrado aquí a sus compañeros caídos, víctimas sangrientas de la última lucha. La División 25, estuvo un momento pensativa ante las tumbas abiertas: "¿Cuántas

cruces iremos a dejar aquí, cuando nos vayamos?", pensaban ellos. ¡Si hubieran sabido que iban a dejar atrás más de 120 nuevas cruces!

A la Jefatura del Batallón no le pareció muy aconsejable quedarse más tiempo en Laventie. Al comenzar la tarde decidieron marchar al pueblo de Lestreme, que distaba una hora de allí, y descansaron en sus cercanías. Los soldados levantaron sus carpas bajo los numerosos árboles que allí se alzaban, los que les servirían de protección contra los aviones. José se encontraba ante su pequeña guarida y escribía en su diario. Una mirada retrospectiva al mes anterior, hacía que le remordiera un poco la conciencia. Durante el transporte había perdido el papel control de su Horario Espiritual; por dejación no había hecho otro. Sin embargo, no interrumpió sus ejercicios religiosos. El haber dejado de anotarlos le causaba gran pena. El día anterior había comenzado el Mes de María. En su casa lo celebraban en Mayo y ¿él? ¿No debía acaso avergonzarse de comenzar el Mes de la Reina del Cielo con tan pocos deseos? Colocó su mochila sobre sus rodillas, puso un pedazo de papel encima y comenzó a trazar líneas para hacer la tabla de su Horario Espiritual.

Una vez que hubo concluido con su trabajo, al levantar la vista vio una Capillita que se hallaba en una encrucijada, a orillas del pueblo. No muy lejos había una casa que mostraba las huellas del tiroteo. Un deseo inexplicable de ir a pedir perdón a la Madre de Dios por su acto de negligencia, lo empujó a la Capillita. De pronto se le ocurrió una idea. ¿Por qué no celebrar aquí el Mes de María en compañía con sus camaradas? Lástima que la Capillita había sido destruida por el fuego de las granadas, pero felizmente, las imágenes estaban intactas. Parecía que la encrucijada había sido el blanco de la artillería. José saludó a la Madre de Dios en su destruida casa y luego pensó en el Mes de María.

En el frontis del enorme edificio colindante, se leían las palabras: Hospital del Sagrado Corazón. ¡Ah! ¡Un hospital católico! Seguramente tiene una Capilla. En el jardín se encontró con el médico militar que había ayudado a levantar las carpas bajo los árboles. A él podía confiar su plan sobre el Mes de María. Este médico resultó ser un buen amigo y fiel servidor del Capellán Militar. Le mostró a José una pieza bien amplia en la planta baja del Hospital y que serviría perfectamente a sus proyectos. José se apresuró a regresar al Campamento en busca de sus amigos schöenstattianos. Fueron conquistadas para su plan y comenzaron a trabajar con él. La pieza fue limpiada concienzudamente. Una cómoda vieja sirvió de altar; llevaron las imágenes y floreros de la Capillita y los arreglaron con flores que encontraron afuera. Ahora sí podían celebrar bien el Mes de María. Allí se reunían todos los días a las nueve de la noche. Cada vez aumentaba el grupo con los nuevos católicos que convidaban. José reemplazaba al sacerdote y rezaba el Rosario en voz alta. Un profundo murmullo de voces masculinas resonaba en la improvisada Capilla. Luego se oían las suaves notas de los cánticos a María. A unos 6 kilómetros de distancia resonaba otra melodía muy distinta.

El sábado 4 de mayo llamó el Capitán a la 4ª Compañía. El Batallón, les dijo, se movería el martes próximo hacia la línea del frente. Mañana domingo habría nuevamente Misa. Luego dispuso los distintos lugares y comisiones que se cumplirían durante la estada en el frente. El suboficial Thalsofer sería el Jefe del Grupo de Transporte. a éste le sobrevino un leve temblor en los miembros, pues le tocó el servicio que nadie había deseado durante mucho tiempo. Podía pedirle al Capitán un número determinado de gente de confianza para su

servicio. Luego comenzó a nombrar a algunos de sus camaradas, entre ellos estaba el nombre del mosquetero Engling. El Capitán se mostró muy contento con esta elección.

Mientras tanto, José se encontraba con algunos compañeros schoenstattianos arreglándolo todo para la Misa del día siguiente. Primero buscaron un lugar protegido de la vista de los aviones enemigos, luego juntaron unos cuantos cajones vacíos de municiones inglesas y los arreglaron como altar. El fresco verdor de los árboles sirvió de adorno. Al día siguiente se reunió un buen grupo de camaradas en torno al Celebrante. Todo el que podía asistir se reunió allí. Ellos sabían lo que los próximos días traerían, de manera que se prepararon para su viaje a la Eternidad.

Los días siguientes encontraron a la tropa de José en la 1ª línea, cerca del pueblo de Calonne. Los soldados pasaron lo más recio de la batalla en unas trincheras. Peor fue la suerte de la tropa de Transporte, ya que después de unos trabajos bastantes pesados, debían cuidar de ellos mismo en la noche.

El camino, tanto de ida como de vuelta, era una verdadera carrera con la muerte en medio del sorpresivo fuego cruzado de la artillería enemiga. El Suboficial ya no quería obligar a nadie y pedía voluntarios. "Bien, entonces iré yo", dijo José Engling, e hizo además del suyo el trabajo de otros.

El fuego de la artillería se había detenido a ambos costados de las posiciones en el frente; José se encontraba en su trinchera con su diario espiritual en las manos. Ayer domingo debió haber mantenido los ejercicios espirituales; sin embargo, debido a las diversas ocupaciones que le había traído ese día había decidido dejarlos para el día siguiente. Primero leyó los propósitos para esos ejercicios, luego los propósitos para su vida militar y por último sus propios ejercicios que tuvo en febrero en Verdun. Hacía esto en todas las meditaciones semanales y debía confesarse que hasta ahora nunca se había cansado de hacerlo. Aún esta vez quedó impresionado. Luego rezó el Ofrecimiento a la Madre tres veces Admirable. Esta oración penetraba cada vez más en lo profundo de su corazón, pues contenía todo su Ideal Personal. Toda su vida pasaba ante sí, en esta pequeña oración. Ahora, al tomar su librito en la mano, un sentimiento de vergüenza y tristeza quiso apoderarse de él. Durante la marcha hacia el frente, unos cinco días atrás, perdió nuevamente el Horario Espiritual, con el Rosario y el librito de su lectura espiritual, pero inmediatamente se había hecho un nuevo Horario. Sin embargo, ¿cómo había marchado éste en los tres últimos días? Apenas podía anotar las 2/3 partes de los ejercicios con una rayita vertical. No tenía nada que decir sobre los restantes, pues no sabía si los había olvidado por dejación. ¿Era éste un ofrecimiento especial a la Madre de Dios? Sobre su alma pesaba una gran culpabilidad.

Con su lápiz hizo una gruesa raya bajo el último día. Debería ser el fin y el comienzo al mismo tiempo. Desde ahora, todos los ejercicios espirituales deberían ser cumplidos con gran firmeza y fidelidad. Nada debía impedirselo, fuese ya el fuego del frente o el trabajo imprevisto, ni siquiera las caminatas peligrosas del transporte. Una vez que hubo concluido con el examen de conciencia, escribió una carta al P. Espiritual, dándole noticias sobre su vida interior. Luego hizo algunas anotaciones en su libro. La meditación de hoy había producido su fruto. Su Horario Espiritual tomó un aspecto más uniforme en las semanas

siguientes. Mantuvo casi todos sus ejercicios, lo que le devolvió la tranquilidad a su alma. En torno a él giraban todos los peligros de una lucha mortal.

La estada en el frente, envolvió cada vez más a José en el torbellino de la lucha. Fue cambiado de la tropa de Transporte al servicio de corredor y señalero. Era frecuente verlo ocupar el lugar de un compañero de más edad y casado que tenía que hacer una patrulla peligrosa o ayudando a llevar a los heridos a la Posta de Auxilio y también desenterrar a los cubiertos por las explosiones. Como su trabajo le había dado oportunidad de conocer el terreno, se ofreció para llevar al frente a las Compañías de relevo. En esta ocasión ayudó a un compañero que no alcanzaba a cumplir con sus diversos servicios nocturnos.

Un trabajo de esta naturaleza durante 15 días, era agotador hasta para el más fuerte. Ocho días de lucha constante, servicio casi todas las noches en la tropa de transporte; ayer un rescate emocionante, hoy trabajar como mensajero y a todo esto, prohibición de hablar sobre lo que acontecía en el frente. Un día escribió en su diario: "Estoy completamente quebrado -no en pedacitos- sino rendido. ¡He trabajado toda la noche y ahora de guardia! Ah, si pudiese siquiera acostarme un ratito. Se me cierran los ojos".

Sin embargo, a pesar de todas las peticiones del cuerpo, no cedió. Se afirmó más, cumplió con su deber, luchó consigo mismo y rezó. Al hacer su examen de conciencia en la tarde pudo anotar que había cumplido perfectamente su numeroso Horario Espiritual.

El mosquetero Riedinger se encontraba en su trinchera, como observador de señales y miraba con asombro creciente a su camarada José Engling. ¡Qué hombre tan extraño! Casi todos los minutos libres que tenía los ocupaba en leer, escribir y estudiar. Ahora se encontraba con su libretita a la salida de la trinchera. Trozos de granada volaban a su alrededor constantemente. Estaba tranquilo y parecía como si no oyera ni viese nada. Tenía una asombrosa sangre fría. Cumplía con las órdenes más difíciles sin ni siquiera pestañear. Corría en medio del fuego y de las granadas sin mostrar la más mínima sombra de excitación o miedo a la muerte. Y ¡cómo practicaba la camaradería! No había uno solo en la Compañía que se le asemejara. Parecía ser muy religioso y esto se notaba en pequeñeces, además entre sus libros se hallaban numerosos escritos religiosos. A veces parecía como si rezara en silencio, para sí. En síntesis, su camarada era para él un enigma, que no le dejaba tranquilo. Sentía gran curiosidad por penetrar el secreto de este hombre extraño.

El mosquetero Kunibert Riedinger, era artista de profesión. Antes de alistarse había estudiado pintura. Su vida anterior había sido muy liviana y a pesar de haberse educado en la Religión Católica, hacía dos años que no recibía los Sacramentos. Los horrores de la guerra lo habían conmovido profundamente, pero no lo suficiente como para cambiar del todo. No era por mala voluntad, sino por su temperamento algo ligero. En lo profundo de su corazón se encontraban a veces buenos sentimientos y trataba de volver a lo que fue su ideal durante sus primeros años. Pero hasta ahora no había querido cambiar. Desde que estaba con José Engling sentía una intranquilidad de conciencia que no quería abandonar. Y un día sucedió algo que jamás pensó que pudiera acontecer: Abrió totalmente su alma a su camarada de trinchera y le contó, como si fuese su mejor amigo, toda su vida, todas sus calaveradas de juventud. No pasó mucho tiempo y ambos se encontraron rezando el Rosario.

El mosquetero Riedinger estaba en lo cierto. Bajo un sencillo exterior se escondía un secreto. No podía sospechar que se encontraba ante un hombre que pertenecía a dos mundos. Uno de los mundos era el de los sucesos y hechos diarios que compartía con él. El otro, le era más o menos desconocido. Sólo presentía su secreta existencia. José lo llamaba su Vida Interior. Era un mundo que sólo le pertenecía a él. Tanto lo dominaba y completaba, que el mundo exterior no ejercía ningún poder sobre él, al contrario, era interpretado a través de un mundo superior que lo llenaba.

¿Qué sucedía en el alma de José, mientras en Flandes se descargaba la batalla como un juicio final? El 13 de mayo hizo José una gruesa raya en su Horario Espiritual. Iba a ser un final y un comienzo. Antes, el mes de mayo producía un brote de Adoración a María en su propio corazón. Cada año reunía pequeños sacrificios de la vida diaria para hacer ramilletes de "Florescencias de Mayo" y ofrecérselos a su Señora Celestial. Así debía suceder en este año y los ofrecimientos debían ser sangrientos en medio de una fuerte batalla. Estos días, fatigosos como no los había tenido antes, debían estar llenos de su vida interior, de tal manera que su vida se dirigió nuevamente a su Horario Espiritual. Su fiel cumplimiento debía ser su propósito particular. Lo mejor para esto sería transformar todo su trabajo diario en un ofrecimiento de mayo para la Madre de Dios. Para él no sería ningún trabajo llevar cuenta de esto, pues los ejercicios religiosos eran un verdadero descanso para su alma, un acto de profunda respiración en la soledad de Dios. Esta soledad colmada de la presencia de Dios, no lo abandonaba ni aún en medio de la batalla. Para mantenerla viva debía cumplir con los ejercicios religiosos de su diario espiritual. Así lo escribió en una carta al grupo al explicar el sentido del Horario Espiritual. "Nuestro trabajo debe ser hecho como un servicio a Dios; todos nuestros actos deben manifestarse como una pertenencia de Dios". Así lo quería su Ideal Personal, en el cual predominaba el pensamiento de santificar el día de trabajo. Por eso había escogido precisamente este propósito particular en el mes de la "Florescencia de Mayo".

Al amanecer, el primer latido de su corazón era para rezar sus oraciones de gracias y ofrecimientos a Dios. También este día sería ofrecido a El. También veía su Ideal Personal: "Ser para todos y pertenecer enteramente a la Madre de Dios". En él veía la misión que Dios le encomendaba y sacaba la siguiente conclusión: "Sé Santo y santifica el día de trabajo". ¡Ofrecélo al servicio de Dios! a su oración de la mañana, unía la Oración del Congregante, que consistía en rezar tres veces "¡Te saludo, Oh María!" y la pequeña Oración: "Oh Señora mía, Oh Madre mía". Así sellaba nuevamente la consagración del Congregante a través de la cual se había unido en forma indisoluble a la Madre de Dios.

Quería ser un santo bajo la protección de la Santísima Virgen y ponerse a su servicio. No solamente su persona, sino también su trabajo diario debía ser consagrado a Ella. Con Santa buena intención se hizo una oración y en ella ofrecía el día a la Mater Ter Admirabilis de Schoenstatt. Así quería prepararse para la idea de un Movimiento de Renovación Religiosa, que tuviese su origen en el pequeño Santuario de la Madre de las gracias. Seguramente este día le iba a exigir duros sacrificios. Un cansancio abrumador, un hambre extenuante, sorprendentes ataques del enemigo, marchas llenas de peligros y en el puesto de mayor responsabilidad, pesados trabajos... Sí, probablemente así sería también hoy Todo debía ser una contribución para la gran idea que era el "Capital de Gracias".

Luego meditaba sobre la celebración de la Santa Misa. En su país y en muchos otros lugares se estaría celebrando el Santo Sacrificio de la Misa. Trató de evocar la Sagrada Comunión para estar lo más unido posible a la celebración de este profundo Misterio. Ahora debía renovar la Gracia de Dios en su alma. En el sacrificio incruento de la Cruz, encontró nuevamente el ejemplo de su Ideal Personal. ¡Todo para todos! En ningún otro lugar era tan impresionante esta expresión como en el Sacrificio de la Cruz. Ya en Schoenstatt se había preocupado por hacer de la Sagrada Comunión, la parte más importante del día y su Ideal Personal lo guiaba en todas estas cosas. La estrecha unión con Cristo Eucarístico debía ser renovada y profundizada en las dos horas de guardia, en el cuartel en medio de sus ejercicios físicos o durante las marchas; en el campo de batalla, durante los repentinos descansos de la lucha. Siempre se trasladaba a la Capillita de Schoenstatt, lo que le servía como peregrinación espiritual al Santuario de la Madre de Dios.

Así peregrinaba en la oración, a través del día, con su Divino Maestro. Este recogimiento religioso proporcionaba a José una gran tranquilidad interior ante el peligro y le daba aquella sangre fría que tanto sorprendía a sus camaradas. Como se encontraba en unión tan íntima con Jesús Crucificado, tenía el valor y la fuerza necesarios para sacrificarse por los demás. Para poder mantener siempre este espíritu de sacrificio, decidió hacer un acto de dominación de sí mismo en aquello que más le costase, lo que incluyó en su Horario Espiritual.

Durante la tarde hacía su lectura espiritual, debía someter su espíritu y enseñarle la sabiduría de la Vida Espiritual. Generalmente la lectura duraba un cuarto de hora; últimamente la hacía en medio del estruendo de las granadas. Durante las horas de guardia hacía resbalar las perlas de su Rosario por sus dedos; también a veces lo rezaba en las salidas en busca de alimentos o al ir a cumplir con una orden. En sus solitarias horas de guardia, rezaba todo el Rosario; ahora último le hacía compañía su camarada Riedinger.

El día culminaba con el examen de conciencia y la oración nocturna. Primero controlaba su Horario por escrito. Esto hacía las veces de examen de conciencia; la experiencia le había demostrado que resultaba mejor hacerlo así, pues no podía escapársele ningún pensamiento ya que exigía dar una clara mirada sobre diversos detalles. Su Ideal Personal le servía de guía en este examen de la misma manera que en su confesión, de modo que su primera pregunta no era: "¿Qué faltas he cometido contra los mandamientos de Dios.", sino que "¿Cómo he seguido el llamamiento de Dios hacia el heroísmo?". Naturalmente que en esta pregunta comprendía también la primera. Su vida se hallaba libre del miedo al pecado, de la convulsiva búsqueda de faltas o sentimientos insanos sobre complejos de inferioridad. A su vista perspicaz, no se le escapaba ninguna falta sobre su Ideal Personal; después de su examen de conciencia, seguía un completo acto de contrición sobre todas sus debilidades e infidelidades pasadas. Al finalizar el día, sus pensamientos retornaban a Schoenstatt y pedía la bendición espiritual a su Padre confesor. El había crecido en el Ideal de la Vida bajo su dirección religiosa y ésta debía guiarlo a la santidad. Por eso debía pedir la bendición espiritual al finalizar el día, pareciéndole un acto de bajeza pedírselo a la Madre de Dios. Con este último ejercicio, terminaba su Horario Espiritual. Ahora podía decir que había hecho un ramillete con flores de mayo para honrar a la Sma. Virgen.

Para poder llevar tan nutrido Horario Espiritual durante el bullicio del día, necesita el alma una profunda soledad y recogimiento. El hombre debe estar solo en medio del ruido

mundano, como un monje en su lejana celda. Si José era capaz de tener esta soledad tan plena de Dios, no era por el solo esfuerzo de su voluntad, sino que se debía al influjo de la Gracia que lo llenaba tan completamente. Sí, su camarada Riedinger y muchos otros tenían razón. José escondía un secreto en lo más profundo de su ser.

José se encontró un día, durante su servicio, con Edmundo Kampe, uno de sus compañeros de Schoenstatt, el que lo recibió con una mala noticia. Dos Schoenstattianos, Clemens Maier y Johannes Biebrich, habían caído gravemente heridos. Su Compañía estaba en esos momentos en la frontera. Clemens había caído bajo el fuego de un nido de artillería inglesa y había recibido los tiros en los pulmones. A Johannes una granada le había despedazado un pie. Esta fue una trágica noticia. ¡Dos de sus compañeros de grupo gravemente heridos! ¡Dios quiera que esas heridas no los dejen lisiados! Durante días esperó alguna pequeña señal de vida de sus dos compañeros. La batalla de Lys había costado mucha sangre. Hacía 15 días que la Compañía se hallaba en ese lugar, habían perdido gran cantidad de hombres sin haber visto siquiera al enemigo y ¡cómo se veían los que estaban vivos! Se tambaleaban en sus trajes embarrados y estaban llenos de bichos. Las caras pálidas con sus tupidas barbas, llevaban la muestra de pasados horrores, noches de insomnio y falta de alimentación. Era tiempo que volviesen a sus cuarteles de descanso.

Amaneció una bella y esplendorosa mañana de mayo sobre el campo de batalla sembrado de granadas. La Cuarta Compañía dormía en las trincheras de reserva después de agotadores trabajos. José no podía conciliar el sueño y con cierta alegría festiva, saludó el primaveral amanecer. Allá, donde la guerra no cambiaba los inalterables días de trabajo, se celebraba hoy Pentecostés. Era algo muy curioso: desde hacía seis meses, se acordaba puntualmente de las épocas del Año Eclesiástico y sus fiestas religiosas. Hoy se sentía hechizado por el Misterio de esta Fiesta.

Este domingo que comenzaba debía ser nuevamente un día de recogimiento y renovación espiritual. El ansia de tomar parte en el Sacrificio Santo y unirse al Salvador, quema su alma en forma intensa. Como de costumbre leyó las primeras páginas de su Diario Espiritual. El entusiasmo por el Ideal del Santo se encendía cada vez que leía estas líneas. Esto era muy necesario, pues debía aprender a luchar cada día por dicho Ideal. No debía esperar que llegara la paz, ni perder las esperanzas del retorno de tiempos normales. No, debía santificarse ahora, en medio de la batalla, de lo contrario no sería un ejemplo del Santo del Día del Trabajo, que había tomado como ideal. Luego escribió en su diario:

"Volo fieri sanctus magnus" (Quiero ser un gran Santo). Lucharé con mayor ímpetu por la Santidad. Ah, si siempre pudiese querer lo bueno con alegría y estar siempre listo. Hay veces que la aspiración a la Santidad no falla al comienzo. Si se quiere, se puede ir rápidamente por el camino de la perfección, pero es muy difícil. Oh, Madrecita, pídele al Espíritu Santo que me preste sus siete dones para que pueda hacer y desear siempre lo bueno".

En esa mañana, cuando el batallón llegaba a sus cuarteles, salió José en busca del capellán del ejército. En el Casino supo que el Padre, Conde de Koth, estaba en la vecindad con el Regimiento 17. Se encaminó rápidamente y allí lo encontró. Le pidió que fuera al Regimiento 25 para que dijera Misa, pero infortunadamente el Padre había sido llamado

para otro lugar aquella tarde, lugar que se encontraba a unas dos horas de caminata de su regimiento. "Muy bien", dijo José, "nos encontraremos allí".

A su vuelta fue invitando a sus compañeros católicos: "Pero Engling", decían ellos, "recién hemos salido francos, estamos completamente agotados y queremos descansar totalmente; dos horas de camino es demasiado para nuestros apaleados huesos". Sin embargo, José no desmayaba y logró reunir un grupito de 8 fervientes, formado por dos schoenstattianos, Nicolás Gilgenbeach, Kunibert Riedinger, él y tres más. Consiguió del Sargento 1º el deseado permiso para todos. Durante el viaje, sin que se notara, iba de uno al otro, preguntándoles si irían a recibir la Santa Comunión. Algunos tenían sus dudas, pues sin confesarse primero era imposible, pero José supo cómo tranquilizarlos; les iba a conseguir la absolución general. Pero a Kunibert Riedinger le aconsejó que en alguna oportunidad no dejara de hacer una confesión general y personal. Este le contestó que lo pensaría nuevamente. José se sentía muy dichoso de poder recibir la Santa Comunión, lo que hizo con una devoción y ternura como rara vez lo había hecho en su vida. Después de la Misa buscó al Capellán y le pidió que fuera pronto al grupo 25. "El próximo domingo iré a officiar la tan deseada Misa", le respondió el Conde de Koth. Con esto, José volvió completamente tranquilo.

El domingo en la mañana, antes de la Misa, el Capellán tuvo que confesar largo tiempo. También José se hallaba en la fila y tras él, Kunibert Riedinger. Este, decidido a hacer un gran cambio en su vida, se había armado de todo su valor. Pero José debía antes ayudarlo un poquito y darle más ánimo. Después de la Confesión, Riedinger se sintió sumamente feliz y como un hombre nuevo. La Misa, como siempre, estuvo muy concurrida y José hizo las veces de acólito.

Durante la Misa, el aire estaba lleno de una música extraña. Los cañones ingleses disparaban continuamente pesados proyectiles que caían tras ellos en la zona alemana. Era una música imposible de acompañar. De pronto en medio del silencio de la Misa, se oye una excitada voz: "¡Atención, cubrirse!". En un abrir y cerrar de ojos, no quedó nadie de los que momentos antes rodeaban el altar. Casi a unos 10 metros de allí, cayó un proyectil que levantó una inmensa columna de tierra. Un momento después retornaron los asustados fieles a sus lugares. Allí estaban como antes, el Padre frente al Altar y a su lado su fiel acólito; ambos no se habían inquietado y continuaban con toda tranquilidad.

El día en que había salido franco José decidió cambiar su Propósito Particular. Mayo llegaba a su fin y la última semana debía ser nuevamente de Fidelidad y sacrificios heroicos. Veía asegurado su Horario Espiritual. Entonces se volvió a su Propósito Particular y tomó un ejercicio que le había hecho decidir tomar la oración como Propósito Particular. Debía tener algunos momentos de oración durante el día. Ahora volvía a este propósito y le parecía más fácil cuando podía unirlo de alguna manera a la Madre de Dios. Así se formó un ejercicio propio, que sería el objeto principal de su Propósito Particular.

Este ejercicio lo hacía de la siguiente manera: varias veces al día hacía una meditación profunda. Se imaginaba que la Santísima Virgen estaba ante él y observaba cómo ejecutaba su trabajo; Ella tomaba parte con maternal interés en todas sus obras. Estos pensamientos le daban un gran cariño filial a la Madre de Dios. La fe y el amor, le hacían ver cómo Ella, con la visión celestial que Dios le había dado sobre los hombres a Ella confiados, oía sus ruegos

e intercedía por ellos. Para estar en íntimo contacto con esta verdad, le ayudaba la imagen de la Virgen, que él siempre llevaba consigo. A menudo pasaba de esta representación, a una visión espiritual de su esencia y admiraba sus cualidades. A estos pensamientos y representaciones unía una elevación de su corazón, tal como le permitía su amor filial. A veces era una palabra de agradecimiento por haberle librado de la muerte, luego una palabra de arrepentimiento y perdón por alguna dejación cometida, alguna oración de confianza por su debilidad o una oración de entrega total ante una situación peligrosa, o una expresión de admiración por su pureza y nobleza de alma. Todos los anhelos y sentimientos de su corazón, los participaba de inmediato a su Madre Celestial. La tercera parte de sus ejercicios, eran actos tendientes a fortalecer su voluntad, y como eran sacrificios ofrecidos a la Madre de Dios, debían ser ejecutados en forma que le produjesen alegría y la honraran debidamente. Debía ofrecerle, por lo menos, un sacrificio al día que llevaba estampado el sello de su celo y la fuerza de su amor.

En su Propósito Particular, decidió hacer tres veces por la mañana y tres por la tarde, estas pausas de oración. En ellas encontraba a la Santísima Virgen y se sentía lleno de confianza. Así caminaba guiado de su mano a través del día. La encontraba en el servicio diario, en la compañía de sus camaradas, en el peligro de muerte y en el servicio agotador de la tarde; en los momentos alegres y tristes del día. Esta costumbre de andar en compañía de MARIA, constituía lo más hermoso de su "Florescencia de Mayo". Esta práctica produciría en las semanas venideras, un fruto muy especial en su alma.

El ofrecimiento de su vida a la Madre y Reina Tres veces Admirable de Schoenstatt

En mayo de 1918, la guerra en Flandes había llegado a un momentáneo silencio. En el desarrollo de ella, en la que ambos bandos se lanzaban verdaderas andanadas de mortíferos proyectiles, los que soportaron más durante las consecuencias de la recia lucha, fueron los de la primera línea de infantería. Ahora, por segunda vez, José y sus camaradas fueron enviados a las primeras líneas. Esta vez el puesto de corredor y señalero se encontraba en una trinchera de un arroyo en Lys, detrás de las primeras tumbas. Allí trabajaban día y noche sin descanso; había que enviar señales de un lado a otro o llevar mensajes entre la primera y las últimas líneas, y luego llevar las respectivas contestaciones. En estos momentos el frente de Calonne libraba una dura lucha y durante esos días, los mensajeros eran acechados continuamente por la muerte. José, en su trinchera, se hallaba pronto y con la pistola de cohete en la mano, observando la línea del frente. Se había desatado una terrible lucha y parecía como si en Calonne, el mundo tocara a su fin. La Compañía dejaría allí la mayor parte de sus tropas. José meditaba sobre este día; el Horario Espiritual había salido muy bien y en un nuevo Propósito Particular, había encontrado lo que en esos momentos necesitaba. Se vinculaba espiritualmente con la Madre de Dios, cuatro veces en la mañana y cuatro en la tarde y cada vez que lo hacía, se impresionaba profundamente. Si, sus "Brotos de Primavera" tenían un gran arraigo en su alma. Hoy precisamente, el mes de mayo llegaba a su fin. Su alma estaba colmada de gratitud hacia la Santísima Virgen; sus pensamientos retrocedieron a los días en que había estado en Schoenstatt y a los ideales que allí había conocido. Se acordó de aquellos con quienes se sentía tan unido, formando una gran familia, especialmente del Padre Espiritual. Pensaba en la gran misión a la que estaban llamados. En todo veía la mano de la Madre de Dios, que lo colmaba de Gracias. ¡Cuánto tenía que agradecerle! Todo lo grande y bello de su vida era un regalo de Su Bondad. Si

sólo supiese cómo mostrarle su adhesión y entrega! Quería darse por completo a la magnífica idea de la Congregación y hasta daría su vida si fuese necesario, sacrificándose en el campo de batalla. Si, estaría muy conforme si al otro lado un inglés llegase a colocar una granada en el cañón y le quitase la vida. ¿Estaba bien el ofrecerse de esta manera por la causa de la Madre de Dios? Volvió a acordarse de los muertos, imagen que había llevado siempre en sus pensamientos. Sus ojos volvían a ver a los mutilados que había protegido y llevado al lugar de primeros auxilios. El mismo quería sufrir todo eso, si al ofrecer su vida a la Madre de Dios, pudiera servirla de algo. Su corazón se elevó hasta Ella, y le hizo entrega de sí mismo: "Si es Tú Voluntad, has que me sacrifique para tu fin, que es el mismo que has impuesto a nuestra Congregación". Estaba escrito en el Cielo que así fuera, pero antes debía pasar por otras pruebas muy duras.

Al mismo tiempo que en el lado alemán se había ordenado intensificar la lucha, parecía que el enemigo tomaba iguales medidas y tal como los alemanes, enviaban diariamente patrullas que se encontraban y peleaban entreverados, granada en mano. José, que se hallaba en segundo plano, observaba la línea principal donde seguramente se libraba una gran batalla. Esperaba que en cualquier momento se le llamara al ataque. Mientras observaba, se preocupaba de su Horario Espiritual; pensaba cómo sería si le agregase la petición de la muerte, como sacrificio ofrecido a la Sma. Virgen. Esto lo había pensado seriamente en el día anterior; al pedirlo, no lo hacía dominado por un sentimentalismo religioso, sino en un tranquilo estado de ánimo. Deseaba renovar esta petición en cada ejercicio religioso y este ofrecimiento sería sin reserva alguna. Así, ofrecería el sacrificio de su vida ocho veces al día y a este ofrecimiento, uniría la petición de que la Santísima Virgen aceptase este sacrificio, para que desde su Santuario de Schoenstatt, brotara un Movimiento de Renovación religioso-moral.

Esta silenciosa meditación y el encuentro espiritual que tenía con la Madre de Dios, desarrollaron en su interior una fuerza misteriosa. Despertaban los más tiernos y finos sentimientos de su corazón. Eran tan vivas e íntimas estas impresiones, que las vivía como si estuviera en la presencia de la Madre de Dios, lo que le daba un valor insospechado. En ninguna parte se puede demostrar mejor la valentía humana que en el campo de batalla, en medio del fuego graneado de los cañones. Cuando los horrores transforman al hombre en un demonio alocado, cuando la muerte lo acecha y sacude con miedo espantoso, entonces se despoja de todo lo que no le es auténtico. Se muestra tal como es; si vale algo o no. Ahora bien, ¿qué es lo que se veía en el alma de José? Sus camaradas decían que tenía una sangre fría asombrosa, una valentía extraordinaria y un gran espíritu de sacrificio para con sus compañeros. Lo que realmente sucedía en lo más profundo de su ser, lo dijo un día a su confesor: siempre que se hallaba ante el peligro más grande, era cuando más cobijado se sentía. Así, un día le escribió a su P. Espiritual:

"Hoy voy a tener una renovación espiritual. Para esto, me he acordado de mi Congregación, en el tiempo pasado en Schoenstatt y en la promesa hecha a la Madrecita. Hace algunos días, mientras me encontraba en gran peligro, me trasladé espiritualmente al Santuario y recé como siempre a la Madrecita. Me sentí tan unido a Ella, como nunca lo había estado en mi vida. Su cercanía me pareció tan dulce y amorosa, que no volví a sentir el menor miedo ante las granadas. Me hubiese gustado quedarme en ese estado para siempre. Cuán bella y noble, cuán amorosa y llena de confianza es nuestra querida Mater Ter Admirabilis.

Muchas veces me siento con un gran anhelo de estar vinculado a Su Reverencia y a mis camaradas congregantes".

En el horror de la lucha y ante la proximidad de la muerte, estas palabras nuestras lo más profundo de su ser: una entrega total a Dios, a través de las manos de la Madre de las Gracias de Schoenstatt, tal como se lo indicara su gran ideal de vida. Nuevamente vemos aquí, la íntima unión con la M.T.A., con su Santuario, con el Padre Espiritual y sus amigos congregantes. Todas estas vinculaciones le nacen de lo más profundo del corazón y ahora eran más necesarias que nunca, pues los próximos días le traerían las mayores pruebas espirituales de su vida.

Como el triunfo en la batalla de Lys no se inclinaba por ningún bando, a pesar de la intensidad con que se luchaba, se aumentó aún más el poder de la artillería y durante los primeros días de junio, la artillería inglesa lanzaba grandes obuses a las líneas alemanas, haciendo pasar días muy malos a los que estaban en las trincheras.

Entonces se creyó prudente retirar a la 25ª unidad. Ya habían pasado casi seis semanas en las primeras líneas de combate y la Compañía sufría grandes bajas, pues habían perdido casi la mitad de sus fuerzas. Habían estado seis semanas casi sin pelear, pero en los últimos dos días, habían perdido más vidas que en todos los anteriores. Sin embargo, uno de estos días no se podía comparar con las semanas de inactividad en los campos de batalla. Estas, como fiebre maligna, minaban sus fuerzas tanto espirituales como corporales. La guerra se transformó en una prueba de resistencia y de nervios y comenzó a cundir la idea de que no tardarían en ser aniquilados. Junto con la valentía y heroísmo de estos hombres en la lucha, menguaba el heroísmo de la paciencia y de la fuerza espiritual. Lo último fue lo más difícil de mantener y llegó un momento crítico, en que todos pensaban: "¡Estamos en el fin de nuestras fuerzas!".

Durante todo este tiempo, José sentía una gran tranquilidad de espíritu en su trinchera a orillas del Lys. Desde allí le escribió a su Padre Espiritual y le narró todo lo ocurrido en el mes de mayo. Podía, tranquilamente, darle una buena cuenta de su Horario Espiritual. Eran sus "Florescencias de Mayo". Además le enviaba a su querida Reina de Schoenstatt todo su filial amor. Por último escribió en el reverso de la hoja donde había escrito su Examen de Conciencia la pequeña oración que expresaba el secreto móvil de todos sus sacrificios, oraciones y peticiones de este último tiempo:

"Querida Madrecita: ¡Mater Ter Admirabilis! Aquí me tienes nuevamente como ofrenda. A Ti te ofrezco todo lo que soy y poseo, mi cuerpo y mi alma con toda su capacidad, todo mi haber y mis bienes, mi libertad y mi voluntad. A Ti quiero pertenecer totalmente. ¡Soy tuyo! Haz de mí lo que quieras. Si es Tu Voluntad, déjame ser un ofrecimiento por el trabajo que has impuesto a nuestra Congregación".

Lleno de humildad, Tú indigno siervo,

José Engling

En el Campo de Batalla, el 3.6.18.

Se había ofrecido como holocausto y este ofrecimiento lo había sellado por escrito. Su consagración a la Santísima Virgen, había alcanzado su cumplimiento.

Mientras más vivía su Propósito Particular, más rápidamente perdía el miedo a la guerra. Se había habituado a la idea de morir en el campo de batalla. Había visto tantas veces la muerte derribar a sus compañeros. Desde que los ingleses emplazaron sus morteros, había visto la muerte tan cerca de sí, que ya no templaba en lo más mínimo al ver caer las granadas a derecha e izquierda. A él mismo le extrañaba esto. Un día, en medio del tiroteo, escribió en su librito:

"Somos de la Reserva. Tommy ha descubierto nuestro escondite y nos está bombardeando. Yo soy una persona muy extraña, no me comprendo; las granadas caen a mi lado y no me atemorizan, quedo tranquilo y posesionado de mí mismo, frío como se dice. Mientras mis camaradas tiemblan y permanecen rígidos, yo estoy en mi trinchera y me imagino que una granada me despedaza sin que esto me asuste. Al contrario, detrás de esta escena brilla otra mejor. También me asalta el pensamiento de quedar inválido y vivir de ese modo, pero no me asusta... Que venga una... pues, en el nombre de Dios".

Así habla uno cuyo espíritu no ha sido mutilado por la lucha material. No hablaba así por amargura ante su destino, sino por hallarse por sobre esto, en un mundo muy superior. El que no conocía su secreto, no podría explicarse su proceder.

La 15ª unidad de reserva terminó sus servicios en Calonne en los últimos días de junio. Permaneció más de 40 días en este sangriento campo de batalla y como necesitaba urgentemente un descanso, la llevaron a las cercanías de Vimy. Habían perdido cerca de dos mil hombres.

José miraba su estada en Calonne con gran agradecimiento. El campo de batalla y los peligros de muerte, tantas veces afrontado, fueron para él una escuela de formación. Nunca se había sentido tan cobijado y protegido por la Madre de Dios. Muy conmovido escribió en su librito:

"... Dios me ha protegido maravillosamente. ¿Cómo podré agradecerle a El y a la Santísima Virgen? ¡Madre Protectora, Reina! ¿Qué deseas Tú de mí? Aquí estoy. Obedezco Tu santa Voluntad...".

Su obediencia al llamado de Dios iba pronto a cumplirse.

Hacia el final de su carrera

Con permiso en Schoenstatt.

La semana que pasó la Compañía de José en el frente de batalla, le trajeron una agradable sorpresa. Se les concedió permiso para ir a casa, Después de pasar dos semanas en la casa paterna y de una despedida bastante dolorosa de los suyos, llegó a mediodía del 25 de julio de 1918 a Vallendar y se encaminó de inmediato a Schoenstatt. Desde lejos divisó la nueva casa universitaria. En las ventanas se veía a los heridos con sus trajes listados. Abajo, en el

valle, estaban las dos viejas torres y bajo los pinos se escondía la Capillita. Sí, ese era Schoenstatt, su segundo hogar. Dejó su fusil y su mochila cerca de la puerta de la Capillita y entró al Santuario de la Madre de Dios. Fue un momento que lo conmovió profundamente. ¡Cuántas veces había venido espiritualmente hasta aquí! Cada día, al hacer sus dos horas de servicio, como cuando ofrecía algún sacrificio, se trasladaba ante el Tabernáculo. Este sencillo hogar de la Reina de los Congregantes, era para él, símbolo de una gran idea. Desde allí brotaría un río de Gracias que inundaría el país para producir la renovación religiosa de su Patria. Tan unido a este ideal estaba el sacrificio de su vida, que cada vez se encontraba en peligro de muerte, se acordaba de él. Entonces se sentía transportado a este lugar y su alma temblaba al sentirse cobijada. Todo esto pensó en los momentos que estuvo allí, y rezó una larga, larga oración de saludo al Cuadro de la Madre de Dios.

Después salió con el corazón feliz y con pasos ligeros se dirigió a la pieza del P. Espiritual. Pero no alcanzó a llegar, pues en los pasillos y en las escalas se encontró con un alegre ajetreo. Los alumnos salían al día siguiente a vacaciones y ahora debían hacer sus maletas. Ah sí, esas horas le traían gratos recuerdos. También él las había recibido con alegría. Pero, ¡cuántas caras desconocidas! ¡Y qué pálidas y delgadas se veían algunas! Quedaban muy pocos de las clases superiores, que en su época eran de las inferiores. La guerra había llamado a las armas incluso a los del año 1900, de los cuales algunos apenas contaban 18 años. Alfonso Hoffman, su antiguo reemplazante, pertenecía a aquellos. Cada vez que se encontraba con algún conocido se saludaban alegremente.

José fue instalado en el antiguo cuartel, que era el lugar que se había arreglado para los que volvían con permiso. Alguien golpeó a la puerta de la pieza y apareció un muchacho con un balde y un escobillón para limpiarla. Sonriendo con picardía, José se los quitó y le ayudó en la limpieza. Luego le regaló un cartucho con pastelitos, cosa que el pequeño recibió lleno de contento mientras pensaba: "Qué bueno es éste soldado". Mientras tanto en la casa seguía la limpieza. El P. Rector exigía que se dejaran las piezas brillantes y bien ordenadas. Los pasillos y salas debían ser barridos y escobillados. Al ver José cómo trabajaban los muchachos no pudo dejar de cooperar activamente con ellos, quienes al ver la inesperada ayuda, se llenaron de asombro. La mayoría no lo reconocía y se preguntaban curiosos "¿quién sería este soldado tan dispuesto para ayudar?". Pronto corrió la noticia por toda la casa: "Llegó Engling con permiso. Está allí trabajando".

Uno de los muchachos de las clases bajas parecía no haber recibido la noticia y lo que le ocurrió al encontrarse con Engling, lo narró más tarde de la siguiente manera: "Las vacaciones de Otoño estaban a la puerta. Me encontraba en la pieza de baño, cuando sentí que alguien caminaba pesadamente hacia mí. Miré y vi a un soldado. Se me acercó cariñosamente, me extendió la mano y me preguntó cómo me sentía, qué me parecía Schoenstatt y si me alegraba ante las próximas vacaciones. Me pareció extraño que un soldado mostrase tanto interés por un alumno que le era totalmente desconocido. Me acerqué más para observar detenidamente al preguntón, pero no lo reconocí. Lo único que pude observar fue un uniforme bien ordinario y unos anteojos grandes en la cara, que se veían muy graciosos con sus grises cordones en lugar de los arcos corrientes. Además me pareció algo rara su estampa muy encorvada para un soldado. Su cordialidad hizo que me sintiera amistoso con él, como si fuera un viejo amigo. Al irse pensé: "Bueno, éste sí que es

un buen hermano seglar, se ve la bondad en sus ojos". Más tarde fui al dormitorio, y ¿qué fue lo que vi, para gran sorpresa mía? El mismo soldado estaba ocupado en ayudar a los alumnos a limpiar la sala. "Este es el ideal de hermano", pensé para mí, "debo conocerlo". A mi pregunta, recibí la respuesta más sorprendente: "Este no es ningún hermano, es José Engling, el antiguo prefecto de la clase menor". Fue una gran desilusión para mí, pues bajo este nombre tan famoso, había esperado otra aparición".

El Prefecto de la clase Superior estaba en el patio y se encontraba ocupado en colocar los canastos y paquetes en el coche que los llevaría a la Estación. Muy pronto José se puso a ayudarlo y luego se sentó en el coche cargado y preguntó: "Bueno, ¿y cómo sigue la Congregación?". El interpelado tuvo que contarle todas las preocupaciones y trabajos de la Congregación en el año anterior. Al finalizar con todos estos trabajos caseros, pudo presentarse al P. Espiritual, encuentro que fue muy afectuoso, pues había sido largamente deseado. El P. Espiritual era quien lo había llevado al mundo sobrenatural, mundo que llenaba su vida, en él veía al representante de Dios, guía de su vida y de sus ideales. No era pues de extrañar que todos los acontecimientos de los últimos años estuvieran tan unidos con su persona. Deseaba contárselo todo. Todo lo que le había acontecido a su vida espiritual, pasó nuevamente ante sus ojos y lo contó detalladamente al P. Espiritual, quien le dio su aprobación. Ambos estaban de acuerdo en que esos tres días que iba a pasar en Schoenstatt, debían ser días de Ejercicio, en la soledad y quietud de la Oración.

Los días que siguieron fueron de Ejercicios privados bajo la dirección de su P. Espiritual y para ello no necesitaba de prédicas ni de nuevos pensamientos, sino que rezar en la capillita, ante el Tabernáculo y el cuadro de la Virgen, lo que hacía por largas horas. Conversó largamente con el P. Espiritual acerca de cómo debía proseguir su vida interior. Le contó la impresión que le había hecho la lectura de la vida de Gabriel Possenti, llamándole especialmente la atención la manera cómo vivía continuamente en la presencia de Dios. Se sentía impulsado a hacer lo mismo. Esta historia le había servido de lectura espiritual en los últimos meses. Como el P. Espiritual presintiera que el Espíritu Santo le había dado estos deseos por un Gracia especial, le aconsejó que lo imitara en este caminar ante la presencia de Dios. En el futuro esta costumbre iba a tener una gran importancia para su alma.

El P. Espiritual informó a José del estado de la organización exterior entre los congregantes Schoenstattianos. Se dividía en cuatro grupos y cada grupo se componía de seminaristas y estudiantes. Parecía como que la Madre de Dios quisiera que la Congregación se preocupara más por estos grupos y así se extenderán más y más. Muchos congregantes trataban de interesar a camaradas que podían ser útiles para los Ideales de la Congregación. Para expresar estos esfuerzos, decidió la Congregación imponer este lema: "Apostolado seglar durante la Guerra Mundial". Todas estas noticias las recibió José con gran alegría; ya la guerra podía exigirle el sacrificio de su vida. El moriría por una idea que se preparaba para conquistar el mundo.

En las horas de soledad, sus ideas y pensamientos giraban en torno a su grupo. En las últimas semanas los miembros de él, debido a la intensidad de la guerra, tenían grandes dificultades en su trabajo de vinculación. Johannes Biebrich escribió desde el Hospital de Campaña, contándoles que le habían amputado una pierna; Clemens Maier se hallaba en el Hospital de Berlín. Luego fueron reapareciendo otros poco a poco. Para felicidad de José,

su jefe de división, Rudolf Gross, también se encontraba entre los que estaban con permiso. Conversó con él sobre el trabajo de grupo. Rudolf ya había dado una solución a su división: Permanecer fieles a los propósitos principales, completar el trabajo de educación personal y regresar a casa transformados en hombres maduros.

José necesitaba para su grupo un nuevo campo de trabajo. Hasta ahora se habían preocupado de la santificación personal. El Horario Espiritual, el Propósito Particular, el Examen de Conciencia, todos estos ejercicios eran prácticas generales de grupo. Creía que había llegado el momento de dedicar mayor atención al apostolado. Esto se debía seguramente al estado en que se encontraba la organización exterior y a su propio desarrollo interno. Había llegado a comprender el Año eclesiástico y desde entonces existía una verdad en su alma; la Iglesia. Veía en Ella la portadora de un renacimiento religioso. Las contribuciones para el Capital de gracias ayudaban también para que su pensamiento se uniese más a la Iglesia y su Mandato fuese cumplido. De esta manera, eligió como nuevo tema de trabajo para su grupo, el Apostolado. Entonces escribió una larga carta a su grupo desde Schoenstatt.

Llegó el 30 de julio, día en que José tuvo que partir. Se hincó ante el P. Espiritual, le pidió su bendición y luego se fue a la Capillita. En un madero cubierto por una felpa oscura colgaban las Cruces de Hierro, de los Congregantes; era una ofrenda para su Reina. También estaba la Cruz de José. Esta le recordó el ofrecimiento de su vida. Ante el cuadro de la Madre de Dios renovó su ofrecimiento. Luego el P. Espiritual le acompañó hasta donde acaba el dominio de Schoenstatt y comienza la ciudad. "Nos cum prole pia" (con su Tierno Infante) dijo el P. Espiritual, "Benedicat Virgo Mariae" (Bendíganos la Virgen María!) concluyó José la conocida Jaculatoria. Entonces partió. No volvería a ver a Schoenstatt.

Elevadas metas y grandes desilusiones

No hacía mucho que había partido de Schoenstatt, cuando llegó Karl Burg. El P. Espiritual lo recibió con las palabras: "Qué lástima que no hayas llegado antes, pues te habrías encontrado con José. Te habrías asombrado. Ha madurado, se ha profundizado, su mirada es tan clara".

Sí, el alma de José había experimentado un gran cambio y las horas en Schoenstatt le habían producido una bendita soledad.

También otros habían notado este cambio. Apenas llegado al Frente, se encontró con su amigo Schoenstattiano José Goldner. La conversación versó pronto sobre Schoenstatt, la Congregación y cosas religiosas. José Goldner notaba una especie de aureola de religiosa consagración en torno de Engling, lo que lo hizo sentirse muy conmovido. En Hagenau se había avergonzado de tener que salir con José; no le parecía lo suficientemente arreglado y lo creía un poco raro. Lo conocía como alumno de una clase inferior únicamente. ¿Y ahora? ¡Cómo lo atraía con la influencia de sus palabras! Todo su ser irradiaba una religiosa y secreta conmoción que lo atraía. Durante mucho tiempo se sintió dominado por los efectos de la impresión que le dejó la conversación con José. Era tan profunda que más tarde la llamó la vivencia espiritual más profunda de la guerra.

A José le encomendaron ayudar, en la Altura de Vimy, al Jefe de los observadores de Infantería, que era un congregante Schoenstattiano. Después de haber sufrido grandes bajas en las luchas de asalto y a pesar de que en este tiempo no tenían contratiempos, parecía que la suerte los había abandonado en definitiva. La situación era tan crítica en la Frontera del Oeste, que no podía ser callada por más tiempo a las tropas. Se sabía por numerosas noticias que llegaban y por conjeturas basadas en hechos que ellos mismos experimentaban, que se hallaban ante una inmensa catástrofe. La fe que tenían puesta en sus superiores fue sacudida violentamente y desapareció la esperanza de un término feliz de la guerra. En el alma del hombre sencillo comenzó a formarse una terrible idea, que iba creciendo en forma descomunal. Se encontraba ante la más dura prueba espiritual que la guerra presenta y que es peor que la guerra misma.

Con el profundo abatimiento reinante, apareció el hastío de la guerra y una creciente insubordinación y desorientación espiritual. Iba dirigido contra el sistema militar prusiano, cuyas durezas habían experimentado. El decaimiento se convertía en fuerte crítica, en palabras llenas de amargura y subversión. Se había quebrado el poder de adaptación y la disciplina tanto corporal como espiritual del soldado alemán.

José experimentaba esta creciente marea y se sentía sacudido por la fuerza de los acontecimientos. En solitaria meditación, se formó idea clara y precisa de lo que sucedía. Se guardaría para más tarde las preguntas más difíciles sobre la guerra y el valor del régimen actual. La solución para todas estas dificultades se la imaginaba de la siguiente manera: Hay un Dios muy bueno y muy sabio que está por sobre todas las cosas. El ha permitido en su sabiduría impenetrable esta guerra. El próximo desastre debe ser considerado como una difícil prueba que El nos manda, pero a su debido tiempo, El allanará todas las cosas según sus planes. Mientras tanto, la legítima autoridad le obligó a ser soldado y defender su Patria, de modo que debía cumplir con este deber.

De todo esto sacó las siguientes conclusiones. Seguiría luchando valerosamente. No lo hacía porque le agradara la guerra o por ver correr sangre, sino por obediencia a la autoridad puesta por Dios; así también servía a su Bandera. Tampoco debía deprimirse, porque sería una negación al espíritu de fe y obediencia. Debía mantener estas normas, aún con peligro de ser muerto en los últimos días de la guerra. Continuaría soportando en silencio las fatigas de la lucha, que según la Voluntad de Divina, son una escuela para alcanzar la santidad. Se propuso no quejarse de la situación actual ni enojarse con el comisario. Al contrario, era su deber levantar el espíritu religioso de sus camaradas para que así enfrentaran mejor el cansancio de la guerra y las divergencias de opinión.

Con estas interpretaciones volvía a sentirse fuerte. Le escribió también a su amigo Karl: "Dios ha permitido la guerra y nos ha llamado a luchar... Así como tú, yo tampoco quiero achicarme, sino que deseo luchar y soportar las fatigas...". Le escribió igualmente a su P. Espiritual, contándole las consecuencias que había sacado de los acontecimientos.

"¡Es la voluntad de Dios que yo luche y eso basta!". Dos meses más tarde, en medio de grandes batallas, escribió el 2 de octubre a sus padres: "Mantendremos el frente aunque vengan los "Tommies a montones". Y el mismo día le escribió al P. Espiritual: "Hace tiempo que he dejado de discutir con el comisario. Al contrario, trato de hacerle bien y ayudarlo a sobrellevar las fatigas de la guerra".

Había terminado para él el problema de la guerra y sus consecuencias. Se erguía en medio de los cansados y aniquilados combatientes, como un fuerte soldado, enfrentándose contra todas las opiniones.

Mientras tanto, los pensamientos de José cruzaban velozmente por los actuales acontecimientos. Veía ante sí, a la Iglesia como portadora de un mensaje de renovación religiosa. Pensaba en el renacimiento del pueblo y de la Patria que brotaría de la Fe y de la Gracia. Su mirada se detuvo en el Santuario de la Madre de Dios en Schoenstatt, la Patria de los Congregantes, al mismo tiempo que el símbolo de su Ideal y de sus luchas. Veía el ideal de la Santificación del día de trabajo, que debía permanecer inamovible en su espíritu y lo aplicaba en su Horario Espiritual y lo transformaba en contribuciones para el Capital de Gracias. Sí, todo esto debía permanecer. Había unido el sacrificio de su vida con el fin de la Congregación; también esta unión debía continuar. Ahora, justamente cuando los ánimos se desplomaban por doquier, debía surgir la Congregación con una Fe inalterable y nuevas fuerzas para la conquista. Todo lo resumió en una sola palabra: Apostolado. Este debía ser al mismo tiempo el nuevo tema de trabajo del Grupo. Luego comprendió que tenía grandes proyectos ante sí. Los miembros del grupo debían trabajar con nuevos bríos en distintos terrenos como apóstoles laicos; además, debían conquistar nuevos miembros para Schoenstatt e introducirlos en la Organización Exterior. Pensaba formar con ellos una Liga Mariana, que sería el nervio y corazón de un Movimiento Apostólico más grande.

Con estas ideas escribió dos largas cartas a los del grupo. En la primera se refirió a la base del apostolado y dio algunas opiniones sobre los apóstoles seculares y la santificación personal. En la segunda, escribió sobre los propósitos prácticos y propuso nuevos trabajos:

1. El Apostolado del buen ejemplo.
2. Trabajo directo en la santificación del alma ajena.
3. Lucha contra la inmoralidad.
4. Amor a la Santa Iglesia.
5. Trabajar por la comprensión sobrenatural de la guerra.
6. Educación de nuevos apóstoles.
7. Prensa apostólica.
8. Misiones paganas.
9. Trabajar en el aspecto social.

A cada una de estas ideas agregó anotaciones bastante claras y entre otras, explicaba el "apostolado del buen ejemplo" con las siguientes: Vivir de la Fe, trabajo eficiente y practicar la camaradería. En los "trabajos sociales" decía: Cuidar el amor familiar, promover la comprensión y el amor entre las razas y clases sociales, ayudar a enseñar a los camaradas.

Este programa de trabajo era el reflejo de las experiencias que él mismo había vivido. Era una recopilación de sus propios trabajos apostólicos.

Quería de todo corazón ganar nuevos miembros para la causa de Schoenstatt. Había comenzado hacía semanas con gran valor y ya había iniciado a tres camaradas en el mundo de la Congregación, los que trabajarían por el momento en su grupo. Con uno de ellos se comunicaba por escrito; los otros dos pertenecían a su Compañía y era Kunibert Riedinger y Paul Schülten, el sastre de la Compañía.

El comienzo de sus trabajos lo encontró lleno de fe en el futuro y con gran espíritu de conquista.

En el último tiempo había tenido que trabajar con un enorme grupo y debía conquistar a cada uno en particular para las ideas de la Congregación. Con Paul Reinhold se encontraba varias veces en la semana, venciendo para ello grandes dificultades; el resto, le daba grandes preocupaciones, había tres en el Hospital, dos de ellos en Berlín. Allí conocieron los peligros de una gran ciudad y lo que significa las masas incontroladas. A pesar de ser valientes y de tener fuerzas para sobreponerse a estas impresiones, temían perder este valor. A los otros miembros del grupo no les iba mejor, ya que sufrían con los acontecimientos y se sentían deprimidos por la falta de ánimo. Todos comenzaban a dudar de sus ideales y de los hombres. Casi no encontraban compañeros que tuvieran los mismos ideales y con los cuales se pudieran poner de acuerdo, por lo que pronto se encontraron solos en medio de un mundo que no los comprendía. Y ahora era justamente cuando recibían cartas de su jefe de grupo sobre el apostolado, la renovación cristiana del mundo, etc. ¿Era posible que su idealismo aún no se hubiera quebrado? ¡Ah, si sus ideas no encontraban respuesta! Era mejor dejarse llevar por los acontecimientos hasta sucumbir. José se dio cuenta del estado de ánimo de sus compañeros y decidió ayudarles, pero sin abandonar el proyecto que tenía para el grupo. ¡Cómo deseaba darles un impulso y comunicarles algo de su propia fe! Escribió una carta tras otra, pero muchas no fueron contestadas; sin embargo, no desmayó y volvió nuevamente a insistir. Su celo apostólico y su fe en los hombres, debían sufrir todavía una prueba mucho más amarga.

Hacía 15 días que su amigo Riedinger se hallaba con licencia; tiempo atrás se había unido al grupo de José y trabajaba, para alegría de éste, con gran entusiasmo. En estos días debía volver a ocupar su puesto en el I.B.O. (Servicio de Señalización y Transporte) pero pasó el tiempo y no se supo nada de él. "Curioso" decía Edmundo Kampe, a la sazón jefe de este Servicio, 'tendré que informarme con el escribiente de la Compañía'. José también estaba pendiente de lo que sucedía.

Un día llegó Edmundo Kampe con una noticia inesperada. Sabía que ésta iba a producir un profundo dolor a José, pues conocía la amistad que lo unía a Reidinger. Este, durante su permiso, se había dejado arrastrar por la corriente y no solamente eso, sino que había contraído una enfermedad contagiosa, a consecuencia de la cual había tenido que hospitalizarse. Al saberlo, José quedó como petrificado, por su cara cruzó una mueca de dolor y de pena. Kamps también le traía una tarjeta de Riedinger, pero al buscarla en sus bolsillos no la encontró. "La he perdido" dijo apesadumbrado, "pero sé más o menos lo que decía". Te confiesa todo y lleno de remordimiento se firma: "Tu amigo desgraciado".

Esta caída le llegó al corazón a José. No salió ni una sola palabra de desprecio o de indignación de su boca; sus únicos sentimientos fueron de pena y compasión. Sí, no quería juzgar a su camarada, ni siquiera abandonarlo interiormente. Quería levantarlo de su caída y ayudarle a iniciar una nueva vida. "Edmundo, busca la tarjeta nuevamente, pues necesito su dirección", rogó José. Edmundo buscó en sus bolsillos pero sin resultado alguno. ¿Cómo podría ayudar a su compañero entonces? "Edmundo, por favor", pidió por segunda vez, "busca bien, pueda ser que la encuentres". Sin embargo, la tarjeta permaneció oculta, igual que su desventurado amigo y compañero.

Un día, Edmundo Kamp, trajo de una de sus diarias visitas a la Comandancia, una nueva sorprendente: lo enviaban a Alemania para seguir un curso para Oficiales. El Batallón entregaba a José el mando del I.B.O. La noticia del ascenso de Kamp llenó de alegría a José: se lo deseaba de todo corazón; a pesar de que él, por circunstancias ajenas a su voluntad, no había podido dar su examen de grado y debía permanecer de "pelado". Además, Edmundo era su superior y siempre había sido un buen camarada; habían pasado juntos varias horas difíciles en el campo de batalla y siempre habían permanecido fieles el uno al otro. Pero a Edmundo le dolió la despedida tanto como a José, pues no volvería a tener un compañero y subordinado como éste.

En estos mismos días el I.B.O. se trasladó a otro lugar, de tal manera que José y sus camaradas debían compartir el alejamiento con los ordenanzas del Batallón. Estos eran una mala compañía y José muy pronto descubrió que tendría que vérselas con personas inconstantes y groseras. Si estos tipos hubieran siquiera reconocido sus anhelos y situación y tuvieran más consideración, no habría importado tanto, pero parecía que se encontraban muy a gusto con la vida depravada que llevaban. Era imposible soportar por más tiempo las alabanzas que hacían de la bajeza. Por supuesto que la Religión no les interesaba y pensaban que los curas ni creían en lo que predicaban en sus aburridas pláticas. No obstante. José se propuso de inmediato conquistarlos, pues creía que era posible despertarlos para algo mejor y para ello no cejaría con ninguno de ellos. Mientras tanto se haría amigo de ellos. Por ahora su preocupación principal sería que el Cuartel estuviera limpio y con un ambiente de hogar; para conseguirlo, un domingo colgó en sus alojamientos varios cuadros apropiados; pensaba que así la guerra se haría más llevadera. Pero cuanto más afanaba José por mantener todo limpio y agradable, tanto más sucios y desordenados se portaban los ordenanzas, ¿por qué iban a cambiar de modo de ser? ¿No había un tonto entre ellos que escoba en mano limpiaba las piezas varias veces al día? José sabía perfectamente que lo menospreciaban y abusaban de él. En su interior bullían sentimientos encontrados. ¿Debía seguir sirviendo a sus camaradas? En un momento de gran excitación escribió en su libro:

"El Cuartel puede sumirse en la más completa suciedad, antes que un ordenanza tome una escoba y haga la limpieza. Esta suciedad externa refleja el interior. La palabra "cerdo" todavía es muy buena para ellos. Hoy, por primera vez, no limpié la pieza ni fui tan amable con ellos como en otras ocasiones. En estas oportunidades es cuando se puede dudar del Ideal y abandonarlo, pero como se trata de almas inmortales, todo lo que haga por ellos es poco".

Con estas últimas frases le volvió la tranquilidad. El no lo hacía por interés; no esperaba reconocimiento, ni gratitud, ni ningún beneficio de ellos. Todo lo hacía para permanecer fiel a su Ideal; ese era el mejor servicio que podía prestar a sus semejantes; y, si su trabajo era desagradecido y menospreciado, más meritorio sería a los ojos de Dios.

En una comida de cierto día, repartieron cigarrillos. José regaló los suyos a los ordenanzas que se lo pedían, pero guardó unos pocos para enviárselos a su padre y así proporcionarle una pequeña alegría. Con el tiempo llegó a juntar una buena cantidad. Pero un día, al abrir la caja donde los guardaba, la encontró casi vacía; apenas había unos pocos desparramados. Al momento adivinó lo sucedido: los ordenanzas se los habían robado. Se empezó a excitar, ¡ahora sí que terminaría con esa banda! Les daría una buena lección. Fue hasta donde

estaban, les puso el resto de los cigarrillos ante sus ojos y les dijo que también se los podían llevar. Luego se fue de servicio. En su alma se desarrollaba una gran lucha. ¿Podría mantener aquí sus ideales? ¿Era posible "ser todo para todos" aún cuando lo despreciasen tanto? ¿Ser apóstol, cuando no recibía más que malos tratos de personas mal agradecidas? ¿Salvar las almas de aquellos que se empeñaban en la grosería? Su mirada se dirigió a la Santísima Virgen, sus ruegos pueden producir milagros en las almas, no obstante, Ella nos pide sacrificios que superen a los pecados, así lo enseñó su Hijo. Con estas ideas, triunfaron sus Ideales. Sacó su Diario y comenzó a escribir:

"De servicio. Al comienzo de mis tres horas de servicio, quería quitarme la ira escribiendo cartas, pero no lo hice hasta no recuperar la tranquilidad. Me robaron los cigarrillos que tanto deseaba enviar a mi padre y una linterna Hindenburg. Pensé robarles todo lo que estuviera al alcance de mis manos y no hacerles más un servicio. Fui a la sala y les coloqué el resto de los cigarrillos ante ellos con las siguientes palabras: "Aquí tienen el resto, quédense con ellos". Pero, sin embargo, les seguiré haciendo el bien. Tal vez la Madre de Dios reciba este sacrificio por ellos".

Fue una hermosa victoria duramente ganada.

Cada día que pasaba aumentaban las preocupaciones de José por la vida de su grupo. Sus numerosas insinuaciones sobre el apostolado, no despertaban eco alguno. Parecía como que ninguno se sintiera entusiasmado con las ideas propuestas, y que la situación general y las amargas experiencias hubieran helado los sentimientos. Ellos leían con entusiasmo lo que el jefe del grupo les escribía, pero no llegaban a entusiasmarse para el trabajo activo. Por eso las contestaciones a sus cartas eran muy parcas y sin mayor contenido. El nuevo representante del grupo en Schoenstatt era demasiado joven y poco maduro para ser un apoyo para el grupo y además, como los otros componentes del mismo, no contestaba las cartas de José. No pudo interesarlos para que trabajaran en lo que a él le inquietaba, el Apostolado, pero por lo menos consiguió que no perdieran la fe en sus Ideales y en los hombres. Para ellos era una gran ayuda, el que uno por lo menos, mantuviera sus ideales. Esto lo reconoció un congregante, después de muchos años, con las siguientes palabras: "En una época en que sufrí intensamente durante la guerra, era José la única luz en esas horas tan oscuras". Fue así como José se vio nuevamente atormentado por pruebas y desilusiones. Se hallaba completamente solo, el grupo lo había abandonado; el representante del grupo en Schoenstatt, debido a su juventud, no era lo suficientemente apto para esa tarea y además no había ningún Schoenstattiano en sus cercanías. Todos sus esfuerzos por conseguir más adeptos para la causa habían fallado con Riedinger. El apostolado había caído en terreno pedregoso y sólo le había traído desilusiones y molestias. A su lado era abatimiento, amargura y confusión, pero él seguía enhiesto y aferrado a los viejos ideales de su juventud con una Fe inquebrantable.

Esta valentía tenía su secreto: José había encontrado en las pruebas y en la soledad el más hermoso de los encuentros, el encuentro con Dios.

Palpable cercanía de Dios

La historia de su alma, llegaría en agosto y septiembre, los últimos meses de su vida, a su punto culminante. Era el encuentro lleno de Gracia con Dios. Los días de retiro en

Schoenstatt, durante su permiso, resultaron muy fructíferos. A comienzos de agosto volvió a la vida de Cuartel, totalmente renovado. Había acontecido algo completamente nuevo su alma y que no podía explicar en qué consistía, pero el recuerdo de la lectura de la vida de San Gabriel Possenti, le ayudó bastante a reconocerlo. Desde entonces hablaba del hábito de andar en la presencia de Dios.

En los primeros días de su estada en Schoenstatt, se formó un nuevo Propósito Particular. Decía: "Voy a pensar seis veces al día en que Dios está conmigo y me ve". No sería un simple ejercicio del pensamiento, sino que una oración. En el fondo era lo mismo que en otra ocasión había hecho con la Madre de Dios, sólo que ahora Dios estaba en Su lugar y punto central. Siguió su nuevo Propósito Particular igual que antes. Primero meditaba para sentirse más íntimamente unido a Dios. A El elevaba su corazón con toda la riqueza de sentimientos y afectos y le ofrecía su Horario Espiritual. Un impulso misterioso en lo profundo de su ser le empujaba a estos nuevos ejercicios en su vida de Oración. Al recordar la vida de San Gabriel Possenti vio que a él le sucedía lo mismo, y esto lo conmovió sobremanera. Con este Propósito Particular volvió al frente a fines de julio, más o menos. En este tiempo se dio cuenta que había cambiado, y decidió escribirle a su Padre Espiritual:

"Ayer llegué muy bien al Ejército. Me siento como un hombre nuevo después del permiso. La despedida de los míos fue más triste que la de Schoenstatt, sin embargo, siendo que ésta última es más dolorosa que la despedida de mis padres y hermanos. Quisiera pedirle, Su Reverencia, que sea más severo conmigo, siempre que Ud. lo estime conveniente. Deseo contarle algunos frutos del propósito de andar en la presencia de Dios. Muchas veces al distraerme durante la oración, me venía el pensamiento: Dios está conmigo y al instante, me concentraba y rezaba más piadosamente".

Sin embargo, José sabía que para andar en la presencia de Dios, había tenido que pasar mucho tiempo. Fue en Schoenstatt cuando sintió el llamado de Dios a través de su Ideal Personal y de los fines de la Congregación. Había luchado tanto por sus ideales que se sentía fiel y obediente al mandato de Dios; esta creencia no era ostentación, sino que una sencilla fe en El. Las contribuciones al Capital de Gracias le enseñaron que ningún sacrificio era bastante grande para seguir el llamado de Dios. El Horario Espiritual lo llevaba cada vez más a la soledad de la Oración. La Comunión Sacramental o Espiritual, que era el centro del día de trabajo, le hacía palpable la Gracia de Dios al habitar en su alma. Al andar en la presencia de la Madre de Dios, se sentía cobijado por Ella en el Mundo Sobrenatural. Todas estas vivencias parciales anteriores desembocaron ahora en una sola: La vivencia de su filiación Divina, que se manifestaba en un profundo sentimiento de cobijamiento en la presencia de Dios, en una entrega pronta y dispuesta al sacrificio al Dios Uno y Trino que moraba en su alma. Para saborear tan íntimamente el misterio de su propia filiación, había sido indispensable experimentar estas vivencias parciales que la habían precedido meses y años atrás.

¡Cuán maravilloso se mostraba Dios y su Providencia en la vida pasada! José pensaba que no se había percatado de ello anteriormente. Durante las últimas semanas se dedicó a meditar en la Providencia Divina. Cuando se hallaba solo y de guardia ante el telescopio de la I.B.O., era cuando más tiempo tenía para pensar. Una vez escribió al P. Espiritual lo siguiente:

"Hace unos días se me ocurrió pensar con cuánta sabiduría utilizó mi Madrecita los tres ejemplos de virtud: Peter Barnaric, Coassini y Gabriel de la Dolorosa, para llevarme a la perfección. Todavía me emociono al recordar la vida de Peter Barbaric y al ver cómo me enseñó a ser fiel en pequeñas y grandes cosas y me apremiaba para ser un gran Congregante. Del germano Coassini aprendí la fuerza de voluntad, el verdadero "VOLO". "Quiero", los ejercicios religiosos y la lucha hacia la perfección. La vida de San Gabriel me guió hacia la vida interior y me enseñó a caminar en la presencia de Dios. Estoy leyéndola por segunda vez, diariamente leo un capítulo, a veces la mitad y siempre lo medito. Sus ejemplos de virtud me hacen ver mis faltas; yo creo haber avanzado mucho y sin embargo, no veo otras cosas que faltas en mí. Cuando observo su conducta y quiero guiarme por ella, pierdo el valor. Cada virtud que él tenía, se me antoja que me falta a mí. Pero la Santísima Virgen tiene que ayudarme. Debo llegar a ser santo, más grande aún que San Gabriel. Dame un gran amor, San Gabriel, sí, un inmenso amor a mi Madrecita y seré perfecto como Tú!".

¡Qué bondadoso se había mostrado Dios al ponerlo tan temprano en manos de la Santísima Virgen! El amor hacia Ella había despertado en su interior las ansias hacia lo grande y las había rociado con la Bendición del Cielo. Ahora todas las riquezas de su alma, se las debía a Ella. Más que nunca le quemaba el ardiente deseo de que el Amor Mariano se propagara y creciera con íntimo fervor. Por eso agregó a su Propósito Particular otra frase. Le pediría a Dios la gracia de que su amor mariano se hiciera cada vez más profundo. Ahora ya no hacía seis veces al día sus ejercicios, sino que cada hora. Al darle, durante el mes de agosto, una nueva forma a su Propósito Particular, el pensamiento hacia la Madre de Dios se mantuvo inalterable, de manera que el nuevo propósito decía: "Quiero pensar constantemente que Dios Padre, Creador de la Santísima Virgen, Creador mío y de todo el mundo que me rodea, me observa con gran interés. ¡Quiero conversar con El!".

Durante esas semanas se sentía cada vez más atraído por aquella forma de oración. Nunca en su vida cumplió su Horario Espiritual con tanta fidelidad como en los dos meses antes de su muerte y junto con esto, aumentaban sus propósitos. Cada mañana renovaba su Ideal Personal: "Ser todo para todos y vivir enteramente entregado a la Santísima Virgen". Su vida se había desarrollado bajo este pensamiento, ahora debía vivir todo el día influido por esta idea que debía significar una permanente consagración de todos los días. También agregó a su Horario Espiritual una oración para San Bonifacio. La situación de la Iglesia le preocupaba profundamente estos últimos años, especialmente la Iglesia de su Patria. La preocupación por Su bienestar y Su trabajo, iba a tener una gran importancia dentro de su apostolado. También agregó a su Horario Espiritual la oración de la Hermandad del Escapulario. Ambas oraciones las había rezado más o menos regularmente en los últimos años, pero de ahora en adelante, pertenecerían a su programa diario. Por último aumentó a cinco las decenas de su Rosario, de modo que su Horario Espiritual comprendía ahora 17 ejercicios separados.

Con su aumento, mejoró aún más el control por escrito de él, de tal manera que lo hacía dos veces al día, estableciendo la hora en que debía controlarlo, ya que por lo imprevisto de los trabajos en el frente, muchas veces dormían de día y trabajaban de noche. Muchas veces la meditación de la tarde y el Examen de Conciencia eran hechos de 10 a 1 de la noche, otras veces de 11 a 2 de la tarde. Sin embargo, y a pesar de todo, su Horario Espiritual se amoldaba a todos los contratiempos, ya que lo había distribuido a lo largo de todo el día.

Sin embargo, José no sabía que estos le habían costado un gran esfuerzo de voluntad. Ni los 17 ejercicios diarios, ni el examen particular que duraba una hora, ni las renovaciones espirituales de los días domingo, le producían hoy una dificultad digna de mencionarse. No le exigían un gran esfuerzo de voluntad y pronto todo le parecería sumamente fácil. Mientras más profundo era el recogimiento de su corazón, más multiforme se hacía el trabajo diario. Notó cómo se producía un gran cambio en su vida espiritual. Antes la lucha por su Ideal le costaba un gran esfuerzo de voluntad y lo hacía amonestándose a sí mismo. Ahora su alma era dirigida por la mano invisible de Dios, Sin embargo, todo lo que hacía le parecía poco. El alma se sentía plena de Dios y por eso, ahora todo resultaba más fácil y rápido. Al mirar su vida pasada, le parecía que había sido como un marino que se siente obligado a remar contra la corriente, en cambio ahora parecía como si un fuerte viento hinchara las velas y empujara rudamente a su botecito, a pesar de lo cual él seguía remando valientemente, ahora más que antes. Esta pequeña contribución era insignificante comparada con la velocidad que le daba la fuerza del viento.

Sólo tenía que poner atención en una sola cosa: Escuchar la voz de Dios y prestarle voluntariamente su obediencia. Con este pensamiento se formó otro propósito particular: El Espíritu Santo está conmigo con Sus Dones. ¿Cómo debo esforzarme para ponerme bajo su misericordia? ¿Cómo lo hiciste Tú, Oh Madrecita, debo pensarlo cada hora! Sí, así era en efecto, el Espíritu Santo, el gran Maestro de Dios, dirigía en forma muy sensible su vida espiritual. Su gran preocupación debía ser de ahora en adelante, prestar obediencia a sus mandatos. Allí donde se mostraba claramente la voluntad de Dios, debía poner él toda su obediencia. Generalmente la razón, iluminada por la Fe, quiere sentir los impulsos de la Gracia antes de actuar.

En la vida de San Gabriel leyó que éste se imponía fuertes mortificaciones. ¿Debía hacer algo parecido? Con estas dudas le escribió a su Padre Espiritual:

"La vida de San Gabriel me ha dado mucho que pensar. Su desprendimiento total de las cosas materiales, su celo, su arrepentimiento, su Obediencia, todo en él es edificante y por eso es un gran Santo, pero a veces me parecía que había ido demasiado lejos. Hasta ahora me he hecho el firme propósito de ser Santo; un "Sí" a la voluntad de Dios hasta en las cosas más pequeñas, es cosa ya resuelta. Hace tiempo me había hecho la pregunta de si la obediencia a ciegas, la humildad, el amor a la pobreza, se pueden practicar en el mundo de una manera tan perfecta como Gabriel, pero no he encontrado una respuesta; sin embargo, ahora puedo soportar mejor la vida militar. Mi amor por mi querida Madrecita debe llegar a ser tan grande como el de él; lo practicaré especialmente durante esta semana, que es la primera semana Aloysiana de nuestro Grupo".

Consideraba que su examen de conciencia le diría si había seguido obedientemente la Santa Voluntad de Dios. Con estos pensamientos le escribió a su Padre Espiritual:

"Le envió mi Examen de Conciencia, el primero después de los días tan llenos de Gracia que pasé en Schoenstatt. Por ser el primero debería ser perfecto; no obstante, con pena, sé que no es así. Hasta los tres últimos días he estado pleno de Gracia. Durante los días 13, 14 y 15 he cometido varias faltas, las que ya no recuerdo. También hice mal el Horario Espiritual, a pesar de cumplir todos los ejercicios. Le ruego Su Reverencia, que me dé una

penitencia. He cumplido con el voto de pureza y he prometido cumplirlo hasta la mitad del próximo mes también".

El andar cada hora en la presencia de Dios, demostraba el anhelo de escuchar y ser obediente a sus insinuaciones y traía por consecuencia que mientras más se recogía en el silencio de la Oración, más se la aguzaba su vista para descubrir los más pequeños defectos de su yo. Parecía como si se le cayese un velo de los ojos. Cosas que antes no percibía o sentía, despertaban ahora su culpabilidad. Muchas veces no podía contar ni una pequeña falta y, sin embargo, en su interior había un sinnúmero de reacciones de amor propio. Por eso sufría más bajo el sentimiento de ser un pecador.

"Ahora sé verdaderamente", escribía, "que no hiero una, sino mil veces al siempre bondadoso Dios. Y, sin embargo, a pesar de estas faltas, siempre permanezco con El a mi lado, sintiendo mis ofensas amargamente". El dolor por sus imperfecciones y por las numerosas faltas que cometía, quemaba su interior como un fuego devorador, pero el sufrimiento que le causaban sus pecados, no llegaba a ser un sentimiento malsano que deformara su personalidad, sino que todo lo contrario; y, por lo mismo, trataba de perfeccionarse cada vez más, permaneciendo siempre su alma en la quietud del cobijamiento.

Con esta sensibilidad especial para detectar hasta las más pequeñas faltas e imperfecciones interiores y con su profundo sentimiento de culpabilidad, crecía al mismo tiempo una vida y sentida necesidad de reconciliación, que le hacía buscar desprendimientos y sacrificios. Una vez escribió en su diario: "Hay un sólo camino, que es el de los desprendimientos y sacrificios". Desde entonces no quiso dejar ninguna oportunidad sin aprovechar y oportunidades se le presentaban todos los días. La alimentación escasa y la vida con los ordenanzas significaba una diaria prueba de paciencia, pues debía soportar sus rudezas y menosprecios; los malos resultados que tenía en el apostolado y as fallas de su grupo, probaban su perseverancia; el cansancio de la guerra y los sentimientos enojosos de los que lo rodeaban, le exigían fuerza y valor. Algunas órdenes militares implicaban sacrificios de negación de sí mismo y de completa obediencia. Todas estas oportunidades serían en adelante la encrucijada interrumpida del desprendimiento. Después de haber andado algunos días por esta encrucijada, siendo muy severo consigo mismo, le sobrevino un sentimiento de horror inconmensurable a su naturaleza humana. El hombre interior parecía asustarse y rebelarse. Entonces escribió en su diario: "Madre, ayúdame para que pueda continuar. Ayúdame a sobrepasar el terror".

El Espíritu Santo, Maestro Celestial que guiaba su vida interior con suavidad y firmeza, atraía su alma cada vez más a una misteriosa cercanía con Dios. Bajo su dirección, buscaba José a Dios en las profundidades de su alma. Su mirada se dirigió al Hijo de Dios que vivía en él. Entonces formó su Propósito Particular de la siguiente manera: "Quiero pensar en cada instante que el Hijo de Dios vive y mora en mí". Semanas más tarde decía: "Hijo de Dios, Redentor de la Humanidad, Redentor e Hijo de la Santísima Virgen, quédate conmigo". Así era como se dirigía a Dios. Más adelante su Propósito Particular decía: "Quiero pensar en todo momento que la Santísima Trinidad está constantemente a mi lado, al dormir, al despertar, en cada pensamiento y en cada obra". En las semanas siguientes explicó el pensamiento de su unión con Dios con las siguientes palabras: "Quiero

acordarme en cada instante que la Santísima Trinidad está siempre conmigo, que deseo unirme únicamente a Ella y que la más mínima imperfección impide y retrasa esta unión".

Una constante penitencia y oración, eran necesidades vitales bajo las que se completaba la perfección de José y con ellas maduraba un alto grado de unión con Dios. Todo su ser y sus sentimientos estaban íntimamente unidos a Dios; vivía casi perceptiblemente la cercanía de Dios.

En este punto el Celestial Maestro torció el rumbo de su vida. Dejó al alma en un estado de inseguridad que no le permitía juzgar con claridad y que le hacía muy difícil distinguir si un sentimiento provenía del corazón, de la Gracia o del amor propio. Después de reconocer sus imperfecciones, crecía más la necesidad de reconciliación. Con la inseguridad en el juzgar y el sentimiento de culpabilidad, se dirigió a su Padre Celestial. A él debía recurrir y dirigirse para poder unirse más íntimamente al Padre Celestial. He aquí sus palabras:

"He mantenido el voto de pureza y lo he prometido para el próximo mes. Me voy a abstener durante los meses de septiembre y octubre del alcohol, de fumar, y de jugar a las cartas. Servirá para que pueda cumplir mi Ideal Personal, "Omnibus Omnia" y para que no haya ningún contratiempo. Su buen cumplimiento me comprometerá bajo pecado de dejación, pero dependerá de lo que decida Su Reverencia. Durante el último tiempo me he visto asaltado por tentaciones de orgullo y para vencerlas he dejado de hacer anotaciones sobre mi trabajo en el Grupo y en el Horario Espiritual. Al leer la vida de San Gabriel, con sus mortificaciones y privaciones, me ha venido, no sé cómo, una inclinación desordenada por los dulces; por ejemplo, un día me comí un kilo de miel, otra vez, me comí el azúcar y la mermelada en cuanto los recibí, pero no sin luchar algo antes. Algunas veces he tratado hasta de aplastar la presencia de Dios en mí y por eso he cedido; justamente, esto ha sido lo escandaloso. Le ruego, Su Reverencia, que me castigue duramente por esto. El andar en la presencia de Dios es el mejor medio para llegar a la perfección y esta idea la voy a vincular cada vez más a mi Ideal de Vida".

El Padre Espiritual leía en la lejanía, con profunda atención las últimas cartas de su pupilo. Reconocía que el Espíritu Santo lo estaba guiando misteriosamente. Hasta ahora él se había mantenido algo alejado de la dirección espiritual de José, pues veía que su trabajo de Director Espiritual debía orientarse hacia la dirección de la Comunidad en general, para así poder mostrar el ideal de la Congregación Schönstattiana. No obstante, estaba estrechamente unido a sus hijos de confesión. Así sucedía con José y como éste había crecido con tanta seguridad en el Ideal propuesto en Schoenstatt, decidió no preocuparse mucho de su vida interior. Las cartas que le había enviado al campo de batalla, consistían en unas pocas líneas, las que a veces se reducían a cortas frases que escribía al margen de las cartas que a José mandaban sus compañeros de Schoenstatt. Pero ahora, frente al nuevo estado de alma de José, cambió de táctica, pues su dirigido se encontraba en una etapa del crecimiento espiritual en que era más necesaria la dirección espiritual del sacerdote. La inseguridad que sentía José para juzgar el significado de los acontecimientos, hacía indispensable los consejos y direcciones del P. Espiritual; sin embargo, debía respetar la libertad interior de José y no violentarlo en sus determinaciones, sin perjuicio de imponerle las penitencias que eran necesarias por sus faltas pasadas. Por todo esto, pues, le contestó en la siguiente forma:

"Estoy muy de acuerdo en que, debido a tus pecados veniales, dejes el alcohol, el cigarrillo y el juego de cartas, siempre por supuesto, que el Ideal Personal en su aspecto de auto educación, no indique otra cosa, ya que a veces es bueno y aún necesario, que nuestro Ideal Personal consienta en estas pequeñas cosas, no obstante que debemos cuidarnos de las inclinaciones del amor propio y de la timidez. Tu me comprendes, ¿verdad? Pero y en su caso y para tranquilizar tu espíritu, ya que la indecisión puede ser perjudicial, yo bebería, fumaría y jugaría a las cartas sin dejar de asistir a Misa.

"Que tú, por cuidarte de tu amor propio, no hayas hecho tus anotaciones, no lo encuentro tan fuera de lo común, pues en natural que exista uno que otro descuido. Acuérdate de lo que le sucedió a San Bernardo: Un día que estaba predicando, de pronto se le ocurrió esta idea: "Bernardo, qué bien lo has hecho". Sin titubear contestó a su tentador. "Yo no he predicado para ti, pero tampoco concluiré por ti".

"Quisiera también hacerte ver que todas las gracias que recibes de Dios y de la Santísima Virgen y que tanto te conmueven, pueden llevarte aún más allá. Veo, sin embargo, en tus buenas acciones que el fin que te has propuesto, llegar a ser Santo, a pesar de todas las dificultades, lo has proyectado a tu vida militar. Cuida de estas ansias y deseos por alcanzar este fin, mediante afectos internos y jaculatorias. Como penitencia por tus faltas de gula, deja de comer miel por dos veces o regálala a un camarada".

Mientras tanto el Espíritu Santo guiaba a José un paso más adelante, no obstante que su debilidad no lo abandonaba. Pero aún debía ceder el sentimiento de la cercanía de Dios. El hombre y el gusto por los dulces le preparaban esta prueba de humildad. Como penitencia por sus faltas pasadas el P. Espiritual le había impuesto que dejara de comer por dos veces la miel que le correspondiera. Recibió la carta poco antes del reparto de ella y después de corta lucha consigo mismo, decidió dejar la penitencia para una próxima ocasión. Su debilidad le impidió oír el llamado de la Gracia. En la semana siguiente nuevamente postergó la penitencia, sucumbiendo a su debilidad. Estas derrotas lo hicieron caer en otro orden de cosas, por ejemplo: Un suboficial hirió sus sentimientos de honradez y a pesar de que una voz interior le decía: "Es mejor que calles", no pudo evitar hacer un comentario sobre la vida militar ante sus camaradas. Dios le castigó por estas faltas, privándole de su Celestial Compañía. Profundamente apenado escribió en su diario:

"Madre, hasta ahora he sido muy dejado y he fallado miserablemente. Mi dejación me ha hecho perder la estrecha unión con Dios que había alcanzado mediante mi lucha de desprendimientos. Pide por mí el perdón. Te lo ruega tu indigno servidor".

Estas derrotas causaban gran humillación a José. Había pasado semanas y meses enteros luchando con duras pruebas de desprendimientos y renunciaciones y ahora fallaba en las cosas pequeñas y en ellas era infiel a Dios. Esto le demostró su debilidad e insubordinación. Con gran humildad escribió al Padre Espiritual acusando su culpa: "El jueves hubo nuevamente miel. Al principio quise renunciar a ella, pero empecé a tambalear y fui débil. Recién el viernes pude tener la satisfacción de poder ofrecer a mi Madrecita unos sacrificios de dominio de mí mismo por los pecados pasados. Esta semana me he puesto muy estricto conmigo mismo. Muchas veces me sobrecoge el terror al pensar que debo seguir así toda la vida para llegar a ser Santo".

De este modo volvió al camino de la penitencia y también puso mayor atención al Propósito Particular. En esa época pensaba: "Debo recordar siempre que Dios, mi querido Padre, está presente en mí, y que El está observando mi conducta para con los demás hombres".

El 1º y 2 de octubre escribió José su última carta al Padre Espiritual: "He cumplido con las penitencias de su última carta... He dejado de enojarme con la vida militar desde hace algún tiempo y por el contrario, trato de hacerlo lo mejor que puedo, siempre que se relacione con la verdad".

En su corazón reinaba nuevamente la paz y la tranquilidad. Volvió a la felicidad que siente el niño al saberse cobijado en el amor de su Padre Celestial.

Regreso a la Patria Celestial

En la frontera Oeste de Alemania, los sucesos se acercaban a su trágico fin. En los últimos días de septiembre, el enemigo consiguió abrir una gran brecha en el frente alemán al Norte de Cambrai. La Dirección Superior del Ejército se hallaba ante una situación muy angustiosa. Debían cerrarse todas las penetraciones en las distintas secciones del frente; pero si en un lugar cerraban una brecha, pronto en otro se abrían dos más. La fuerza defensiva del Ejército comenzaba a flaquear. Los Regimientos que se habían enviado al frente se dispersaron ante el ataque en masa del enemigo y fallaron lamentablemente bajo las órdenes de quienes los dirigían. En aquella noche del 3 de octubre, se le ordenó sorpresivamente a la tropa de José que marchara al frente cerca de Cambrai y en la oscuridad de la noche se desplazó su Regimiento hacia la ciudad que ardía. La cansada Compañía marchaba pesadamente por las calles, en silencio y cargados bajo el peso de las mochilas. Cada Compañía debía llevar dos pesados cañones MG y 4 livianos con sus respectivos cajones de municiones. Se intercambiaban la carga constantemente, pues en el último tiempo las Compañías habían sufrido grandes pérdidas y a pesar de haber sido reforzadas, apenas sí alcanzaban a 60 hombres.

José pronto reparó que sus compañeros se encontraban de ánimo muy triste; se sentían dominados por el pensamiento de que iban a una guerra ya totalmente perdida. "Ya no podemos más, hemos llegado al fin", se decían con pesadumbre. Además los constantes ataques de los aviones les ponían los nervios tensos y los pesados cañones MG y las cajas con municiones les aplastaban los hombros y les oprimían los brazos. José se sintió muy afligido por el estado de sus compañeros y al momento hizo su Propósito Particular: "Quiero pensar constantemente: Dios, el querido Padre de los hombres, está conmigo. El me observa cómo me comporto con mis camaradas para ayudarlos". Después de lo cual se puso a ayudar a llevar las cajas con municiones, alentaba a sus compañeros y trataba de hacerles comprender que debían mantener la posición que se les asignara. Ayer le había escrito a sus padres: "Mantendremos la posición, aunque vengan los "Tommies" a montones".

Las primeras luces del alba los sorprendieron cerca del pueblo de Eswars. Los soldados se dejaban caer a orillas del camino, algunos buscaban agujeros donde guarecerse, otros se dormían donde estaban. Eran las 6 de la mañana y la neblina cubría los campos ya segados. José y sus compañeros se tendieron en el patio de un caserío, bajo el techo de un espino. Allí debían permanecer hasta el anochecer, para luego avanzar hasta las líneas de fuego.

Después de la exigua alimentación del día anterior y de la larga travesía de la noche, todos sentían hambre; sin embargo, no era posible comer algo caliente antes de acercarse a las líneas de fuego, de modo que debían tener paciencia. José sacó su diario de la mochila y comenzó a escribir:

"Estamos en Eswars, a 5 kilómetros de Cambrai. Estamos a la expectativa mientras Tommy se deja oír constantemente en las cercanías. A 50 metros de donde estoy, se encuentra el cementerio de los héroes y el antiguo cementerio donde nos esperan algunas tumbas ya abiertas. Pero aún no las hemos necesitado. Hoy estoy ayunando involuntariamente. Debido al desorden, nadie ha comido hoy y la cocina sólo llegará de noche".

Al llegar el mediodía, decidió revisar su Horario Espiritual. Había cumplido con todos los ejercicios de la mañana, andar en la presencia de Dios, buen comportamiento con sus compañeros y santificación del día de trabajo, fue su último Examen Particular, que recibió una raya vertical. Ahora escribió el Amén del trabajo de su vida. El héroe del día de trabajo se presentaba a su último llamado.

En la tarde del 4 de octubre, José buscó a su camarada schoenstattiano Paul Reinhold y estuvieron conversando largo rato. Paul tuvo la sensación de que José se encontraba de ánimo decaído y muy pensativo. ¿Sabría acaso que se estaba despidiendo de su amigo de grupo para siempre?

Al separarse, José se fue pensando en cómo poder ayudar a sus compañeros a pasar el hambre. Al atravesar la calle, vio un campo plantado con papas y rápidamente recogió una olla llena, luego encendió fuego en una cochera, puso a hervir agua y pronto comenzó a cocer las papas ya partidas. De pronto oyó que lo llamaban de fuera; era su amigo Nicolás Gilgenbach que lo buscaba para decirle que lo habían designado para formar parte del Comando de Vanguardia y que debía dejar el lugar inmediatamente. José se alistó para salir, pero antes probó las papas que se cocían y vio que éstas no estaban listas. La tropa del Comando estaba ya preparada esperando en la calle. "Ya voy", contestó José, "quiero terminar de comer mis papas".

"Bueno", le dijo a su camarada Nicolás Gilgenbach al partir, "al fin pude comer bastante, aunque sea la última vez. Por si no vuelvo, quiero despedirme ahora de ti. Si no es en este mundo, será en el otro donde nos veremos. Si llegas a encontrarte con Edmundo Kampe, dale mi último adiós".

Nicolás lo miró sorprendido, nunca antes habían tenido esta clase de conversaciones que llevaran un tan extraño presentimiento. Como si quisiera desechar oscuros pensamientos, le dijo: "Hemos ido muchas veces al frente y nunca nos ha pasado nada".

José le respondió con una sonrisa tranquila: "El hombre siempre tiene pequeños presentimientos y no sé qué me sucede ahora; pero, que se haga la Voluntad de Dios". Le dio la mano y se apresuró a seguir a los Comandos.

En un pequeño castillo, como a una milla de la ciudad de Cambrai, se reunió la tropa del Comando con el Estado Mayor del Regimiento wurtembergués. La 4ª Compañía debía

seguir un desfiladero; el Comando la inspeccionaría y luego volvería a buscar al resto del Ejército.

Entre tanto había oscurecido y la artillería inglesa comenzó a atacar al Cuartel de descanso y a las tropas en marcha. La Compañía se dividió en dos grupos y siguió avanzando junto a las murallas para poder guarecerse en caso de ataque repentino. Primero se devolvieron hasta el pueblo de Thun-St. Martin y desde allí trataron de alcanzar la vía hacia Cambrai, mientras que en el horizonte, se veía estallar la batería inglesa y refulgían los morteros. La Compañía se acercaba al lugar de donde partía el camino de Thun-St. Martín hacia Cambrai; la fila izquierda la encabezaba el Jefe de la compañía y el lado derecho era guiado por José.

Al cruzar las calles apuraron el paso para salir rápido de ese claro y zona de peligro, pues había restos de municiones que indicaban que se había librado una fiera batalla con desastrosos resultados.

"Pueda ser que todo salga bien en esta lucha", decía un suboficial que se encontraba cerca de José.

"Oh", dijo éste "hasta ahora todo ha salido bien; ojalá que siga todo así".

No bien hubo dicho estas palabras, cuando cayó una granada inglesa de 12 cms. de calibre, en el camino un poco detrás de ellos. La Compañía se separó a ambos lados del camino y José se fue con su grupo a unos 200 metros del sendero. Hasta ese momento les había ido bien, pero nuevamente los ingleses barrían el camino con su metralla; para evitar esta lluvia de balas se lanzaron a una pendiente de un metro de altura y desde allí observaron el remolino que hacían los proyectiles. Luego, poco a poco, el fuego fue disminuyendo.

José se levantó y se dirigió hacia el camino. Quería encontrarse con el Jefe de la Compañía, que se había guarecido con su gente al otro lado. Sus camaradas lo seguían un poco más atrás. De pronto cayó una nueva andanada inglesa y como si la hubiera guiado una pérfida mano, fue a dar a unos 200 metros a la derecha del sendero. A la luz de las balas se vio caer una figura que iba a la cabeza de la tropa. El resto se dispersó y después que hubo terminado la ráfaga de balas, el sargento Jucham y unos cuantos camaradas corrieron al trágico lugar. Allí yacía un hombre bañado en sangre. Al momento reconocieron a su compañero José Engling y se cercioraron de que estaba muerto. Las astillas de una granada lo habían herido mortalmente en la cabeza y en el pecho. Era el 4 de octubre de 1918, entre las 7 y las 10 de la noche.

La Compañía, dispersa, vagó largo tiempo por el campo. Alguien llevó la noticia al Jefe de la Compañía de que José yacía muerto no muy lejos de la encrucijada. Al saberlo Nicolás Gilgenbach, cayó en la cuenta que había ocurrido tal como su compañero se lo predijo una hora antes. Todos se sintieron hondamente afectados. "El heroico Engling", decían, "era un fiel camarada". La Compañía llegó ya muy entrada la noche a Cambrai. El resto de ella lo hizo en la madrugada. Entre estos últimos se encontraba el sargento Jucham, quien tuvo que dar la noticia de la muerte de José.

En la noche del 6 al 7 de octubre, la Compañía fue retirada de la frontera tan rápidamente como la pusieron. La marcha de regreso los llevó no lejos de la encrucijada donde había caído José el 4 de octubre en la tarde. Un distinguido soldado se separó de la tropa y corrió al lugar de la muerte. Al volver, contó que aún estaba allí su cuerpo. Más tarde, tal vez fue enterrado por soldados alemanes o por tropas inglesas que pasaron por ese lugar. Todo el esfuerzo que se hizo años más tarde por descubrir la tumba desconocida, resultó infructuoso. Allí donde cayó su sangre, se levanta hoy día una cruz de piedra, cuya inscripción alemana y francesa dice lo siguiente:

“ José Engling, nacido el 5 de enero de 1898, caído el 4 de octubre de 1918. Su muerte heroica corona su vida dedicada al servicio del prójimo y consagrada a la Mater Ter Admirabilis”.

Más allá de la muerte

Al apagarse la vida de José Engling, comenzó a brillar en otra nueva actividad. Su recuerdo permaneció vivo en el corazón de sus amigos y camaradas. El Movimiento Apostólico de Schoenstatt veía en él la imagen de un héroe; sus ideas y su voluntad le dieron a su vida otro significado. La personalidad de Engling iba conquistando cada vez más todos los corazones y aún fue más allá de los grupos del Movimiento, pues su ejemplo encontró acogida en los distintos grupos católicos. Muchos pusieron en él su confianza y lo tomaron como intermediario ante el Trono de Dios en casos desesperados. Cada vez fueron más las voces que podían dar testimonio de su ayuda. De todas partes llegan a Schoenstatt agradecimientos que testimonian la creciente confianza de la gente católica en el buen servidor de la Madre de Dios.

Es un deber prestar atención y probar estas voces. La Iglesia lo quiere así, pues Ella no eleva a los altares a ninguno de sus héroes, que no sea amigo del pueblo católico. Estos ejemplos de confianza son preparadores de su reconocimiento religioso. En ellos se hace notoria la actuación y presencia de Dios, que quiere llevar a su luchador hacia la veneración general.

Indice

Primera parte

En la Casa Paterna. Los días de su infancia

Un acontecimiento memorable

En la Escuela Apostólica de Schoenstatt. El joven campesino

Bajo la dirección del padre espiritual

"Quiero ser Santo"

El Congregante Mariano

José desarrolla un plan de lucha

Surge un ideal personal

Campeón de una gran causa

Durante la licencia

Ante una encrucijada en un tiempo de prueba

Segunda parte

Entre soldados

Una victoria difícilmente conquistada

En el campo de batalla de su propio corazón

"Todo para María, la Madre tres veces Admirable"

Preocupación por los demás

José escribe a su padre espiritual

El jefe del grupo

Nuevas pruebas de fuego

Ermitaño en medio de la vida del frente

Dedicado a la oración

Adelantos de la vida del grupo

José Engling - P. Alex Menningen

En los campos de batalla de Flandes

"Florescencia de Mayo" en la línea de fuego

El ofrecimiento de su vida a la Madre y Reina tres veces Admirable de Schoenstatt

Hacia el final de su carrera. Con permiso de Schoenstatt

Elevadas metas y grandes desilusiones

Palpable cercanía de Dios

Regreso a la patria celestial

Más allá de la muerte